

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Viaje a Italia

En su obra «Viaje a Italia», Johann Wolfgang von Goethe nos lleva a un viaje literario por la Italia del siglo XVIII. El lector será testigo de las impresionantes descripciones que hace Goethe del paisaje, la cultura y el arte italianos, presentadas en un estilo vívido y detallado. El libro refleja no sólo las impresiones personales de Goethe, sino también el entusiasmo general de los intelectuales europeos por la antigua Roma y el Renacimiento. «Viaje a Italia» representa, por tanto, una importante contribución literaria a la era de la literatura de viajes romántica. Johann Wolfgang von Goethe, uno de los poetas y pensadores alemanes más importantes, escribió la obra durante su propio viaje por Italia entre 1786 y 1788.



Johann Wolfgang Von Goethe

Viaje a Italia

ePub (edición 1.0)

Ebook 16.05.24

Título original: *Italienische Reise*
Johann Wolfgang Von Goethe, 1816
Traducción: Fanny G. Garrido

Editor digital: Victus7

Al lector

Goethe emprendió su viaje a Italia en el otoño de 1786, acabados de cumplir los treinta y siete años. Once hacía que, desoyendo consejos de amigos y deudos, se fijó en Weimar, aceptando las proposiciones del duque Carlos Augusto, las cuales fueron de tal naturaleza, que lo pusieron el resto de su vida en posición de trabajar a su manera, a su gusto, para satisfacción suya y solaz de la humanidad culta, de tal modo, que, modelo de hombres felices lo consideraron cuantos se sentían dotados por la Naturaleza y maltratados de la fortuna. En la época de aquella transcendental resolución, su padre, queriendo desviarle de cumplirla, y a modo de único aliciente, capaz de contrarrestar la influencia sobremanera atractiva de Weimar, le ofreció un viaje por Italia. Era realizar el más ardiente deseo de su vida, y, así y todo, no lo aceptó. Quiso primero sentar las bases de su independencia futura, y el viaje quedó aplazado once años.

Así, cuando le fue dado realizarlo, el deseo llegara a un grado de irritación, que era enfermedad: languidecía en ansias de consagrar su vocación de artista con el beso de la tierra clásica.

A la altura de su vida, a Goethe, que produjera mucho, y siempre en la serena progresión de las organizaciones bien equilibradas, no le satisfacía ya nada romántico: renegaba de Werther, que le perseguiría hasta en la India, como decía cada vez que recibía de algún desconocido nuevo testimonio del efecto que su libro causara.

Quería investigar la verdad; penetrar, mediante su percepción sutilísima, en los secretos de la Naturaleza; empezar conociendo hechos, comprobando observaciones y deduciendo leyes: no admitir nada falso, nada arbitrario.

Abrir los ojos y el alma, libre de prejuicios, a las impresiones de

lo bello, y relacionar al sentimiento armónico de la belleza sensible, el de la belleza psíquica, devolviendo a la humanidad, en forma sencilla y hermosísima, cuanto los sentimientos humanos y el amor de la Naturaleza le hubiesen hecho gustar de regalado y puro.

Goethe, en su viaje, relataba, lo que iba viendo y le ocurría, en las cartas escritas a sus amigos y amigas de Weimar, y entre las cuales era, sobre todas, preferida la baronesa de Stein, dama de la duquesa Amalia. Sin embargo, no habiéndose publicado hasta muchos años después, siendo las cartas revisadas, no aparecen en ellas los nombres de quienes las recibían. Adornas de las cartas hay, a guisa de complemento, notas, diarios de viaje y recuerdos del mismo autor. En aquella época no eran sólo religiosas las peregrinaciones a Roma. Toda personalidad artística, de valor ansiaba semejante viaje, y el que lo realizaba, atendida la escasez de comodidades, bien se podría llamar peregrino, y aun penitente.

Sufriéndolo todo alegre Goethe, observando, desde su silla de posta, la figura de las montañas, las cuencas de los ríos, la formación de los terrenos y cuantas plantas, animales y tipos de hombros y mujeres se presentaban a su vista. Se regocijaba sintiendo que calentaba el sol, viendo el polvo de los caminos envolver su carruaje, y contemplando el azul purísimo del cielo. Suspiraba por el momento de probar aquellos regalados higos henchidos de almíbar, melocotones y uvas, soñando, ya desde Mignon, en alcanzar con la mano las doradas naranjas en los campos felices. Saludó a Italia desde la altura que domina el lago de Garda, y se creyó feliz oyendo la ya usual amada lengua italiana.

En las poblaciones observaba edificios, cuadros y estatuas; se conocía poco experto en las artes plásticas, y se pagaba de la arquitectura pseudogriega. El primer monumento de la antigüedad que vio, el Anfiteatro de Verona, le inspiró reflexiones a la altura de su grandeza.

En Venecia miró la primera vez de su vida el mar, desde la torre de San Marcos; contempló las lagunas con sol y en sombra, a la pleamar y en seco. Se regocijaba viendo mariscos vivos en la playa del Lido. Admiraba aquel pueblo que vive y bulle, ríe y perora; un pueblo tan diferente del alemán. En suma: Venecia no puedo haber inspirado más bonito estudio que el que de ella hizo Goethe.

En Roma no hubo ya otro estudio sino el del Arte; todo quedó convertido en nada ante los cuadros de aquellos maestros sublimes. Pero ¿no era preciso, queriendo sentirlos bien, entrar en los secretos de la factura, analizar, descomponer y reconstituir? Goethe no pensó ya más que en apropiarse, según la expresión justa de su idioma, la técnica y cuantos conocimientos pudiera adquirir. Su sociedad fue de artistas, a quienes escuchaba, y cuyos consejos le ayudaban. Dibujó, modeló, estudió perspectiva, y al último, después de muchos meses de indecible actividad, si no logró pintar bien, alcanzó su objeto de conocer mejor las obras de Arte, poderlas apreciar y sentir desde más alto. Aprendió además que pasara su tiempo de comenzar a estudiar las artes plásticas, y que su oficio era otro.

Fue desde Roma a Nápoles. Subió dos veces al Vesubio, y no quedó satisfecho hasta alcanzar el peñasco debajo del cual salía una corriente de lava. El pueblo de Nápoles no le inspiró deseos de trabajar; se entregó al placer de vivir, inherente a los naturales de la *Campagna felice* se divirtió, gozando de la vida como el común de los mortales.

Vuelto a Roma y al Arte, en cómoda instalación, ya rodeado de valiosos objetos artísticos que fuera adquiriendo, no pudo negarse al placer de la amistad afectuosa. Dando de lado todas las lisonjas con que la sociedad no dejaba de solicitarle, hizo que se formase, poco a poco, un círculo de amigos íntimos en su derredor; adquirió afecciones, y ¡ay! Cuando se acercó el momento de salir de Roma, sentíase tan a gusto en ella, que la separación le pareció destierro.

Entonces llegó el momento de hacer el resumen de lo adquirido, y conoció que la transformación era completa.

Se sintió desprendido de preocupaciones, desligado de trabas, viendo las cosas como son y no como deberían ser; el deberían de los amanerados. Se rebelaba contra la dependencia constante y algo tiránica de los amigos de allá; no quería que viniesen a Roma mientras él estuviese, porque sabía que su manera de ver las cosas les había de chocar. Sus horizontes se hicieron ilimitados, y si al principio se alegraba de allegar materiales, a fin de tener mucho que trabajar después, vio que el espíritu se ocupó ya en elaborarlos.

Mas el deber había hablado, y todo guardó silencio. Se preparó;

dio la última vuelta por Roma; contempló la última vez los cuadros de Rafael y Miguel Ángel. Aguardó el momento de despedirse para declarar su sentimiento a la mujer que le había inspirado tierno y elevado amor; cortó, uno a uno, todos los hilos que le retenían, y dijo adiós a Roma, de noche, solo, a la luz de la luna, recorriendo las calles, subiendo al Capitolio y repitiendo aquellas dos estrofas de Ovidio, que tanto se adaptaban a los sentimientos de su alma.

F. G.

De Carlsbad al Brenner

Ratisbona 4 de septiembre de 1786

Salí de Carlsbad a hurtadillas, a las tres de la mañana, porque antes no me lo habían permitido. Los amigos, que tan cordialmente celebraron mi cumpleaños, el 18 de agosto, adquirieron, con tal motivo, el derecho de detenerme; pero no podía retrasarme más. Me metí en la silla de postas enteramente solo, con un lío de mantas y una maleta, y a las siete de apacible mañana nublada, llegué a Zwoda. Las nubes altas, blancas y ligeras; las bajas pesadas. Lo tuve por indicio favorable. Después de tan mal verano esperaba gozar buen otoño. A las doce en Eger, con mucho calor. Recordé que este lugar ocupa la misma latitud que la ciudad de mi nacimiento, y me sentí complacido al comer otra vez, al mediodía, bajo cielo claro, en el grado cincuenta. Al entrar en Baviera se tropieza con el Monasterio de Waldsassen, magnífica propiedad de aquellos señores religiosos, que fueron instruidos y avisados antes que los otros hombres. Se halla situado en una pradera honda, a la cual llamaremos plato, por no decir marmita, rodeado de pendientes suaves y fructíferas. En el país posee además el monasterio diversas propiedades, muy lejos a la redonda.

Es el suelo esquisto arcilloso disgregado. El cuarzo, en esta suerte de montaña, no se ha eflorecido y hace el terreno poroso y muy fértil. Hasta Tischenreuth sube y las aguas corren hacia el Eger y el Elba; desde Tischenreuth hay pendiente al Sur, y las aguas bajan al Danubio. Una corriente de agua, por pequeña que sea, me da clara y rápida idea de un país. Observando hacia donde corre, a qué cuenca pertenece, se encuentra, aun en comarcas que nunca se han visto, conexión de pensamiento entre los valles y las montañas.

Desde el lugar mencionado comienza una excelente carretera, que no se puede ver mejor ni más perfecta; pues la arena, disgregada del granito, y la tierra arcillosa, haciendo cemento, le

forman una superficie tan lisa que podría servir para era de trillar. Estas mismas condiciones hacen más feo el país que atraviesa. Igualmente, granítico, llano y pantanoso, su fealdad favorece al camino. Desde que empieza la bajada, se adelanta con increíble rapidez, cosa que contrasta notablemente con el paso de caracol de las postas de Bohemia. La hoja adjunta indica las etapas recorridas. Basta. A las diez de la mañana siguiente me hallaba en Ratisbona, habiendo dejado atrás veintinueve millas y media en treinta y nueve horas, Encontrándome, al amanecer, entre Schwandorf y Regenstauf, observé el cambio favorable de los campos. No eran ya detritus de montañas, sino buenas tierras mezcladas de aluvión. En tiempos remotos las aguas tuvieron flujo y reflujo, del valle del Danubio, remontando el curso del Regen, a todos estos valles, que ahora vierten en él sus aguas y así se convirtieron pantanos naturales en tierras de labor. Estas observaciones valen en las cercanías de todos los ríos pequeños y grandes, y con tal guía presto se adquieren datos acerca del cultivo adecuado a cada suelo.

Ratisbona está deliciosamente situada. Sus cercanías debieron ser cebo y atractivo suficiente para la formación de una gran ciudad. Así supieron entenderlo los Señores religiosos. Todo el campo en derredor les pertenece, y en la ciudad hay iglesia sobre iglesia, convento sobre convento. El Danubio me recordó el viejo Main. En Francfort, el río y los puentes tienen mejor vista, pero aquí, Stad-am-Hof, situada del otro lado, aparece bellísima. Me dirigí enseguida al colegio de Jesuitas, donde se celebraban las representaciones que los alumnos hacen todos los años. Vi el final de la ópera y el principio de la tragedia. No lo hicieron mal para ser una compañía de aficionados noveles, y estaban muy bien vestidos, casi con demasiado lujo. Este espectáculo público me convenció, una vez más, de la sagacidad de los Jesuitas. No desdeñan cosa alguna que pueda ejercer influencia, y la emplean con cariño y atención. Esta no es la sagacidad como se entiendo en abstracto; es el gusto de las cosas y una participación complaciente en lo que resulta de la acción de la vida. Así como esta Compañía religiosa tiene a su servicio constructores de órganos, escultores y doradores, admite algunos que cultivan el teatro con inteligencia y afición, y así como hacen ostentación del fausto para adorno de su iglesia, de igual manera estos hombres expertos se apoderan de los

sentimientos mundanos por medio de un teatro decoroso.

Hoy escribo en el grado cuarenta y nueve: no se presenta mal. La mañana estuvo fresca y también aquí se quejan del frío y de la humedad del verano: luego el día se quedó hermoso y tranquilo. El aire suave que trae un gran río, no se parece a nada. La fruta no es notable: he comido buenas peras, pero me perezco por uvas e higos. La manera de hacer y de ser de los Jesuitas me hizo pensar mucho. En el plan de sus iglesias, torres y edificios, hay algo de grande y cumplido, que inspira íntimo respeto en los hombres. En el decorado, oro, plata y otros metales, piedras pulimentadas, prodigado todo con lujo y riqueza suficientes para deslumbrar a los mendigos de todas las clases. No falta tampoco, de cuando en cuando, algo de eso trivial e insípido que tanto atractivo tiene para la naturaleza humana y que la atrae. Este es, en general, el genio de los católicos en el culto externo de Dios, pero nunca lo había visto puesto en acción con tanta secuencia, tanto entendimiento y tanta habilidad como por los Jesuitas. Tienden a eso principalmente, porque no continúan, como otras órdenes religiosas, una devoción vieja y obtusa, antes bien, en gracia del espíritu de su tiempo, se engalanan con brillo y ostentoso aparato. Aquí se emplea para las obras una piedra muy singular: brillante como arcilla roja de antigua formación, tan antigua que se podría tomar por primordial y aun porfídica. Es verdosa, compenetrada de cuarzo, tiene poros y hay en ella grandes manchas del más duro jaspe, dentro de cuyas manchas hay otras redonditas de una especie de brecha. Un trozo había muy instructivo y apetitoso, pero pesaba mucho y he prometido no cargarme de piedras en este viaje.

Múnich 6 de septiembre de 1786

El cinco de septiembre a las once y media de la mañana, salí de Ratisbona. Por Abach es el país hermoso, rompiéndose el Danubio contra rocas calizas hasta más allá de Saal. La cal es semejante a la de Osteroda en el Hartz, compacta, pero completamente porosa. A las seis de la mañana me hallaba en Múnich, y después de doce horas de mirar por todas partes, pocas observaciones voy a hacer. En la galería de cuadros no me encontré en terreno propio. Necesito, ante todo, volver a acostumbrar mis ojos a los cuadros. Hay cosas bonitas. Los bocetos de Rubens en la Galería de Luxemburgo, me gustaron mucho. Allí está también el notable juguete modelo de la columna de Trajano. El fondo de lapislázuli, las figuras doradas; no deja de ser un bonito trabajo que complace mirar. En la sala de lo antiguo observé perfectamente que mis ojos no están familiarizados con estas cosas, por cuya razón no quise detenerme ni perder tiempo. Hay muchas que no me dicen nada, sin que yo sepa por qué. Un Druso atrajo mi atención; dos Antoninos me gustaron, y así algún otro. El conjunto no resulta bien, porque no está bien arreglado, y la sala, o mejor dicho la bóveda, luciría mejor con sólo estar más limpia y cuidada. En el Gabinete de Historia Natural vi cosas bonitas del Tirol que, en ejemplares de Museo, ya conocía y tengo.

A una mujer encontré que me ofreció higos; como eran los primeros, me supieron riquísimos; pero, en general, la fruta, para el grado cuarenta y ocho, no es muy buena. Aquí se quejan del frío y de la humedad: esta mañana me recibió en Múnich una niebla que podría pasar por lluvia. Durante el día sopló el viento bastante frío de las montañas del Tirol. Cuando las miré desde la torre, estaban cubiertas, y el cielo cargado de nubes; sólo al ponerse, brilla el sol en la alta torre que está delante de mi ventana. Perdóneseme que

me cuide tanto de los vientos y del tiempo. El que viaja por tierra, casi al igual del navegante, dependo de ellos, y sería deplorable que el otoño en el extranjero me fuese tan poco benigno como lo fue el verano en mi tierra.

¡Ahora, a Inspruck en derechura! ¿Por qué no he de dejar todo de lado para seguir el pensamiento, que ya casi se ha hecho demasiado viejo en mi alma?

Mittenwald 7 de septiembre de 1786, por la tarde

Parece que mi genio protector dijo a mi credo: amén, y le agradezco haberme traído en día tan hermoso. El último postillón aseguró, en una exclamación de placer, que era el primero en todo el verano. Yo secretamente tuve la supersticiosa esperanza de que así continuara. Pero, vuelvo a pedir a mis amigos me perdonen si les hablo otra vez de viento y lluvias. Cuando salí de Múnich a las cinco, el cielo se había aclarado. En las montañas del Tirol se sostenían enormes, compactas masas de nubes, y las que estaban más bajas, en bandas ligeras, tampoco se movían. Sube el camino a la altura a cuyo pie se ve correr el Isar, por una reunión de colinas de guijos que el agua aglomeró. Se nos hizo aquí manifiesto el trabajo de las corrientes de los antiguos lagos. En muchos cantos rodados de granito, me encontré hermanos y parientes de ejemplares de mi Gabinete que debo a Knebel. La niebla del río y de las praderas duró algún tiempo; al fin también desapareció. En los intersticios de las mencionadas colmas de guijos, que se extienden durante muchas leguas, hay la más hermosa y rica tierra de labradío, como en el valle del Regen. Volviendo al Isar, se ve una trinchera y una pendiente de la colina guijosa, que bien podrá tener ciento cincuenta pies de alto. Llegué a Wolfrathshausen alcanzando el grado cuarenta y ocho. El sol quemaba; nadie confiaba en el buen tiempo; se quejaban del mal año, lamentándose de que el gran Dios no quisiese remediarlo.

Ahora voy a subir a un mundo nuevo; me aproximo a las montañas, que poco a poco se descubren.

Benediktbeurn está admirablemente situado, y sorprende a primera vista. En fértil llanura, el edificio blanco, ancho y largo, y

detrás una escarpada roca, más ancha y más alta. Después se sube a Kochelsée, luego arriba, en la montaña, a Walchensée. Aquí saludé los primeros picos nevados, y al maravillarme de estar tan cerca de las alturas cubiertas de blanco, supe que ayer, en esta región, hubo truenos y relámpagos y cayó nieve en los montes. En tales meteoros cifran la esperanza de que mejore el tiempo, y de las primeras nieves conjeturan un cambio atmosférico. Las rocas que me rodean son todas calizas, de la mayor antigüedad, y aún no contienen petrificaciones. Estas montañas calizas van en enorme e ininterrumpida fila desde la Dalmacia al San Gotardo, y todavía más lejos. Hacquet recorrió gran parte de la cadena. Se asientan sobre rocas primitivas de cuarzo y arcilla. Llegué a Walchensée a las cuatro y media: una legua próximamente antes del lugar me sucedió una graciosa aventura. Caminaban delante de mí un arpista y su hija, niña de once años, y el padre me suplicó que la llevase en mi coche; él iba cargado con su instrumento; hice subir a la niña y la senté a mi lado, y ella colocó con mucho cuidado a sus pies una gran caja nueva. Era una personita muy mona y que había viajado ya bastante. A pie fuera con su madre a Nuestra Señora de Einsiedeln, y las dos querían emprender el viaje, mucho mayor, a Santiago de Compostela, pero se murió la madre y su voto no pudo cumplirse. Nunca se hace demasiado para honrar a la Madre de Dios, decía. Ella misma había visto, después de un gran incendio, una casa quemada hasta los cimientos, y sobre la puerta, detrás de un cristal, la imagen de la Madre de Dios; cristal e imagen enteros, lo cual fue milagro evidente. Todos sus viajes los hiciera a pie. Últimamente tocara en Múnich delante del Elector y, entre todas, se había hecho oír de veintiuna personas reales. Me divirtió mucho. Tenía grandes ojos, obscuros y bonitos; frente voluntariosa, que a veces plegaba un poco hacia arriba. Cuando hablaba era agradable y natural, particularmente si soltaba su risa infantil. Por el contrario, cuando estaba callada, parecía querer dar a entender algo, y hacía una mueca fatal con el labio superior, Mucho charlé con ella: se encontraba familiarizada con todo y se fijaba en todos los objetos, me preguntó una vez por un árbol. Era un hermoso arce, el primero que se me había presentado en todo el viaje. Esto mismo observó ella, y luego al aparecer otros semejantes, se alegraba mucho de conocer y poder distinguir ya aquel árbol más.

Me dijo que iba a la feria de Botzen, donde suponía que yo igualmente me encaminaba. Si nos encontrábamos, tenía que feriarle algo, cosa que le prometí. Allí quería estrenar la nueva cofia que en Múnich se había mandado hacer con sus ganancias. Quiso enseñármela, abrió la caja y tuvo que regocijarme con ella, a la vista del muy bordado y encintado adorno de cabeza. Otra perspectiva a los dos nos regocijó, y fue su seguridad de que tendríamos buen tiempo. Ellos llevaban consigo el barómetro, que era su arpa. Cuando el diapasón se subía, el tiempo sería bueno, y esto sucedía precisamente hoy. Le dije el *Así sea*, y nos separamos contentos, esperando que pronto nos volveríamos a ver.

En el Brenner 8 de septiembre de 1786

Llegué por último y como forzado a un punto de descanso, a un silencioso lugar, tal como yo solo podía deseármelo. Era de esos días cuyo recuerdo dura gratísimo durante largos años. Salí a las seis de Mittenwal. Un viento fresco limpiaba por completo el cielo claro. Hacía frío, como sólo en febrero puede permitirse. Con la luz del sol naciente se destacaban, en primer término, obscuros pinares; después, grises montañas calizas, por último, detrás de todo, los picos más altos nevados, sobre un fondo de azul purísimo. Era un cuadro espléndido, siempre variado.

Por Scharnitz se llega al Tirol. Sus confines están señalados por una empalizada que rodea el valle y va a unirse con la montaña. Hace muy buena vista. De un lado las rocas están anchamente cimentadas; por el otro se levantan a pico. Desde Seefeld el comino es cada vez más interesante, y si hasta aquí, conforme íbamos subiendo de eminencia en eminencia, todas las aguas buscaban la región del Isar, vemos ahora, desde la cumbre, el valle del Inn y a Inzinguen delante de nosotros. El sol en el cénit calentaba: tuve que aligerarme de ropa, que con las variaciones de la atmósfera cambio a cada momento. Bajamos al valle del Inn por Zirl. El sitio es indescriptiblemente bello, y esa, a modo de gasa, que produce la evaporación, cuando el sol está en su cénit, lo hacía soberbio. Más de lo que convenía a mi deseo se apresuraba el postillón. No había oído misa y quería llegar a Inspruck, para hacerlo más devotamente. Era el día del nacimiento de Nuestra Señora.

Bajaba, pues, al Inn, ruidosamente, costeando las escarpadas y enormes rocas calizas de Martín. En la subida, donde dicen se extravió el emperador Maximiliano, me atrevería yo a ir y venir sin la ayuda de ningún ángel, aunque siempre sería empresa peligrosa. La situación de Inspruck es deliciosa, en un valle extenso y rico,

entre altas rocas y montañas. Primero pensé quedarme, pero no habría estado tranquilo. Me divertí corto rato con el hijo del posadero; un Soeller[1] rollizo. Poco a poco voy encontrando a mis hombres. Todo está engalanado pura celebrar la fiesta de María. Todos reunidos, los sanos y los amigos de obran buenas, van a Wilten, Santuario a un cuarto de legua de la ciudad, camino de la montaña. A las dos, cuando mi carruaje en marcha separaba el abigarrado gentío, toda la procesión estaba en movimiento. Al subir desde Inspruck, el país cada vez es más hermoso. No vale descripción alguna.

Por camino cómodo se sube un desfiladero que envía sus aguas al Inn, desfiladero que ofrece a la vista innumerables cambiantes. Mientras el camino por un lado se acerca a las rocas abruptas, hasta el punto de ser en ellas propias abierto, por el otro lado la pendiente es tan suave, que permite el cultivo más perfeccionado. Hay aldeas, casas grandes y chicas, chozas; todo blanqueado entre campos y vallados en aquella llanura alta, espaciosa y ligeramente costanera.

Pronto cambia todo. El cultivo queda reducido a praderías, que al cabo se convierte también en pendientes rápidas.

Para mi concepto del mundo he ganado mucho, pero nada enteramente nuevo o inesperado. También he discurrido largamente en el Tipo de que hablo hace tanto tiempo. Quisiera hacer intuitivo lo que en mi interior llevo, y que en la Naturaleza no puedo presentar a los ojos de cada uno. Llegó la obscuridad gradualmente. Lo aislado se pierde; las masas se van volviendo más compactas y más imponentes; por último, cuando todo se mueve ante mí, como una secreta, profunda imagen, vuelvo a mirar los altos picos nevados iluminados por la luna, y ahora espero que la mañana aclare esta hendidura de roca, delimitación entre el Norte y el Sur, en la cual estoy encerrado.

He de poner aquí todavía algunas observaciones sobre el tiempo, que sin duda por lo mucho que en él me ocupo, me es favorable. En la tierra llana recibimos el tiempo bueno o malo, cuando ya viene hecho; en la montaña, por el contrario, al formarse; me sacudió esto tantas veces, cuando en mis viajes, paseos y cacerías he pasado días y noches en montes arbolados, entre rocas y peñas, que me ha

entrado una manía, —por otra cosa no quiero darla—, que no puedo desechar, como no pueden desecharse en nada las manías. La veo en todas partes como si fuese verdad, y así voy a decirla, que, sin esto, con bastante frecuencia pongo a prueba la indulgencia de mis amigos.

Consideramos las montañas, más o menos cerca o lejos y vemos sus cimas, unas veces brillando al sol, otras envueltas en niebla, coronadas de tormentosas nubes, fustigadas por la lluvia, cubiertas de nieve, y todo esto se lo achacamos a la atmósfera, porque mediante nuestros ojos podemos ver y apreciar sus movimientos y cambios. Al contrario, las montañas, para nuestros sentidos externos, permanecen en su acostumbrada figura inmóviles, las tenemos por muertas, porque están entorpecidas; las creemos inactivas, porque descansan.

Pero yo, hace mucho tiempo que no puedo desprenderme de la idea que una acción interna, silenciosa y secreta suya, tiene gran parte en los cambios que manifiesta la atmósfera. Es decir, creo que, en general, la masa de la tierra, y por consiguiente más sus fundamentos, al salir al exterior, no pueden ejercer acciones atractivas, constantes y siempre iguales, sino que su poder de atracción se exterioriza en ciertas pulsaciones, de suerte que por internas necesidades o quizás por accidentales causas externas, unas veces se aumenta y otras disminuye. Los ensayos que pudieran hacerse para demostrar tales oscilaciones, serían demasiado limitados y toscos. La atmósfera es suficientemente sutil y amplia para enterarnos de aquellas energías silenciosas. Se aminora en lo más mínimo aquella potencia atractiva; enseguida el rebajamiento de la pesadez y la disminución de la elasticidad del aire, nos dan cuenta de este cambio. La atmósfera no puede ya sostener la distribución química y mecánica de la humedad que contiene; las nubes se bajan, la lluvia se desprende y a torrentes cae sobre la tierra. Pero aumentan las montañas su fuerza, vuelve a restablecerse la elasticidad del aire y se originan dos interesantes fenómenos. A la vez reúnen las montañas en su derredor tremendas masas de nubes; las sostienen, fuertes y apretadas sobre sí como una segunda cima hasta que, obligadas por interna lucha de la fuerza eléctrica, se deshacen en granizo, niebla y lluvia. Enseguida actúa el aire elástico restante, que se encuentra capaz de emplearse en tomar

más agua y disolverla. Yo vi con entera claridad la consumación de una de estas nubes. Colgaba del pico más alto y la iluminaban arreboles. Lentamente, lentamente iban sus límites deshaciéndose. Trozos semejantes a copos de algodón, se desprendían a veces y se elevaban; desaparecían, y así desapareció, poco a poco, toda la masa y fue para mis ojos como rueca propia y completamente hilada por invisible mano. Si mis amigos se han reído del observador ambulante del tiempo y de sus teorías, declaro que quizás por algunas otras consideraciones les doy igualmente ocasión de reírse. He aquí cómo mi viaje es una verdadera huida, motivada por las molestias que sufro en el grado cincuenta y uno y la esperanza de hallar, en el grado cuarenta y ocho, una verdadera tierra de Gosen. Pero me engañé, como era natural que me engañase. No sólo la altura del polo hace el clima y el tiempo, sino las cordilleras, sobre todo aquellas que cortan las tierras de Levante a Poniente; en estas ocurren siempre grandes cambios, y las del Norte llevan la peor parte. Así parece haber sucedido este verano en toda la parte Norte de la gran cadena Alpina, donde escribo esto. Aquí los últimos meses llovió sin cesar, y el Sudeste y Sudoeste llevaron las lluvias hacia el Norte. En Italia deben haber tenido buen tiempo, demasiado seco tal vez. Digamos ahora algo de las plantas, sobre las cuales tienen la elevación del suelo y la humedad influencias muy diversas. Tampoco en esto he encontrado grandes cambios, aunque sí mejora.

En el Valle de Inspruck, las manzanas y las peras abundaban, pero en cambio los melocotones y las uvas venían de Italia o del Mediodía del Tirol. Hacia Inspruck cultivan mucho maíz y trigo sarracénico o negro, que llaman Blende. Subiendo al Brenner vi los primeros alerces, y por Schenborg los primeros pinos de piñones. ¿Me habría preguntado aquí la hija del arpista qué árboles eran? Respecto de las plantas, me siento aún bastante novato. Hasta Múnich sólo me ha parecido ver las usuales. Mi viaje acelerado de día y de noche no se presta a tan delicadas observaciones. Cierto que llevo conmigo mi Linneo y muy aprendida su terminología. Pero ¿dónde tengo tiempo y sosiego para analizar? Lo cual, por otra parte, si es que me conozco bien, nunca será mi fuerte. Por esta razón aguzo mis ojos para abarcar todo lo que es general, y cuando vi en el lago de Walchen la primera genciana, recordé que hasta

aquí siempre he observado las plantas nuevas a la orilla del agua.

Lo que más ha llamado mi atención es la influencia que parece tenerla altura de las montañas sobre las plantas. No solamente las he encontrado nuevas, sino modificado el desarrollo de las conocidas. En las comarcas bajas, las ramas y los tallos son más fuertes, las hojas más anchas y los botones están más cerca unos de otros. Subiendo a la montaña, ramas y tallos aparecen más tiernos; los brotes tan separados, que de uno u otro hay un espacio grande y las hojas se presentan más lanceoladas.

Observé esto en un sauce y una genciana, y me convencí que no eran las del valle y las del monte especies distintas. También en el lago de Walchen advertí juncos más largos y delgados que en la tierra baja. Los Alpes calizos, que hasta ahora he atravesado, tienen color pardusco y formas bellas, caprichosas e irregulares. Aunque repartidas igualmente en capas y bancos, por efecto de violentas sacudidas, estas capas han brotado fuera; esto y la desigual eflorescencia de las rocas, es la causa de que aparezcan crestas y picos de una manera tan rara.

Esta suerte de montaña continúa hasta mucho más arriba del Brenner. En la región de los lagos superiores encontré una variante. En un esquisto micáceo, verde, obscuro y gris obscuro, fuertemente compenetrado de cuarzo; se halla una piedra caliza más blanda y compacta, que al romperla se encuentra micácea. Aparece en enormes masas, pero quebradas y muy numerosas. Más arriba se muestra una especie particular de gneis, o más bien, una suerte de granito en forma de gneis, como en la región de Elbogen. Aquí arriba, cerca de la casa, la piedra es esquisto-micáceo. Las aguas que bajan de la montaña sólo traen esta piedra y cal gris. No debe estar lejos el granito sobre el cual se asienta todo. El mapa indica que me encuentro al lado del gran Brenner, propiamente dicho, del que descienden las aguas para repartirse en contorno.

Del aspecto de la raza he sacado en consecuencia esto: la nación es animosa y recta. Las caras son casi todas semejantes: ojos obscuros, rasgados y cejas muy bien dibujadas en las mujeres; al contrario, cejas grandes y rubias en los hombres. A estos dan alegre aspecto, entre las rocas grises, los sombreros verdes. Los llevan adornados de cintas o de anchas bandas de seda con fleco,

graciosamente prendidas con alfileres, y cada uno ostenta, e su sombrero, una pluma o una flor.

En cambio, se construyen las mujeres, con algodón blanco velludo, gorros anchos, que parecen mal formados gorros de dormir de hombre. Esto les da aspecto muy extraño: fuera de su país llevan el sombrero de hombre, que viste tan bien. He tenido ocasión de ver cuánto valor da la gente del pueblo a las plumas de pavo real, y en general lo que se aprecia toda pluma de colores. El que quisiera recorrer estas montañas debería llevar muchas consigo. Una de tales, dada en su tiempo y sazón, sería acogida como la mejor propina.

Mientras reúno, en un paquete bien cerrado, al cual doy conveniente dirección, estas hojas sueltas para que mis amigos puedan tener pronto noción de lo que hasta ahora me ha ocurrido y para desahogar mi alma de lo que he pensado y me ha acontecido, miro con cierto temor varios paquetes acerca de los cuales tengo que hacer confesión sucinta y clara. ¿No son mis acompañantes? ¿No tendrán acaso influencia considerable en mis días venideros? Llevé conmigo a Carlsbad todos mis escritos, a fin de preparar definitivamente la edición, encomendada a Göschen. Los inéditos los tenía hace mucho tiempo copiados por la experta mano del secretario Vogel. Este me acompañaba para prestarme su ayuda; por consiguiente, me encontré en condiciones, gracias a la fiel colaboración de Herder, de enviar al editor los cuatro primeros volúmenes, y estaba en la idea de hacer lo mismo con los otros cuatro. Consistían en trabajos sólo bosquejados o en fragmentos, que, con mi mala costumbre de empezar mucho y dejarlo después, porque el interés se aminora con los años, los quehaceres y las distracciones, habían ido poco a poco aumentando. Como tenía conmigo todo eso, hube de acatar gustoso el mandato de la inteligente sociedad de Carlsbad, leyéndoles todo lo que les era desconocido. Se quejaron y lamentaron de que no se diese cima a trabajos que podían proporcionarles más largo entretenimiento.

La fiesta de mi cumpleaños sirvió principalmente para que recibiese muchas poesías, en nombre de mis emprendidos y descuidados trabajos, en las cuales poesías cada uno, a su manera, se quejaba de mí proceder. Entre otras se señalaba una composición

poética en nombre de los pájaros, donde una de estas alegres criaturas pedía con urgencia a su amigo fiel, que se fundase y organizase prontamente su innumerable imperio, así como se lo había prometido. No menos ingeniosas y lindas eran las manifestaciones sobre mis otras obras, de modo que les volvieron a dar vida y comuniqué a los amigos, con el mayor placer, mis propósitos y planes completos. Con este motivo se avivaron los deseos, se hicieron insistentes las pretensiones, y Herder ganó la partida. Trató de convencerme que debía llevar conmigo esto papeles, sobre todo Ifigenia, para dedicarle la atención que merecía. La pieza, tal como se halla en la actualidad, es mejor bosquejo que obra acabada. Está escrita en prosa poética que a veces se termina en ritmos yámbicos y se asemeja también al verso libre. Esto perjudica mucho a la acción, si no se ve muy bien y no se saben ocultar las faltas mediante ciertos artificios. Herder me lo encomendó con el mayor encarecimiento, y habiéndole ocultado, lo mismo que a todo el mundo, mis grandes proyectos de viaje, creyó que sólo se trataba de una excursión a las montañas. Como siempre se burla de la Geología y de la Mineralogía, me aconsejó que, en lugar de martillar piedras, emplease mis instrumentos de trabajo en aquella obra. Obedecí también razonadas insistencias, pero hasta el presente no me fue posible consagrarme a tal objeto. Ahora saco a Ifigenia del paquete, para que venga conmigo al país hermoso y templado.

El día es largo: la meditación de la noche sin importunos, y los admirables cuadros del mundo no perjudican, en manera alguna, al sentido poético, antes bien lo solicitan: acompañado de movimiento y de aire libre, sale más pronto fuera y con mayor vida.

Del Brenner a Verona

Trento 10 de septiembre de 1786

Recorrí la población, que es viejísima, y tiene, en algunas calles, casas muy bien construidas. En la iglesia hay un cuadro que representa a todo el Concilio oyendo un sermón del general de los Jesuitas. Quisiera saber si los convenció. La iglesia de estos Padres se distingue por las columnas de mármol rojo de su fachada. Una pesada cortina cierra la puerta para que no entre el polvo. La levanté y entré en el pórtico, que es pequeño. La iglesia, propiamente dicha, se halla cerrada, con verja de hierro, dispuesta de manera que puede verse el interior. Todo lo vi silencioso y como muerto; pues en ella no hay culto: la puerta exterior estaba abierta al igual que todas las iglesias en la hora de vísperas. Contemplaba todavía la arquitectura, semejante a la de todas las iglesias de estos Padres, cuando entró un anciano, que se quitó al punto su gorro negro. Su traje talar raído denunciaba un eclesiástico pobre. Se arrodilló delante de la verja, y después de corta oración se levantó. Al marcharse iba diciendo a media voz: «¡Echaron a los Jesuitas! ¡Deberían haberles pagado lo que costó la iglesia! Yo sé bien cuánto ha costado, y el Seminario: ¡Cuántos miles de escudos!». En esto salió y dejó caer tras sí la cortina, que levanté un poco y sostuve.

Se quedó en el primer escalón, y decía: «el Emperador no hizo esto; lo hizo el Papa». Vuelta la cara a la calle, y sin sospechar de mí prosiguió: «Primero los españoles, después nosotros, luego los franceses. ¡La sangre de Abel clama contra su hermano Caín!». Entonces bajó la escalera sin cesar de hablar consigo mismo, y tomó la calle. Verosímilmente era un hombre a quien los Jesuitas sostenían, y que, de resultas de la tremenda caída de la Orden, perdió el juicio, viniendo ahora todos los días a la desierta nave en busca de los antiguos habitantes, y después de corta plegaria, maldecía a sus enemigos. Un joven a quien pregunté acerca de lo

notable de la población, me enseñó una casa que llaman «la casa del diablo», y que el mal espíritu, de ordinario hábil destructor, levantó —dicen— en una noche con piedras traídas por el ensalmo. Lo digno de atención no lo advirtió el buen muchacho, y consiste en ser la única casa de buen gusto que vi en Trento, edificada indudablemente en tiempos antiguos por un excelente alarife italiano. A las cinco de la tarde me puse en camino y se repitió lo de la noche anterior, principiando el cascabeleo de las cigarras al ponerse el sol. Durante una milla larga se viaja entre muros, por cima de los cuales sobresalen los emparrados.

Trataron de levantar algunos, más bajos, con piedras, espinos y otras artes, para preservar las uvas del merodeo de los transeúntes. Muchos propietarios riegan los racimos más visibles con lechada de cal, que hace las uvas incomibles y no perjudica al vino, porque la fermentación lo elimina todo.

Trento 11 de septiembre de 1786

Después de ocupaciones continuas, durante cincuenta horas completas, llegué ayer a las ocho de la noche. Lo primero que hice fue descansar, y ya me encuentro dispuesto a continuar mi relato. La noche del nueve, después de terminada la primera parte de mi diario, quise dibujar del natural el mesón del Correo, en el Brenner; pero no me salió bien: erré el carácter de la cosa y me retiré medio disgustado. El maestro de postas me preguntó si no querría seguir el viaje. Hacía luna y el camino era excelente. Sabía que necesitaba sus caballos para el acarreo de la última hierba seca, y de buena gana los vería de vuelta a tiempo. Acepté el consejo, aunque era interesado, en gracia de avenirse bien con mis inclinaciones interiores. El sol volvió a brillar, el aire era soportable, hice mis paquetes, y a las siete continué el viaje. Las nubes se disiparon en la atmósfera y la noche estuvo muy buena.

El postillón dormía mientras los caballos bajaban, a trote vivo, el camino bien conocido de la montaña. Cuando llegaban a un llano y acortaban el paso, el postillón despertaba y los volvía a arrear. Así llegué, muy deprisa, por entre altas rocas, al río Etsch, de rápida corriente. La luna, al levantarse, iluminaba objetos fantásticos. Algunos molinos, entre viejísimos pinos, sobre el río espumoso, eran verdaderos Everdingen.

Cuando llegué, a las nueve, a Sterzing, me hicieron entender que deseaban verme de nuevo en camino. En la posta de Mittenwald, a las doce, encontré todo sumido en el sueño, excepto el postillón, y lo mismo sucedió en Brixen, donde igualmente me echaron fuera; de manera que con el día llegué a Kollmann. Los postillones guían de manera que pierde uno la vista y el oído, y me da pena recorrer estos lugares hermosísimos con horrible prisa, de noche y a modo de vuelo. Sin embargo, interiormente, no dejaba de alegrarme al

verme arrastrado, por un viento favorable, al término de mis deseos.

Al abrir el día distinguí la primera colina, cubierta de viña. Una mujer me ofreció peras y melocotones, y nada ocurrió hasta Deutschen, donde llegué a las siete, y de igual modo me despidieron. Por fin, cuando ya el sol estaba alto, después de adelantar un poco, descubrí el valle donde se halla Botzen. Rodeado de montañas escarpadas y cultivadas hasta cierta altura, se abre al mediodía y lo protegen, al Norte, los montes del Tirol. Suave y apacible ambiente llenaba el lugar. El Etsch vuelve a torcerse hacia el Mediodía. Las colinas, al pie de las montañas, están plantadas de vides, guiadas en forma de emparrados bajos. Las uvas tintas cuelgan graciosamente de su techumbre, y maduran con el calor del cercano suelo. También en lo llano del valle, donde apenas hay sino praderas, cultivan la vid en parras estrechas, y a los lados del maíz, cuyos tallos suben siempre más altos. Los he visto con frecuencia de hasta diez pies. Los tallos de las flores todavía no los cortaron, según acostumbran al acercarse la madurez del fruto.

Llegué a Botzen con sol muy fuerte. Las numerosas caras de mercaderes reunidos me hicieron gracia. Allí se ve el bienestar expresado muy al vivo. En la plaza, las mujeres venden fruta en cestos redondos y chatos, de cuatro pies de diámetro, donde los abridores se ven uno al lado de otro para que no se opriman, y lo mismo las peras. Se me vino aquí a la memora lo que vi escrito en la ventana de la posada de Ratisbona.

> Comme les pêches et les melons Sont pour la bouche d’un
> baron Ainsi les verges et les bâtons Sont pour les fous, dit Salomon.

Evidentemente, era un barón del Norte quien tal escribió, y es muy natural que si estuviese aquí cambiaría sus ideas.

La feria de Botzen da salida a mucha seda. También van paños, y todo cuanto se hace de cuero en los lugares de montaña. Vienen

muchos mercaderes, principalmente para reembolsar dinero, recibir pedidos y abrir nuevos créditos. Tuve deseos de examinar de cerca todos los productos allí reunidos; pero el barullo y la intranquilidad que había en pos de mí, no me dejaban en paz y apresuré la marcha. Además, confío que en nuestros tiempos de estadística todo esto se encuentra impreso y puede aprenderse en los libros. Ahora sólo busco la impresión de las cosas sobre los sentidos, que ni libros ni estampas pueden dar. Se trata de volver a tomar interés por el mundo, de probar mi espíritu de investigación, de saber a cuánto alcanzan mi sabiduría y conocimientos; si la luz de mis ojos es limpia y clara, cuántos objetos puedo percibir de golpe, si los pliegues que se han impreso en mi alma pueden volver a deshacerse. Ahora que me sirvo a mí mismo tengo que estar siempre atento, siempre en las cosas presentes: estos pocos días dieron a mi espíritu elasticidad desusada: tengo que ocuparme en el curso del dinero, cambiar, contar, apuntar, escribir; mientras antes no hacía sino pensar, sentir, mandar y dictar. De Botzen a Trento hay nueve millas de camino por un fértil valle. Todo lo que trata de vegetar en las montañas tiene aquí más fuerza y más vida; el sol calienta, y vuelve uno a creerlo un dios.

Una pobre mujer me llamó rogándome que cogiese a su niño en el coche, porque el suelo le abrasaba los pies. Ejercí la caridad en honor de la potente luz del cielo. El niño iba estrafalariamente vestido, y en ninguna lengua pude hacerle hablar palabra.

Corre el Etsch más tranquilamente, y a sitios deja al descubierto depósitos de arena gorda. Entre el río y las colinas, y en la vertiente de estas, las plantaciones se hallan tan juntas que parecen deber ahogarse unas a otras. Viñedos, maíz, moreras, manzanos, perales, membrillos y nogales. El yezgo se cimbrea sobre los muros, extiende la hiedra sus gruesos tallos por las piedras que tapiza, los lagartos se introducen en las grietas, y todo cuento vemos al pasar nos ofrece el cuadro más artístico: las trenzas atadas de las mujeres, los pechos desnudos y los ligeros jubones de los hombres.

Los magníficos bueyes que vuelven del mercado a casa, los borriquillos cargados; todo representa un animado cuadro de Enrique Roos. Y cuando al caer la tarde, con el aire enteramente tranquilo, algunas nubes descansan sobre las montañas, y otras,

mejor que pasan se detienen en el cielo. Y luego al ponerse el sol comienza el chirrido de las cigarras, entonces vuelve uno a sentires en el mundo como en su tierra, y no desterrado y escondido. Paréceme como si aquí hubiese nacido o me hubiese criado, y ahora volviese de un viaje a Groenlandia, o de una pesca de ballenas. Con el mismo agasajo saludo el polvo de la patria que muchas veces se levanta alrededor de mi carruaje, y del que no tenía noticia desde hace tiempo. El canto de las cigarras, penetrante y no desagradable, me gusta en extremo. Es un sonido alegre cuando en un campo los traviesos muchachos silban en competencia con estas cantadoras, y unos a otras parecen sobrepujarse. La noche es tan perfectamente suave como el día. Si alguno que viva en el Mediodía o de allí viniese, oyera mi entusiasmo, me tendría por pueril. ¡Ah! Lo que ahora expreso lo tengo sabido hace mucho tiempo, tanto cuanto he padecido bajo un cielo malo, y ahora siento, por excepción, esa alegría que deberíamos gozar siempre como satisfacción de una eterna necesidad de la Naturaleza.

Roveredo 11 de septiembre de 1789, tarde

Estoy en Roveredo, donde las lenguas se separan. Hasta aquí venían con tendencia del alemán al italiano. Ahora, por primera vez he tenido un postillón italiano puro. El huésped no habla alemán, y tengo que probar mi habilidad en la lengua. ¡Qué contento estoy de que esta lengua querida y viviente sea la usual!

Torbole 12 de septiembre de 1786, después de comer

¡Cuánto desearía a los amigos a mi lado para que pudieran deleitarse en la vista que tengo delante! Hoy, por la tarde, hubiera podido llegar a Verona; pero se me presentaba un aspecto de la Naturaleza tan magnífico, un espectáculo tan precioso, el lago de Garda, que no quise desperdiciarlo y me he quedado, bien recompensado, en el camino. Después de las cinco salí de Roveredo, subiendo por el costado de un valle que todavía vierte sus aguas en el Etsch. Cuando se llega a la cima, se ve, a cierta distancia, en el fondo, una tremenda barrera de rocas que es menester vencer para bajar al lago. Aquí se advierte las rocas calizas más pintorescas que pueden imaginarse. Bajando se encuentra un lugarcito al extremo Norte del lago, que es un puerto, o mejor una cala. Se llama Torbole. Ya, al subir, me acompañaran en el camino las higueras, y al descender del anfiteatro de las rocas encontré los primeros olivos cuajados de aceitunas. Vi entonces, por primera vez, como fruta vulgar, los pequeños higos blancos que me prometiera la condesa Lanthieri.

En mi habitación hay una puerta que conduce al patio. Puse delante la mesa para bosquejar la vista en algunos rasgos. Se ve casi todo el lago; sólo al extremo, a la izquierda, se oculta a nuestros ojos. Las dos orillas están bordadas de colinas y montañas, resaltando en todas partes innumerables lugarcillos.

Después de la media noche sopla el viento de Norte a Sur. El que quiera bajar al lago debe aprovechar tal tiempo, pues algunas horas antes de salir el sol cambia el viento hacia el Norte. En esta primera hora de la tarde sopla muy fuerte hacia mí, y refresca lindamente el ardor del sol. Me enseña Volkmann que el lago se llamó Benacus, y

cita un verso de Virgilio, que dice:

Fluctibus et fremitu resonans Benace marino.

Primer verso latino cuyo sentido veo ante mí viviente y que, en este momento, cuando el viento arrecia y las altas olas del lago se estrellan contra el puerto, es tan verdad como hace muchos siglos. Infinitas cosas han cambiado; pero algunas líneas de Virgilio siguen ennobleciendo todavía el tempestuoso viento del lago.

Escrito en el grado cuarenta y cinco, once minutos.

Al caer la tarde salí a paseo, y ahora me encuentro realmente en un país nuevo, en un círculo extraño. Los hombres viven una vida indolente y holgazana. En primer lugar, las puertas no tienen cerrojos; sin embargo, el huésped me aseguró que podía estar tranquilo, aunque todo cuanto conmigo traigo fuesen diamantes. En segundo lugar, las ventanas, en vez de cristales, tienen papeles untados de aceite. En tercer lugar, hay tan absoluta carencia de comodidades, que parece cercano el estado primitivo. Preguntado al mozo de la posada por cierto lugar necesario, me señaló el corral, diciendo: «Qui abasso puó servirse». Yo le dije: «Dove?». «¡Da per tutto, dove vuol!» respondió amistosamente.

En todas partes se nota el mayor descuido, aunque hay vida y bastantes ocupaciones. ¡Todo el día sostienen algo que hacer, algo en qué ocuparse! No he visto mujer ociosa.

El mesonero me dijo, con su énfasis italiano, que era mucha su satisfacción al poderme servir las más exquisitas truchas. Las cogen en Torbole, donde baja de la montaña el río, cuyo camino busca el pez subiendo. Por arrendamiento de esta pesca recibe el Emperador diez mil florines. No hay propiamente truchas pequeñas, sino gordas; algunas de cincuenta libras de peso y salpicadas de puntitos por todo el cuerpo y hasta la cabeza; el gusto entre trucha y salmón, delicado y excelente. Pero mi verdadero regalo son las frutas, higos y peras, que bien pueden ser sustanciosas donde ya maduran los limones.

Malsesina 13 de septiembre de 1786, tarde

Esta mañana, a las tres, salí de Torbole con dos remos. Al principio era el viento favorable y pudo hacerse uso de la el. La madrugada estaba hermosa, aunque cubierta. Pasamos por delante de Limona, cuyos jardines montuosos, formados en terrazas plantadas de limoneros, son muy hermosos y ricos. En todos ellos se ven filas de pilastras blancas y cuadradas, que escalonadas unas sobre otras, dibujan la montaña. Sobre las pilastras hay tendidas fuertes traviesas que en invierno soportan las cubiertas de los árboles entre ellas plantados. Como navegábamos lentamente, pude contemplar a mi placer cosas agradables. Pasáramos Malsesina, cuando el viento, siguiendo su acostumbrado cambio diario, soltó completamente al Norte. Los remos podían poquísimo contra fuerza superior, y tuvimos que arribar a Malsesina. Es el primer lugar perteneciente a Venecia, en la parte oriental del lago. Cuando uno tiene que habérselas con el agua, no puede decir: «Hoy estaré aquí o allí». Aprovecharé esta dilación lo mejor posible, sobre todo dibujando el castillo, cercano del agua en un sitio bellísimo: hoy, al pasar delante, hice de él un bosquejo.

Verona 14 de septiembre de 1786

El viento contrario, empujándome ayer al puerto de Malsesina, me preparaba una aventura peligrosa que arrostré animosamente, y que aparece en mi recuerdo de manera bien singular. Según lo prometido, fui a la mañana siguiente despacio al antiguo castillo que, sin puertas ni guardianes, es accesible a todo el mundo. Me senté en el patio frente a la vieja torre, levantada sobre rocas. Encontré sitio muy cómodo para dibujar. Una puerta cerrada en la muralla, elevada sobre tres o cuatro escalones; portadita de piedra muy adornada, parecida a las que se encuentran frecuentemente en vetustos edificios de nuestro país. No había estado mucho tiempo sentado, cuando entraron en el patio algunos hombres, me miraron y se pusieron a andar de un lado a otro. Aumentó la gente y, por fin, se pararon todos, rodeándome. Bien advertí que mi dibujo llamaba la atención; pero no me di por entendido y continué. Al fin un hombre se dirigió a mí, no con las mejores maneras, y me preguntó qué hacía. Le contesté, que dibujaba la antigua torre, deseando conservar un recuerdo de Malsesina. Él repuso que aquello no se permitía y que lo dejase. Como lo decía en dialecto veneciano, que yo en realidad apenas comprendía, dije que ignoraba lo que quería decir. Entonces, con verdadera tranquilidad italiana, cogió la hoja y la rasgó, aunque dejándola sobre la cartera. Noté por esto cierto disgusto en los circunstantes, y una viejecilla particularmente dijo que no estaba bien: que debían llamar al Podestá, el cual sabía juzgar a derechas cosas como la presente. Yo permanecía en la escalera, la espalda apoyada en la puerta, y observaba al público, siempre creciente. Las mirada fijas y curiosas, la expresión de benevolencia en la mayor parte de las caras y lo que puede caracterizar de manera gráfica a la masa de un pueblo extranjero, me hizo impresión gustosísima. Creía ver delante de mí

el coro de pájaros que yo mistificara tantas veces en el teatro de Ettersburgo[2]. Esto me afianzó en mis buenas disposiciones, y cuando llegó el Podestá y su actuario, le saludé con naturalidad, y a su pregunta de por qué dibujaba la fortaleza, contesté resueltamente que no reconocía por fortaleza aquellas paredes. Les llamé la atención a él y al pueblo, acerca de la ruina de aquella torre y de aquellas murallas, de la carencia de puertas; en una palabra, sobre el estado general de debilidad, y dije que no había pensado ver y dibujar sino una ruina.

Me preguntaron entonces qué podía tener aquello de notable si era sólo una ruina. Les respondí circunstanciadamente (porque quería ganar tiempo y darme gusto) que bien sabían de los muchos viajeros que iban a Italia atraídos por las ruinas. Que Roma, la capital del mundo, asolada por los bárbaros, quedara llena de ruinas que fueron dibujadas cientos y cientos de veces; que no todo lo de la antigüedad hallábase tan bien conservado como el anfiteatro de Verona, que iba a ver enseguida.

El Podestá, que estaba delante de mí, pero más abajo, era un hombre alto, no flaco, que podría tener unos treinta años. Las obtusas facciones de su cara, nada inteligente, se concertaban con su manera de preguntar pausada y oscura. El alguacil, más pequeño y expeditivo, no parecí tampoco reconocerse en tan nuevo y raro caso. Continué hablando acerca del particular; parecían oírme gustosos, y volviéndome a ciertos rostros benévolos de mujeres, creí encontrar aprobación y aquiescencia. Como mencioné el anfiteatro de Verona, que en el país se conoce por el nombre de Arena, me dijo el alguacil, que mientras tanto había reflexionado, que aquel era un monumento romano celebrado por todo el mundo, pero que en esta torre no había nada notable: sólo era el límite del territorio de Venecia y los estados del Emperador de Austria, por cuyo motivo no debía consentirse fuese espiada. Sobre esto hice extensas aclaraciones, diciendo que no solamente las ruinas antiguas griegas y romanas eran dignas de atención, sino también las de la Edad Media. A ellos no se les podía censurar si en esos edificios, conocidos desde su juventud, no encontraban tantas bellezas pintorescas como yo descubría. Por fortuna, bañaba el sol de la mañana torre, roca y murallas de la más hermosa luz, y comencé a describirles aquel cuadro con entusiasmo. Tenían a sus espaldas tan

celebrados objetos, y como no querían dejar de estar frente a mí, volvieron la cabeza todos a un tiempo, semejantes a aquellos pájaros nombrados torcecuellos, para ver con sus ojos lo que yo recomendaba a sus oídos. Hasta el mismo Podestá se tornó, aunque con más lentitud, hacia el cuadro descrito. La escena me pareció tan risible, que aumentó mi buen humor, y no les perdoné ni la hiedra que había engalanado espléndidamente durante siglos y siglos piedras y muros.

El actuario replicó que aquello sonaba muy bien; pero que el emperador José era un señor intranquilo, que de seguro tramaba algo contra la república de Venencia, y yo podía muy bien ser súbdito suyo y su enviado para espiar la frontera.

Muy lejos —respondí— de pertenecer al Emperador de Austria, tengo a gala y me honro de ser ciudadano de una República que, en verdad, ni en poder ni en grandeza puede ser comparada con el ilustrísimo Estado de Venecia, pero que se gobierna a sí misma; y en asuntos comerciales, en riqueza y en el saber de sus prefectos no le va en zaga a ninguna ciudad de Alemania. En una palabra, soy natural de Fráncfort, sobre el Main, ciudad que de nombre y fama os es, sin duda, conocida.

—¡De Fráncfort, sobre el Main! — exclamó una mujer joven y guapa—. Muy bien puede ser verdad, señor Podestá, lo que dice el extranjero, que me parece un hombre de bien a carta cabal. Llámese a Gregorio, que estuvo allá mucho tiempo sirviendo, y podrá mejor que nadie aclarar el asunto.

Ya las caras benévolas aumentaban. Mi primer contrario había desaparecido; y cuando vino Gregorio, la cosa cambió por completo a mi favor. Era un hombre como de cincuenta años, una de esas caras morenas bien marcadas italianas. Hablaba y se expresaba como a quien lo extranjero no es extraño. Me contó que estuviera al servicio de los Bolongaro, y tenía gusto en saber por mí algo de esta familia y de la ciudad que recordaba con placer. Felizmente, su estancia allí cuadraba con mis juventudes, y tuve la doble ventaja de poderle decir bastante de lo ocurrido en su tiempo y de las mudanzas que sobrevinieron después. Le hablé de todas las familias italianas, de las cuales ninguna me era desconocida. Se alegró mucho a algunas cosas, por ejemplo, cuando le dije que el Sr. De

Allesina celebró sus bodas de oro en 1774, con cuyo motivo habían acuñado una medalla, que yo poseía. Se acordaba muy bien que la esposa de este opulento negociante era bretona de nacimiento. También le hablé de los hijos y nietos de la casa, cómo se habían criado y establecido, y cómo se habían casado y convertido, a su vez, en padres y abuelos.

Conforme le iba dando noticias claras de casi todo lo que me preguntaba, cambiaba la expresión, alegre o seria, de la cara del hombre. Estaba satisfecho y conmovido: la gente se animaba cada vez más, y no entendiendo nuestro doble idioma, tenía él que traducirles, una parte en su dialecto.

Por fin —dijo—. Sr. Podestá: estoy convencido de que este es un buen señor, aficionado a las Artes, bien educado, que viaja instruyéndose. Debemos dejarlo ir amistosamente, para que hable bien a sus compatriotas de nosotros y los anime a visitar Malsessina, cuya hermosa situación es digna de que la admiren los extranjeros. Yo reforcé estas palabras amistosas, alabando el lugar y los habitantes, sin olvidar las autoridades, en su calidad de hombres sabios y precavidos.

Todo se tuvo por bueno, y obtuve permiso para ver el lugar y sus cercanías, siendo mi fiador el Sr. Gregorio. El huésped que me albergaba se unió a nosotros, regocijándose, por adelantado, de los extranjeros, que tumultuosamente le llegarían en cuanto la superioridad de Malsessina se pusiese en claro. Con viva curiosidad examinaba él todo mi traje, pero muy en particular a las pistolas pequeñas, que cómodamente se pueden llevar en el bolsillo. Consideraba dichosos a cuantos podían usar tan bonitas armas, que a ellos les estaban prohibidas bajo penas severísimas. Interrumpí algunas veces estas afables importunidades para mostrarme agradecido a mi libertador.

No me dé V. gracias —afirmó el excelente hombre—. No me debe V. nada. Si el Podestá entendiese lo que trae entre manos, y no fuese el actuario el más interesado de los hombres, no le hubiesen dejado a V. en libertad. Aquel estaba más perplejo que V., y a este no le hubiesen valido una blanca, ni su arresto de V., ni el informe, ni siquiera la conducción a Verona. Esto lo comprendió enseguida, y antes que la conversación terminase ya estaba V. libre.

El buen hombre me llevó por la tarde a su viña, muy bien situada, bajando al lago. Nos acompañaba un hijo suyo de quince años, que se subía a los árboles para alcanzarme la mejor fruta, mientras su padre buscaba los racimos más sazonados.

Entre estos hombres desconocidos y benévolos, en el infinito aislamiento de aquel rincón de la tierra, enteramente solo, reflexionando en la aventura del día, comprendí, con toda claridad, cuán extravagante ser es el hombre, que sólo por el capricho de apropiarse el mundo y lo que contiene, entendiéndolo de una manera particular, se hace con frecuencia difícil y peligrosos aquello que puede gozar seguramente con comodidad y en buena compañía.

Cerca de la media noche me acompañó mi posadero a la barca, llevando el cesto de frutas que me regalara Gregorio, y dejé, con viento favorable, aquella tierra, que amenazó ser para mí de Lestrygons.

Ahora, volvamos a mi viaje, que terminó feliz, después de haberme extasiado en la admiración de aquel espejo de agua y sus lombardas orillas. Allí, donde el poniente de la montaña cesa de ser escarpado y el paisaje hasta el lago cae llano, están por orden, y en legua y media de extensión, Gariñano, Bojaco, Cedina, Toscolano, Maderno, Gardom y Saló, la mayoría edificadas en fila. No hay palabras que puedan expresar la gracia y la belleza de país tan poblado y rico. A las diez de la mañana salté en tierra en Bertolino. Cargué mi equipaje en un mulo y monté en otro. Va el camino por una eminencia divisoria del valle del Etsch y del lago: las aguas primitivas, impeliéndose en espantosa corriente unas contra otras, parecen haber formado un colosal dique de piedras. En tiempos más tranquilos se depositaron en él tierras fértiles de cultivo, más el labrador no puede librarse de la plaga de cantos rodados que constantemente sale a la superficie. Por todos los medios posibles trata de deshacerse de ellos, los coloca en capas al lado del camino, formando murallas espesas. La morera, faltando la humedad, no prospera en la altura. No hay que pensar en manantiales: de cuando en cuando se han procurado charcas de agua de lluvia donde los mulos y sus conductores apagan la sed. Abajo, en el río, instalaron norias destinadas al riego de las plantaciones inferiores. No hay

palabras para encarecer la esplendidez del nuevo paisaje que a la bajada se descubre. Es un jardín de una milla de ancho y largo, completamente llano, lleno de primores, al pie de una montaña alta y escarpada. Así llegué el 14 de septiembre cerca de la una a Verona, donde, en primer lugar, escribo esto; después doy fin y remate a la segunda parte de mi diario, y me prometo a la tarde, con excelentes disposiciones, visitar el anfiteatro.

Del tiempo que hizo este día diré lo siguiente: desde las nueve a las diez de la noche unas veces despejado y otras cubierto; la luna conservó siempre un círculo de vapores a su alrededor. Por la mañana, a las cinco, se cubrió todo el cielo de nubes grises, no muy pesadas, que desaparecieron al adelantar el día. Cuanto más bajábamos, mejor estaba el tiempo. Cuando en Botzen dejé al Norte la gran cadena de montañas, la disposición del aire era muy diferente. Es decir, se veía en los diversos paisajes, separados agradablemente unos de otros por un azul más o menos intenso, que la atmósfera tenía el poder de sostener un tenue vapor, del que estaba saturada, y no caía en rocío ni lluvia, ni tampoco se reunía en nubes. Al llegar más abajo, pude observar que los vapores que subían del valle de Botzen y las fajas de nubes que, levantándose de las montañas del Mediodía, eran impelidas a las regiones superiores del Norte, no las cubrían, sino que las envolvían solamente en una suerte de niebla seca. En lo más lejano de la montaña puede observar una punta de arco iris. Hacia el Sur de Botzen tuvieron buen tiempo el verano entero: sólo en cuando en cuando un poco de agua (dicen acqua, para expresar la lluvia menuda) y enseguida el sol otra vez. También ayer caían por veces algunas gotas, y luego brillaba de nuevo el sol. No tuvieron, hace mucho tiempo, tan buen año; todo prosperó. Lo malo nos lo enviaron. De las montañas y de las piedras digo poco; pues los viajes a Italia de Ferber y Hacquet instruyen bastante acerca del camino. A un cuarto de legua del Brenner hay una cantera de mármol: la pasé a la hora del crepúsculo. Debe necesariamente descansar, como la del otro lado, sobre esquisto micáceo. Lo encontré en Kollmann al abrir el día. Bastante más abajo se mostraron los pórfidos. Eran las rocas tan magníficas y los montones de piedras tan apropiadamente cortadas al borde del camino, que no había sino elegir y empaquetar mesitas de gabinete, a la manera de Voigt. No me hubiera sido difícil coger

un trozo de cada clase si acostumbrase a tener miras y codicia en menor escala. A poco trecho de Kollmann, bajando, encontré un pórfido exfoliado en placas regulares, parecido a otro entre Branzol y Neumarkt, cuyas placas a su vez se separan en pilastras. Ferber las tuvo por productos volcánicos, pero eso era hace catorce años, cuando las cabezas no veían en el mundo sino fuego. Hacquet se ríe de esto.

Poco, y poco agradable, tengo que decir de los hombres. En cuanto fue de día, al bajar el Brenner, noté en las fisonomías cambio muy marcado. Me disgustó particularmente el color pálido cetrino de las muyeres: sus facciones denotaban miseria. Los niños daban asimismo lástima; los hombres parecían mejor. Las formas regulares y buenas en general. Creo encontrar la causa principal del estado enfermizo en el uso abundante del maíz y trigo sarracénico. Aquel, que llaman amarillo y este negro, se muelen, se cuecen y lo comen en forma de papillas espesas. Los alemanes de la otra parte, dividen la masa luego de cocida, y la fríen con manteca. Los tiroleses italianos suelen mezclarle queso rallado, y en todo el año no prueban carne. De necesidad aquello tiene que obstruir las primeras vías, particularmente en los niños y las mujeres, y el color caxético da claro indicio de esta perturbación. Comen además judías verdes, cocidas en agua y sazonadas con cabezas de ajo y aceite.

Pregunté si no había labradores ricos.

—Sí que los hay, —me contestaron.

—¿No se dan mejor vida, no se tratan mejor? —No; tiene ya hecha su costumbre.

—Entonces, ¿dónde colocan su dinero, ¿qué hacen para gastarlo? —¡Oh! Tienen sus señores, que se quedan con él otra vez.

Esto es el resumen de la conversación que tuve con la hija de mi posadero de Botzen.

Después supe por ella que los viticultores, que parecen estar mejor, son los que están peor, pues se ven entre las manos de los traficantes de las ciudades: en los años malos les adelantan dinero para vivir, y en los buenos se toman para sí el vino, poco menos que de balde. Sin embargo, en todas partes sucede lo mismo. Lo que

confirma mi opinión acerca de los alimentos es el mejor aspecto de las muyeres habitantes en las ciudades. Las caras de las muchachas, llenas y guapas; los cuerpos, para su fuerza y para el grueso de la cabeza, algo demasiado pequeños, pero las fisonomías amables y comunicativas. A los hombres ya los conocemos por los tiroleses ambulantes. En el país se ven menos rozagantes que las mujeres, sin duda porque estas se ocupan en trabajos corporales y de movimiento; los hombres, al contrario, hacen la vida sedentaria de los tenderos o los artesanos. En el lago de Garda encontré gentes muy morenas y sin el menor color en las mejillas, pero no enfermizos, sino muy sanos y de agradable aspecto. Deben causarlo los fuertes rayos que el sol envía al pie de estas rocas.

De Verona a Venecia

Verona 16 de septiembre de 1786

Así, pues, el Anfiteatro es el primer monumento de la antigüedad que veo, ¡y tan bien conservado! Cuando entré, y mejor aún, cuando di la vuelta a la cornisa, me pareció raro.

¡Una cosa tan grande y donde en realidad no había nada! Es que no debe verse vacío, sino lleno de gente, como lo dispusieron en obsequio de José I y Pío VI. Dicen que el Emperador, a pesar de su costumbre de ver delante masas de hombres, se quedó asombrado.

Pero, sin embargo, sólo en la antigüedad haría todo su efecto, cuando el pueblo era más pueblo que hoy. Porque, en verdad, un Anfiteatro es la cosa más apropiada para imponer al pueblo consigo mismo y para que se burle de sí mismo.

Cuando algún juego se hace en terreno franco y todo el mundo corre a verlo, los de detrás tratan por todos los medios posibles de subirse más altos que los que están delante: se suben a los bancos, ruedan toneles, aproximan carruajes, ponen tablas en diversos sitios, ocupan una eminencia vecina y así se improvisa un Circo. ¿Viene el juego con frecuencia a un mismo sitio? Pues arman ligeros tablados para los que pueden pagarlos, y el resto de la gente se la compone como puede. La satisfacción de esta necesidad general, es el problema que tiene que resolver el arquitecto. Dispone, por lo tanto, su Circo artísticamente; pero con la sencillez más completa, a fin de que el ornamento lo constituya el pueblo. Al verse así reunidos, debían admirarse de sí mismos; pues acostumbrados únicamente a correr unos detrás de otros, a encontrarse mezclados en una barahúnda sin orden ni sistema, el animal de cien cabezas y de mil ideas, vacilante y vagabundo de una parte a otra, se halla formando un cuerpo noble, una imponente unidad, reunido en una masa compacta, como una sola figura animada de una sola alma. La sencillez del óvalo es de la manera más agradable sensible a todos

los ojos, y cada cabeza sirve para formar la masa, por muy importante que su totalidad sea. Cuando se ve vacío, no hay término alguno de comparación, y no se sabe si es grande o pequeño.

Dignos de elogio son los veroneses por lo bien que conservan este monumento. Está construido de un mármol rojo que se ataca con el tiempo; así que, continuamente reponen las gradas carcomidas y aparece casi nuevo. Hay una inscripción que recuerda a un cierto *Hieronimus Maurigenus* y sus cuidados increíbles empleados en este monumento. De las murallas exteriores, que dudo se hubieran concluido nunca, sólo se ve un trozo. Ocupan las bóvedas inferiores en la gran plaza llamada *Il Bra* muchos y diversos artífices, y es curioso ver aquellos agujeros de nuevo llenos de vida.

Aquella puerta hermosísima, siempre cerrada, se llama *Porta Stupa* o del *Pallio*. Debiendo verse a gran distancia, no está bien pensada; porque el mérito de la construcción sólo se conoce de cerca. Explican de muchas maneras que esté siempre cerrada, y una tengo por probable. Quería el artista hacer de ella el ingreso del corso; pues no corresponde a la calle actual. El lado izquierdo de esta es de barracas, y en ángulo recto con el medio de la puerta existe un convento de monjas que hubiera sido preciso derribar. Por otra parte, es de suponer que los ricos no querrían edificar en sitio tan excéntrico; entonces acaso murió el arquitecto, y se acabó la cuestión, cerrándola. El pórtico del Teatro, con seis grandes columnas jónicas, tiene grandioso aspecto, y el busto, de tamaño natural, del marqués de Maffei, adornado de gran peluca, colocado encima de la puerta, delante de una hornacina figurada, que sostienen dos columnas corintias, hace mezquino, por el contraste. El sitio es adecuado; más debiera ser el busto colosal, en relación con el tamaño y la solidez de las columnas. Tal como está en su mensulilla resulta pequeño, y sin armonía para el conjunto.

También es pequeña la galería que encuadra con el vestíbulo, y los acanalados enanos dóricos, al lado de los bruñidos gigantes jónicos, hacen desdichado efecto. Puede perdonarse, en gracia de la hermosa instalación dispuesta bajo aquellas columnatas Cuantas antigüedades desenterraron en Verona y sus cercanías, las han

reunido aquí. Algunos objetos se encontraron en el mismo Anfiteatro. Son cosas etruscas, griegas y romanas, hasta los tiempos de decadencia y aun posteriores. Los bajorelieves, empotrados en la pared, con el número que a cada uno puso Maffei cuando les describió en su *Verona ilustrata*. Son altares, trozos de columnas y otros restos semejantes; un trípode de mármol blanco hermosísimo, con genios ocupados en los atributos de los dioses. Rafael idealizó este trípode, imitándolo, en los ángulos del palacio de la Farnesina.

El viento de los sepulcros antiguos, llega perfumado a través de una colina de rosas. Las pinturas sepulcrales, afectuosas y conmovedoras, representan la vida y no la muerte. Un hombre, al lado de su mujer, se asoma a su nicho como a una ventana. Más allá un padre y una madre, teniendo en medio a su hijo, se miran con indecible naturalidad. Aquí una pareja se da un apretón de manos; allí un padre descansa en un sofá rodeado de sus hijos, que lo entretienen. Estas piedras, vistas de cerca, me conmovieron profundamente. Son de arte reciente, pero sencillas, naturales, y, sobre todo, expresivas. No hay ningún guerrero de rodillas armado de todas armas esperando su resurrección bienaventurada. El artista, con más o menos ingenio, no hizo sino representar sencillamente la presencia de los hombres, continuando y manteniendo así su vida. No cruzan sus manos mirando al cielo; están juntos, tienen intereses comunes y se aman, todo lo cual está representado en la piedra, aunque con trabajo imperfecto y tosco, de manera deliciosa. Un pilar de mármol, ricamente ornamentado, me dio también nuevas ideas.

Por muy digno de elogios que esto sea, se observa enseguida que el noble espíritu de conservación que lo fundó, ya no existe. El precioso trípode está expuesto a caer deteriorado por el temporal del Este; con una cubierta de madera podría fácilmente conservarse tal tesoro.

El incompleto palacio del Proveditore, si estuviese terminado, sería hermosa obra arquitectónica. Los nobles construyen mucho todavía, pero desgraciadamente donde estaban las moradas antiguas; de consiguiente, en calles estrechas. Así levantan, en la actualidad, la magnífica fachada de un Seminario, en cierta callejuela de los arrabales más lejanos.

Pasando con el acompañante que me deparó la casualidad delante de la severa puerta de un edificio notable, me preguntó solícito si quería ver el patio. Era el palacio de Justicia, y por la altura del edificio parecía este patio horrible pozo. Aquí encierran, me dijo, los delincuentes y sospechosos detenidos. Miré, y en todos los pisos vi innumerables puertas abiertas, provistas de fuertes rejas de hierro, donde terminan otros tantos corredores. Al salir el preso de su calabozo para ir al interrogatorio, se queda al aire libre, aunque expuesto a todas las miradas; y como había a la sazón muchas salas de audiencia, sonaban las cadenas ya en unas, ya en otras galerías, en todo el edificio. Era una vista detestable, y no niego que el buen humor con que en Malsesina despaché a mis pájaros, se hubiera aquí disipado de pronto.

Al ponerse el sol me fui a la cornisa del Anfiteatro a gozar del panorama bellísimo de la ciudad y de las cercanías; estaba sólo, y allá abajo, sobre las anchas losas del Bra, se paseaba mucha gente; hombres de todas las clases y mujeres de clase media; estas, con sus capas negras, parecían, a la vista de pájaro, del todo momificadas.

El *Zendal* y la *Vesta*, que usa exclusivamente la clase, es moda muy apropiada a gentes no siempre cuidadosas de la limpieza, y que, sin embargo, se exhiben a la continua en iglesias y paseos. La *Vesta* es un jubón de tafetán negro, que se pone encima de la ropa. Cuando la falda de debajo es blanca y está limpia, una joven sabe levantar, con perfecta gracia, la negra, por un lado. Este jubón o vestido, ceñido en la cintura, cubre los bordes del corpiño, que puede ser de cualquier color. *El zendale* es una papalina grande, con largas caídas, sostenida muy alta sobre la cabeza, a favor de una armazón de alambre; pero las bandas se cruzan en el pecho, a modo de chal, de suerte que las puntas caen hacia atrás.

Hoy, al salir de la *Arena*, me fui algunos miles de pasos más allá para ver un juego público moderno. Era un partido de pelota que jugaban cuatro nobles de Verona, contra cuatro de Vicenza. Sostienen el juego todo el año, dos horas antes de anochecer. En la presente ocasión, por ser los adversarios forasteros, acudía muchísima gente; había de cuatro a cinco mil espectadores; pero no vi mujeres de ninguna condición. Cuando antes hablé de las necesidades de un público en casos análogos, he descrito

naturalmente un Anfiteatro casual, tal y como me lo hizo ver aquí el público. Desde lejos oí el vivo palmoteo que seguía a cada buena jugada. El juego es de la manera siguiente: A la distancia apropiada uno de otro, levantaron dos tablados inclinados. Armada la diestra de ancho disco de madera, el jugador que sale se halla en lo alto de uno de ellos, y cuando alguno de los de su partido le envía la pelota, corre a encontrarla, para imprimir más fuerza al golpe con que se la echa al contrario. Trata este de volverla con igual energía, y así va, de uno en otro, hasta que cae al suelo. Resultan algunas posturas tan hermosas, que serían dignas de fijarse en mármol. Como todos son jóvenes, altos, bien formados y visten trajes bancos, cortos y ceñidos, los partidos se distinguen por divisas de colores. La postura del que baja corriendo por el tablado con el brazo levantado para botar la pelota, es particularmente bella; recuerda al luchador de Borghese. Singular me ha parecido que empezasen tal ejercicio en una vieja muralla de la ciudad, sin comodidad alguna para los espectadores. ¿Por qué no hacerlo en el Anfiteatro, donde hay espacio tan hermoso?

Verona 17 de septiembre de 1786

Voy a mencionar brevemente los cuadros que he visto, y haré sobre ellos pocas consideraciones. No hago este maravilloso viaje para engañarme a mí mismo, sino, mejor, para aprender a conocerme mediante los objetos; razón por la cual me confieso, con toda sinceridad, que del arte, del oficio de pintor, entiendo poco; mi atención y mis observaciones se dirigen, en general, a la parte práctica; al asunto y su manera de tratarlo.

San Giorgio es una galería de buenos cuadros; todos retablos, si no de igual valor, en general notables. Pero ¡desdichados artistas! ¡Qué habían de pintar y para quién! Una lluvia de maná, tal vez de treinta pies de largo y veinte de alto. ¡El milagro de los cinco panes, para hacer juego! ¿Qué había que pintar aquí? Hombres hambrientos, echándose sobre granos pequeñitos de maná; otros, innumerables, a quienes se les presenta pan. Los artistas se dieron tormento para hacer significativas semejantes miserias. Y sin embargo el genio, excitado por tal necesidad, creó cosas bellas. Un pintor obligado a representar Santa Úrsula con las once mil vírgenes, llevó la cosa con mucho ingenio. La santa en primer término, como tomando posesión de una tierra conquistada. Es muy noble, a manera de las vírgenes amazonas pintadas sin atractivos. Desvaneciéndose en lontananza, se ven las vírgenes en procesión, saliendo del barco. La Ascensión de María, en la Catedral, del Ticiano, está muy ennegrecida. El pensamiento es digno de alabanza, pues la Virgen, al elevarse, no mira al cielo, sino a sus amigos de la tierra. En la galería Gherardini he visto cosas muy bonitas de Orvietto, pintor de mérito, que ahora aprendo a conocer. A larga distancia sólo se tiene noticia de los primeros artistas, y con frecuencia ha de contentarse uno con sus nombres. Pero cuando se acerca a este firmamento y las estrellas de segunda y tercera

magnitud comienzan a brillary resultan todas perteneciendo a la misma constelación, entonces el mundo se ensancha y el arte se enriquece. He de celebrar el pensamiento de un cuadro; son dos medias figuras. Sansón duerme en el regazo de Dalila; esta, con precaución, extiende el brazo por encima de su cuerpo para coger unas tijeras que están sobre la mesa, al lado de la lámpara. La ejecución es muy valiente. En el palacio Canossa me pareció notable una Dánae.

El palacio Bevilacqua contiene las cosas más preciosas. Hay un cuadro que se titula el Paraíso, de Tintoretto, y en realidad es la coronación de María por Reina del Cielo, en presencia de todos los patriarcas, profetas, apóstoles, santos, ángeles, etc., que ha dado al pintor ocasión de desplegar todas las riquezas del genio. Para poder apreciar todo, la ligereza del pincel, el ingenio, la variedad de las expresiones, serías menester poseer el cuadro y tenerlo toda la vida delante de los ojos. El trabajo es infinito, pues las últimas cabezas de ángeles que se desvanecen en la gloria, todavía tienen carácter. Las figuras mayores serán un pie de alto. María y el Cristo que le pone la corona, de unas cuatro pulgadas. Eva es, sin embargo, la mujercita más hermosa de todo el cuadro, y como siempre, desde antiguo hasta ahora, un poco alegre. Algunos retratos de Paolo Veronese aumentaron mi admiración por este pintor. La colección de escultura antigua es espléndida. Un hijo de Niobe tendido, precioso. Los bustos, a pesar de sus narices restauradas, muy interesantes en su mayor parte. Un augusto con la corona cívica, un Calígula y otros.

Está en mi naturaleza la voluntad de honrar, gozándome en ello, todo lo bello y grande, y cultivar esta disposición, día por día y hora por hora, en objetos tan admirables, es el más delicioso de todos los sentimientos.

En un país dónde se goza del día, y particularmente se recrea uno por la tarde, la entrada de la noche es muy significativa. Cesa entonces el trabajo: los que están de paseo se retiran. El padre quiere volver a ver a su hija en casa. El día tiene su fin. Pero nosotros, los cimmerianos, apenas sabemos lo que es día: eternamente turbio y nublado, lo mimo nos da que sea de día o de noche. Porque ¿cuánto tiempo podemos pasearnos y recrearnos al

aire libre? Aquí, cuando llega la noche, ha pasado el día, que se compone de una mañana y de una tarde: se han vivido veinticuatro horas y empieza cuenta nueva. Suenan las campanas; se reza el rosario; la criada entra en el cuarto con una luz encendida, y dice: *¡Felicissima notte!* Este momento cambia con cada estación; y el hombre que aquí vive y no vejeta, no se embaraza porque cada uno de los goces de su existencia no esté en relación con la hora, sino con el momento del día. Si se impusiese nuestro horario a estos pueblos, se verían en confusión, porque el suyo está identificado con su naturaleza. Hora y media o una hora antes de anochecer principian los nobles a salir en carruaje. Atraviesan el Bra, recorren la calle ancha y larga, salen por la Porta Nuova, dan la vuelta alrededor de la ciudad, y cuando tocan a oraciones se vuelven. Unos van a la iglesia a rezar el *Ave Maria della Sera*; otros se detienen en el Bra. Los jinetes cabalgan al estribo de los coches, conversando con las señoras, y esto dura bastante tiempo. Yo no esperé nunca el fin. Los peatones se quedan hasta muy entrada la noche. Hoy había llovido precisamente lo necesario para quitar el polvo: era en realidad una escena animadísima y variada.

A fin de ponerme de acuerdo en un punto muy importante con las costumbres del país, he ideado un medio que me facilite el apropiarme su manera de contar. El dibujo que va a continuación dará de él idea. El círculo interior representa nuestras veinticuatro horas, de media noche a media noche, repartidas en dos veces doce, como contamos e indican nuestros relojes. El círculo del medio enseña cómo dan las horas en la estación presente, es decir, igualmente dos veces en veinticuatro horas; pero de tal suerte, que es aquí la una cuando en nuestro país son las ocho, y así hasta las doce. Siendo en el cuadrante de Alemania las ocho, aquí da la una, etc. Últimamente, el círculo exterior indica la manera natural de contar en la vida hasta veinticuatro. Por ejemplo: oigo de noche las siete y sé que a las cinco son las doce de la noche; si sustraigo de este número siete, cinco, hallo que son las dos de la madrugada. Oigo dar las siete de día, y sé que también a las cinco son las doce del día; procedo de la misma manera, y tengo las dos de la tarde. Si quiero contar las horas a la manera italiana, ya sé que las doce del día son las diez y siete; añado dos horas, y son las diez y nueve. Cuando la cosa se oye y se piensa en ella por primera vez,

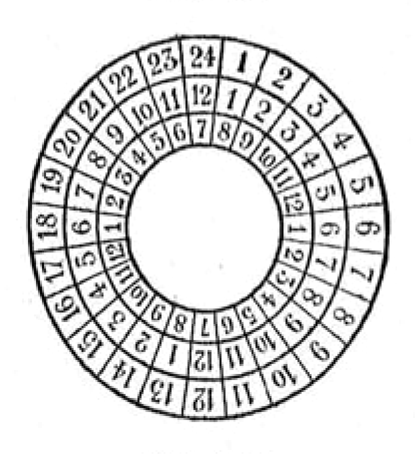
pareceembrollada y de difícil aplicación; pero se acostumbrauno pronto y encuentra la ocupación entretenida, de igual modo que el pueblo se divierte contado y recontando incesantemente, y los niños en vencer dificultades pequeñas. Además, este pueblo tiene siempre los dedos en el aire; todo lo arregla en su cabeza y se complace combinando números. Aquí, al natural del país, las cosas le son mucho más fáciles, porque no se preocupa ni del medio día ni de la media noche, ni tampoco, como el extranjero en esta tierra, de concertar dos horarios. Cuentan las horas como suenan; desde por la tarde y por la mañana suman este número con el variable del medio día, que les es conocido.

Las observaciones añadidas a la figura aclararán el resto.

CÍRCULOS COMPARATIVOS

de las horas italiana y alemana, como igualmente el horario italiano en mediados de Septiembre.

MEDIO DÍA.



MEDIA NOCHE.

La noche crece media hora cada medio mes.

MES.	DÍA.	ES NOCHE EN NUESTRO HORARIO.	FALTA PARA LA MEDIA NOCHE.
Agosto	1	8 1/2	3 1/2
—	15	8	4
Septiembre	1	7 1/2	4 1/2
—	15	7	5
Octubre	1	6 1/2	5 1/2
—	15	6	6
Noviembre	1	5 1/2	6 1/2
—	15	5	7

Desde esta fecha permanece el tiempo invariable.

	NOCHE.	MEDIA NOCHE.
Diciembre Enero	5	7

El día crece con cada medio mes media hora.

MES.	DÍA.	SE HACE NOCHE EN NUESTRO HORARIO.	FALTA PARA LA MEDIA NOCHE.
Febrero	1	5 1/2	6 1/2
—	15	6	6
Marzo	1	6 1/2	5 1/2
—	15	7	5
Abril	1	7 1/2	4 1/2
—	15	8	4
Mayo	1	8 1/2	3 1/2
—	15	9	3

El tiempo permanece invariable.

	NOCHE.	MEDIA NOCHE.
Junio Julio	9	3

La circulación es aquí muy grande: particularmente algunas calles, donde los obradores y las tiendas se tocan unos a otros, son animadísimas. Porque no es que las puertas de tiendas y talleres estén abiertas, no; lo está toda la casa, y hasta el fondo se ve lo que pasa en ella. Los sastres cosen, los zapateros tiran la hebra y machacan la suela en medio de la calle. De noche, con luz, es un espectáculo lleno de vida.

Los días de mercado se hallan los puestos colmados; infinitas legumbres y frutas, cebollas, ajos, a saciedad. Sobre todo, gritos, bromas y canciones el día entero; y un agarrarse y empujarse, con risas y exclamaciones sin cesar. El aire suave, el alimento barato, les hacen fácil la vida. Todos los que pueden están al aire libre. Por la noche aumentan los cánticos y el ruido: en todas las calles he oído canciones del Mambrú; en una parte un salterio, en otra un violín. Se ejercitan en imitar, silbando, todos los pájaros; donde quiera, se producen los sonidos más extraordinarios. Procede tal exuberancia de vida del clima benigno, que a la misma pobreza la comunica; y la propia sombra del pueblo aparece digna de respeto. Esto explica la falta de limpieza y poca comodidad de las casas, que tantas veces llamaron mi atención. Se hallan siempre fuera, descuidados, y en nada piensan. Al pueblo todo le viene bien; la clase media vive igualmente al día; el rico, el noble, se encierran en su morada, menos cómoda que las del Norte. Tienen sus reuniones en los lugares públicos. Los pórticos y los vestíbulos están llenos de inmundicias, y es natural: el pueblo siempre se deja sentir. Ya pueden los ricos ser ricos y los nobles gobernar: desde el momento que se construye un soportal, un pórtico, el pueblo se sirve de él para sus necesidades; y entre estas, ninguna es más apremiante que desembarazarse a toda prisa de lo que ha comido con exceso. Si hay alguno que no quiera sufrir esto, que no haga de gran señor, es decir, no deje para el público una parte de su vivienda, téngala cerrada y hará bien. El público no sufre que en edificios abiertos le priven de sus derechos. De esto se quejan los extranjeros en toda Italia.

Hoy observé, en varios sitios de la ciudad, los trajes y las maneras particulares de las gentes de la clase media, que se muestran afanosas y ocupadas; todas, al andar, llevan gran meneo de brazos. Las personas de más elevada categoría, que en ciertas circunstancias usan espada, sólo bracean del lado derecho, porque acostumbran tener quieto el izquierdo. Aunque tan poco se inquieta el pueblo de sus asuntos y necesidades, tiene muy aguzada la vista para todo extranjero. Desde los primeros días observé que todo el mundo miraba mis botas que, como moda cara, no se usan aquí ni en invierno. Ahora que me pongo zapados y medias, nadie repara. Pero hoy por la mañana advertí que los que venían al pueblo

cargados de legumbres, flores, ajos y otras mercancías, se fijaban en la rama de ciprés que yo llevaba en la mano. La adornaban sus nueces verdes, y también tenía unas ramas floridas de alcaparras. Todos, grandes y chicos, miraban mi ramo y parecía inspirarles extrañas ideas. Cogiera las ramas del jardín Giusti, deliciosamente situado, cuyos enormes cipreses hienden el aire a modo de leznas. Probablemente los tejos podados en punta de los jardines del Norte, quieren imitar estos magníficos productos naturales. Un árbol cuyas ramas viejas y jóvenes van de abajo arriba, dirigidas toda al cielo y que duran sus trescientos años, bien merece respeto. A juzgar por la época en que se fundó el jardín, deben haber alcanzado ya edad tan avanzada.

Vicenza 19 de septiembre de 1786

El camino de Verona a aquí es muy agradable. Se viaja hacia el Noroeste por la montaña, dejando siempre a la izquierda los contrafuertes, compuestos de arena, cal, arcilla y marga. En las colinas que forman, hay aldeas, castillos, casas. A la derecha, se extiende la gran llanura que atraviesa el camino. La ancha vía, perfectamente cuidada, va por tierras muy fértiles. Se pierde la vista en alineadas plantaciones de árboles, de donde caen, cual ramas aéreas, los sarmientos, que, enredándose, llegaron a lo más alto.

¡Aquí sí que se puede formar idea de guirnaldas y festones! Los racimos, sazonados, pesan en las largas ramas que, bamboleándose, llegan al suelo. Transitan gentes de todas clases y profesiones. Me gustaron sobremanera unas carretas bajas, con ruedas en figura de platos, tiradas por cuatro bueyes, con grandes tinajas, donde llevan las uvas desde la viña al lagar. Dentro de las vacías venían los conductores. Aquello era parecidísimo a un triunfo de Baco. Entre las filas de vides, aprovechan el suelo para toda clase de granos, en particular maíz y sorgo. En las cercanías de Vicenza, se levantan colinas desde el Norte al Sur —dicen que son volcánicas— y cierran la llanura. Vicenza está fundada a sus pies, y mejor aún dentro del seno que forman.

Pocas horas hace que he llegado, y puede decirse he recorrido ya toda la ciudad, visto el teatro Olímpico y los edificios de Palladio. Hay publicado un libro muy lindo, útil para extranjeros, con grabados en cobre y texto artístico. Sólo en presencia de estas obras se conoce su gran mérito, porque es necesario que llenen la vista con toda su grandeza y corpulencia. No basta que, en abstracto, el espíritu se recree en la bella armonía de las proporciones, sino en los entrantes y salientes en perspectiva. Y yo digo de Palladio que

fue realmente un gran hombre, que ha evidenciado la profundidad de su genio en sus obras. La mayor dificultad con la cual este hombre, como todos los arquitectos modernos, tuvo que luchar, fue la adaptación de las columnatas a la arquitectura burguesa; pues aunar paredes con columnas, será siempre una contradicción. Pero su manera de combinar una cosa y otra se impone, haciéndonos olvidar que lo que hace es sólo seducirnos. Hay en sus planos algo realmente divino, como lo es la forma en los grandes poetas, que de verdad y mentira hacen una tercera cosa, cuya vida prestada nos seduce y encanta.

El teatro olímpico es un teatro de la antigüedad realizado en pequeño, e indeciblemente bello, pero que me hace el efecto de un niño guapo, rico y noble, comparado a un discreto hombre de mundo que, sin ser guapo, ni rico, ni noble, sabe servirse mejor de sus propios medios.

Considerando en estos lugares los magníficos edificios que levantó aquel hombre, desfigurados ya por las mezquinas y sucias necesidades de los hombres; reflexionando cuán superiores eran los planos de la mayoría de ellos a las fuerzas de los que los emprendieron y cuán poco se adaptan aquellos monumentos del talento de un hombre a las necesidades de los demás, ocurre pensar que así sucede con todo. Pues quien anhela elevar las necesidades de los hombres, darles una gran idea de sí mismos e inspirarles el hermoso sentimiento de una noble existencia, poco agradecimiento les merece. Pero el que engaña a los pájaros[3], les cuenta cuentos, les ayuda a vivir al día y los corrompe, ese es su hombre. Por eso hoy se da tanto valor a las cosas insípidas. No digo esto por rebajar a mis amigos; lo digo porque son así, y no hay que sorprenderse de que las cosas vengan como van. Es inexplicable el efecto que hace la basílica de Palladio al lado de un viejo edificio, especie de castillo con ventanas desiguales, del cual, lo mismo que de la torre, parece el arquitecto haber prescindido, y tengo que estar muy particularmente sobre aviso, pues desgraciadamente vuelvo a encontrar reunidos lo que evito y lo que busco.

Ayer hubo ópera; duró después de las doce y yo me moría de sueño.

La obra está hecha de retazos mal cosidos de *Las tres Sultanas* y

El rapto del Serrallo. La música se oye con gusto, pero es sin duda de un aficionado: ninguna idea nueva llamó mi atención. El baile en cambio, muy bonito. La primera pareja bailó una alemana que no se puede dar más linda. El teatro es nuevo, bonito y agradable, adornado con moderado lujo, según conviene a un teatro de provincia. Todos los palcos están tapizados de igual color: el del Capitán se distingue por su colgadura algo más larga.

La primera tiple, muy favorecida por el público, recibió al entrar una salva de aplausos, y era de ver las contorsiones de gusto de los pájaros cada vez que hacía bien un pasaje, y sucedía con frecuencia. Tiene bonita figura, natural, hermosa voz, rostro agradable y presencia de persona honrada: podrá accionar con más gracia. Sin embargo, no pienso volver, porque conozco que no sirvo para pájaro.

Vicenza 21 de septiembre de 1786

Hoy he visitado al doctor Tura, que durante cinco años se dedicó apasionadamente a las plantas, hizo un herbario de la Flora italiana y organizó, en tiempo del anterior Obispo, un Jardín Botánico. Todo aquello pasó: la práctica de la medicina desbancó la Historia Natural, el herbario fue pasto de los gusanos, murió el Obispo, y el Jardín Botánico volvió a ser plantado de coles y ajos. El doctor Tura es un buen hombre, muy fino. Me contó su historia con franqueza, ingenuidad y modestia; habla, en general, con precisión y de manera agradable, pero no tuvo a bien abrir sus armarios: tal vez lo estantes no se hallarían en disposición de mostrarse. La conversación no tardó en agotarse.

21 de septiembre por la noche

Visité al viejo arquitecto Samozzi, excelente y apasionado artista, que publicó Los Edificios de Palladio. Me agradeció la atención, dándome algunas buenas ideas. Entre las construcciones de Palladio hay una que siempre he preferido: dicen que fue su propia casa; es mejor en realidad que en estampa. Quisiera dibujarla e iluminarla, con el colorido que los materiales y el tiempo le dieron. No se piense que el arquitecto trazó un palacio: es la casa más molesta del mundo; solo tiene dos ventanas, separadas por un gran espacio, capaz de otra. Si se quisiera hacer un cuadro añadiendo las casas vecinas de la manera que entre ellas está colocada, haría un precioso efecto. Es un asunto digno de Canaletto.

Vicenza 22 de septiembre de 1786

Hoy he visitado la suntuosa casa llamada La Rotonda, situada en una agradable colina, cosa de media legua de la ciudad. Es un edificio cuadrado que encierra una sala redonda, iluminada con luz cenital. Por los cuatro costados se sube ancha escalinata que conduce a un pórtico, formado de seis columnas jónicas. Quizás la arquitectura no desplegó nunca mayor lujo. El espacio de las escalinatas y pórticos es mucho más grande que el de la casa misma; pues cada lado, aisladamente, podría ser fachada de un templo. Del interior puede decirse que es habitable, pero no cómodo. La sala tiene bellas proporciones; los cuartos también, más apenas serían suficientes para las necesidades de una familia opulenta en su residencia de verano. En cambio, es siempre espléndida, desde cualquier lado que se la mire, gracias al país en que se halla emplazada. Ofrecen gran variedad la masa del edificio y las columnas salientes a los ojos del que lo observa en derredor, y la idea del propietario fundador se realizó entera, porque deja tras de sí un grande y buen fideicomisario y un monumento sensible de sus riquezas. Y así como el edifico se ve de manera admirable desde todos los puntos de las cercanías, de igual modo la vista desde él es de lo más agradable. Se ve correr el Bacchiglione y bajar las embarcaciones hacia Brenta.

Además, se distinguen las grandes posesiones que el marqués de Capra quería conservar indivisas en su familia. Las inscripciones de los cuatro frontis, que hacen una sola, merecen citarse:

> marcus capra gabrielis filius qui aedes has arctissimo primogeniturae graduit subjecit una cum omnibus censibus agris vallibus et collibus citra viam magnam

memoriae perpetuae mandans haec dum sustinet ac abstinet.

La terminación es, en particular, bastante rara. Un hombre que puede disponer de tantos bienes a su voluntad, y todavía conoce que debe sufrir privaciones. Eso se puede aprender con menos gastos.

Esta tarde he asistido a una reunión que tiene la Academia de los Olímpicos. Es un juego, pero de los buenos, que mantiene en la sociedad algo de sal y de vida. Un gran salón, al lado del teatro de Palladio, alumbrado convenientemente: el Capitán y una parte de la nobleza; todo el público muy distinguido; numerosos eclesiásticos: unas quinientas personas aproximadamente. La cuestión que propuso el presidente en la sesión era: «Qué es lo que trae más provecho en las bellas artes, la invención o la imitación?». La pregunta era bastante feliz; pues, a favor de la alternativa que indica, se puede hablar, en contra o en pro, cien años. Aprovecharon, con mucho calor, los señores académicos la oportunidad, dando a conocer muchas producciones en prosa y verso, algunas muy buenas. Luego ¡es un público tan animado! Los espectadores gritan ¡bravo! Aplauden y ríen. ¡Si uno se presentase así en su país y osase divertir a sus compatriotas personalmente! Pero, lo mejor que hay en nosotros le damos negro sobre blanco: cada cual se lo lleva a su rincón y lo masculla conforme puede.

Dicho se está que Palladio se encontraba en todas partes, y en todas las conclusiones, ya se tratase de invención o de imitación. Al final, para donde las mejores chanzas se reservan, tuvo uno la feliz idea de decir que, habiéndole privado de Palladio los primeros que hablaron, él se proponía ensalzar a Franceschini, el famoso fabricante de sedas.

Entonces comenzó a explicar cuánto la imitación de las telas de Lyon y de Florencia aprovecha al experto emprendedor, y por ende a la ciudad de Vicenza, de lo que sacaba en consecuencia, que la imitación era preferible al invento. Todo fue explicado con tanto donaire, que provocó interminables risas. En general, se aplaudía más a cuantos hablaban a favor de la imitación, porque decían

cosas al alcance del pensamiento de la mayoría de las gentes. Una vez aprobó el público, con estrepitosos aplausos, un sofisma burdo, mientras dejaba pasar, sin comprenderlas, cosas buenas, y aun excelentes, en honor de la invención. Me holgué de haber asistido a esta sesión, siéndome además por todo extremo grato ver que, después de tanto tiempo, sigue siendo Palladio como la estrella polar que veneran sus conciudadanos.

Vicenza 23 de septiembre de 1786

Esta mañana estuve en Tiena, al Norte, hacia las montañas, donde levantan por un plano antiguo un edificio nuevo, del cual no hay nada que decir. Así honran aquí todo lo del buen tiempo, teniendo bastante entendimiento para hacer construcciones nuevas sobre planos heredados. El palacio está muy bien situado en una gran llanura, teniendo detrás, sin ninguna cadena interpuesta, los Alpes calizos. Desde la casa, por los dos lados de una carretera tirada a cordel, corren aguas vivas que vienen al encuentro del que llega, y riegan los extensos arrozales que atraviesan.

Sólo he visto dos ciudades de Italia y hablé a contadas personas, pero ya conozco bien a mis italianos. Son como los cortesanos, que se creen los primeros del mundo y que, por ciertas ventajas innegables, tienen derecho de hacerse tales ilusiones. Me parece un pueblo muy bueno: no hay sino ver a los chicos y a los grandes, según puedo verlos, entregándome a ellos por mi propia voluntad. ¡Y qué figuras, que caras tienen! Debo alabar particularmente a los vicentinos, porque aquí se goza de los privilegios de una gran ciudad. No le miran a uno, y le dejan en libertad de hacer cuando quiere; más dirigiéndose a ellos, son locuaces y afables. Me agradan en particular las mujeres. No quiero ofender a las veronesas de buena figura y perfil bien delineado; pero la mayor parte están pálidas, y el cendal no las favorece, porque aquella moda bonita parece exigir de necesidad algo sobresaliente.

Son las de Vicenza criaturas lindísimas. Sobre todo, un cierto tipo de rizos negros, me inspira particular interés. También las hay rubias; pero no me gustan tanto.

Padua 26 de septiembre de 1786

En cuatro horas he venido de Vicenza en una sillita para una persona sola, que llaman *Sediola*, empaquetado con todo mi equipaje. Se hace el viaje cómodamente en tres horas y media; pero como sentía placer gozando del aire libre de tan hermoso día, me agradó que el Veturino faltase a su obligación. Se va por la llanura fertilísima, siempre hacia el Sudeste, entre vallados y árboles, sin otra vista, hasta que por fin se divisan, a mano derecha, las hermosas montañas que corren del Este al Sur. La muchedumbre de plantas y frutas que cuelga de los árboles, sobre los muros y las tapias, es indescriptible. Gravitan calabazas sobe los tejados, y los más extraordinarios pepinos se ven pendientes de espalleres y alambres.

Desde el observatorio pude hacerme cargo claramente de la magnífica situación de la ciudad. Hacia el Norte se dibujan las montañas del Tirol nevadas, medio cubiertas de nubes, y unidas hacia el noroeste a las que rodean a Vicenza; por último, hacia el Poniente, las del territorio de Este, más cercanas, cuyas formas y cavidades se distinguen muy bien. Al Sudeste, un mar de plantas verdes sin la menor traza de altura. Árboles y más árboles, florestas, plantaciones y plantaciones innumerables, y destacándose sobre lo verde, blancas casitas, fincas de recreo, iglesias. Y en el horizonte, la torre de San Marcos de Venecia y otras menos importantes.

Padua 27 de septiembre de 1786

Al fin tengo la obra de Palladio: no en verdad la edición original, que he visto en Vicenza, cuyos grabados están abiertos en madera, sino una copia fiel, un facsímile en acero, edición preparada por un hombre excelente, Smith, antiguo cónsul inglés en Venecia. Preciso es confesar que los ingleses, desde hace tiempo, saben apreciar lo bueno y tienen una manera grandiosa de difundirlo.

Con motivo de esta compra entré en una librería, cosa que en Italia tiene un aspecto muy original. Todos los libros están encuadernados y colocados en contorno al alcance de la mano. Siempre se encuentra gente escogida. Los algo versados en la literatura, ya sean del clero secular, de la nobleza o artistas, entran y salen a cada momento. Desean un libro, lo piden, lo hojean, toman o dejan, como les parece. Hallé reunidas una media docena de personas: cuando pregunté por las obras de Palladio, todos se fijaron en mí, y mientras el dueño de la tienda buscaba el libro, celebrándolo y me dieron noticia del original y de las copias. Conocían bien la obra y el mérito del autor, y creyéndome arquitecto, me alabaron por seguir en el estudio los pasos de este maestro, antes que otro alguno. Era más útil en su uso y aplicación que el mismo Vitrubio, pues habiendo estudiado a fondo Palladio la antigüedad y los antiguos, se esforzaba en apropiar aquellos conocimientos adquiridos a la satisfacción de nuestras necesidades. Conversé mucho tiempo con otras amables personas; adquirí noticias sobre las cosas notables del pueblo, y me despedí.

Ya que tantas iglesias se han construido y dedicado a los santos, es bien que haya lugares donde erigir monumentos a los hombres razonables. El busto del Cardenal Bembo, rodeado de columnas jónicas, es una hermosa cabeza que se reconcentra, si así puede decirse, con esfuerzo, en sí misma; lleva barba larga y espesa; la

inscripción dice así:

> Petri Bembi Card, imaginem Hier. Guerinus Ismeni f. in publico ponendam curavit ut cujus ingenii monumenta aeterna sint ejus corporis quoque memoria ne a posteritate desideretur.

Con toda su dignidad, el edificio de la Universidad me dio miedo. Me congratulo de no haber tenido que estudiar en ella.

No hay idea de salas más estrechas, aun habiendo tenido que sufrir en los bancos de estudiante de las Universidades alemanas. El anfiteatro de anatomía es, en particular, un modelo de cómo se pueden estibar los alumnos. Los oyentes están prensados unos sobre otros, en un alto y afilado embudo. Bajan sus miradas perpendiculares sobre el menguado fondo, a la mesa, donde no hay luz que llegue, por lo que el profesor hace sus demostraciones a favor de una lámpara.

En cambio, el jardín botánico es bonito y alegre. Muchas son las plantas que pueden pasar el invierno al aire libre, arrimadas a un muro o cerca de él. Ponen los abrigos a fin de octubre y calientan las estufas muy pocos meses. Instruye y deleita encontrarse en medio de vegetación desconocida. Con las plantas comunes sucede lo mismo que con los objetos conocidos de antiguo; llega uno a no pensar en ellos, y ¿qué es ver sin pensar? Aquí, en presencia de esta diversidad, nueva para mí, siento más viva la idea de que todas las plantas deben proceder de una sola. Únicamente de esa manera sería posible determinar con acierto los géneros y las especies, cosa hecha, hasta ahora, de modo muy arbitrario, a mi parecer.

Este es el problema donde he quedado en mi filosofía botánica, e ignoro la manera de desenredarme.

La profundidad y extensión del asunto me parecen completamente iguales.

Es la gran plaza llamada *Prato della valle* un terreno espacioso, en el cual se celebra la feria de junio. Las barracas de madera, situadas en el centro, no le dan aspecto muy ventajoso, pero los

paduanos aseguran que pronto habrá una fiera de piedra, semejante a la de Verona. La disposición que ya se ve alrededor de la plaza, y es de hermoso efecto, permite concebir fundada esperanza de que se hará. Un inmenso óvalo, adornado de las estatuas de hombres notables que aquí aprendieron o enseñaron. A cualquiera, natural o extranjero, se le permite levantar una estatua, con su columna ajustada a dimensiones prescritas, de compatriota o pariente, probando siempre su mérito y permanencia en la Universidad de Padua. Dibujando el óvalo hay un foso lleno de agua: sobre los cuatro puentes que lo atraviesan, estatuas colosales de Papas y de Doges; las otras, más pequeñas, las hicieron corporaciones, particulares o extranjeros. El rey de Suecia erigió una a Gustavo Adolfo, porque dicen que oyó, en cierto tiempo, una lección en Padua. El archiduque Leopoldo, consagró recuerdos al Petrarca y a Galileo. Las estatuas son de estilo franco moderno; muy pocas hay amaneradas; algunas muy naturales, todas en los trajes de su tiempo y dignidades. Las inscripciones merecen alabanza; nada hay sobrecargado ni mezquino.

Para cualquiera Universidad hubiera sido feliz el pensamiento, sobre todo para esta, pues es grato ver llamar de nuevo a la vida todo un pasado. Será una plaza hermosísima cuando la fiera de madera desaparezca y la substituya otra de piedra, conforme a plan fijo.

En la sala donde se reúne una de las Hermandades de San Antonio existen cuadros antiguos que recuerdan la vieja escuela alemana, y algunos también del Ticiano, conociéndose ya en ellos el gran paso, que nadie dio por sí mismo más allá de los Alpes.

Enseguida vi otros de los pintores modernos. Estos artistas, que no pudieron alcanzar la elevada seriedad, se muestran humorísticos, con excelente éxito.

La decapitación de San Juan Bautista, de *Piazetta*, es en el género, y dada la manera del maestro, un buen cuadro. Juan está arrodillado con las manos juntas; la rodilla derecha sobre una piedra, y los ojos dirigidos al cielo. El soldado que lo tiene encadenado por detrás se inclina, volviéndose, y le mira al rostro, maravillado de su resignación. Otro hay de pie, que es quien debe

dar el golpe, mas no tiene espada, sino que hace con las manos el ademán, cual si tratara de adiestrarse antes. Un tercero, más abajo, saca la espada de la vaina. El pensamiento es feliz, aunque sin grandeza; la composición del mejor efecto, e impresiona.

En la iglesia de los ermitaños he visto cuadros de Mantegna, uno de los pintores antiguos ante el cual me asombro. ¡Qué realidad tan segura y penetrante en aquellos cuadros! Todo allí es verdad y no mera apariencia, efecto engañoso que habla sólo a la imaginación. Esta realidad vigorosa, pura, clara, desarrollada, concienzuda, delicada, preciosa, que al mismo tiempo tiene algo de austera, de laboriosa, es el punto de donde partieron los pintores que le sucedieron, como he podido observar en los cuadros del Ticiano. Así pudo la viveza del genio y la energía de la naturaleza de estos artistas, iluminada por el espíritu de sus predecesores, sostenida por su propia fuerza, así pudo crecer más y más, y elevándose sobre la tierra, producir figuras celestiales, pero verdaderas. De tal manera se ha desarrollado el Arte después de los tiempos bárbaros.

La sala de Audiencia del Ayuntamiento, que merece bien el aumentativo que le dan de *Salone*, es un espacio cubierto tan enorme, que no se puede uno representar, aunque tenga el recuerdo reciente. Trescientos pies de largo, ciento de ancho y otros ciento de alto hasta la bóveda, que, en toda su longitud, la cubre. Tan acostumbrados están los hombres a vivir al aire libre, que halló medio el arquitecto de cubrir una plaza de mercado. Y no cabe duda que este enorme espacio abovedado produce particular sensación. Es un infinito cerrado, más en armonía con el hombre que el firmamento; este nos arranca de nuestro ser, y aquel, de la manera más suave, nos devuelve a él.

Me detuve asimismo con gusto en la iglesia de Santa Justina, de cuatrocientos ochenta y cinco pies de largo, ancha y alta a proporción, construida con sencillez grandiosa. En uno de sus rincones medité esta tarde tranquilamente. Me sentía solo; nadie en el mundo que en mí pensase en aquel momento, me buscaría allí.

Ahora, vuelta a hacer mi equipaje. Mañana temprano emprenderé el viaje por el río Brenta. Hoy hay llovido y enseguida aclaró de nuevo, y espero ver, con buen tiempo y en un día hermoso, las lagunas y la reina desposada del mar, y saludar desde

su seno a mis amigos.

Venecia

Venecia 28 de septiembre de 1786

Escrito estaba en el libro del destino, en mi hoja, que el día veintiocho de septiembre de 1786, a las cinco de la tarde de nuestro reloj, entrando por el Brenta en las Lagunas, había de ver por vez primera Venecia, y poco después pisaría y visitaría esta castórica República. Así es ¡loado sea dios! Venecia ya no será para mí mera palabra, un nombre hueco que con tanta frecuencia me ha angustiado, enemigo mortal como soy de las palabras vacías.

Cuando la primera góndola se acercó a nuestro barco, deseando conducir a Venecia los pasajeros que tuviesen más prisa, recordé un juguete de mi niñez, en el que no pensara tal vez en veinte años. Poseía mi padre un modelito de góndola muy lindo; la tenía en gran estimación, y era para mí gran favor las veces que me permitían jugar con ella. Los primeros espolones de blanco hierro batido, las negras casetas de las góndolas, todo me saludó como de antiguo conocimiento, y gocé una impresión juvenil desconocida hacía muchos años.

Estoy bien instalado en *La reina de Inglaterra*, no lejos de la plaza de San Marcos, que es la gran ventaja del barrio; debajo hay un puente arqueado y enfrente una callejuela muy animada. Aquí vivo y aquí permaneceré mucho tiempo, hasta que el paquete para Alemania esté listo, y hasta que me haya formado de la ciudad completa idea. Esta soledad tan deseada, puedo gozarla ahora completamente; pues en ninguna parte se encuentra uno tan solo como entre la muchedumbre, cuando va entre ella desconocido. En Venecia tal vez sólo un hombre me conoce y es fácil que no me encuentre.

Voy a decir algunas palabras sobre mi viaje desde Padua. Bajar el Brenta en embarcación pública y entre gente bien educada, pues los

italianos se guardan unos a otras deferencias, es decoroso y agradable. Las orillas adornadas con casas de recreo y jardines; aldeas que bajan hasta el río, cuyo nivel sigue a veces la carretera, que es muy animada. Como el río se baja por medio de reclusas, suceden a veces detenciones que empleábamos en ver el país y aprovecharnos de las ricas frutas que nos ofrecían; luego volvíamos a embarcarnos, deslizándonos entre aquel mundo móvil, lleno de fertilidad y vida.

A tantos cuadros y figuras variadas se unió una aparición venida de Alemania, pero adecuadísima al lugar: dos peregrinos, los primeros que vi de cerca. Tienen los tales el derecho de viajar gratis en estos barcos públicos; imitando al resto de los pasajeros rehuí su proximidad: no se sentaron en la toldilla, sino detrás, cerca del piloto. Los miraban como aparición rara en los presentes tiempos, y teniendo además en cuenta que bajo este traje corría el mundo mucho bribón, los respetaban poco. Al saber que eran alemanes y no poseían otro idioma que el suyo, me acerqué a ellos y me dijeron que procedían de Paderborn. Pasaban ambos de cincuenta años, eran de adusta, pero honrada fisonomía. Visitaran primeramente los sepulcros de los tres reyes magos en Colonia; cruzaran luego Alemania y ahora juntos se dirigían a Roma; volverían después por la alta Italia, y de allí uno se encaminaría otra vez a Wesphalia y el otro pensaba ir a visitar Santiago de Compostela.

Llevaban el traje sabido, más recogido, y parecían mejor que con el largo de seda, usado para representarlos en nuestras fiestas. La esclavina grande, el sombrero redondo, el bordón y las conchas, el más primitivo vaso. Todo tenía su significado e inmediata utilidad. En el canuto de hojalata guardaban los pasaportes. Sin duda lo más curioso eran las carteras de cordobán encarnado que sacaron, tratando de remediar un desperfecto de su ropa, y contenían cuantos chismes son precisos para atender a necesidades sencillas.

Encantado el piloto de haber encontrado intérprete, Me pidió les hiciese diferentes preguntas, y así supe muchas cosas de sus proyectos, y en particular de su viaje. Se quejaban amargamente de sus correligionarios, del clero secular y de los frailes. La devoción debía ser cosa muy rara, decían, porque nadie quería creen en la de ellos, y a pesar de mostrar su hoja de ruta con el itinerario que les

marcaran sus superiores y el pase del Obispo, los trataban, en los países católicos, como vagabundos. En cambio, contaron conmovidos el buen acogimiento que recibían de los protestantes, en particular de un pastor de aldea en Suabia; sobre todo de su mujer, que viendo al marido algo reacio, lo convenció de tal modo, que los socorrió y reconfortó generosamente, de lo cual tenían gran necesidad. Y hasta les dio, al despedirlos, un escudo de convención que les fue de gran provecho al hallarse de nuevo en territorio católico. A esto añadió uno de ellos con toda la exaltación de que era capaz: «Todos los días recordamos a aquella mujer en nuestras oraciones, y pedimos a Dios que abra sus ojos como se abrió para nosotros su corazón, y la reciba, aunque tarde, en el seno de la única iglesia salvadora. Así, esperamos con toda seguridad encontrarla en el Paraíso».

Yo daba de todas las explicaciones que me parecían necesarias y útiles, sentado en la angosta escalerilla que conducía al puente, al piloto y otras personas que salieran de la camareta, aglomerándose en tan corto espacio. Los peregrinos recogieron algunas limosnas mezquinas; que al italiano no le gusta dar. Luego sacaron estampas benditas de los santos reyes y oraciones latinas dedicadas a ellos. Me rogaron obsequiase con ellas a la reunión, e hiciese comprender el valor de aquellas hojas. Lo hice y obtuve el mejor resultado, porque viendo la tribulación en que estaban los dos hombres, ansiosos de encontrar, en la gran Venecia, el convento donde recogen los peregrinos, el Patrón, compadecido, ofreció que en cuanto saltásemos en tierra buscaría y pagaría un muchacho que los guiase y acompañase a aquel lugar, por cierto, muy lejano. A esto añadió confidencialmente que poca ayuda encontrarían allí. El establecimiento, fundado muy en grande, para recoger no sé cuántos peregrinos, se halla hoy muy reducido, y sus rentas se emplean en otra cosa.

Conversando de esta manera bajamos el Brenta y fuimos dejando atrás magníficos jardines y palacios, echando ojeadas rápidas a las graciosas y animadas aldeítas de la costa. En cuanto entramos en las lagunas, muchas góndolas se cruzaron en nuestras aguas, rodeando el barco. Un lombardo, bien conocido en Venecia, me ofreció su compañía para llegar más pronto y para evitar las molestias de la Aduana; separa con una buena propina a los que

pretendían detenernos, y bogamos en una espléndida puesta de sol, para alcanzar pronto nuestro objeto.

Venecia 29 de septiembre de 1786, noche de San Miguel

Mucho se ha hablado y escrito de Venecia para entretenerme en descripciones detalladas: hablo sólo de aquello que se ofrece a mi vista. Pero lo que me impresiona, ante todo, es el pueblo; esta gran masa, esta entidad que la necesidad y no la voluntad formó.

No por mero juego se refugiaron en la isla las primitivas razas, ni los que vinieron después se les unieron de buen grado. Les enseñó a buscar la lucha por la vida sitio seguro en los lugares más desventajosos, luego tan provechosos para ellos, que los hicieron advertidos y juiciosos cuando aún todo el mundo septentrional yacía cautivo en las tinieblas. Consecuencia necesaria fue multiplicarse y enriquecerse: surgieron las viviendas oprimiéndose. Los arenales y pantanos fueron utilizados y cegados, valiéndose de rocas. Buscaron el aire las casas, parecidas a árboles encerrados, tratando de ganar en altura lo que les faltaba en amplitud. Avaros de cada palmo de terreno, y apiñados desde el principio en estrecho espacio, no dejaban a las calles sino el ancho preciso para separar una fila de casas de la de enfrente, procurando al transeúnte el paso indispensable. Por otra parte, les hacía el agua a veces de calles, plazas y paseos. Tuvo que ser el veneciano especie de criatura aparte; como Venecia era sólo a ella misma comparable. El gran canal serpenteando a través de ella, no le cede a ninguna calle del mundo. Nada puede parangonarse al espacio existente delante de la plaza de San Marcos: me refiero al gran espacio de agua abrazado del lado de acá por la propia Venecia, en forma de media luna. Se ve en esta llanura de agua, a la izquierda, la isla San Giorgio maggiore. Algo más lejos, a la derecha, la Giudecca y su canal, y después, siempre a la derecha, la Aduana y la entrada del gran canal, donde vi brillar dos muy grandes templos de mármol. Tales

son, a grandes rasgos, los objetos principales que se divisan, al adelantarse hasta ponerse entre las dos columnas de la plaza de San Marcos. Todas estas perspectivas están grabadas tantas veces, que mis amigos pueden formarse una idea de ellas con suma facilidad.

Me apresuré, después de comer, a formar la primera impresión general, y me lancé sin guía, orientándome sólo mediante las constelaciones, en el laberinto de la ciudad, que, aunque en todas partes la cortan canales y canalillos, vuelven a unirla puentes y pasadizos. No es posible comprender, sin haberla visto, semejante estrechez y aglomeración. En general se puede medir, o poco menos, el ancho de las calles con los brazos extendidos: las estrechas se tropiezan con los codos poniendo las manos en la cintura. Hay algunas más anchas, y de cuando en cuando se encuentra una plazoleta, pero de ordinario todo es estrecho. Fácilmente encontré el Gran Canal y el puente Rialto, de un solo arco de mármol blanco: desde arriba la vista es grandiosa. El canal está lleno de cuantos barcos sirven para traer todas las cosas necesarias de la tierra firme y que, por lo común, arriban y descargan en tal lugar. Entre ellos circulan infinidad de góndolas. Hoy en particular, a causa de la fiesta de San Miguel, el aspecto era admirablemente hermoso y animado. Si quisiera dar alguna idea, necesitaría tomarlo de más atrás. Las dos partes principales de Venecia, que separa el gran canal, únelas sólo el puente de Rialto; más cuidaron de facilitar y multiplicar las comunicaciones valiéndose de muchas barcas públicas que cruzan en determinados sitios. Ahora bien: hoy hacía el mejor efecto ver a las señoras muy bien vestidas, pero cubiertas con velos negros, que se hacían pasar, por grupos, camino de la iglesia donde se festejaba al Arcángel. Dejé mí puesto en el puente y me fui al sitio del desembarque, con propósito de contemplarlas de cerca: vi entre ellas caras y figuras hermosísimas.

Luego de haberme cansado, me metí en una góndola, y ganoso de procurarme el espectáculo opuesto, dejando las calles estrechas y tomando la parte Norte del Gran Canal, alrededor de la isla de Santa Clara, llegué a las lagunas entrando por el canal de Giudecca hasta las cercanías de la plaza de San Marcos, y me encontré de repente condueño del mar Adriático, como cada veneciano cree serlo allá recostado en su góndola. Pensaba así en honor de mi buen

padre, que no sabía nada mejor sino contar cosas de estas.

¿No me sucederá lo mismo? Cuanto me rodea es digno: es la obra grande y respetable del poder de los hombres reunidos; es el monumento magnífico, no de un dominador, sino de un pueblo. Y aunque poco a poco se vayan llenando de fango sus lagunas, y se ciernan emanaciones malas sobre sus pantanos, y su comercio se debilite y se haya hundido su poder, no por eso debe ser menos respetable para el observador la constitución de aquella República y sus Estados; sucumbió al tiempo, como todo lo que aparece a la existencia.

Venecia 30 de septiembre de 1786

Hacia el anochecer volví a perderme, sin guía, en los barrios más apartados de la ciudad. Aquí a todos los puentes se sube por escaleras, a fin de que las góndolas, y aun otras embarcaciones mayores, pasen cómodamente debajo de sus arcos. Traté de entrar y salir de semejante laberinto sin preguntar a nadie, y orientándome de nuevo el cielo. Al fin llega uno a desembrollarse, pero esto es una conejera, y mi sistema de aprender con mis propios sentidos, el mejor. Con tal objeto fui hasta el último rincón poblado, observando la manera de vivir de los habitantes, sus costumbres y clases; en cada barrio son distintas. ¡Dios mío, que animal tan pobre y bueno es el hombre! Muchísimas casitas están al borde de los canales; sin embargo, hay, en cuando en cuando, muelles de piedra muy bien embaldosados, por los cuales, entre agua, iglesias y palacios, es cómodo y agradable pasear. Bonito y alegre es el muelle largo de piedra en la parte Norte, desde el que se ven las islas, particularmente Murano, la Venecia pequeña. Animan las lagunas intermediarias infinidad de góndolas.

Por la noche

Hoy, deseando completar mi idea de Venecia, me procuré un plano. Después de haberlo estudiado algo, subí a la torre de San Marcos, desde donde se goza un espectáculo único. Era al medio día, y lucía el sol tan claro, que veía lo cercano y lo de lejos sin anteojo. La marea cubría las lagunas, y al dirigir la mirada al llamado Lido —lengua estrecha de tierra que las cierra— vi la vez primera el mar, y en él algunas velas. En las lagunas mismas había galeras y fragatas que deben ser enviadas al Caballero Emo, que hace la guerra en Argel; permanecen ancladas a causa del viento contrario. Las montañas paduanas y vicentinas y la cadena del Tirol, entre Oeste y Norte, cierran de una manera excelente el hermoso cuadro.

Venecia 1 de octubre de 1786

Seguí estudiando la ciudad desde muchos puntos de vista, y como hoy era domingo, me chocó el ningún aseo de las calles, donde hacía mis observaciones. No deja de haber una suerte de policía. Los vecinos arrojan las basuras en los rincones; y vi, al mismo tiempo, barcas grandes que iban de una parte a otra parándose en muchos sitios y llevándoselas: son gentes de las islas vecinas que necesitan abono, pero en estas disposiciones no hay exactitud ni rigor, y los sucio del pueblo es tanto más imperdonable, cuanto Venecia ha sido dispuesta para la limpieza como cualquiera ciudad holandesa.

Todas las calles, hasta en los barrios más excéntricos, son empedradas, a lo menos con ladrillos de canto. Donde es necesario, el centro levanta un poco, y el agua se recoge en la parte baja, a los lados, yendo a caer en canales cubiertos. Otras disposiciones arquitectónicas del bien pensado plan primitivo demuestran la intención que tuvieron les excelentes alarifes de hacer de Venecia la ciudad más limpia, según es la más singular. No he podido prescindir, en mis paseos, de proyectar un reglamento urbano, adelantándome a un jefe de policía que tomase la cosa en serio. ¡Siempre tiene uno la inclinación a barrer las delanteras de puertas ajenas!

Venecia 2 de octubre de 1786

Ante todo, me di prisa para ir a la *Caritá*. Viera en las obras de Palladio el proyecto de este edificio conventual, donde pensó imitar la morada privada de los antiguos ricos hospitalarios. El plano, excelentemente dibujado, así en sus detalles como en su conjunto, me gustó en extremo, y me esperaba encontrar una obra maravillosa. Pero ¡ay!, apenas está hecha la décima parte! Verdad es que tal parte, digna de su genio divino, es de una perfección en el plan y de una exactitud en la ejecución, que no conocía. ¡Años enteros pasaría contemplando semejante obra! Me pareció no haberla visto nunca superior ni más acabada, y creo no engañarme. Pero debe pensarse en el excelente artista, nacido con el sentimiento de lo grande y de lo bello, que trabajó tanto primeramente para formarse en el conocimiento de los antiguos, a fin de hacerlos luego revivir en sus propias obras, y que encuentra ocasión de ejecutar un pensamiento favorito, levantar un monasterio, vivienda de muchos frailes, albergue de muchos extranjeros, en forma de antigua casa particular. De la iglesia vieja se pasa al atrio, de columnas corintias: queda el viajero encantado y olvida de repente todo lo frailuno. De un lado la sacristía, de otro una sala capitular, junto a la escalera de caracol más hermosa del mundo, con su gran árbol al aire y los peldaños de piedra empotrados en la pared y dispuestos de tal suerte, que cada uno soporta el peso del que le sigue; no se cansa uno de subirla y bajarla. Se comprende lo bien hecha que estará, cuando el mismo Palladio la dio por buena. Del vestíbulo se pasa al gran patio interior. Desgraciadamente, del edificio que debía rodearlo, sólo del lado izquierdo construyeron: tres órdenes de columnas unas sobre otras. En el piso bajo, salas; en el primero, una arcada delante de las celdas; en el superior, paredes con ventanas. Debe ayudar a esta

descripción la vista del diseño. Una palabra ahora respecto de la ejecución. Sólo los capiteles y las bases de las columnas y las claves de los arcos, son de piedra labrada: todo el resto, no puedo decir que sea de ladrillo, sino de adobes (arcilla tostada): no tenía la menor idea de semejantes ladrillos. La cornisa y su friso son de lo mismo, e igualmente los miembros de los arcos, todo cocido por partes, y como se ha empleado poca cal en el edificio, parece fundido de una pieza. Si el conjunto se hubiese terminado y se viese limpio, bruñido y pintado, sería de un efecto divino. Era, sin embargo, el plano demasiado grande, al igual del de muchos edificios modernos. El artista supusiera no solamente que tirarían el convento actual, sino que comprarían las casas adyacentes, y es de suponer que faltaría el dinero y el gusto. ¡Oh destino amado!, tú que favoreciste y eternizaste tantas estupideces, ¿por qué no consentiste la terminación de esta obra?

Venecia 3 de octubre de 1786

Es la iglesia de *Il Redentore*, obra de Palladio, grande y hermosa, y su fachada más digna de alabanza que la de San Giorgio; a fin de entenderlo, sería menester tener a la vista este edificio, que el grabado reprodujo muchas veces. Vayan sólo algunas palabras. Palladio, penetrado de la existencia de los antiguos, sentía la pequeñez y estrechez de su tiempo, cual un grande hombre que no se entrega, antes bien, intenta transformar, conforme a su noble idea, cuanto ha quedado. Según pude comprender, gracias a cierta frase dulcificada de su libro, le disgustaba que las iglesias cristianas siguiesen construyéndose en la forma de las antiguas basílicas. A causa de esto, trataba de acercar las formas de sus edificios religiosos a los antiguos templos. De ahí provienen ciertas impropiedades que me parecen felizmente evitadas en *Il Redentore*, y que en San Giorgio saltan a la vista. Volkmann dijo algo, aunque sin dar en la cabeza del clavo.

Dentro, *Il Redentore* es igualmente precioso: todo, incluso la ornamentación de los altares, es de Palladio. Desdichadamente las hornacinas destinadas a estatuas ostentan chatas figuras pintadas en tablas. Un altar lateral, dedicado a San Francisco, lo habían adornado con profusión los Capuchinos de San Pedro. No se veía de piedra sino los capiteles corintios; el resto lo cubrían ciertos adornos, a modo de arabescos del mejor gusto, y lo más bonito que se pudieran desear. Me admiro, sobre todo, la hojarasca y los ramajes dorados; me acerqué y encontré una graciosa mixtificación. Todo cuanto creyera oro era paja, aplicada con goma sobre dibujos de papel muy lindos; el fondo pintado de vivos colores, y todo ello de tanto gusto y variedad, que aquel juguete, cuyos materiales nada valían absolutamente y que sin duda se hicieran en el convento, a ser verdad, costaría muchos miles de escudos. En ocasiones podría

imitarse.

Varias veces había reparado en un muelle, cerca del agua, a un hombrecillo que, en dialecto veneciano, contaba historias a un auditorio más o menos numeroso: desgraciadamente nada pude comprender. Nadie reía, y muy pocas veces sonreía el auditorio, compuesto, en su mayor parte, de gentes de la clase más baja. Tampoco el narrador ofrecía nada chocante ni risible; al mismo tiempo mostraba, en sus ademanes, una variedad y una precisión dignos de admirarse, y probaban arte y estudio.

Provisto del plano, traté de encontrar, por rodeos estrafalarios, la iglesia de los Mendicantes. Radica en ella el Conservatorio más celebrado en la actualidad. Las señoras cantaban en el oratorio, detrás de la verja. La iglesia estaba llena de oyentes; la música muy hermosa y las voces magníficas. Un contralto cantaba la parte del rey Saúl, protagonista del poema. No tenía ni idea siquiera de voz semejante; algunos pasajes de la música eran admirables; el texto perfectamente cantable en latín, tan italianizado, que en ciertos momentos hacía reír. Mas aquí la música tiene ancho campo.

Hubiera sido goce muy agradable si el maldito maestro de capilla no hubiera mercado el compás chocando la soleta sobre la verja de una manera tan poco disimulada, que parecía habérselas con chicos de escuela. Las jóvenes, sin embargo, ensayaron bien la pieza, y su papeleo innecesario destruía todo el efecto; no de otro modo que si uno, deseando hacernos comprender muy claro el mérito de una estatua, diese color de escarlata a las junturas de todas sus piececitas. Un sonido extraño rompe toda armonía. ¿Y este hombre es músico y no lo conoce? ¿O quiere marcar mediante una inconveniencia su presencia? Le fuera mejor dejar adivinar su mérito en lo perfecto de la ejecución. Sabía que tal cosa está en la manera francesa; más de los italianos, que parecen a ello acostumbrados, no lo pensaba. No es la primera vez que ocurre la creencia de favorecer el gusto apelando precisamente a aquello que lo destruye.

Anoche ópera en San Moisés (aquí los teatros llevan el nombre de la

iglesia cercana). No me satisfizo. Falta plan a la música, y a los cantantes aquella energía interior, única capaz de llevar a su punto más alto una representación del género. No puede decirse que ninguna de las partes sea mala, pero sólo las dos mujeres se esfuerzan, no tanto en ejecutar, como en presentarse bien y agradar: siempre es algo. Son dos figuras bonitas. Buenas voces; dos personitas finas, graciosas y despiertas.

En cuanto a los hombres, no hay traza alguna de fuego interior, ni deseo de producir la menor ilusión en el público, ni tampoco voces brillantes.

El Ballet, de mísera invención, fue estrepitosamente silbado; sin embargo, algunos saltarines y saltarinas, excelentes las últimas, creyendo deber suyo familiarizar a los espectadores con cada parte bonita de su cuerpo, recibieron muchos aplausos.

En cambio, asistí hoy a otra comedia que me divirtió más.

Se celebraba en el palacio ducal vista pública de un pleito importante, y tuve la dicha de que empezara durante las vacaciones. Uno de los abogados era tan exagerado como pudiera serlo cualquier bufón. Obeso, pequeño, muy movible, perfil enormemente saliente, voz bronca y tal vehemencia, que cuanto decía parecía salirle de lo más profundo del corazón. La llamo comedia, porque, cuando estas públicas representaciones se dan, ya está todo concluido; los jueces saben lo que van a decidir y las partes lo que tienen que esperar. Sin embargo, me gustó mucho más que nuestros tribunales y entorpecimientos curialescos.

Y ahora voy a dar idea de las circunstancias y de qué modo todo se pasa con naturalidad e ingenio y sin ostentación.

En una sala espaciosa del palacio estaban sentados, formando semicírculo, en un lado los magistrados; en el opuesto, y en una tribuna donde cabían muchas personas, unas junto a otras, los abogados de ambas partes, y delante de la tribuna, en un banco, el querellante y el acusado, en propias personas.

Bajara de la tribuna el abogado del querellante, porque la sesión del día no era de debates, sino que debían leerse en ella, aunque ya impresos, todos los documentos en pro y en contra.

Un flaco escribiente, pobremente vestido de negro, se disponía a

desempeñar el papel de lector: la sala estaba llenísima de espectadores y oyentes, porque la cuestión de derecho en sí, y las personas de quienes se trataba, inspiraban el mayor interés a los venecianos.

Gozan los fideicomisos en este Estado del más decidido favor. Una posesión a la que se imprime tal carácter, lo conserva eternamente. Puede en cualquiera acontecimiento o circunstancia venderse y pasar por muchas manos durante cientos de años; si el asunto se lleva a la justicia, conservan los descendientes de la primera familia sus derechos, y los bienes se les devuelven.

Esta vez, el pleito tenía gran importancia, pues la queja se produjera contra el mismo Doge, o mejor contra su esposa, que comparecía en persona, envuelta en su cedal y sentada en el banquillo, muy poco desviada del querellante. Era una señora de cierta edad, de buena presencia, noble fisonomía, en cuya seriedad podrían notarse rasgos de enojo. La imaginación de los venecianos se prometía mucho de ver aparecer ante el tribunal y ante ellos, la princesa, en su propio palacio.

Comenzó el escribiente a leer, y sólo entonces comprendí lo que significaba el hombrecillo, sentado en una banqueta, detrás de una mesita, debajo de la tribuna de los abogados y frente a los jueces: tenía un reloj de arena acostado delante de sí; mientras leía el escribiente, no corría el tiempo, pero el abogado, cuando quería hablar interviniendo en el asunto, sólo se le concedía en total cierto tiempo. ¿Leía el escribiente? El reloj estaba acostado y el hombrecillo tenía la mano encima: ¿abría el abogado la boca? Ya estaba el reloj derecho, y en cuanto callaba, tendido otra vez. La gran habilidad consiste en hablar durante el curso de la lectura; hacer advertencias al vuelo; excitar la atención y exigirla. Con semejante táctica encuéntrase el Saturnuelo en el mayor compromiso. Tiene que cambiar incesantemente la postura horizontal o vertical del reloj. Se encuentra en el caso del diablo en los teatrillos de muñecos; con los movimientos rápidos del malicioso Arlequín ¡berlick, berlock! No sabe si salir o entrar.

Quien haya oído lo que es colacionar en las oficinas, podrá formarse idea de la lectura apresurada, monótona, pero articulada con bastante claridad. El hábil abogado sabe romper la monotonía

apelando a chazas, y el público celebra sus chistes en desmedida carcajada. Recordaré un chiste, el más saliente de cuantos oí. Recitaba el lector en aquel momento un documento, en cuya virtud, un poseedor ilegal, prescripto, disponía de los bienes en cuestión. Le pidió el abogado que leyera más despacio, y cuando pronunció claramente las palabras: dono, lego se le echó encima exclamando:

«¡Qué has de donar, ni que has de legar tú, pobre diablo hambriento, si no posees nada en el mundo? ¡Sin embargo —continuó, mientras parecía reflexionar—, aquel risible poseedor estaba en el mismo caso; ¡quería donar, quería legar lo que le pertenecía tanto como a ti!»

Una carcajada infinita estalló, al mismo tiempo que el reloj de arena volvía a tomar la horizontal. El lector continuó zumbando, puso al abogado rostro flamígero; pero después de todo, se trata de meras bromas convencionales.

Venecia 4 de octubre de 1786, después de media noche

Ayer estuve en la comedia —teatro de San Lucas—, que me divirtió bastante: vi una pieza de máscaras improvisada, ejecutada con mucha naturalidad y viveza. No todos están a la misma altura: *Pantalon*, muy bien. Una de las mujeres, gruesa, bien formada, que no es actriz extraordinaria, habla de manera excelente y sabe presentarse. El asunto es inverosímil. Con increíble variedad nos entretuvieron más de tres horas. Pero aquí, la base donde todo se apoya es el pueblo. Los espectadores hacen su papel: el pueblo y el espectáculo se identifican. Durante el día, en las plazas, orilla del agua, dentro de las góndolas, y en el palacio ducal. El mercader, el comprador, el mendigo, los barqueros, las vecinas, el abogado y su contrario, todos viven, se tropiezan, y sin violentar su propia manera de ser, hablan y juran, gritan y ruegan, cantan, juegan, maldicen y alborotan. Después, van, por la noche, al teatro a ver y oír su propia vida, al día, artísticamente presentada con primor, entretejida de cuentos, desviándose de la realidad con la careta y acercándose a ella en las costumbres. Esto les divierte como si fueran niños: chillan, aplauden y meten ruido. Desde la mañana a la noche, o mejor desde media noche a media noche, es siempre lo mismo. Nunca vi acción más fácil y natural que la de estas máscaras.

Mientras escribo hay en el canal, debajo de mi ventana, un ruido formidable, y pasa ya de media noche. Siempre tienen motivo de reunirse; o riñas o diversiones.

Ahora sí puedo decir que he oído oradores públicos. Tres mozos, a la tarde, en la plaza y en los muelles contando historias, cada uno a su manera. Dos abogados; dos predicadores; los cómicos de que he

hablado, entre los que he de celebrar al *Pantalon*. Todos tienen algo de común, no sólo por ser de una misma nación y vivir en público, siempre entregados a arengas apasionadas, sino porque se imitan. Hay que añadir la exagerada pantomima que acompaña a la expresión de sus ideas y sentimientos. Hoy estuve en la función de San Francisco, *Alle Vigne*. Los vendedores, delante de la Iglesia, acompañaban con sus gritos la fuerte voz del capuchino, a modo de Antífona. Me coloqué en la puerta entre uno y otros, y era extraordinario oír aquello.

Venecia 5 de octubre de 1786

Visité el Arsenal, muy interesante para mí, que no conozco nada de marina; y aquí vengo cono a la escuela primaria. Pues si va, a decir verdad, esto parece una familia antigua que todavía subsiste, aunque ya le pasó el tiempo de las flores y de los frutos. Gustándome observar los obreros, vi muchas cosas dignas de atención, y he subido al esqueleto de un buque de veinticuatro cañones. Otro igual se quemó hace seis meses en la Riva de Schiavoni. La santa bárbara no estaba llena de pólvora, y la explosión no causó grandes daños; las casas próximas se quedaron sin cristales.

He visto trabajar la más hermosa madera de encina de Istria, y me hizo pensar en la manera de crecer árbol de tal mérito. No encareceré bastante cuán útil me es el conocimiento, que tan penosamente he adquirido, de los productos de la Naturaleza que el hombre emplea como primera materia y aplica a sus necesidades, a fin de explicarme los procedimientos de artistas y artífices. De igual suerte, el conocimiento de las montañas y de las piedras sacadas de ellas, contribuye mucho a mi adelanto en el Arte.

Queriendo explicar con una palabra el *Bucentauro*, le llamaré galera de aparato. El antiguo, del que tenemos estampas, justifica más aun el epíteto el actual, deslumbrante de lujo, hasta el punto de hacernos perder de vista su origen. Vuelvo siempre a mi teoría: dando al artista un asunto digno, puede siempre hacer una obra cabal. Aquí se le encargó construir una galera digna de llevar a las cabezas de la República el día de la gran fiesta, en que se consagra su antigua dominación sobre el mar, y este objeto se cumplió admirablemente. Es el barco un puro adorno; no puede decirse que está cargado de adornos: es una talla toda dorada, sin servicio

alguno. Un verdadero viril donde mostrar al pueblo sus cabezas. Sabido es cuánto le gusta adornar sus sombreros: de igual modo quiere ver a sus superiores lujosos y engalanados. Esta nave de aparato es una verdadera pieza de inventario, donde puede verse cuanto los venecianos eran y lo que querían ser.

Por la noche

Sigo riéndome de la tragedia, y quiero fijar en el papel, acto continuo, aquella payasada. La pieza no era mala: el autor recopiló todos los matadores trágicos, y los actores trabajaron bien. La mayor parte de las situaciones, conocidas; algunas nuevas y muy felices. Dos padres se odian: hijos e hijas de estas familias enemigas se aman apasionadamente, y hasta una de las parejas se casa en secreto. Suceden horrores y crueldades y al fin no hay obro medio de arreglar que los jóvenes sean felices, sino es atravesándose los padres uno a otro de pare a parte; en cuyo momento, entre una salva de aplausos, cae el telón.

A pesar de ello, los aplausos redoblan y principian a gritar ¡*fuora*! Continuando así hasta que las dos parejas principales condescienden y salen al proscenio, hacen sus reverencias y se retiran.

El público no se contenta todavía; sigue aplaudiendo, y grita: ¡*i morti*! Salen al fin los dos muertos, saludan y se oyen algunas exclamaciones de ¡*bravi i morti*! Mucho tiempo los tiene allí el palmoteo; hasta que al fin les permite retirarse. Esta farsa gana infinito para el testigo ocular y auricular, que conserva en sus oídos, como yo, el ¡bravo! ¡*brav* i! Que los italianos tienen siempre en la boca, y oye de repente llamar a los muertos con esta palabra honorífica.

¡Buenas noches! Así podemos decir los del Norte, a toda hora, cuando nos separamos en la obscuridad. El italiano dice, ¡*felicissima notte*! Sólo una vez, al traer al cuarto la luz que separara la noche del día, y esto significa una cosa enteramente distinta. Los idiotismos de cada lengua son intraducibles; pues todas las palabras, desde la más alta a la más baja, se refieren a cualidades propias y particulares de la nación; y están en su carácter, en sus sentimientos

o en su situación especial.

Venecia 6 de octubre de 1786

La tragedia de ayer me enseñó muchas cosas. En primer lugar, he oído de qué suerte tratan los italianos sus yámbicos endecasílabos. Después he podido comprender cuán sabiamente obró Gozzi aliando las máscaras y las figuras de tragedia; espectáculo apropiado a este pueblo, que quiere ser conmovido de una manera cruel. No toma parte alguna íntima ni tierna con los desdichados: gústale sólo que el héroe hable bien; se paga mucho de las palabras, más enseguida quiere reír y oír sandeces.

En el drama es interesan como en la misma realidad. Al presentar el tirano la espada a su hijo y requerirle que mate a su mujer, allí presente, manifestó el público, en voz alta, su desagrado ante semejante pretensión, y poco faltó para interrumpir la representación. Pedía que el viejo volviese a recoger la espada, cosa que habría anulado las situaciones sucesivas de la obra. Al fin el hijo, tan estrechado, se decidió adelantándose al proscenio, y rogó humildemente al público que tuviese paciencia un solo instante: luego siguió la cosa a medida del deseo. Considerada en el terreno del Arte la escena, en aquellas circunstancias era necia y antinatural, y aplaudí el sentimiento público.

Ahora me hoy mejor cuenta de las arengas y largos discursos de las tragedias griegas. Los atenienses gustaban más oír hablar y entendían más de eso que los italianos, porque se formaban en los tribunales, donde pasaban todo el día.

En las obras arquitectónicas de Palladio, sobre todo en las iglesias, hallo algunas cosas censurables, al lado de otras preciosas. Poniéndome a considerar si tendré o no razón respecto de hombre tan extraordinario, me hago la idea que me comprende y me dice:

—Esto y esto fue contra mi voluntad; no obstante, lo hice

porque, en circunstancias dadas, sólo de esa manera podía acercarme a mi ideal.

Paréceme —¡tanto es lo que pienso en ello!— que, observando la altura y ancho de una iglesia ya hecha, de una casa vieja, donde sólo había que levantar fachada, se diría:

—¿Cómo vas a dar a estos espacios forma grande? La necesidad te obliga a desatender y desconcertar muchos detalles; en uno o en otro sitio aparecerá alguna inconveniencia, pero así tiene que ser. El estilo, en su conjunto, será alto y trabajarás a gusto. Y así puso de manifiesto la idea grande que llevaba en su alma en sitios no del todo adecuados, donde tenía que mutilarla y fraccionarla.

El ala del convento de la Caridad, al contrario, es de tanto más precio, cuanto el artista trabajaba libre y podía seguir sin trabas las inspiraciones de su talento. Si el monasterio se hubiese concluido, tal vez no habría en el mundo actual obra arquitectónica de mayor perfección.

Cuanto más leo y medito sus obras, veo más claramente su pensamiento y trabajo, de que suerte trató a los antiguos; empleó pocas palabras, más siempre importantes. El libro cuarto, que se ocupa en los templos antiguos, es perfecta guía para ver con sentido las ruinas.

Venecia 7 de octubre de 1786

Anoche vi en el teatro San Crisóstomo, Electra, de Crebillón; traducida, por supuesto. No puedo decir cuan empalagosa Me pareció la obra y lo terriblemente pesada que se me hizo.

Los actores son, en general, buenos, y satisfacen al público en pasajes sueltos. Orestes solo tiene tres relaciones poéticamente adornadas, en una misma escena. Electra es una muchacha bonita, algo gruesa y de viveza casi francesa, buenas maneras, y dice los versos muy bien; sólo que se equivocó desde el principio al fin, como por desgracia el papel lo pide. Mientras tanto seguí aprendiendo. Los yámbicos, siempre endecasílabos, son, en italiano, muy incómodos de declamar, porque, en general, la última sílaba es corta y, contra la voluntad de los actores, suena aguda.

Esta mañana temprano estuve en la misa solemne de la iglesia de Santa Justina, a la que asiste todos los años el Dux, conmemorando una victoria alcanzada sobre los turcos. A la plaza, que es pequeña, llegaron las barcas doradas conduciendo al príncipe y a una parte de los nobles; los barqueros, vestidos de modo singular, agitaban remos encarnados. En la orilla el clero y la Hermandad, con hachones encendidos, sostenidos en pértigas de plata y candeleros portátiles, esperaban en apretado grupo. Después tendieron puentes tapizados desde las embarcaciones a tierra y empezaron a extenderse, en una fila primeramente los largos ropajes, color de violeta, de los jurisconsultos, después los colorados de los senadores, que sobre el empedrado se descogieron, y al fin, el anciano, adornado con el dorado gorro frigio, traje talar, dorado también, y manto de armiño. Salió llevando la cola sostenida por tres servidores. Todo esto en aquella plaza, ante el pórtico de una iglesia, delante de cuyas puertas flotan las banderas otomanas,

parecía un tapiz antiguo muy bien dibujado y colorido. A mí, fugitivo del Norte, la ceremonia me gustó mucho. En nuestro país, donde todo se festeja en traje corto y el arma al hombro, no estarían en su lugar. Pero aquí, en tales solemnidades pacíficas, los trajes talares son propios.

Es el Dux hombre de aventajada estatura y muy bien formado, que podrá estar enfermo; pero, en honor de su dignidad, se tiene muy derecho bajo la pesada vestidura. Aparte de esto, parece el abuelito de toda la raza y es afabilísimo y cortés. Siéntale el traje a maravilla, y el casquete, debajo del gorro frigio, no le perjudica, porque es fino y transparente y descansa en el cabello más blanco y brillante del mundo.

Le acompañaban unos cincuenta nobles con largos trajes de cola, de color rojo obscuro. La mayoría hombres hermosos; ni una figura ruin; muchos altos, de gruesas cabezas y pelucas de rizos rubios, que les caían muy bien; facciones marcadas, carnes blancas sin ser flácidas, parecían prudentes sin esfuerzo, tranquilos, dueños de sí mismos, a quienes la vida era fácil y la llevaban con cierta alegría.

Luego que en la iglesia estuvo todo ordenado y principiada la misa solemne, toda la cofradía entró por la puerta principal y volvió a salir por la de la derecha, después de recibir los cofrades, dos a dos, el agua bendita y saludar al Altar, al Dux y a la Nobleza.

Me había preparado para esta noche el famoso canto del Gondolero, que es el Tasso y el Ariosto cantados con una melodía especial. Se necesita realmente prepararlo, porque de ordinario no se presenta; pertenece a las cosas medio extinguidas de los pasados tiempos.

A la luz de la luna subí a la góndola; uno de los cantores iba delante, otro detrás, y comenzaron su canto, alternando en sus estrofas. La melodía, conocida gracias a Rousseau, es un término medio entre el recitado y el canto llano; conserva el mismo movimiento sin tener compás. La modulación también es igual; sólo cambia según el sentido del verso, y hace una suerte de declamado, lo mismo el tono que la medida.

El espíritu, la vida de aquello, sólo se comprenderá por lo que voy a decir. No sé ni quiero averiguar cómo se hizo la melodía; baste saber que es muy apropiada a un hombre desocupado,

modulando para su propia complacencia, adaptando a estas modulaciones poemas que sabe de memoria. Sentado a la orilla de una isla, de un canal, con voz penetrante —el pueblo estima, en primer término, la fuerza— hace resonar su canto todo lo lejos que puede.

Se extiende sobre las aguas quietas y a distancia; otro, que conoce la melodía, la oye y contesta entonando el verso siguiente; después, vuelve a comenzar el primero, y así uno es siempre eco de otro. El canto, aunque dure noches enteras, los entretiene sin cansarlos. Cuanto más lejos están, más atractivo tiene la canción. Si el que escucha se halla entre los dos, ocupa lugar apropiado.

Al fin de lograr que escuchara así, saltaron a tierra en la Giudecca, y se dividieron a lo largo del canal; yo iba de un lado a otro entre ellos, separándome del que empezaba a cantar y acercándome al que terminaba la estrofa. De esta manera comprendí enseguida el sentido del canto. Es rarísimo el sonido de la voz lejana; parece queja sin tristeza; es cosa increíble y conmueve hasta hacer llorar; lo atribuía a mis propias disposiciones, pero mi viejo decía: «*E singolare, come quel canto intenerisce, e molto più, quanto è più en cantato*.»

Deseaba que oyese las mujeres de Lido y particularmente las de Malamocco y Palestrina, que cantan también el Tasso, acompañado de la misma o parecida melodía. Él decía: «Cuando sus maridos van de pesca, tienen la costumbre de sentarse en la orilla, y con voz penetrante, a la caída de la tarde entonan el canto hasta que, allá lejos, oyen la voz de los suyos, y así se entretienen». ¿No es muy hermoso esto? Sin embargo, se comprende fácilmente que sea poco agradable oír cerca voces rivalizando con las olas del mar. Pero la idea de este canto se hace humana y verdadera; viva la melodía cuya letra muerta nos destrozaba la cabeza; porque es suspiro de un ser solitario en el espacio, destinado a que otro, animado de sus mismos sentimientos, lo escuche y le conteste.

Venecia 8 de octubre de 1786

He visitado el palacio *Pisani Moretta* para ver un precioso cuadro de Paolo Veronese: la familia femenina de Darío, postrada ante Alejandro y Hephastion. La madre, arrodillada en primer término, toma al último por el rey; él rehúsa todo honor e indica a Alejandro. Cuenta la historia que, habiendo sido el artista muy bien recibido y honoríficamente hospedado durante mucho tiempo en este palacio, pintó el cuadro en secreto, y arrollado, lo dejó de regalo, debajo de la cama. De todas maneras, es digno de un origen particular, pues revela todo el mérito del maestro. Evidencia su gran arte en distribuir luces y sombras, su habilidad en los colores locales, su modo de producir deliciosa armonía, sin difundir en el lienzo un tono general. Verdad es que el cuadro se conserva perfectamente, tan fresco como pintado ayer, y cuando una obra de tanta importancia comienza a deteriorarse, el placer que su visita produce se perjudica sin saber por qué.

Quien censure al artista en los trajes, debe advertir su intento de pintar historia del siglo diez y seis, y no hay más que decir. La gradación de la madre a la esposa y a la hija, es sobremanera real y feliz. La princesita joven, arrodillada, completamente al extremo, es una ratita de rostro gentil, voluntarioso y arrogante, que no parece estar nada contenta en su sitio.

Mi antiguo don de ver el mundo con los ojos del pintor cuyos cuadros acaban de impresionarme, me trajo un pensamiento particular. Es evidente que el ojo se forma mediante los objetos vistos desde la infancia, y así los pintores venecianos deben ver más diáfano y claro que los otros hombres. Cuantos habitamos un país, a veces sucio y fangoso, otras cubierto de polvo incoloro, que amortigua los reflejos, o quizá encerrados en menguadas habitaciones, no podemos desarrollar en nosotros mismos esa

mirada alegre. Al hallarme un día en las lagunas, en pleno sol, y ver en las bandas de las góndolas a los gondoleros con sus trajes abigarrados y sus movimientos ligeros remando, destacarse entre la llanura verde clara y el aire azul, he contemplado la mejor y más acabada imagen de la escuela veneciana. El brillo del sol realzaba los colores locales de manera deslumbradora, y eran las sombras tan ligeras, que relativamente hubiesen podido servir de luz. Igual sucedía con el reflejo de las verdes aguas del mar; todo era claro y pintado en claro: se necesitaba el rayo de luz sobre las olas espumosas para poner los puntitos sobre las íes. Ticiano y Paolo poseían esta claridad en grado sumo, y si no se encuentra en algunos de sus cuadros, es porque han padecido o los han retocado.

En la iglesia de San Marcos las bóvedas y cúpulas, y al igual las paredes, todo está ricamente cubierto de mosaicos; figuras de colores sobre fondo de oro. Los hay muy buenos; otros no tanto, según el maestro que dibujó los cartones. Me dio pena que todo dependiese aquí de aquella primitiva invención, haciéndola dueña del espíritu y de la medida justa; pues con pedacitos cuadrados de vidrio, lo mismo se puede imitar lo malo que lo bueno. Y aun no todo lo hicieron de la mejor y más pulida manera. El Arte que preparó a los antiguos sus pavimentos y a los primeros cristianos el cielo de las bóvedas de sus iglesias, se desmenuza ahora en tabaqueras y brazaletes: estos tiempos son peores de lo que se piensa.

En la casa Tafetti existe una preciosa colección de reproducciones antiguas. No hablaré de las que conozco de Maguncia o de otras partes, y sólo mencionaré las nuevas. Una Cleopatra colosal, el áspid enroscado en el brazo y durmiendo el sueño de la muerta. Más lejos la madre Niobe, cobijando bajo el manto la más joven de sus hijas para librarla de las flechas de Apolo. Algunos gladiadores; un Genio dormido en sus propias alas. Filósofos sentados y de pie. Son obras que pueden deleitar e instruir al mundo durante siglos, sin que el mérito del artista se agote nunca en la saciedad.

Muchos bustos me transportaron a los antiguos, magníficos tiempos. Sólo siento mi desdichado atraso en tales conocimientos. Sin embargo, adelantaré; a lo menos sé el camino. Palladio me preparó a ello y a todo cuanto es Arte y vida. Quizá he de parecer

algo extraordinario, pero no será paradójico como lo de Jacobo Bôhme, que llegó a conocer el universo viendo un plato de estaño atravesado por el rayo de Júpiter. También hay en la colección un pedazo de entablamento del templo de Antonino y Faustina en Roma. Este objeto saliente de tan magnífica arquitectura, me hizo recordar el capitel del panteón de Mannheim. ¡Cosa es bien diferente de nuestros santos amochuelados del gótico florido, puestos sobre sus mensulillas uno sobre otro, y que nuestras columnas de tubos de pipa y nuestras torrecillas picadas, y que nuestras guirnaldas de flores! Gracias a Dios, de eso estoy libre para siempre.

He de mencionar todavía algunas obras de escultura que vi aquel día, si bien de pasada, con admiración y respeto. Dos enormes leones de mármol blanco a la puerta del Arsenal.

El uno, se levanta apoyándose en las patas delanteras; el otro está acostado. Contraste magnífico de variedad y vida. Son tan grandes, que hacen pequeño lo que les rodea y que nos reducirían a la nada si los objetos sublimes no nos elevasen. Deben ser de los mejores tiempos griegos, traídos del Pireo en los días resplandecientes de la República.

Deben traer asimismo su origen de Atenas dos bajorrelieves empotrados en la pared de la iglesia de Santa Justina, la vencedora de los turcos, desgraciadamente obscurecidos, hasta cierto punto, por las sillas de la iglesia. Me hizo reparar en ellos el sacristán, porque la tradición dice que los ángeles hermosísimos que el Ticiano presenta en su cuadro del Asesinato de San Pedro Mártir, están tomados de aquellos: son genios que se arrastran con los atributos de los dioses, y en verdad tan bellos, que sobrepujan toda idea.

Enseguida contemplé, con un sentimiento muy particular, la estatua desnuda de Marco Agripa, en el patio de un palacio. Un delfín que se levanta culebreando a su lado, indica un héroe marino. ¡Qué parecidos a dioses son los grandes hombres así representados! He visto de cerca los caballos de la iglesia de San Marcos: desde abajo se advierte ligeramente que son moteados; en algunas partes tienen un bonito reflejo metálico, a veces verde cobrizo. De cerca se ve y se sabe que eran todos dorados y ahora

están llenos de rayas, porque los bárbaros no quisieron limar el oro, sino rasparlo con cuchillo. Mejor es esto; a lo menos la forma queda.

¡Qué hermoso tiro! Quisiera oír la opinión de algún inteligente en caballos. Lo que me pareció singular fue que de cerca parecen pesados, y desde la plaza ligeros como ciervos.

Esta mañana mi ángel bueno me llevó al Lido, la lengua de tierra que cierra las lagunas y las separa del mar. Saltamos en tierra y la atravesamos: oí un ruido fuerte; era la mar, que vimos pronto: se lanzaba contra la orilla y luego se volvía; estaba la marea bajando. Así, pues, he visto la mar con mis propios ojos y me he paseado en la hermosa playa que deja descubierta al retirarse. Hubiera deseado tener los niños a mi lado, a causa de los mariscos; yo mismo, semejante a un chico, recogí buena provisión de ellos. Pero los dedico a una cosa: quisiera secar un poco de la tinta de calamar, que aquí corre con tanta abundancia.

Sobre el Lido, cerca del mar, hay un cementerio de ingleses, y más lejos obro de judíos, porque ni unos ni otros pueden enterrarse en sagrado. Encontré la sepultura del noble cónsul Smith y de su primera mujer; le debo mi ejemplar de Paladio, y le di por él las gracias sobre su tumba profana.

Y no solamente profana, sino medio perdida; el Lido no es, al fin y al cabo, más que una duna, y las arenas arrebatadas por el viento, llevadas de una parte a otra y amontonadas, la cubrían: dentro de poco tiempo apenas se encontrará este monumento, aunque es bastante alto.

¡Qué gran espectáculo es la mar! Quiero hacer un viaje en canoa, porque las góndolas no salen fuera.

Orillas del mar encontré también diversas plantas, cuyos caracteres semejantes me hicieron conocer mejor sus propiedades. Son a la vez gordas y acerbas, crasas y tenaces, y es evidente que tales propiedades las adquieren de la sal del suelo arenoso, y mejor todavía, de la sal del aire. Contienen jugo como las plantas acuáticas, y son carnosas y resistentes como las plantas de montaña. Cuando en el final de las hojas se advierte tendencia a ser espinosas,

al igual que el cardo, son extremadamente afiladas y fuertes. Encontré sí una mata; me parecieron análogas a nuestros inofensivos tusilagos, pero armados de fuertes armas, y la hoja parecía de cuero, lo mismo que el cáliz y el tallo, todo grueso y áspero: recogí semilla y hoja. (Eringium maritimum).

El mercado del pescado y los infinitos mariscos me gustaron mucho; voy a él con frecuencia y observo los desdichados habitantes de la mar que se dejaron atrapar.

Venecia 9 de octubre de 1786

¡Magnífico día desde la mañana a la noche! Llegué hasta Palestrina, pasando frente a Chiozza, asiento de las grandes construcciones llamadas Murazzi, que levanta la República. Son de piedras labradas y es su objeto proteger la extensa lengua de tierra llamada el Lido, que separa las lagunas de la mar, contra el bravío elemento.

Son las lagunas un efecto antiguo de la Naturaleza. En primer término, el flujo, el reflujo y la tierra, trabajando encontradamente; después los rebajamientos sucesivos de las aguas, fueron causa de que, en la extremidad superior del mar Adriático, se encontrase tan extenso terreno pantanoso, visitado en parte y en parte abandonado por el flujo y el reflujo. El arte solidificó los puntos más altos, y así Venecia está formada por cien islas agrupadas y rodeada de otras ciento. Al propio tiempo, con increíble trabajo y costo, abrieron canales profundos en las lagunas, a fin de que en la marea pudiesen llegar buques de guerra a los puntos principales. Cuanto hicieron el ingenio y el trabajo de los antiguos tienen que conservarlo ahora el trabajo y la previsión de los modernos. La larga banda de tierra del Lido separa las lagunas del mar, que sólo puede entrar por dos sitios, a saber: el Castillo y al extremo opuesto por Chiozza.

El flujo entra dos veces al día y el reflujo retira las aguas otras dos veces, siempre siguiendo el mismo camino y en la misma dirección; cubre los puntos pantanosos del interior y deja al descubierto los más altos, que, aunque no se secan, son visibles.

Otra cosa sería si la mar se buscase nuevos caminos, atacase la lengua de tierra y la marea entrase y saliese a voluntad. No solamente los pueblecitos que hay en el Lido, Palestrina, San Pietro y otros perecerían, sino que se obstruirían los canales y el agua lo trastornaría todo, convirtiendo el Lido en islas, y las islas que hay detrás, en lengua de tierra. A fin de evitarlo, protegen el Lido,

valiéndose de todos los medios posibles, para que el elemento temible no pueda desmantelar aquello que los hombres se posesionaron, dándole forma y dirección determinadas.

En las mareas grandes conviene, sobre todo, impedir al mar la entrada, a no ser por dos lados, quedando el resto cerrado. Así se quiebra su fuerza, y debiendo someterse, a las pocas horas, a la ley del descenso de la marea, es menos temible su furor.

Después de todo, Venecia nada tiene que temer, y la lentitud del mar retirándose, le garantiza miles de años, y ya tratará de retener su posesión, conservando perfectamente sus canales.

¡Si al menos tuvieran la ciudad más limpia, cosa tan necesaria como fácil y de muy grandes consecuencias en el curso de los siglos! Verdad es que está prohibido, bajo grandes multas, echar escombros o basuras en los canales; pero nadie puede impedir que un chaparrón repentino arrastre las inmundicias depositadas en los rincones, y lo que es peor, que las arroje en las bocas de las alcantarillas, cerrándolas y poniendo así los lugares principales en peligro de quedarse debajo del agua. He visto alcantarillas obstruidas y llenas de agua, hasta en Piazzeta de San Marcos, donde las establecieron tan bien como en la gran plaza.

La lluvia se hace un fango horroroso. Todo el mundo jura y echa pestes. Al subir y bajar los puentes, las capas y Tabarri que llevan arrastrando, se ensucian, y como las gentes usan medias y zapatos, se salpican e increpan unos a otros porque no se manchan de barro común, sino corrompido. Mejora el tiempo, y nadie piensa ya en la limpieza. Tan cierto es que el público se queja siempre de estar mal servido, porque no sabe principiar a hacerse servir mejor. Aquí, si el soberano quisiera, todo se arreglaría pronto.

Subí esta tarde a la Torre de San Marcos; habiendo visto las lagunas en su magnificencia, en pleamar, quería contemplarlas ahora, durante el reflujo, en su humildad, siendo necesario unir las dos imágenes para formar idea verdadera. Es cosa singular ver tierra en todas partes donde antes se extendía la llanura transparente. Las islas no son ya sino puntos elevados y cultivados de un gran pantano verde obscuro, donde caracolean bonitos canales. Se ven los terrenos pantanosos cubiertos de plantas acuáticas, que

paulatinamente y sin cesar los van levantando, a pesar del flujo y el reflujo que los arrastra y socava, no dejando sosegar la vegetación.

Vuelvo a mi narración del mar. Hoy vi un tejemaneje de caracoles marinos, lapas y cangrejos, en extremo divertido.

¡Qué cosa tan hermosa es un ser vivo! ¡Qué apropiado a su estado, qué verdadero, qué existente! ¡Cuán útil me es mi corto estudio de la Naturaleza y cuánto me complazco en seguirlo! Estas cosas pueden comunicarse, y no quiero hacer la boca agua a mis amigos con simples exclamaciones.

Consisten las obras destinadas a contener el mar en dos series de escalones altos, alternando con rampas suaves, terminando en alto muro, cuyo borde superior es saliente. Al subir la marea, el agua cubre generalmente los escalones y las rampas, y sólo en casos extraordinarios se estrella contra el muro y el borde saliente.

A la mar siguen sus habitantes; pequeños mariscos comestibles, patelas univalvas y todo lo movedizo, en particular cierta especie de cangrejos. Apenas los animalitos se posesionaron del muro liso, se retiran las aguas tumultuosas según vinieron. Al principio aquella muchedumbre no sabe dónde se halla, y espera que la ola salada los volverá a recoger; mas no vuelve, el sol pica y seca de prisa, y empieza entonces la retirada. En tal ocasión buscan los cangrejos su presa. No se puede ver nada más admirable ni más cómico que los ademanes de esta criatura que, compuesta de redondo cuerpo y dos largas tijeras, ya que las otras paras de araña no cuentan, camina pausada sobre sus zancudos brazos, y en cuanto una lapa se mueve algo debajo de su escudo, mete la pinza entre la abertura de la concha y el suelo, vuelca el tejado y se come el molusco. Las patelas caminan despacio; más al sentir próximo el enemigo, se adhieren fuertemente a la piedra. Esta maniobra con mucha astucia y muchas monerías alrededor del tejado, falto de fuerzas que venzan el poderoso músculo del débil animalejo; entonces renuncia a la presa, dirigiéndose a otra suelta, mientras la primera sigue poco a poco su camino. Jamás vi un cangrejo salirse con la suya, y eso que he pasado horas enteras observando la retirada de esta tropa, resbalándose por las dos rampas y los escalones.

Venecia 10 de octubre de 1786

¡Ahora sí puedo decir que he visto una comedia! Daban hoy en el teatro San Lucas, *Le Baruffe Chiozzotte*, que quiere decir: El Zipizape de Chiozza. Son los personajes marineros habitantes de Chiozza, y sus mujeres, hermanas e hijas. Sus gritos habituales, en lo bueno y en lo malo, sus pendencias, sus violencias y su benignidad, sus simplezas, su ingenio, su buen humor y sus maneras libres, todo está perfectamente imitado. También la obra es de Goldoni, y como yo estuviera todavía ayer en aquel lugar, y tenía aún en los ojos y en los oídos las voces y maneras de los marineros y gente del puerto, me hizo muchísima gracia. De seguro se me habrán escapado muchas alusiones, más pude seguir bien el conjunto.

He aquí el plan de la pieza. Las vecinas de Chiozza se hallan sentadas delante de sus casas, hilando, haciendo malla, cosiendo, según costumbre. Pasa un joven, y a una de ellas saluda con particular amabilidad. Entonces empiezan las pullas, crecen hasta las bromas y se alzan hasta el agravio. Una grosería atrae otra. Una vecina agresiva dice las verdades, y en tal punto, dan rienda suelta a las injurias, a los ultrajes, a los gritos. No falta quien llegue a vías de hacho, e intervienen, de necesidad, los agentes de la justicia. El segundo acto pasa en la Sala de la Audiencia. El escribano, en lugar del Podestá, que como noble no podría ser representado en el teatro, hace llamar a las mujeres una a una. Así se descubre que él mismo está enamorado de la enamorada, y aprovechando hablarla a solas, en vez de interrogarla, declárale su amor. Otra, enamorada de él, se precipita dentro, llena de celos. El amante de la primera, todo alborotado, llega asimismo corriendo y las demás le siguen, llueven los insultos y anda el diablo suelto en la Sala de la Audiencia, como antes en la plaza del puerto.

En el tercer acto aumenta la barahúnda, concluyendo

apresuradamente y, de cualquier manera. El pensamiento más feliz lo expresa un carácter en el que voy a ocuparme.

Un marinero viejo, cuyos miembros, y en particular el órgano de la palabra, se han entorpecido de resultas de la vida dura y penosa que levara en su juventud, aparece como antítesis de aquella gente charlatana, movediza y chillona. Empieza siempre moviendo los labios, ayudándose de los brazos y de las manos, hasta que consigue echar fuera lo que piensa. Pero no saliendo sino en cortas frases, representa una seriedad tan lacónica, que cuanto dice parecen proverbios o sentencias y equilibra los desplantes y apasionamientos de los otros.

Jamás he visto alegría semejante a la del pueblo al contemplarse representado tan al natural. Aquello fue una explosión de carcajadas desde el principio hasta el fin. También debo decir que los actores lo hicieron a maravilla. Respecto del carácter, se habían repartido los diferentes tonos de voz que generalmente sobresalen en el pueblo. La primera actriz estaba deliciosa, mucho mejor que al último en su traje de heroína y demostrando su pasión. Las mujeres en general, ella sobre todo, imitan las voces, los ademanes y los modales del pueblo de manera graciosísima. Muchas alabanzas merecen el autor que hizo, de nada, el más agradable pasatiempo. Sólo es dable hacerlo al autor nacional, dirigiéndose a un público alegre. Aparece siempre escrito de mano maestra.

De la compañía Sacchi, para la que trabajaba Gozzi, y ahora está deshecha, vi a la Smeraldina, una figurita pequeña y gorda, llena de vida, ligereza y buen humor. Brignetta, que es delgado, buena figura y excelente cómico, sobre todo en la parte de acción y de maneras, estaba con ella. Estas máscaras, conocidas nuestras como momias, sin vida ni significado en nuestro país, aquí lo hacen maravillosamente, que son al cabo productos indígenas. Las edades, los caracteres y los estados notables se han personalizado en trajes extraordinarios, y cuando se va y viene la mayor parte del año con careta puesta, se encuentra natural que también en la escena aparezcan caras negras.

Venecia 11 de octubre de 1786

Al fin y al cabo, haciéndose la soledad imposible entre tan considerable masa de hombres, di con un francés viejo que no sabe palabra de italiano: encuéntrase como denunciado y vendido, y a pesar de todas sus cartas de recomendación, ignora a punto fijo qué hacer. Es hombre de clase elevada, de muy buenas maneras, poco expansivo; debe pasar mucho de los cincuenta, y ha dejado en su casa un hijo de siete años, de quien espera ansioso noticias. Le he prestado algunos servicios. Aunque de prisa, viaja por Italia cómodamente, para decir que la ha visto, más agrádale al pasar instruirse en lo posible. Dile noticias de muchas cosas. Al hablarle de Venecia, me preguntó cuánto tiempo hacía que estaba aquí, y oyendo que sólo quince días y era la primera vez, dijo: il parait que vous n'avez pas perdu votre temps. Es el primer testimonio de buena conducta que puedo presentar.

Lleva aquí ocho días y se va mañana. Me fue muy grato ver, en el extranjero, un verdadero Versalles de carne y hueso. ¡Y eso llaman viajero! ¡Es cosa que me hace pensar y me maravilla de qué suerte se puede viajar sin descubrir nada fuera de sí! Y a su manera es excelente persona, hombre instruido y que vale.

Venecia 12 de octubre de 1786

Ayer dieron en San Lucas una pieza nueva,
L’inglicismo
in Italia. Viviendo en Italia muchos ingleses, es natural que sus costumbres se hayan observado, y creí saber de qué modo juzgan los italianos a estos huéspedes ricos y bienvenidos, y quédeme en ayunas; algunas escenas oportunas de chiste, y el resto muy pesado y muy serio, sin ningún rasgo del carácter inglés; las trivialidades italianas de costumbre, y eso aplicadas a cosas generales, y nada más.

Así fue, que no gustó, y estuvo a punto de ser silbada; los cómicos no estaban en su elemento, como en la plaza de Chiozza. Siendo esta la última pieza que debo ver aquí, aparece que mi entusiasmo hacia aquella representación nacional subió de punto en el contraste.

Después de recorrer mi diario, antes de cerrarlo y haberle añadido las observaciones de mi librito de memorias, debo registrar los actos y enviarlo al juicio de mis amigos. Ya hallé en sus páginas más de una cosa que podría determinar mejor, aumentar y corregir. Pláceme que queden así y sean monumentos de la primera impresión que, aunque no siempre la verdadera, nos es preciosa y grata. ¡Si pudiese enviar a mis amigos siquiera un soplo de esta vida fácil! Consideran los italianos
l’altramontano
imagen obscura. También se me presenta ahora el lado de allá de los Alpes sombrío; pero entre la niebla acostumbrada, se dibujan figuras amigas. Solamente el clima podría obligarme a preferir estos países a aquellos: el nacimiento y la costumbre son cadenas poderosísimas. No quisiera vivir aquí, como no quisiera vivir en parte alguna donde estuviese desocupado. En el momento, la

novedad me da muchísimo que hacer. La Arquitectura se levanta de su sepultura cual espíritu antiguo y me manda que estudie sus lecciones, a manera de reglas de una lengua muerta, no intentando aplicarlas ni procurarme en ellas goce vivo, sino cruzando, en el silencio de mi alma, la existencia venerable y por siempre terminada de los tiempos antiguos. Refiriéndose Palladio en todo a Vitrubio, me procuré un ejemplar de la edición de Galiani. El infolio pesa en el equipaje tanto como su estudio en mi cabeza. Palladio, con sus palabras y obras, en su manera de pensar y exponer, me ha acercado más a Vitrubio y me lo ha interpretado mejor que puede hacerlo la versión italiana. Vitrubio no se lee fácilmente: el libro en sí está escrito en estilo obscuro y exige estudio crítico. A pesar de ello lo leo pronto, y me deja altas y dignas impresiones. Lo diré mejor, lo leo a manera de breviario: más por devoción que para instruirme. Ya anochece temprano y tengo tiempo de leer y escribir.

¡Gracias a Dios! Cuando veneraba en mi juventud vuelve a serme querido. ¡Qué feliz me siento al haber osado acercarme de nuevo a los escritores antiguos! Me atrevo ya a decir y a confesar mi enfermedad y mi locura. Desde hace algunos años no he visto ningún autor latino ni podría considerar nada que me recordase a Italia. Cuando esto me sucedía casualmente, Me hacía sufrir de manera cruel: a menudo Herder se burlaba de mí, porque decía que mi latín lo aprendía de Spinoza, a causa de reparar que era el único libro en latín que yo leía. Mas ignoraba hasta qué punto debía guardarme de los antiguos y con qué angustia me refugiaba en aquellas generalidades abstrusas. Todavía no ha mucho Me hizo desgraciadísimo la traducción de las Sátiras de Wieland. No leyera dos y ya estaba desconcertado. De no haber tomado la determinación que ahora estoy poniendo en práctica, era hombre perdido. A tal punto subiera en mi alma el deseo de ver tal cosa en mis propios ojos. Era insuficiente el conocimiento; las cosas estaban al alcance de mi mano y las separaba muro impenetrable. Así, no me parece que las veo la primera vez, sino que la vuelvo a ver. Poco tiempo he permanecido en Venecia, más logré identificarme bastante con esta vida, y sé que llevo conmigo idea, sino completa, a lo menos verdadera y clara.

Venecia 14 de octubre de 1786, a las dos de la tarde

Son los últimos momentos que paso en Venecia; voy a partir en el barco del correo de Ferrara. Salgo gustoso de Venecia; necesitaba, de quedarme aquí, contento y con provecho, hacer cosas que salen de mi plan. Los habitantes también se van ahora, y cada uno busca sus jardines y sus posesiones de tierra firme. En verdad hice buen acopio y llevo conmigo la imagen rica, singular, única.

De Ferrara a Roma

16 de octubre de 1786, temprano a bordo

Mis compañeros de viaje, personas muy naturales y agradables, duermen todavía en la cámara; yo, envuelto en mi abrigo, he permanecido las dos noches sobre cubierta. Sólo hacia la madrugada se siente frío. Entré seguro en el grado cuarenta y cinco y vuelvo a mi antiguo tema. Dejaría todo a los naturales si pudiese, cual Dido, sujetar con correas lo suficiente del clima que bastase para rodear nuestras viviendas; esto es otra existencia. El viaje, con hermoso tiempo, fue agradable; las vistas y perspectivas sencillas, más graciosas. Es el Pó río plácido, que atraviesa en la comarca llanuras extensas; se ven sus orillas cubiertas de chaparros y bosques; lontananzas, ninguna. Como en el Etsch, he visto construcciones hidráulicas absurdas, pueriles y perjudiciales, al igual que las del Saale.

Ferrara 16 de octubre de 1786, por la noche

A las siete de la mañana, hora alemana, llegué, y me preparo a marchar mañana. Se ha apoderado de mí, la vez primera, una suerte de disgusto en ciudad tan hermosa, grande, llana y despoblada. Brillante la corte animó, en otro tiempo, estas mismas calles. Aquí vivió el Ariosto descontento, el Tasso desgraciado, y ¡queremos edificarnos visitando semejante Estado! Hay en la tumba del Ariosto mucho mármol muy mal distribuido. En vez de la prisión del Tasso enseñan una carbonera, donde es seguro que no lo encerraron. Escasamente saben en su misma casa lo que uno quiere; al fin les vuelve la memoria, gracias a la propina. Me recordó la mancha de tinta del doctor Lutero, que el castellano renueva de tiempo en tiempo. La mayoría de los viajeros tienen algo de compañero y se pagan mucho de tales signos característicos. En mi disgusto, apenas puse atención en el hermoso Instituto Académico, que fundó y enriqueció un cardenal nacido en Ferrara. Un poco me reanimaron, no obstante, algunos monumentos antiguos en el patio, y ante ellos me detuve.

Luego me dio gusto la ocurrencia de un pintor. Juan Bautista delante de Herodes y Herodías. El profeta, con su acostumbrado traje salvaje, señala duramente a la dama. Ella mira en completa calma al príncipe, sentado al lado suyo, y el príncipe mira al ascético entusiasta, tranquilo y en silencio. Delante del rey hay un perro blanco, de tamaño mediano, y de debajo del vestido de Herodías sale otro perro más pequeño, boloñés, y ambos ladran al profeta. Me pareció muy felizmente pensado

Cento 17 de octubre de 1786

En mejor disposición que ayer escribo de la patria de Guercino. También la situación es distinta. Un amigable y gracioso pueblecito de cinco mil habitantes, industrioso, animado, limpio, situado en una llanura toda cultivada. Según mi costumbre, subí al momento a la torre; un mar de álamos, entre los que se ven en las cercanías granjas rodeadas de sus campos. Rico el suelo y suave el clima. Era una tarde de otoño como pocas veces nos concede nuestro verano. El cielo, todo el día cubierto, se despejó, retirándose las nubes al Sur y al Norte, contra las montañas, y espero buen día mañana.

He visto los Apeninos, a los cuales me acerco. El invierno aquí sólo dura diciembre y enero. Abril es lluvioso; el resto del año, según las estaciones, buen tiempo; nunca lluvias persistentes. Sin embargo, el mes de septiembre fue mejor y más caliente que agosto. Saludé amistosamente los Apeninos al Sur; pues estoy satisfecho de llanura. Mañana escribiré al pie de estas montañas.

Guercino amaba su ciudad natal. En general los italianos mantienen y cuidan, en su más alto sentido, ese patriotismo local, de cuyo hermoso sentimiento provienen tantos establecimientos preciosos, y aun multitud de santos particulares.

Bajo la dirección de aquel maestro, se fundó una Academia de Pintura. Ha dejado muchos cuadros, que son regocijo de los habitantes y merecen serlo. Guercino es un nombre sagrado, que está en boca de niños y viejos. Muchísimo me gusta el cuadro de Cristo resucitado apareciendo a su Madre. Arrodillada delante de él, le mira con indescriptible ternura, y apoya la mano izquierda sobre su cuerpo, precisamente debajo de la bendita llaga, que estropea todo el cuadro. Él tiene la mano izquierda en el cuello de ella, y para verla mejor se echa un poco hacia atrás. Resulta la figura algo, no diré forzada, sino extraña. A pesar de ello, es en sumo grado

agradable. La mirada tranquila y triste con que la contempla es única, cual si el recuerdo de sus dolores y de los de ella, no curado completamente en la resurrección, se cerniese todavía ante su noble alma. Stange ha grabado el cuadro; quisiera que mis amigos viesen, al menos, esta copia.

Después llamó mi atención una Madona. El niño pide el pecho; ella, vergonzosa, vacila en descubrir su seno. Natural y noble y bello y precioso. Más lejos una María que dirige el brazo del niño que tiene delante, haciendo que con sus dedos levantados dé la bendición a los espectadores, a quienes mira; pensamiento muy repetido y muy feliz, en el sentido de la mitología católica Guercino es un pintor profundo, sano, enérgico sin rudeza; más bien hay en sus cosas cierta gracia moral y delicada, grandeza y libertad tranquilas. Al lado de esto, existe algo que le es propio, de suerte que viendo una vez sus obras, no se pueden ya desconocer en lo sucesivo. Emplea, en particular tratándose de vestiduras, hermoso color rojo obscuro, que armoniza a maravilla con el azul, también muy en sus aficiones.

Son los asuntos de los demás cuadros más o menos infelices: el buen artista se ha martirizado, y perdió y despreció en ello su invención, su pincel, su ingenio y su mano. Me alegro, no obstante, de haber conocido este hermoso distrito del Arte, aunque cosa vista tan de prisa, poca satisfacción y poca enseñanza procura.

Bolonia 18 de octubre de 1786, por la noche

Ayer, antes de ser día, salí de Cento y llegué bastante temprano. Un cicerone, listo y bien instruido, al saber que venía de paso, me condujo tan de prisa por todas las calles, me enseñó tantos palacios y tantas iglesias, que apenas puedo notar en mi Volkmann dónde he estado. ¿Y quién sabe si más adelante recordaré todas las cosas merced a estas indicaciones? Ahora voy a mencionar algunos puntos luminosos que me hicieron sentir un bienestar real.

¡Ante todo la Cecilia de Rafael! Es lo que yo sabía de oídas, sólo ahora visto con mis ojos. Rafael hizo siempre lo que los otros hubieran deseado hacer, y no quisiera decir de ello otra cosa, sino que es suyo. Cinco santos juntos, que nada tienen que ver con nosotros, cuya existencia se representa de manera que deseamos al cuadro eterna vida, aun a trueque de conformarnos con volver a la nada. Deseando conocer bien a Rafael y apreciarlo debidamente, y no alabarlo semejante a un Dios, que, a manera de Melquisedech, apareció sin padre ni madre, debe mirarse a sus predecesores y maestros. Alcanzaron laboriosa y penosamente el suelo firme de la verdad: echaron los anchos cimientos, y rivalizando entre sí, levantaron poco a poco la pirámide, hasta que él al fin, ayudado de tantas ventajas, iluminado por su genio divino, puso la última piedra, que no admite otra ni sobre ella ni a su lado.

Acrece el interés histórico considerando las obras de los maestros antiguos. Francesco Francia es un artista respetabilísimo; Pietro de Perugia tan buen hombre, que se podría decir de él: un leal alemán. ¡Si Alberto Durero hubiese tenido la dicha de internarse más en Italia! He visto en Múnich algunas obras suyas de increíble grandeza. ¡Pobre hombre! ¿Cuánto se equivocó en Venecia haciendo un convenio con los curas, y perdiendo así semanas y meses! ¡Y en su viaje a los Países Bajos, al trocar sus magníficas

obras, de las que tenía derecho a esperar su dicha, por papagayos, y a fin de ahorrarse las propinas, retrataba los criados que le traían un plato de frutas! Infinitamente compadezco a semejante loco del Arte, porque en el fondo, mi destino es también ese, sólo que yo sé salir de apuros algo mejor que él.

Hacia la noche me vi libre, al fin, de esta respetable, vieja y docta ciudad y de sus habitantes, que bajo las enramadas en forma de bóveda que se ven en todas las calles, a cubierto de sol y del mal tiempo, van y vienen, se emboban, compran tratan de sus asuntos. Subí a la torre y me regocijé con el aire libre. La vista es magnífica. Al Norte las montañas de Padua y los Alpes de Suiza, del Tirol y del Friul: en una palabra, toda la cadena del Norte, más en la niebla. Al Este, horizonte ilimitado; y en él, sobresaliendo únicamente, las torres de Módena. Al Oeste otra igual llanura hasta el mar Adriático, visible a la salida del sol. Del lado del Sur, las primeras colinas de los Apeninos, plantadas hasta la cima y llenas de iglesias, palacios y casas de campo, parecidas a las de Vicencio. El cielo estaba purísimo, sin nubes; sólo en el horizonte se veía una especie de humo. Me aseguró el torrero que desde hacía lo menos seis años, aquella niebla no se aleja nunca. En otro tiempo, con anteojo de larga vista, podía él distinguir muy bien las montañas de Vicencio, sus casas y capillas, y ahora sólo muy raras veces, en días clarísimos. Y esta niebla se extiende de preferencia en la cadena del Norte, haciendo de nuestra amada patria verdadera morada de cimmerianos. Me hizo observar después lo sano de la situación y del aire de su ciudad; cómo sus tejados parecían nuevos, y cómo a ningún ladrillo atacara la humedad. Preciso es confesar que los tejados todos estaban limpios y bonitos; quizá contribuya a ello la buena calidad de las tejas; a lo menos, antiguamente cocían muy bien los ladrillos en la localidad.

La torre, inclinada, hace detestable vista; y es muy verosímil que la hayan construido así de propósito. Me explico semejante locura de la manera siguiente: en tiempos de intranquilidad de las ciudades, todo edificio grande era convertido en fortaleza, en la cual, cada familia poderosa levantaba una torre. Andando el tiempo, hízose cosa de lujo y honorífica. Todos querían ostentar su torre. Al cabo, las torres derechas llegaron a ser comunes y construyeron una torcida. Así, el arquitecto y el dueño consiguieron

su intento: se miran todas las torres derechas y esbeltas en busca de la torcida. Después subí a ella. Las capas de ladrillos son horizontales. Con buen cemento que tire y gatos de hierro, se pueden hacer construcciones insensatas.

Bolonia 19 de octubre de 1786, por la noche

Empleé mi día en la mejor manera posible, viendo cosas y volviéndolas a ver. Sucédeme en el Arte como en la vida, que se ensancha más, cuanto más uno en ella se interna. En este cielo aparecen, a cada paso, astros nuevos que no puedo contar, y me desconciertan: los Caracci, Guido, Dominichino, unidos en época posterior y feliz del Arte. No se goza de ellos verdaderamente sin el saber y criterio que me faltan, y sólo muy poco a poco voy adquiriendo. Gran obstáculo a la consideración precisa y al inmediato conocimiento son la mayor parte de los asuntos de los cuadros, que no tienen sentido común y extravían al hombre, queriéndolos venerar y amar.

Es como si los hijos de los dioses se uniesen a las hijas de los hombres: de ahí provienen toda suerte de monstruosidades. Mientras el divino sentido de Guido, su pincel, que sólo debiera pintar lo más perfecto que mirar se pudiese, te solicita, tienes que apartar horrorizado los ojos de aquellos detestables asuntos, que nunca podrán rebajar bastante las palabras más injuriosas del mundo; y así es todo: se está a la continua en plena anatomía en la plaza del Suplicio.

Siempre los dolores del héroe; nunca acción, nunca interés actual; sin cesar, algo fantástico que del exterior se espera. O delincuentes o conversos, criminales o locos; y el pintor, queriendo salvarlos, ya pone un mozo desnudo, ya una linda espectadora en traje de cola; de igual modo, a los héroes espirituales los trata como a maniquíes y cúbrelos de hermosos ropajes. No hay idea humana. Entre diez asuntos, no existe uno que se hubiese deseado pintar, y este uno no ha osado el artista tomarlo al derecho. El gran cuadro de Guido, en la iglesia de los Mendicanti, es todo lo mejor que se puede pintar, y también el asunto más insensato en un autor. Es un

cuadro votivo: creo que es voto del Senado entero, y asimismo invención suya. Los dos ángeles, que serían dignos de consolar a una Psiquis, deben aquí…[4]

El santo Proclo es hermosa figura. ¡Pero y los otros obispos y clérigos! Debajo hay niños celestiales jugando con atributos. El pintor, teniendo el dogal al cuello, trató de ayudarse de la mejor manera; hizo lo imposible, ansioso de demostrar que el bárbaro no era él.

Dos figuras desnudas de Guido, un Juan en el desierto y un Sebastián ¡qué preciosamente pintadas! ¿y qué dicen? Uno abre la boca y el otro se retuerce.

Si considero la historia con humor hipocondríaco, puedo decir: la fe elevó las artes, más la superstición se apoderó de ellas y de nuevo las hundió en tierra.

Después de comer, en mejores disposiciones, con menos arrogancia y más suave, anoté lo siguiente en mi libro de memorias. Se guarda en el palacio Tanari un famoso cuadro de Guido, representando La Virgen de la leche, de tamaño mayor que natural y cuya cabeza parece pintada por un Dios. Es indescriptible la expresión con que mira al niño mamando. Paréceme que, en silencioso y profundo padecimiento, no se figura alimentar a un hijo del amor y de la alegría, sino a una criatura sustraída, celestial, a quien da de mamar porque no puede ser de otra manera, sin comprender, en su humildad, por qué sucede así. El resto del cuadro lo llena enorme colgadura, celebradísima de los conocedores; no sé a punto fijo qué decir acerca del particular. Verdad es que los colores se obscurecieron y la habitación y el día no eran los más claros.

A pesar del embrollo en que me encuentro, conozco que vienen en mi ayuda la práctica, el ejercicio y la afición, en tal laberinto. Sin duda a causa de ello me dijo tanto una Circuncisión de Guercino, porque conozco al hombre y le tengo cariño. Perdono el asunto intolerable y me recreo en la ejecución. Pintado como se puede imaginar: todo admirable, concluido como si fuese esmalte. Y ahora me sucede lo que, a Balaam, el profeta confuso, que echaba bendiciones cuando quería maldecir; y se repetiría frecuentemente si permaneciese aquí más tiempo.

Al volver a mirar alguna obra de Rafael, o que con alguna verosimilitud pueda atribuírsele, encuentra el ánimo satisfacción y alegría completas. Hallé una Santa Ágata, cuadro precioso, aunque no bien conservado. El pintor le dio robusta y firme virginidad, sin rudeza ni frialdad. He observado mucho la figura, y en espíritu le leeré mi Ifigenia, y mi heroína no dirá nada que la Santa no hubiese podido expresar.

Recordando la dulce carga que en los viajes me acompaña, no puedo callar que, a través de las ocupaciones inherentes del Gran Arte y de los objetos de la Naturaleza, gira en derredor mío una serie de importantes figuras poéticas. Ya desde Cento quise continuar mi trabajo de la Ifigenia, mas ¿qué sucedió? Un espíritu me metió en el alma el argumento de la Ifigenia in Delphis, y hube de darle forma. Voy a bosquejarla todo lo breve que pueda.

Electra, segura en la esperanza de que Orestes traerá a Delfos la imagen de Diana, de Táuride, se presenta en el templo de Apolo y ofrece al dios, como último sacrificio propiciatorio, el hacha cruel, causa de tantas desgracias en la casa de Pelops. Quiere su mala fortuna que se le acerque uno de los griegos, y le cuenta de qué suerte acompañó a Táuride a Orestes y Pílades, cómo vio a los dos amigos ser conducidos a la muerte y felizmente salvados. La apasionada Electra no sabe si dirigir su furor contra los dioses o contra los hombres. Entretanto llegaron a Delfos Ifigenia, Orestes y Pílades. La serenidad celestial de Ifigenia y la pasión terrestre de Electra contrastan de una manera notable al encontrarse dos figuras recíprocamente desconocidas. El griego fugitivo ve a Ifigenia, reconoce en ella la sacerdotisa que se sacrificó a los amigos, y la descubre a Electra. Esta pretende asesinar a Ifigenia con la misma hacha que arrancó del altar, cuando un movimiento afortunado de la última separa de los hermanos aquella terrible desgracia. Si la escena sale bien, no es fácil ver en el teatro cosa más grande ni que más conmueva.

¿Y de dónde voy a sacar tiempo y manos, aunque el numen sea propicio? Mientras me siento abrumando de esta plétora de buenos y laudables deseos, voy a hacer memoria, con mis amigos, de un sueño que, aunque ocurrido hace ya un año, todavía lo tengo muy presente. Soñé que en un esquife pequeño llegaba a isla fertilísima y

poblada, donde sabía que se encontraban los más hermosos faisanes. Traté al punto de los habitantes, para que me trajesen aquellos volátiles que mataban en gran número. Eran, por supuesto, faisanes de esos que sólo en sueños acostumbran verse, de largas, matizadas colas, parecidas a las de pavos reales o de aves raras del paraíso; me los trajeron al barco a sesentenas y los colocaron cabeza adentro; tan bonitamente estivados, las largas pintadas plumas de las colas colgaban hacia fuera, brillando al sol, que dibujaba los montones de la manera más admirable que se puede imaginar, y eran tantos, que apenas dejaban sitio al patrón y los remeros. De esta manera hendimos las tranquilas ondas y nombraba ya en mi interior los amigos con quienes compartiría el matizado tesoro. Al fin entramos en un gran puerto, donde me perdí entre buques de inmensa arboladura, que recorrí saltando de un puente a otro, buscando sitio seguro donde atracar mi pequeño esquife.

Gozamos de estas imágenes ilusorias, divirtiéndonos con errores que, trayendo su origen de nosotros mismos, deben tener analogía con nuestra vida y nuestro destino.

Al cabo estuve en la afamada fundación científica llamada El instituto o Los estudios. El espacioso edificio, particularmente el patio interior, tiene bastante severidad, aunque o sea del mejor estilo arquitectónico. En las escaleras y en los corredores no faltan adornos de estuco y pintura al fresco. Todo es conveniente y adecuado, y se admira la variedad de cosas bellas y dignas de ser conocidas, allí reunidas. Al alemán, acostumbrado a enseñanza más libre, esto no le sirve.

Se me vino a la memoria una observación hecha en anteriores tiempos. Y es variar las cosas según el curso del tiempo, que trae necesidades nuevas, distintas de los que fueron en su principio. Las iglesias cristianas continúan en la forma de basílicas, aunque la de templo fuese tal vez la más adecuada al culto. Los establecimientos científicos presentan aún el aspecto de claustros, porque en aquellas jurisdicciones piadosas, encontraron los estudios, antes que, en parte alguna, espacio y tranquilidad. Las Salas de Audiencia de los italianos son tan altas y anchas cuanto es preciso a las necesidades de una comunidad; en la plaza del mercado se figura uno estar al aire libre, donde, en tiempos pasados, se hacía justicia. Y nuestros

grandes teatros, ¿no seguimos construyéndolos con todas sus dependencias debajo de un tejado, al igual de las primitivas barracas de feria, formadas de tablas a la ligera? Al tremendo empuje de los descreídos, en tiempo de la Reforma, se metieron los estudiantes en las casas de los burgueses; más, ¿cuánto tiempo no se tardó en abrir nuestros asilos de huérfanos y en procurar a los niños pobres esta educación de mundo, tan necesaria?

Bolonia 20 de octubre de 1786, por la noche.

Pasé el día de hoy, hermoso y caliente, en pleno aire libre, y apenas me acerco a la montaña, vuelven solicitarme las piedras. Sucédeme lo que a Anteo, que se sentía más fuerte cuanto más lo ponían en contacto de su madre la tierra.

Me dirigí a caballo hacia Paderno, donde se encuentra el nombrado *espato pesado* de Bolonia; de él se hacen las tortitas que, calcinadas, brillan en la obscuridad, si antes se expusieron a la luz del sol, y que llaman aquí sencillamente *fosfori*.

Hallé en el camino rocas enteras de vidrio de Moscovia, al descubierto, después de dejar atrás una colina de arcilla arenisca. Por un tejar baja un riachuelo, al que afluyen muchos más pequeños. Creí al principio ver una colina gredosa, debida al trabajo de las aguas y que lava la lluvia; pero, observando mejor, descubrí lo siguiente: La piedra constituyente de esta parte de la montaña es pizarra arcillosa, muy finamente laminada y asociada al yeso. Semejante pizarra, de tal modo se mezcla a la pirita sulfurosa, que, atacada de la humedad y el aire, se transforma por completo. Tumefizóse, se perdieron las capas, y la superficie se cubrió de una especie de disgregado concoide, de brillo graso semejante al del carbón de piedra. Sólo en los pedazos grandes —y de ellos rompí muchos, a fin de examinar bien de cerca los fragmentos— se adquiere el convencimiento de la transición y el cambio. Al mismo tiempo, la superficie de fractura se ve salpicada de puntitos blancos y algunas veces de partículas amarillas. Así se destruye, poco a poco, lo externo, y la colina parece pirita sulfurosa descompuesta en grande. Debajo de las primeras capas se encuentran otras más duras, verdes y rojas. También hay abundantes piritas sulfurosas que el viento arrastra sobre la piedra. Subí un barranco que en esta desmenuzada y descompuesta montaña abrieron las lluvias

torrenciales, y satisfecho hallé, en gran copia, el buscado *espato pesado,* apareciendo en muchos puntos del agrietado terreno en estratos informes e irregulares. En partes bastante puro, en partes envuelto aún en su ganga de arcilla.

De pronto se advierte que no son cantos rodados; más si hubiera de decidir entre si pertenecen a la misma época de formación de la pizarra arcillosa o resultaron de su levantamiento y descomposición, serían precisas minuciosas investigaciones.

Se acerca la forma de los pedazos encontrados, más o menos pequeños, a la figura de un huevo mal hecho.

Los más pequeños cristalizan imperfectamente.

El pedazo de mayor densidad pesa diez y siete medias onzas. Encontré asimismo en la propia arcilla suelta, perfectos cristales de yeso. Los inteligentes sabrán descubrir en los pedazos recogidos más caracteres determinantes. ¡Y decir que volví a cargarme de piedras! ¡He recogido unos dieciocho ejemplares de *espato pesado!*

Por la noche

¡Cuánto tendría que decir aún si hubiese de contar todo lo que en este hermoso día pasó por mi imaginación! Pero mis deseos son más fuertes que mis pensamientos. Me siento irresistiblemente impulsado hacia adelante; con dificultad me reconcentro en cuanto tengo a la vista, y parece que el cielo me ha oído, porque se presenta un vetturino que va derecho a Roma, y pasado mañana saldré hacia allí, sin demora. Así, pues, hoy y mañana necesito mirar mis cosas, cuidar de ellas y darme prisa trabajando.

Logano en los Apeninos 21 de octubre de 1786, tarde

No sabré decir si salí de Bolonia esta mañana o si me echaron. En fin, a todo trance agarré la ocasión de partir cuanto antes, y ahora estoy en una miserable posada acompañado de un oficial del Papa, que va a Perugia, su ciudad natal. Al sentarme a su lado, en la silla de dos asientos, queriendo hablar algo, le dije el cumplido que yo, alemán y acostumbrado a andar entre militares, me encontraba muy contento viajando con un oficial del Papa.

No me lo tomó a mal y me contestó: «No extraño que tenga usted inclinación a la milicia, pues he oído decir que en Alemania todos son militares; en cuanto a mí, aunque nuestro servicio es muy fácil, y en Bolonia, donde estoy de guarnición, puedo tener mis comodidades, preferiría quitarme esta chaqueta y dedicarme a administrar el pequeño patrimonio de mi padre. Pero soy el hijo más joven, y tengo que conformarme.»

Ciredo 22 de octubre de 1786, noche

Ciredo, otro nidito en los Apeninos, donde me encuentro completamente feliz, viajando para alcanzar el logro de mis deseos. Esta mañana se unieron a nosotros, cabalgando, un inglés y una que se dice hermana suya. Sus caballos son buenos; más viajan sin servidores, y el señor, según parece, hace de palafrenero y ayuda de cámara. En todo encuentran de qué quejarse, y cree uno estar leyendo algunas páginas del Archenhols.

Notabilísimo pedazo del mundo me parece los Apeninos. A las grandes llanuras de la región del Pó, sigue una montaña, levantada de lo más profundo, y corre entre dos mares, limitando la tierra firme al Sur. Si el sistema de las montañas no fuese demasiado escarpado, demasiado alto sobre el nivel del mar y no estuviesen entrelazadas de tan extraño modo, el flujo y el reflujo de las antiguas edades hubiera ejercido más acción entre ellas, y por más tiempo; se formaron llanuras susceptibles de riego, y sería una de las más hermosas tierras de este admirable clima un poco más alta que las otras comarcas. Así, resulta tejido singular de cimas, unas contra otras; muchas veces no puede uno hacerse cargo del curso de las aguas. Si los valles estuviesen más llanos y las llanuras más lisas y regadas, podría compararse a Bohemia, aunque de todas maneras los montes tendrían distinto carácter. Mas no vaya a creerse que es montaña árida, sino en su mayor parte cultivada. Los castaños se dan muy bien. El trigo es muy bueno, y ya la sementera verdea. En los caminos hay encinas, siempre verdes, de hojitas pequeñas, y alrededor de las iglesias y capillas, esbeltos cipreses.

Ayer tarde se turbó el tiempo, pero hoy vuelve a estar claro y hermoso.

Foligno 25 de octubre de 1786, por la tarde

Transcurrieron dos noches sin escribir. Eran los hospedajes tan malos, que no podía pensarse en sacar a luz una hoja. Así es que empiezo a verme algo confuso, pues desde la salida de Venecia, no se hila la rueca del viaje tan lisa y bonitamente.

El 23, a las diez de nuestra hora, salimos de los Apeninos y vimos Florencia, situada en extenso valle, pobladísimo, salpicado hasta lo infinito de villas y caseríos.

Recorrí apresuradamente la ciudad, la Catedral, el Baptisterio. Aquí se me abre otra vez un mundo nuevo y desconocido, en el que no quiero detenerme. Es espléndida la situación de los jardines Boboli. Me apresuré a salir tan de prisa como entrara.

En la ciudad se ve la riqueza del popular Estado que la construyó; se conoce que fue feliz, merced a la serie de sus buenos gobiernos. Igualmente llama la atención la grandiosa apariencia de las obras públicas de Toscana, caminos y puentes. Aquí todo está bien hecho y todo aseado. La belleza se tiene en cuenta, al mismo tiempo que el uso y la necesidad. En todas partes se advierte la actividad más solícita. Los Estados del Papa, al contrario, parecen conservarse sólo porque la tierra no se los quiere tragar.

Lo dicho respecto de lo que hubieran podido ser los Apeninos se realiza en la Toscana. Situada mucho más baja, las aguas cumplieron su deber levantando un suelo pingüe. Es amarillo claro y de fácil trabajo. Aran muy profundo, empleando todavía el sistema primitivo. Sus arados no tienen ruedas y la reja no es movible; de suerte que el labrador se arrastre, encorvado, detrás de sus bueyes, al surcar la tierra. Dan hasta cinco labores; esparcen con las manos muy ligeramente un poco de abono, y, por último, siembran el grano y hacen las mesetas dejando en los intervalos

surcos profundos y rectos, de modo que el agua de la lluvia pueda correr por ellos. De tal suerte el fruto crece en las mesetas, y los que lo escardan van y vienen por los surcos. Este procedimiento se comprende allí donde la humedad es de temer; mas no alcanzo el motivo de su práctica en las llanuras abiertas. Así acontece en Arezzo, donde se extiende la de mayor hermosura. No puede suelo más limpio: no hay una mota; todo desmenuzado y como tamizado. Los cereales prosperan a maravilla y parecen alcanzar todo el tamaño necesario a su natural destino. El segundo año cultivan habas para los caballos, que aquí no comen avena. También siembran algarrobos, que ya ostentan un verde muy bonito y fructifican en marzo. Germinó de igual manera el lino: durante el invierno permanece fuera, y las heladas lo hacen más duradero.

Los olivos son árboles singulares en grado sumo; se parecen al sauce. Pierden también el meollo, y la piel se agrieta. Sin embargo, parecen fortísimos. Al examinar la madera, se ve su lento crecimiento, y que la estructura es muy fina. El follaje como el del sauce, aunque las ramas tienen pocas hojas. Alrededor de Florencia y en las montañas, todo está plantado de olivos y viñas: en los claros cultivan cereales. Por Arezzo y más lejos, dejan los campos en mayor libertad. Encuentro que no separan bastante las yedras enredadas en los olivos y otros árboles, cosa que sería tan fácil. No se ven praderas. Dicen que el maíz agota el suelo; desde que se introdujo la agricultura perdió en otros conceptos: lo creo a causa del poco abono empleado.

Me despedí esta tarde de mi capitán, en la seguridad y promesa de ir a verlo si paso otra vez por Bolonia. Es un verdadero representante de muchos de sus compatriotas.

Voy a decir algo que pinta particularmente al hombre. Viéndome muchas veces silencioso y pensativo, me dijo una: ¡*Che pensa! Non deve mai pensar pensando se invecchia*
l'uomo,
. Que quiere decir: —¿En qué piensa usted?—. El hombre no debe pensar, pensando se envejece. Y después de algunas conversaciones: —*Non deve fermarse ni una sola cosa, perche allora divien mallo; bisogna aver mille cose, una confusione nella testa*
l'uomo

. Es decir—: No debe el hombre circunscribirse a una sola cosa, porque se volvería loco; necesita tener mil cosas, una confusión en la cabeza.

Ignoraba el buen hombre, que precisamente estaba yo silencioso y pensativo a causa de la confusión de objetos, viejos y nuevos, enredados en mi cabeza. El retrato de semejante italiano se verá mejor en lo que sigue: Conociendo que yo era protestante, me dijo, después de varios rodeos, si le permitía hacerme algunas preguntas; pues oyera tantas cosas extraordinarias de nosotros los protestantes, que deseaba, de una vez saber a qué atenerse.

—¿Pueden ustedes vivir en buen pie con una muchacha bonita sin estar precisamente casados? ¿Se lo permiten a ustedes sus curas? Yo contesté: nuestros curas son personas de juicio que no se ocupan de semejantes pequeñeces. Pero de cierto, si les preguntásemos sobre eso, no nos lo permitirían.

—¿Y ustedes no necesitan preguntárselo? —exclamó—. ¡Oh qué felices! Y no confesándose, no tienen ellos porqué saberlo.

Diciendo esto, se desató en invectivas e improperios contra sus clérigos, y en alabanzas hacia nuestra santa libertad.

Y en lo concerniente a la confesión —prosiguió— ¿cómo se gobiernan ustedes? Nos dicen que todos los hombres, aun los no cristianos, deben confesarse. Pero como en su endurecimiento no pueden hacerlo de una manera justa y buena, se confiesan a un árbol viejo, lo cual, en verdad, es bastante risible y profano, y, no obstante, prueba, a pesar de todo, la necesidad de la confesión.

Sobre esto le expliqué nuestra idea de la confesión, y cómo obramos en consecuencia. Le pareció muy cómodo, más le ocurrió que tanta valía confesarse a un árbol. Después de tantas vacilaciones, solicitó muy formalmente que le explicase otro punto. La cosa era que, de boca de uno de sus sacerdotes, a quien consideraba un hombre verídico, oyera que nosotros teníamos el atrevimiento de casarnos con nuestras hermanas, y era en verdad cosa fuerte. Se lo negué e intenté darle algunas nociones humanas de nuestra doctrina; pero no quiso poner atención en aquello, pareciéndole demasiado ordinario, y fuese a nueva pregunta. Nos aseguran que Federico el Grande, victorioso hasta sobre los mismos católicos, llenando el mundo de su fama y a quien todos creen

hereje, es en realidad católico, y permítele el Papa ocultarlo, y todo el mundo sabe que no va a ninguna de vuestras iglesias, sino hace sus devociones en cierta capilla subterránea, el corazón contrito a causa de no poder manifestar públicamente la santa religión; que, si lo hiciese, sus prusianos, pueblo salvaje y herejes furibundos, le dieran muerte incontinenti, sin que favoreciese en lo más mínimo a la causa. Por ello el Santo Padre, le dio aquel permiso, y él, en cambio, favorece y propaga ocultamente cuanto puede la única verdadera religión.

Dejé correr todo, y sólo contesté que aquello era un gran secreto, y que en realidad nadie podía atestiguarlo. Nuestras conversaciones ulteriores fueron del mismo estilo; de manera que quedé maravillado de la habilidad de un clero que trata de rechazar y desfigurar lo que puede abrir brecha y traer desorden en el obscuro círculo de su doctrina acostumbrada.

Salí de Perugia una hermosísima mañana, y volví a sentir la felicidad de encontrarme solo. La situación de la ciudad es bella; la vista del lago agradabilísima. La imagen me quedó bien impresa. Baja el camino al principio, después sigue un valle alegre, que cierran colinas en lontananza a ambos lados. Al cabo distinguí Asisse.

Gracias a Palladio y Volkmann sabía que un precioso templo de Minerva, construido en tiempo de Augusto, se mantenía aun perfectamente conservado. En Madona del Angelo dejé a mi vetturino siguiendo su camino a Foligno, y yo subí con viento fuerte a Asisse; deseaba mucho viajar a pie en aquel mundo tan solitario. Dejé a la izquierda la abominable construcción y la arquitectura babilónica de su iglesia, con torres unas sobre otras, sepulcro de San Francisco, pensando que allí guardase la estatuilla destinada a sellar cabezas iguales a la de mi capitán. Después pregunté a un chico muy guapo dónde estaba Santa María de la Minerva: me acompañó a la ciudad, construida en una altura. Al fin llegamos a la ciudad vieja, propiamente dicha, y vi la cosa más digna de elogio, el primer monumento completo de la antigüedad; un templo modesto, apropiado a ciudad tan pequeña, y, no obstante, tan perfecto, tan bien pensado, que en todas partes se haría admirar. Ahora, ante todo, una palabra acerca de su emplazamiento. Desde que leí en

Vitrubio y Palladio el modo de construir las ciudades y fundar los templos y edificios públicos, tengo gran respeto a tales cosas.

También en esto eran los antiguos grandes con naturalidad. El templo se halla a media altura de la hermosa montaña, en la reunión de dos colinas, sitio todavía llamado la plaza. Cuatro calles vienen a desembocar en ella, y tienen pendientes suaves: forman las calles una cruz de San Andrés; dos van de abajo arriba, dos de arriba abajo. Las casas construidas frente del templo, cerrando la vista, es probable que no existían en los antiguos tiempos.

Suprimiéndolas con el pensamiento, se vería al Mediodía el país más rico, y al mismo tiempo se distinguiría de todas partes el Santuario de Minerva. Las calles o caminos deben ser viejos, porque siguen la figura y la caída de la montaña. No está en medio de la plaza el templo, sino orientado de modo que pudiesen ver su escorzo lo antes posible, los que venían de Roma. No sólo debería dibujarse el edificio, sino la feliz situación que ocupa.

No podía saciarme al mirar, en la fachada, la genial combinación del trabajo del artista. El orden es corintio, los intercolumnios, de dos módulos. Los fustes de las columnas y sus placas debajo, parecen colocados sobre pedestales; pero lo parecen solamente, pues el zócalo se ve dividido en cinco pedazos, y de cada pedazo suben entre las columnas cinco escaleras y así se llega a la plataforma, sobre la cual realmente se asientan las columnas, y de allí se pasa al templo. La cortadura de la banda del zócalo tuvo su razón de ser, pues situado en el monte, las escaleras que conducirían a él hubieran cogido demasiado espacio, y la plaza se achicaría. El número de escalones todavía existentes abajo en la montaña no puede apreciarse; a excepción de algunos que aún conservan su forma, los otros aparecen soterrados. Pesaroso me acerqué a aquella vista, tomando de mi cuenta llamar la atención de todos los arquitectos acerca del edificio, a fin de tener su plano exacto. Esta vez he de observar que la tradición es cosa mala. Palladio, en quien me fío siempre, da del templo un dibujo, y no es posible que lo viera; pues coloca sobre la plataforma pedestales de los que parten las columnas, resultando desmesuradas, y el todo palmírico, feo y horroroso, mientras en la realidad es proporcionado y complace y recrea la vista y el entendimiento. Lo que ha

desarrollado en mí la contemplación de esta obra es inexplicable, y producirá frutos eternos.

Me iba ya camino de Roma, monte arriba, en aquella hermosa tarde, el alma deliciosamente tranquila, cuando oí detrás de mí voces roncas y fuertes que disputaban. Seguí mi camino escuchando al descuido, y pronto advertí que trataban de mi persona. Cuatro de aquellos hombres, dos armados de escopetas y de catadura poco amistosa, pasaron delante, y a los pocos pasos, murmurando algo entre dientes, volvieron atrás y me rodearon. Me preguntaron quién era y qué hacía allí. Contesté que era extranjero y hacía a pie el camino desde Asisse, mientras el vetturino seguía el de Foligno. Eso de pagar un carruaje y caminar a pie, no les pareció verosímil. Preguntaron si estuviera en el convento grande. Dije que no; aseguré que conocía el edificio de antiguo, pero que era arquitecto, y esta vez sólo me propusiera ver Santa María de la Minerva, que debían saber era un edificio modelo. No lo negaron, pero tomaron muy a mal que no hubiese visitado al Santo, y les hacía sospechar que bien pudiera ser yo un contrabandista. Les hice notar lo risible que a un hombre sólo en el camino, sin morral y los bolsillos vacíos, se le mirase como contrabandista. Entonces les ofrecí volver en su compañía a la ciudad e ir junto al Podestá a presentarle mis papeles, y me reconociese por un extranjero honorable. Acerca de ello hablaron entre dientes, y al fin dijeron que no era preciso, y manteniéndome a ello seriamente decidido, se alejaron al cabo, tornando al camino de la ciudad. Me volví a mirarlos. Allá iban en primer término los mozos crudos, y detrás la amable Minerva volvía a mirarme de manera muy amigable y consoladora; después dirigí la vista a la izquierda, donde la triste catedral de San Francisco, y me disponía a seguir mi camino, cuando uno de los desarmados se separó de la tropa y vino hacia mí con aire amistoso.

Me saludó y dijo enseguida: «Mi señor extranjero, usted debería darme al menos una propina, pues le aseguro que siempre le consideré buena persona y lo dije alto, contra la opinión de mis compañeros. Son cabezas calientes que se disparan enseguida, y no tienen conocimiento del mundo.

También habrá usted advertido que, desde luego, aprobé sus palabras y le di importancia».

Yo lo alabé y le dije que protegiese a cuantos extranjeros viniesen a Asisse, ya fuese a causa de la Religión o del Arte, y en particular a los arquitectos que, de ahora en adelante, viniesen a medir y a dibujar el templo de Minerva, del que todavía no se hiciera ningún buen grabado. A estos tales que les prestase auxilio, y podía estar seguro que le probarían su agradecimiento. Con esto le puse en la mano algunas monedas de plata, que le causaron más regocijo del que había esperado. Me rogó que volviese, y en particular que no echase en olvido la fiesta del Santo, donde podía tener completa seguridad de divertirme y edificarme. Y, además, si yo quería portarme con una mujer bonita, como es justo que se porte un hombre guapo, me aseguraba que la señora más bella y más honorable de todo Asisse me aceptaría gracias a su recomendación, alegre y gustosa. Entonces se despidió protestando que aquella noche iría al sepulcro del Santo, a pedirle me diese feliz viaje. Así nos separamos, y me encontré muy a gusto otra vez solo con la Naturaleza y conmigo. El viaje a Foligno fue uno de los paseos más hermosos y agradable que he dado en mi vida. Cuatro leguas completas de monte, teniendo a la derecha un valle muy poblado.

Con los vetturinos, el viaje es penoso. Lo mejor es que se les puede seguir cómodamente a pie. Desde Ferrara me dejo arrastrar así. Esta Italia, tan favorecida por la Naturaleza en todo cuanto es mecánico y técnico, y donde se funda la mayor comodidad y el bienestar de la vida, permanece infinitamente más atrás que las otras naciones. El vehículo de los vetturinos, que todavía se llama *sedia* (silla), proviene sin duda de los antiguos palanquines, en los cuales, a las mujeres, los ancianos y las personas de distinción conducían las mulas. En lugar de la mula de atrás, que se enganchaba en la limonera posterior, colocaron dos ruedas, y ya no hay que pensar otras mejoras. Seguirán viajando en sus sillas durante siglos; y así son en sus viviendas y en todo.

Si se quiere ver realizada la primera idea poética de que los hombres vivían la mayor parte del tiempo al aire libre, y en ocasiones, muchas veces sólo por necesidad, se retiraban a cavernas, se puede venir a estos alrededores, en especial al campo, a ver edificios completamente en el sentido y el gusto de aquellas. Tan gran descuido proviene de no pararse a reflexionar. Temerosos

de envejecer con inaudita ligereza, descuidan el prepararse a las largas noches del invierno, y así sufren, cual perros, buena parte del año. Aquí, en Feligno, en un menaje de casa del todo homérico, donde todos están juntos en una pieza grande, alrededor de un fuego que arde en el suelo, gritando y haciendo ruido, y se come en una mesa larga según pintan las bodas de Canaán, aprovecho la ocasión de escribir esto, porque hay uno que pidió un tintero, cosa que en las presentes circunstancias no hubiera pensado. Pero se conocerá en esta hoja el frío y la incomodidad de mi escritorio.

Ahora siento y conozco la imprevisión de venir sin preparativos y sin compañía. Con las diferentes monedas, los vetturinos, los precios, los malos hospedajes, es una pena continua y tiene que sentirse muy desgraciado el que, esperando y buscando un placer no interrumpido, viene sólo la vez primera. No quise sino ver la tierra a cualquier precio, y si voy a Roma arrastrado por la rueda de Ixión, no puedo quejarme.

Terni 27 de octubre de 1786, por la tarde

De nuevo vuelvo a estar en una caverna que aguantó hace un año. El pueblecito se halla en una comarca deliciosa, que contemplé a gusto, dando en torno una vuelta, al comienzo de una llanura, entre montañas todas calizas. Según Bolonia del otro lado, Terni se levanta del lado de acá de los Apeninos.

Ahora que me dejó el soldado del Papa, me acompaña en el viaje un clérigo. Parece más contento de su estado, y conociéndome por hereje, contestó de buena voluntad mis preguntas, instruyéndome acerca del rito y otras cosas que le conciernen. Viendo siempre gente nueva, consigo en todas partes mi objeto. Hay que oír al pueblo halar entre sí; ¡qué idea tan viviente da esto de todo el país! Al juntarse, son adversarios de la manera más extraordinaria. Tienen el celo provincial y de pueblo más singular; no se pueden tolerar; los Estados sostienen eterna lucha, y todo eso con viveza y pasión siempre actuales; de suerte que a la continua representan comedias y se muestran al desnudo. No obstante, saben reportarse a tiempo, a fin de que los extranjeros se confundan y no puedan ver claro en sus negocios.

Subí a Spoleto y estuve en el Acueducto, a la vez puente entre un monte y otro. Los diez arcos de ladrillo, que descansan en el valle, soportan tan sosegados sus siglos, y el agua sigue corriendo a todas partes y a los extremos de Spoleto. Esta es la tercera construcción de los antiguos que veo, y siempre con el mismo gran sentido. Una segunda naturaleza que obra según las necesidades urbanas; tal es su arquitectura. Así son el Anfiteatro, el Templo y el Acueducto. Ahora conozco la razón que tenía para que me fuesen antipáticas las arbitrariedades, por ejemplo: la Winterkaste sobre el Veissenstein[5]; un nada absolutamente, un horrible plato montado, y así otras mil cosas. Todo eso nace muerto, ya que lo que no tiene

verdadera existencia interna, no tiene vida, ni es grande, ni puede llegar a serlo.

¡Cuánto deleite y cuánto conocimiento debo a las últimas ocho semanas! Me costó, sin embargo, bastante trabajo. No hago sino abrir los ojos, ansioso de que todos los objetos se me queden bien grabados. Juicio no quisiera hacerlo, aunque me fuese posible.

San Crocefiso, extraña capilla situada en el camino, la tengo, no por restos de algún templo antiguo de la localidad, sino por una reunión de columnas, pilastras, entablamentos allí encontrados y juntos sin discernimiento, aunque no a ciegas. No puede describirse, más debe existir de ella algún grabado. Y es cosa singular, mientras uno trabaja en formarse idea de la antigüedad, encontrar a cada paso ruinas que consentirían reconstruir, mediante gran trabajo, cosas de que no hay idea todavía.

Es otra cosa respecto del llamado suelo clásico. Aquí no se trata de fantasmas, se toma el país como es, y sigue siendo, teatro donde ocurrieron los hechos más grandes. Hasta ahora procuré aprovecharme del golpe de vista geológico y paisajista, a fin de suprimir la imaginación y el sentimiento, conservando idea libre y clara de la localidad. De tal suerte se fija la Historia maravillosamente de manera viva, sin darse cuenta de lo sucedido, y siento el más vivo deseo de leer a Tácito en Roma.

No debo desatender por completo el tiempo. Al subir a los Apeninos desde Bolonia, corrían las nubes siempre al Norte; más tarde cambiaron de dirección, dirigiéndose al lago Trasímeno, permaneciendo en él suspendidas, tendiendo al Mediodía. Conforme en la extensa llanura del Pó el verano empuja todas las nubes sobre las montañas del Tirol, ahora envía una parte a los Apeninos; de ello provendrán las lluvias.

Comienzan a recoger la aceituna. Lo hacen a mano; en otras partes apalean los árboles, y si el invierno es bueno, las restantes se conservan en el olivo hasta cerca de la primavera. Hoy vi los árboles más grandes y viejos en suelos muy pedregosos.

El favor de las musas y de los demonios no nos visita siempre en el mejor tiempo. Me han solicitado hoy para componer una cosa bien extemporánea. Cuando me acerco al punto central del catolicismo, rodeado de católicos, encerrado en una *sedia* en

compañía de un clérigo, tratando, en el sentido más puro, de observar identificándomelos, la Naturaleza de su verdad, el Arte en su nobleza, se me ocurre percibir clarísimo en el alma que todo rastro del cristianismo se ha extinguido ya. Sí; al representármelo en su mayor pureza y verlo en la historia de los apóstoles, me estremezco de que aquellos principios tan buenos soporten ahora tan informe barroco paganismo. He pensado en sacar de nuevo a luz el Judío Errante, que ha sido testigo de tan extraños desenvolvimientos y que vio un estado de cosas tan singular, que el mismo Cristo, cuando vuelva al mundo a examinar los frutos de su doctrina, corre el riesgo de ser crucificado segunda vez. Aquello de *Venio iterum crucifixi*, podría servirme de tema en esta catástrofe.

Sueños parecidos flotan delante de mí, que, en mi impaciencia de adelantar camino, duermo vestido y no encuentro otra cosa más gustosa que levantarme antes de ser día, meterme en el carruaje e ir a buscar la luz entre dormido y despierto, y así las primeras y mejores imágenes de la fantasía obran en mí a su placer.

Citta Castellana 28 de octubre de 1786

No quiero perder la última noche. Todavía no sonaron las ocho y todo el mundo está reunido; puedo dar cumplido término a los pensamientos pasados, y alegrarme de los que vendrán. Hizo magnífico día. La mañana fría; el centro del día claro y caliente; la tarde algo ventosa, pero muy buena.

Salimos de Terni tempranito. A Narne subimos antes del alba, y no pude ver el puente. Valles y hondonadas, lo de cerca y lo de lejos, son muy preciosos paisajes. Todas las montañas calizas; no hay rastro siquiera de otra piedra. Otrícole se halla situada sobre una de esas colinas pedregosas que forman las corrientes, construida de lavas traídas de la parte de allá del río.

En cuanto se cruza el puente, ya el terreno es volcánico, verdadera lava o piedras anteriores calcinadas o fundidas. Es la subida monte que puede clasificarse de lava gris. Contiene muchos cristales blancos de la forma de los granates. La carretera, que desde lo alto conduce a Cittá Castellana, muy buena y muy lisa, es de igual piedra. La ciudad está construida sobre toba volcánica, en la que he creído descubrir ceniza, bismuto y pedazos de lava. Desde el castillo, la vista es hermosísima. La montaña Soracta se ve aislada, muy pintoresca; es probablemente uno de los montes calizos pertenecientes a los Apeninos. Los terrenos volcánicos están mucho más bajos que ellos, y sólo las aguas, corriendo a través, han contorneado los montes y peñascos, dibujando los objetos admirablemente, las puntas cortadas a pico y otros accidentes pintorescos del suelo.

¡Mañana a la tarde en Roma! ¡Apenas lo creo todavía! Y cumplido este deseo, ¿qué debo anhelar después? No se me ocurriría otra cosa, sino volver con mis faisanes feliz a casa y encontrar a mis amigos buenos, alegres y afectuosos.

Roma

Roma 1 de noviembre de 1786

Al fin puedo abrir la boca y saludar a mis amigos, alegre el corazón. Perdóneseme el secreto, y el viaje, en cierto modo subterráneo, hasta llegar aquí. Apenas me atrevía a decirme a donde iba; aún en el camino, temía y solamente en la porta del Popolo estuve seguro de tener a Roma.

Y diré también ahora, en la proximidad de los objetos que nunca creí ver solo, que pienso en vosotros mil veces, constantemente. Sólo viendo encadenado a cada uno en cuerpo y alma en el Norte, desvanecida toda pretensión a estos países, pude decidirme a hacer un largo y solitario viaje, en busca del punto céntrico al que irresistible necesidad me empujaba. Los últimos años llegó a ser una especie de enfermedad que sólo curarían vista y presencia.

Ya me atrevo a confesarlo; llegué a no poder mirar ningún libro latino, ninguna estampa del país italiano. La curiosidad de ver esta tierra pasaba de madura. Ahora, satisfecha, mis amigos y mi patria volverán a ser amados a fondo, y el retorno deseable. Si, tanto más deseable, cuanto siento de cierto que no poseo tantos tesoros como traigo para mi uso privado, sino que servirán de guía y adelantamiento mío y de los demás, durante toda la vida.

Estoy al fin en esta capital del mundo. Si hubiese visto a Roma hace quince años, bien acompañado y bajo la dirección de un hombre inteligente, me hubiera envanecido.

Debía verla y visitarla sólo con mis propios ojos, y así bueno fue que semejante placer viniera tan tarde.

Casi al vuelo pasé las montañas del Tirol. Verona, Vicenza, Padua, Venecia, las vi bien: Ferrara, Cento, Bologna, de prisa, y Florencia apenas la he visto. La comezón de llegar a Roma era tan

grande, crecía d tal modo a cada momento, que ya no había paradas, y sólo tres horas me detuve en Florencia. Ahora estoy aquí tranquilo; según parece, me habré tranquilizado para toda la vida: pues bien puede decirse que se comienza nueva vida al ver todo con sus ojos, conocer las cosas igualmente dentro y fuera. Todos los sueños de mi juventud viven ahora. Los primeros grabados que recuerdo —mi padre tenía las vistas de Roma colgadas en una antesala—; los veo en realidad, y cuanto conozco de antiguo en cuadros, dibujos, grabados en cobre y en madera, yesos y corchos, todo a la vez se alza delante de mí. Donde quiera que voy encuentro, en un mundo nuevo, un conocido antiguo; todo me parece conforme lo pensaba, y todo es nuevo. Otro tanto puedo decir de mis observaciones y de mis ideas. No tuve pensamiento del todo nuevo: nada he encontrado por entero desconocido; más lo viejo está de tal manera dispuesto, viviente y agrupado, que puede valer por nuevo.

Cuando Pigmalión formó a Elisa según todos sus deseos, dándole tanta verdad y vida cuenta el artista que al fin se adelantó la estatua hacia él, diciéndole: ¡Yo soy! ¡Cuán diferente era la piedra viva de la labrada! ¡También me es útil y provechoso vivir en un pueblo sensual del que tanto se ha escrito y hablado, al que cada extranjero mide según el bastón que trae consigo! Perdono a todos los que lo censuran e injurian.

Están demasiado lejos de nosotros y como extranjeros su comercio cuesta mucho trabajo y dinero.

Roma 3 de noviembre de 1786

Uno de los principales motivos que me ilusionaban al apresurarme a llegar a Roma, era la fiesta de todos los Santos, el primero de noviembre, porque pensaba: Si a un santo solo le hacen honores, ¿que no harán a todos juntos? ¡Cuánto me engañaba! Ninguna fiesta general sorprendente se digna hacer la Iglesia Romana, y cada Orden celebra en particular el recuerdo de su Patrón en una fiesta callada; la del nombre y el día a él consagrado son propiamente donde cada uno brilla en su gloria.

Ayer, en la fiesta de las benditas ánimas, tuve mejor suerte. El Papa la celebra en su capilla principal del Quirinal.

Todo el mundo puede entrar. Yo me apresuré a subir en compañía de Tibschbein al Monte Cavallo. La plaza delante del palacio tiene competa y original individualidad; es tan desproporcionada como grandiosa y bella. Al fin he visto los dos colosos. Ni los ojos ni el entendimiento son capaces de abarcarlos. Nos apresuramos a atravesar con la gente la magnífica espaciosa plaza y subimos por una más espaciosa escalera. En la antesala, frente a la capilla, a la vista de aquella hilera de habitaciones, siente uno extraña sensación al considerarse bajo el mismo techo que el representante de Cristo en la tierra.

La función empezara y el Papa y los Cardenales estaban en la Iglesia. El Santo Padre es la más hermosa y digna figura de hombre; los Cardenales de diferentes edades y aspectos. Tuve un deseo singular de que el Caudillo de la Iglesia abriese su pico de oro, y hablando extasiado de la inexplicable salvación de las benditas ánimas, nos entusiasmase. Mas al verlo ir tan solo de un lado a otro del altar, unas veces por aquí, otras veces por allí, volviéndose accionando y murmurando como un cura vulgar, se alzó el pecado hereditario del protestantismo, y el sacrificio de la Misa

acostumbrado y conocido, no me gustó aquí en manera alguna. Sin embargo, ya Cristo niño explicaba las Escrituras, y en su vida de joven, en verdad, no enseñaba ni obraba callando; le gustaba hablar ingeniosamente y bien, según dice el Evangelio. ¿Qué diría Él, pensaba yo, si entrase ahora y encontrase al que es su imagen en la tierra dando vueltas y hablando entre dientes? El venio iterum crucifixi, se me volvió a ocurrir, y saqué de allí a mi acompañante, a fin de ver fuera las bóvedas pintadas y los cuadros.

Encontramos multitud de personas contemplando atentamente los preciosos cuadros, que la fiesta de las ánimas es también la fiesta de los artistas en Roma. Lo mismo que la Capilla, se abre todo el Palacio en este día, y se ven francas las entradas de todas las habitaciones. No se necesita dar propina, ni apremia el conserje.

Los frescos me ocuparon, y de nuevo aprendí a estimar y querer nombres de hombres excelentes, desconocidos, a ejemplo del de Carlos Maratti.

Me dieron, en primer lugar, la bienvenida aquellas obras maestras de los artistas cuyo género y manera conocía en los grabados. Vi admirado la Santa Petronella de Guercino que estuvo en San Pedro, donde pusieron en su lugar una copia en Mosaico. El cadáver de la Santa se levanta del Sepulcro, y la misma persona, de nuevo viviente, recíbela en la gloria un adolescente divino. Dígase cuanto quiera contra esta doble acción, el cuadro es inapreciable.

Todavía me maravillé más ante un cuadro del Ticiano. Resplandecía más que cuanto he visto. Si era efecto de mi sentimiento sobrexcitado o que el cuadro es realmente magnífico, no quiero averiguarlo. Una inmensa casulla, toda llena de bordados y de figuras de oro en relieve, cubre una reverenda figura de obispo. El báculo macizo en la mano izquierda, mira extasiado a las alturas; en la derecha tiene un libro, de donde parece haber recibido la tranquilidad celestial que demuestra. Detrás de él hay una hermosa doncella, la palma en la mano, mirando con cariñoso interés al libro abierto. A la derecha y junto al libro mismo, un viejo grave parece, al contrario, no cuidarse de él. Las llaves en la mano, confía en abrirse él mismo la puerta. Frente a este grupo hay un joven desnudo, bien formado, atado y herido de flechas, que mira hacia delante con modesta resignación. A los lados dos frailes, con

cruces y cirios, miran devotamente a los bienaventurados, que se ven porque la parte alta de la sala que contiene estos personajes, se halla abierta. Allí, en lo más alto de la gloria, ven suspendida una madre mirando piadosa hacia abajo. El niño, animado y alegre en su regazo, coge con movimientos expresivos una corona de flores, que parece arrojar al mártir.

De un lado y otro hay ángeles provistos de coronas. Sobre todos, y sobre un triángulo luminoso, se ve la celestial paloma, centro y clave de la bóveda al mismo tiempo.

Nos decimos que el fondo de esto debe ser alguna vieja, sagrada tradición, que ha permitido agrupar tan artística y significativamente personajes tan poco conexos. No inquirimos el cómo ni el porqué; dejamos las cosas en su mismo estado, y admiramos el arte inapreciable.

Menos ininteligible, misterioso, sin embargo, es un fresco de Guido, en su capilla. La más adorable y piadosa de las vírgenes infantiles se halla sentada, recogida, cosiendo; dos ángeles, a su lado, espían cada seña para servirla. La inocencia y laboriosidad de la juventud, que el cielo honra y protege, expresa este amable cuadro: aquí no se necesitan inscripciones aclaratorias ni explicaciones.

Atenuante de la gravedad artística sea una aventura graciosa. Había reparado que muchos artistas alemanes, que en calidad de conocidos se acercaban a Tischbein, me observaban, y luego seguían de un lado a otro. Tischbein, que me dejara un momento, volvió y me dijo:

—No sabe V. la gran broma! Corrió la fama de que estaba V. aquí, y los artistas empezaron a fijarse en el único extranjero que veían. Ahora bien; hay uno que sostenía hace mucho tiempo que conociera a V., habiendo tenido amistosas relaciones, lo cual apenas creíamos. Fueron a buscarle a fin de que viese a V. y les sacase de dudas; y aseguró resueltamente que no era V., y que aquel extranjero no tenía trazas de parecerse a Goethe. Por el momento guardo el incógnito, y en lo sucesivo dará algo que reír.

Así, me mezclé con más libertad al grupo de los artistas, y pregunté al maestro por diferentes cuadros, cuyo estilo todavía no me era conocido. Al cabo, un cuadro me causó particular impresión:

representaba San Jorge venciendo al dragón y libertando a la joven. Nadie podía decirme el nombre del Maestro. Entonces salió un hombre de corta estatura, modesto, que hasta aquel momento no hablara, y me dijo que era de Pordenone el veneciano, uno de los mejores cuadros, en cuya virtud conocieron todo su mérito. Pude darme cuenta de mi inclinación: el cuadro me chocara porque conociendo más la Escuela Veneciana, podía apreciar mejor las buenas cualidades de sus maestros.

El instruido artista es un suizo, Enrique Meyer; estudió aquí hace algunos años en compañía de un amigo suyo llamado Rolla; copia muy bien a la sepia los bustos antiguos, y es muy instruido en la Historia del Arte.

Roma 7 de noviembre de 1786

Hace siete días que estoy en Roma, y poco a poco, la idea general de la ciudad se va imprimiendo en mi alma. Atentamente vamos de un lado a otro: estudio el plano de las Romas antigua y moderna; contemplo ruinas y edificios; visito una y otra villa; voy con pulso y calma en la observación de las cosas más notables; abro bien los ojos, pues sólo en Roma puede uno prepararse a conocer Roma. Confieso, sin embargo, que es trabajo áspero y triste desenterrar la antigua Roma en la moderna; hay que hacerlo, ya la postre nos espera satisfacción inestimable. Se encuentran vestigios de magnificencia y de devastación superiores a nuestra inteligencia. Cuanto los bárbaros dejaron en pie, lo destruyeron los arquitectos de la nueva Roma.

Viendo una existencia que cuenta más de dos mil años, variada y cambiada hasta el fondo, merced a vicisitudes de los tiempos, subsistiendo el terreno, las mismas colinas, muchas veces las mismas columnas y murallas, y en el pueblo restos todavía del antiguo carácter, resulta uno copartícipe del gran enigma del destino. Al principio cuesta trabajo al observador distinguir cómo una Roma ha sucedido a otra; y no sólo esta distinción de la ciudad antigua y la moderna, sino las diferentes épocas de cada una. Trato sólo de descubrir yo mismo los puntos medio cubiertos. Es la única manera de utilizar los grandes trabajos preparatorios, pues desde el siglo XV hasta nuestros días, excelentes artistas y sabios ocuparon toda su vida en estos objetos.

Su enormidad influye tranquilamente en nosotros mientras vamos de un lado a otro de Roma, ansiosos de llegar a los objetos mayores. En otras partes es menester buscar lo genuino, lo significativo; aquí nos oprime, nos anega. Andando o estando quieto, se tienen siempre delante paisajes de todos géneros: palacios

y ruinas, jardines y desiertos, lontananzas y angosturas, casitas y establos, arcos de triunfo y columnatas, todo junto y tan próximo, que se podría diseñar en una hoja de papel. Sería menester escribir con mil buriles. ¿De qué sirve una pluma? Después, cuando la noche llega, se halla uno cansado de mirar y admirar.

Perdonen mis amigos si en lo sucesivo me encuentran avaro de palabras. Durante el viaje se coge al vuelo lo que se puede. Cada día trae algo nuevo, y nos damos prisa a discurrir sobre ello y juzgarlo. Mas aquí se está en la gran escuela, donde un día dice tantas cosas, que no me atrevo a hablar de la jornada. Es más: bien haría el que, permaneciendo largos años, observase silencio pitagórico.

Me encuentro perfectamente. El tiempo está conforme dicen los romanos, Brutto; sopla el viento Siroco, que todos los días trae algo de lluvia; pero yo no puedo encontrarlo desagradable, porque es, poco más o menos, tan caliente como nuestros días lluviosos de verano.

Cada día conozco y aprecio mejor el talento de Tischbein, su concepto del Arte y sus miras. Me enseñó sus dibujos y bocetos, que dan y prometen mucho. De su permanencia al lado de Bodmer provienen sus pensamientos acerca de la raza humana, cuándo se encontró sobre la tierra y hubo de resolver el problema de hacerse dueña del mundo.

A modo de ingeniosa introducción, propia del todo, se ha esforzado en representar, de manera sensible, la antigua edad del mundo. Montañas cubiertas de magníficos bosques, barrancos que abrieron las aguas, volcanes después de la erupción, humeando todavía. En primer término, el tronco fuerte de añosa encina tendido en tierra, en cuyas raíces, medio descubiertas, prueba un ciervo las fuerzas de su cornamenta. Es tan feliz el pensamiento, como agradable la ejecución.

Luego, en un dibujo sumamente notable, representó el hombre domador del caballo, y superior, no en la fuerza, sino en astucia, a todos los animales de la tierra, del aire y de las aguas. La composición es de extraordinaria belleza; al óleo, haría gran efecto; necesitamos a todo trance un dibujo en Weimar. Enseguida piensa

en una Asamblea de antiguos sabios, donde tendrá ocasión de pintar figuras verdaderas. Entusiasmado trabaja el boceto de una batalla; los dos cuerpos de caballería se atacan furiosos en un sitio donde los separa la enorme cortadura de un peñasco que sólo con gran esfuerzo logran salvar los caballos. No se trata de defensa. Ataque osado; resolución furiosa; vencer o caer en el abismo. Este cuadro evidenciará, de manera notable, su conocimiento perfecto de la estructura y los movimientos del caballo.

Añadido a una serie de otros que le siguen o se intercalan, deseaba verlos unidos por un poema aclaratorio de lo representado en la pintura, recibiendo a la vez de ella cuerpo y atractivo mediante las figuras. La idea es bonita, más sería menester pasar muchos años juntos para llevar a término semejante obra.

Hasta el presente, sólo una vez he visitado las Logias de Rafael y los grandes cuadros de la Escuela de Atenas, etc., y es como si uno tuviese que estudiar Homero en un manuscrito borrado en partes y estropeado. Incompleto es el placer de la primera impresión; sólo después de haberlo recorrido y estudiado todo, poco a poco, es un goce perfecto. Lo mejor conservado son los techos de las Logias, que representan historias bíblicas, tan recientes cual si estuviesen pintados de ayer. Cierto que de la propia mano de Rafael tienen poco, pero son excelentes, hechos conforme a sus dibujos y bajo su dirección.

Venir a Italia fue, en otros tiempos, mi deseo más vehemente, mi verdadero capricho, y venir acompañado de un hombre tan instruido, un inglés versado en la Historia y en las Artes, y se realizó ahora mejor de lo que imaginaba. Tischbein vivió aquí tanto tiempo con mi amigo querido, siempre deseoso de enseñarme Roma. Nuestras relaciones epistolares son de larga data; personalmente, del momento.

¿Dónde hubiera podido encontrar mejor guía? Aunque tengo mi tiempo tasado, haré cuanto sea posible por gozar y aprender.

Y sobre todo preveo que, al volver a ponerme en camino, mis deseos serían llegar aquí entonces.

Mi extraordinario y quizá caprichoso medio incógnito tráeme

ventajas en las que no había pensado. Creyéndose todo el mundo obligado a ignorar quien soy, nadie se atreve a hablar conmigo de mí mismo, y no les queda otro recurso sino hablar de ellos o de las cosas que les interesan, y así me entero de las circunstancias de cuánto les ocupa y del origen y causa de lo más notable. El consejero Reifenstein se avino también a tal manía; y no pudiendo sufrir, por motivos particulares, mi nombre nuevo, me ha baronizado enseguida, y ahora me llamo el barón de frente a Rondanini. Así soy bastante notado, por ser costumbre italiana llamar a las personas con los nombres de pila o los apellidos. Bueno; hago mi voluntad y evito las infinitas incomodidades de hablar de mi persona y dar cuenta y razón de mis trabajos.

Roma 9 de noviembre de 1786

Algunas veces guardo silencio un momento y considero los puntos culminantes de lo ya ganado. Muy gustoso vuelvo la vista a Venecia, aquella gran creación salida del fondo de las aguas, como Pallas salió de la cabeza de Júpiter. Aquí, la Rotonda, tanto en el exterior como en el interior, me ha inspirado plácida veneración a su grandeza. En San Pedro aprendí a comprender que el Arte, lo mismo que la Naturaleza, puede anular toda medida comparativa, y el Apolo del Belvedere, a su vez, me transportó mucho más allá de la realidad, pues, así como los mejores dibujos no dan de aquellos edificios ninguna idea, el original de mármol es cosa enteramente distinta de los yesos; sin embargo, de haberlos visto muy hermosos.

Roma 10 de noviembre de 1786

Vivo aquí de tal suerte sereno y tranquilo, que de ello mucho no tenía sentimiento. Mi sistema de ver y recoger todas las cosas conforme es; mi fidelidad al dejar a mis ojos su propia luz; mi completo abandono de toda pretensión, volvieron a darme sus resultados, y me hacen, en silencio muy dichoso.

Cada día un objeto nuevo notable; cada día imágenes frescas, grandes originales y un todo de larga data soñado, sin poder en mis imaginaciones alcanzarlo.

Estuve hoy en la pirámide de *Cestius* y de noche en el *Palatino*, sobre las ruinas del palacio imperial, semejantes a murallas de rocas.

¡De esto sí que nada puede comunicarse! A la verdad nada existe pequeño en Roma; pocas veces se encuentra algo censurable y de mal gusto y aun esto forma parte de la grandeza general.

Reconcentrado en mi idea, según se hace a punto siempre que la ocasión es propicia, descubro un sentimiento de infinita complacencia y voy a atreverme a expresarlo. Quien mire seriamente en torno suyo y tenga ojos para ver, tiene que hacerse sólido y alcanzar tan viva noción de la solidez, como nunca se le ofreció. Vigorizará el espíritu y llegará a la seriedad sin aridez, al reposo, al contentamiento. Al menos paréceme cual si nunca hubiese apreciado, hasta ahora, conforme es debido, las cosas del mundo, y de las benditas consecuencias de ello me regocijo para el resto de mi vida. Dejadme, pues, que recoja todo según pueda; el orden vendrá después. ¿No estoy aquí gozando a mi modo? Quiero ocuparme en los grandes objetos, instruirme y formarme antes de cumplir los cuarenta años.

Roma 11 de noviembre de 1786

Visité hoy la Ninfa Egéria; después el Circo de Caracalla, las destruidas sepulturas a lo largo de la Via Appia, y la tumba de Cecilia Metella, que da idea de lo que es la solidez en la mampostería. Aquellos hombres trabajaban con destino a la eternidad; todo estaba calculado, menos la insensatez de los devastadores, ante la que todo cede. Apasionadamente te deseé a mi lado. Los restos del gran Acueducto son admirables ¡Qué hermoso proyecto: dar de beber a un pueblo mediante tan grandioso aparato! A la tarde fuimos al Coliseo; era ya anochecido. Viendo aquello, lo demás parece chico; es tan grande, que su imagen no se puede retener en el alma; se le recuerda de proporciones más pequeñas, y volviendo atrás para verle, parece de nuevo más grande.

Frascati 15 de noviembre de 1786

Los compañeros están acostados y escribo usando la tinta china de dibujar. Tuvimos un par de días sin lluvia, calientes, soleados y alegres, que no desdecirían del verano. Es el país agradabilísimo; el lugar se halla sobre una colina o mejor sobre una montaña, y cada paso ofrece al dibujante objetos magníficos. La vista, ilimitada; se ve Roma y más allá el mar; a la derecha las montañas de Tívoli y otras. En tan placentera comarca hay casas de campo, precisamente para recreo; y conforme los antiguos romanos tenían aquí sus villas, viene de siglos que los ciudadanos ricos y poderosos funden sus casas de campo en los pedazos más bonitos del terreno. Dos días hace que rodamos en estos lugares y siempre tenemos algo nuevo e interesante que ver.

Y no hay que decir si la noche será más divertida que el día. Apenas la espléndida posadera coloca sobre la gran mesa redonda el amarillo velón de tres brazos, diciendo: *Felicíssima notte*, todos se reúnen alrededor y sacan las hojas que dibujaron o bosquejaron durante el día. Empieza a hablarse del asunto; si los objetos estarían favorecidos o si el carácter estaría bien expresado, en fin, todas las condiciones generales de que puede uno darse cuenta en el primer croquis. El consejero Reiffenstein ordena y dirige las sesiones, según su autoridad y a su manera. Más la loable organización de esto viene de Felipe Hackert, que sabía dibujar y pintar del natural con muchísimo gusto. No dejaba tranquilos a los artistas ni a los aficionados, ni a hombres ni a mujeres, ni a viejos ni a jóvenes. Los animaba a probar en la medida de sus facultades y fuerzas, y él daba el ejemplo. Después de la partida de su amigo, el consejero Reiffenstein prosiguió cordialmente aquella manera de reunir una sociedad y entretenerla, y conocimos cuán loable es sacar de cada uno su contingente de acción. Las condiciones naturales de los

miembros de la sociedad se manifiestan de muy donosa manera. Tischbein, por ejemplo, como pintor de Historia, ve el paisaje de manera distinta que los paisajistas; encuentra grupos significativos y otros objetos graciosos, que le dicen muchas cosas, allí donde otro no haya nada, y saca partido de más de un rasgo sencillo de la naturaleza humana, ya sean niños, paisanos, mendigos y otros hombres sin cultura, o también animales, que sabe caracterizar y representar en pocos rasgos, de felicísima manera, y así hay siempre tela nueva y motivo de conversación agradable.

Si decae, se procede a la lectura de la Teoría de Sulzers, siguiendo el consejo de Hackert, y aunque desde elevado punto de vista esta obra no pueda satisfacer del todo, se nota su buena influencia en personas de cultura media.

Roma 17 de noviembre de 1786

Estamos de vuelta: anoche cayó horrible aguacero acompañado de truenos y relámpagos; ahora sigue lloviendo y hace calor.

En pocas horas marcaré el placer de hoy. Vi los frescos del Dominichino en Andrea della Valle, y también la Galería Farnesiana de Carracci. Indudablemente sería demasiado para muchos meses; ¿qué será para un día?

Roma 18 de noviembre de 1786

Otra vez hace buen tiempo: claro, grato y templado. Admiré en la Farnesiana la historia de Psyquis, cuyas copias, coloridas, hace tanto tiempo alegran mi cuarto. Después, en San Pedro in Montorio, la Transfiguración, de Rafael, todos conocidos antiguos hechos a distancia, por cartas, y que ahora los trato en persona. Es la convivencia cosa muy distinta, porque las relaciones, verdaderas o falsas, se perciben en seguida.

Se hallan también cosas muy bellas en grabados y copias. Muchas llevo conmigo, dibujadas por buenos artistas jóvenes.

Mis antiguas excelentes correspondencias con Tischbein, los mutuos deseos, aun sin esperanza, de venir a Italia, hicieron nuestro encuentro a la vez gustoso y útil.

Él siempre pensara en mí, preocupándose de mi persona.

Conoce, también de modo perfecto, las piedras de construcción de antiguos y modernos, las ha estudiado a fondo, habiéndole servido su golpe de vista artístico en los objetos sensibles. Últimamente me mandó a Weimar una colección de ejemplares escogidos, que me hará excelente acogida al regreso. Mientras tanto, se ha encontrado un suplemento muy importante. Un eclesiástico, que vive ahora en Francia y pensaba escribir acerca de los géneros de piedras antiguas, merced a la Propaganda, recibió de la isla de Paros trozos de mármol muy importantes.

Se cortaron aquí las muestras, y me reservaron doce pedazos diferentes, desde el grano más fino hasta el más basto, todos de la mayor pureza y más o menos mezclados con mica, utilizables respectivamente en la Estatuaria y en la Arquitectura. Salta a la vista la gran ayuda que a la perfecta apreciación del Arte presta el completo conocimiento de cuantos materiales emplea.

De recoger tales cosas hay aquí bastantes ocasiones. Sobre las ruinas del palacio de Nerón, íbamos entre plantaciones de alcachofas recién amontonadas, y no pudimos menos de llenarnos los bolsillos de granito, pórfido y chapitas de mármol abundantísimas, inagotables testigos de la magnificencia de las paredes que un día cubrieron.

Hablaré ahora de un maravilloso y problemático cuadro que se ve con mucho gusto, aun después de aquellos excelentes objetos.

Hace ya muchos años vivía en Roma un francés, conocido por aficionado a las artes y coleccionista. Llegó a poseer un fresco antiguo, cuya procedencia se ignora: se lo restauró Mengs, y lo puso a modo de tesoro en su colección. Winkelmann habla entusiasmado de él en algún pasaje de sus obras. Representa a Ganimedes escanciando a Júpiter una copa de vino, y recibiendo en cambio un beso. El francés murió y dejó el cuadro a su hostelera, como antiguo. Mengs murió y dijo en su lecho de muerte que no era antiguo, que él lo había pintado. Y ahora hay grandes debates. Unos sostienen que Mengs hizo aquello fácilmente, jugando; los otros dicen:

—Mengs no pudo hacer nunca semejante cosa, casi demasiado bella para Rafael. Ayer la vi, y debo decir que no conozco nada más hermoso que la figura de Ganimedes, cabeza y espalda; lo otro, demasiado restaurado. Entretanto, el cuadro perdió el crédito y la pobre mujer no pudo deshacerse de su tesoro.

Roma 20 de noviembre de 1786

Enseña la experiencia que las poesías reclaman toda suerte de grabados y dibujos, y al mismo tiempo que el pintor consagra sus obras más importantes a un pasaje de algún poeta. En tal concepto es altamente digno de aplauso el pensamiento de Tischbein, que el poeta y el pintor deben trabajar juntos, a fin de dar a su obra unidad desde el origen. Mucho disminuirían las dificultades tratándose de poemas pequeños, sin gran trabajo improvisados y percibidos. Además, Tischbein tiene, en semejante respecto, pensamientos muy interesantes, y es en verdad singular que los asuntos que desea trabajar de tal manera, ni la Poesía ni la Pintura, cada cual aislada, bastarían a representarlos. Me habló de ello en nuestros paseos, haciéndome ganas de meterme en tal cosa: la portada de nuestra obra común está ya bosquejada. Si no temiera comprometerme en algo nuevo, me hubiera dejado seducir de buen grado.

Roma 22 de noviembre de 1786, fiesta de Santa Cecilia

Quiero conservar, en algunas líneas, el recuerdo de este día feliz, y comunicar, siquiera por escrito, lo que he gozado. El tiempo era de lo más hermoso y tranquilo; un cielo en absoluto claro y el sol caliente. Me fui, en compañía de Tischbein, a la plaza de San Pedro, donde anduvimos al principio de un lado a otro, y luego, sintiendo demasiado calor, a la sombra del gran obelisco, que la proyectaba bastante ancha, nos paseamos, comiendo uvas que compramos cerca de allí. Después fuimos a la capilla Sixtina, que encontramos llena de claridad, a muy buena luz para los cuadros. El Juicio Final y las diferentes pinturas del techo, de Miguel Ángel, se repartieron nuestra admiración: no hice sino ver y maravillarme.

El vigor, la seguridad del Maestro, su grandeza, superan toda expresión. Luego de mirar y remirar todo, dejamos el Santuario y fuimos a la iglesia de San Pedro, que recibía de aquel cielo tan claro luz hermosísima, doquiera resplandeciente. Nos recreamos, en traza de hombres que saben gozar lo grande y lo suntuoso, sin abandonarnos entonces a las exigencias de un gusto demasiado puntilloso y sabio, suprimiendo todo juicio acerbo. Nos deleitamos en lo deleitable.

Finalmente, subimos al techo de la iglesia, donde se encuentra el trasunto de una bonita ciudad en pequeño: casas y almacenes, fuentes simuladas, iglesias y un gran templo; todo en el aire, cruzado de bonitos paseos. Ascendimos sobre la cúpula y vimos la comarca de los Apeninos; clarísimo el monte Sorecta. Hacia Tívoli, las montañas volcánicas, Frascati, Castel Gandolfo y la llanura, y más lejos la mar. Delante y cerca de nosotros la ciudad de Roma, en toda su extensión; con sus palacios de las alturas, cúpulas, etc. No

había viento, y en la bola de cobre de la cúpula hacía el calor de un invernáculo. Luego de habernos enterado, bajamos e hicimos abrir las puertas de las molduras de la cúpula, del tambor y de la nave; se puede andar todo alrededor de ella y ver desde arriba esta parte de la iglesia.

Cuando estábamos en el entablamento del tambor, allá abajo, en lo profundo, iba el Papa a hacer sus devociones de la tarde. Así nada nos faltó en la iglesia de San Pedro. Bajamos del todo, comimos frugalmente en una hostería vecina y seguimos nuestro camino a la iglesia de Santa Cecilia.

Necesitaría muchas palabras si quisiera describir la ornamentación de la iglesia, llena de gente. Apenas se veía piedra de la Arquitectura. Las columnas cubiertas de terciopelo rojo, galoneado de oro: los capiteles de terciopelo cosido en la forma de ellos, poco más o menos, y lo mismo colgados pilares y molduras. Todos los intersticios de las paredes vestidos de tela, pintados de colores; así la iglesia parecía de mosaico, y sobre doscientas velas de cera ardían a los lados y alrededores del altar mayor: semejaba una banda de luz, y la nave de la iglesia estaba muy iluminada. Las naves y los altares laterales, igualmente adornados y alumbrados. Frente al altar mayor, debajo del órgano, dos plataformas cubiertas de terciopelo; en una de ellas los cantores y en otra los instrumentistas, que hacían música sin cesar. La iglesia colmada de gente.

Oí música de muy bonito género, ejecutada como nunca oyera. Según se dan conciertos de violín o de otro cualquier instrumento, hacían con la voz. Una de ellas, el soprano, por ejemplo, domina y canta el solo. De cuando en cuando entra el coro y acompaña; se oyen siempre con toda la orquesta. Hace buen efecto.

Tengo que concluir; también el día concluyó.

De noche pasamos por la Ópera, donde precisamente daban Los Litigantes; más habiendo gozado de tantas cosas buenas, seguimos de largo.

Roma 23 de noviembre de 1786

Deseando no suceda a mi querido incógnito lo que, al avestruz, que se cree oculto cuando esconde la cabeza, cedo, en cierta manera, sosteniendo siempre mi antigua tesis. Saludé gustosísimo al príncipe de Lichtenstein, hermano de la condesa Harrath, a quien tanto estimo. Le acompañé a comer algunas veces y comprendí al punto que aquella condescendencia me llevaría más lejos, y así sucedió. Me anunciaron una tragedia del Abate Monti, Aristotedemo, que se daría muy pronto. El autor, decían, deseaba leérmela previamente y oír mi opinión. Dejé caer la cosa sin rechazarla, y al fin una vez me encontré al poeta y un amigo en casa del príncipe, y la pieza fue leída.

El héroe, conforme es sabido, es un rey de Esparta, que a consecuencia de toda suerte de escrúpulos de conciencia se quita la vida, y me dieron a entender, de manera muy fina, que el autor del Werther no encontraría mal si en esta obra se habían utilizado algunos pasajes de su excelente libro, y así no pude esquivarme, ni en los mismos muros de Esparta, de los irritados manes del desdichado joven.

Sencilla y tranquila es la acción de la pieza. Los sentimientos y el estilo están conformes al argumento; hay energía y al propio tiempo sensibilidad. El trabajo demuestra excelente ingenio.

No dejé de notar y alabar lo bueno y digno de elogio de la obra, no en verdad a la manera de los italianos, sino a la mía, lo cual les agradó pasablemente; pues, en su impaciencia meridional, deseaban algo más. Querían que, en particular, les dijese el efecto probable de la tragedia en el público. Hice primero la salvedad de mi poco conocimiento del país, de la manera de representar y del gusto, y fui bastante franco, añadiendo que no podía concebir cómo los romanos, acostumbrados a ver comedias en tres actos y óperas en

dos, a modo de intermezzo, o una gran ópera en tres actos y de intermezzo un ballet de género extranjero, podrían divertirse en la acción pausada e ininterrumpida de la noble tragedia. Además, Me pareció asimismo el motivo de un suicidio por completo fuera del círculo de las ideas italianas. He oído hablar todos los días de uno que mata a otro; más que uno se despoje a sí mismo de la amable vida, podrá ser posible, pero nunca llegó a mi noticia. Después, les rogué me hiciesen al por menor cuantas objeciones les ocurriesen contra mi incredibilidad, y cediendo de buena voluntad a sus plausibles argumentos, aseguré que no deseaba otra cosa sino ver representada la obra, y darle, en compañía de un coro de amigos, mi más sincera y ruidosa aprobación. Se aceptaron amistosamente las aclaraciones, y tuve en semejante ocasión todos los motivos posibles para alegrarme de mi condescendencia, porque el príncipe de Lichtenstein es la complacencia en persona, y me procuró ocasiones de ver, en su compañía, muchos tesoros artísticos, para los que se necesita permiso especial del poseedor, y de consiguiente, alta influencia. Me faltó el buen humor cuando la hija del pretendiente quiso ver también la marmota extranjera; me negué y estoy en absoluto decidido a volverme a zambullir en mi incógnito. Y, sin embargo, no es buen sistema; y aquí siento, muy al vivo, cuanto advirtiera en la vida, y es que el hombre que quiere el bien, ha menester ser tan activo y estar tan en guardia contra los otros, como el egoísta, el mezquino y el malo; esto se ve perfectamente; ¡lo difícil es practicarlo!

De la nación no puedo decir, sino que son hombres de la Naturaleza, que bajo las ostentaciones y la dignidad de la Religión y del Arte, no se diferencian un cabello de lo que serían en las cavernas y en los bosques.

Lo que sorprende a los extranjeros y lo que hoy de nuevo hace hablar a toda la ciudad, pero hablar solamente, son los homicidios que se cometen a diario. En las últimas tres semanas asesinaron cuatro en nuestro distrito. El de hoy era un buen artista, Schwendimann, suizo, premiado, el último discípulo de Hedlinger. Fue sorprendido exactamente como Winkelmann. El asesino, al que se agarró, le dio veinte puñaladas, y llegando la guardia, el malvado se hirió a sí propio. La moda no es esta el asesino se acoge a una iglesia y asunto concluido.

Preciso era, dando sombra a mi cuadro, mencionar crímenes, desgracias, temblores de tierra o inundaciones. La erupción actual del Vesubio pone a la mayor parte de los extranjeros en movimiento, y hay que agarrarse mucho si se quiere no ser arrastrado. Tan natural manifestación tiene, en verdad, algo de la serpiente de cascabel, que atrae a los hombres de modo irresistible. En este momento parecen reducirse a nada cuantos tesoros artísticos encierra Roma. Todos los extranjeros suspenden el curso de sus observaciones y se dan prisa a irse a Nápoles.

Yo persevero, en la esperanza que la montaña para mi guardará algo.

Roma 1 de diciembre de 1786

Aquí está Moritz, tan ventajosamente conocido por su *Antonio el viajero y Viajes a Inglaterra;* es excelente hombre un infeliz que nos gusta mucho.

En Roma, donde se ven tantos extranjeros de los que no todos la visitan a causa del gran Arte, sino que muchos quieren entretenimientos de otro género, se está preparado a todo. Existen ciertas artes secundarias que exigen ligereza de mano y afición, que se han llevado muy lejos, procurando que los extranjeros se interesen en ellas. A las tales pertenece la pintura en cera, que, en sus preliminares y preparaciones, y después en la misma pintura y cuanto a ella se relaciona, puede ocupar mecánicamente a toda persona que sepa algo de acuarelas, y la novedad de la empresa realzar un talento mediano. Hay artistas hábiles que dan lecciones, y bajo el pretexto de dirigir, hacen a menudo lo mejor de la obra. De suerte que el cuadro brillante que realza la cera, ostentando su marco dorado, sorprende a la bella discípula, admirada de sus escondidos talentos.

Otra ocupación bonita consiste en estampar, en arcilla fina, las piedras grabadas y las medallas cuyo anverso y reverso se copian a un tiempo. Las impresiones en cristal exigen más habilidad, atención y cuidado. El consejero Reiffenstein tiene en su casa, o al menos en las de sus íntimos, los elementos necesarios a tales artes.

Roma 2 de diciembre de 1786

Casualmente encontré la Italia de Archenholtzens. ¡De qué manera se arruga y achica una obra semejante en la realidad de los lugares! Igual que si pusiesen el librejo sobre carbones encendidos, y poco a poco se fuese obscureciendo y ennegreciendo, y se viesen las hojas arrugarse y convertirse en humo. Cierto que vio las cosas, pero intentando hacer valer sus maneras despreciativas y altaneras; posee demasiado pocos conocimientos y tropieza ensalzando y censurando.

Este tiempo hermoso y templado, que alguna vez interrumpen días lluviosos, es para mí, a últimos de noviembre, completa novedad. Aprovechamos el buen tiempo al aire libre y el malo dentro de casa: en todas partes hay recreo, enseñanza y acción.

El 28 de noviembre volvimos a la Capilla Sixtina y pedimos que nos abriesen la galería más próxima del techo. En verdad, adelantábamos difícilmente, porque aquello es estrecho, y en apariencia peligrosas las barras de hierro, por cuyo motivo los propensos al vértigo no siguieron. Bien compensa las dificultades la vista de la obra maestra. Tanto me absorbe, en el momento, Miguel Ángel, que ni gusto de la Naturaleza después de él, porque no puedo verla con ojos tan grandes como él la ve. ¡Si siquiera hubiera medio de fijar bien en el alma tales imágenes! Al menos, cuantos grabados y dibujos he podido recoger de sus obras, los llevo conmigo. De allí pasamos a las Logias de Rafael, y casi no me atrevo a decir que apenas se podía mirar aquello. Se acostumbraron los ojos a proporciones tan vastas, en aquellas grandes formas y aquella admirable perfección de todas las partes, que no podían tolerar los ingeniosos juegos de arabescos, y las historias bíblicas de mayor hermosura no sostenían la comparación de las otras. Ver con

frecuencia semejantes obras, unas después de obras y compararlas con más calma y sin prejuicios, debe procurar gran placer; al principio, toda admiración es parcial de necesidad.

De allí nos dejamos ir, con sol casi demasiado caliente, a la Villa Panfili, donde hay muy bonitos jardines, y nos quedamos hasta la noche. Una gran pradera, rodeada de encinas siempre verdes, y altos pinos, la llenaban pequeñas margaritas, inclinando sus cabezas hacia el sol. Entonces se despertaron mis especulaciones botánicas, que proseguí al día siguiente, alargando mi paseo hasta Monte Mario, la Villa Melini y Villa Madama. Es interesantísimo observar el procedimiento de la vegetación activa, que los grandes fríos no interrumpen. Aquí no hay yemas, y ahora empiezo a comprender lo que son. El arbusto de la fresa (arbustus unedo) vuelve a florecer mientras maduran sus últimos frutos. Igualmente se muestran los naranjos en flor y sus frutas maduras y a medio madurar, y, sin embargo, cubren estos árboles, si no vegetan entre edificios. Mucho da que pensar el ciprés, el más respetable árbol, cuando es viejo y ha crecido bien. Ante todo, veré el Jardín Botánico, donde espero aprender mucho. En general, nada puede comprarse a la nueva vida que la observación de una tierra nueva hace descubrir al hombre reflexivo. Aunque soy siempre el mismo, paréceme estar cambiado hasta la médula de los huesos.

Aquí termino, y la próxima carta estará llena de desdichas, muertes, terremotos y catástrofes, a fin de que mi cuadro no carezca de sombras.

Roma 3 de diciembre de 1786

Hasta ahora cambió el tiempo casi de seis en seis días. Dos espléndidos, uno nublado, dos o tres lluviosos, y luego otra vez buenos. Trato de utilizar cada uno de la mejor manera posible.

Sin embargo, tantos portentos todavía son conocidos nuevos para mí. No he vivido en su compañía, no me apropié ninguna de sus cualidades. Algunas atraen con tanta fuerza, que durante algún tiempo somos indiferentes y hasta injustos respecto de otros. Así, el Panteón, el Apolo del Belvedere, algunas cabezas colosales y últimamente la Capilla Sixtina, de tal modo cautivaron mi alma, que, fuera de eso, apenas miro nada. ¿De qué suerte ha de igualarse uno, pequeño como es y acostumbrado a lo pequeño, a estas cosas nobles y grandiosas? Y cuando hasta cierto punto se pudiese conseguir, se agolpa de todas partes tremenda muchedumbre, y cada uno reclama el tributo de vuestra atención. ¿Qué hacer? Tener paciencia, dejar que el efecto se produzca y desarrolle, y estudiar cuidadosamente los trabajos que otros hicieron en nuestro favor.

La Historia del Arte de Winkelmann, nueva edición que tradujo Féa, es obra muy útil, que también me he procurado, y que aquí, sobre el terreno, en compañía de personas instruidas que comentan y explican, encuentro de mucho provecho.

Asimismo, las antigüedades romanas comienzan a gustarme: historia, inscripciones, monedas, de que antes no quería oír hablar palabra, todo me estrecha ahora. Sucédeme lo mismo que con la Historia Natural. En Roma se ata toda la Historia del mundo, y celebro un segundo día de nacimiento, sí; un verdadero Renacimiento, el día que entré en ella.

En las pocas semanas transcurridas, he visto ya venir y marcharse

muchos extranjeros, admirado de su ligereza, tratando de tantas riquezas y venerables objetos. Gracias a Dios, ninguna de tales aves de paso futuras se me impondrá en el porvenir, hablándome de Roma, en el Norte; ninguna conmoverá mi pecho, que también yo he visto Roma y sé, poco más o menos, a qué atenerme.

Roma 8 de diciembre de 1786

Tenemos, de cuando en cuando, días magníficos: la lluvia, que a veces cae, conserva verdes las hierbas y las plantas de los jardines. Doquiera hay árboles de hoja perenne; de suerte que las caídas de los otros, se nota apenas. Naranjos cargados de fruta, que vegetan en plena tierra sin abrigos, se ven en los jardines.

Me proponía hablar de un agradable paseo marítimo y contaros al por menor la pesca que hicimos, cuando al volver, de noche, el buen Moritz se rompió un brazo, a consecuencia de haber resbalado su caballo en las calles embaldosadas; el accidente destruyó toda la alegría: es un gran disgusto en nuestro pequeño círculo doméstico.

Roma 13 de diciembre de 1786

¡Cuán de veras me alegró que tomaseis mi desaparición en el sentido que deseaba! Reconcíliense ahora los corazones que a causa de esto hayan podido disgustarse y sufrir. No quise lastimar a nadie, y tampoco quiero ahora decir nada en mi disculpa. Dios me preserve de entristecer a ningún amigo con las premisas de esta determinación. Me repongo aquí despacio de mi salto *mortale* y estudio más de lo que gozo. Roma es un mundo, y se necesitan años sólo para acostumbrarse a él. ¡Qué felices encuentro a los viajeros que ven y se van! Hoy a la mañana me vinieron a las manos las cartas que Winkelmann escribió desde Italia. ¡Cuánta emoción principiando a leerlas! Hace treinta años, en la misma estación, llegó aquí un desdichado más loco que yo. Dotado de la propia seriedad germánica, trabajaba a fondo el estudio de la antigüedad y del Arte: ¡qué sabrosamente y qué bien trabajó! Y ahora, ¡cuánto no me significa el recuerdo de tal hombre en este sitio! Fuera de los objetos de la Naturaleza, en todas sus partes verdadera y consecuente, nada habla tan alto como la huella de un hombre bueno e inteligente, y el Arte noble, tan consecuente como aquella. Esto se puede sentir perfectamente en Roma, donde tanto se ha encarnizado la arbitrariedad, donde el poder y el dinero eternizan tantos desatinos.

Un pasaje de la carta de Winkelmann a Franque me agradó en particular. «En Roma es preciso investigarlo todo con mucha flema, sin la cual se corre el riego de pasar por francés. Es Roma, a mi entender, la Escuela Superior para todo el mundo, y también yo me he depurado y probado en ella».

Lo dicho entra de lleno en mi manera de sentir, y a la verdad, fuera de Roma no hay idea de cómo aquí se nos enseña. Se dice que es fuerza volver a nacer, porque el mismo caso se hace de las

anteriores ideas que de los zapatos de chico. El hombre más vulgar se forma algo en Roma, pues, al menos, gana ideas que salen de lo corriente, aunque no pueda identificarse con las cosas.

Esta carta os llegará en año nuevo. ¡Que os sea el comienzo muy feliz! Antes del fin volveremos a vernos, y no será pequeña alegría. El que termina ha sido el más importante de mi vida. Que muera ahora o que viva todavía un poco, siempre me habrá sido bueno.

Lo que sigue podéis leérselo o contárselo a los niños. Aquí no se nota el invierno: los jardines están plantados de árboles siempre verdes. El sol brilla y calienta; la nieve sólo se ve en lejanas montañas, hacia el Norte.

Los limoneros, adosados a las paredes de los jardines, los van cubriendo, poco a poco, con tejados de caña; pero los naranjos permanecen al aire libre. Cientos de las hermosas frutas penden de cada árbol, no como en nuestro país, recortado y plantado en una cuba, sino en tierra, libre y contento, formando hilera con sus hermanos. No se puede soñar cosa más alegre que semejante vista. Mediante corta propina, se tienen cuantas naranjas se quieren. Ahora ya están buenas; en marzo estarán mucho mejores.

Días pasados estuvimos en una *pescata* en el mar. Las figuras más extraordinarias de pescados salieron a la vista: cangrejos disformes y raros; también cogimos el pez que produce una conmoción por su descarga eléctrica.

Roma 20 de diciembre de 1786

Sin embargo, hay en esto más afanes y cuidados que goces. El doble nacimiento, que me rehace de dentro fuera, continúa operando. No ignoraba que aquí es donde había de aprender a derechas, mas no pensaba volver tan atrás a la escuela, desaprender tanto, desaprenderlo todo, para volver a aprenderlo de otro modo. Pero ahora estoy convencido y me he entregado, y cuanto más me desmiento, más contento estoy. Me veo parecido al arquitecto que intentó construir la torre y le hizo malos cimientos; conociéndolo a tiempo, deshizo lo levantado fuera de la fierra y trató de ensanchar los planos, perfeccionarlos, asegurar mejor os cimientos, y de antemano se regocijó en la segura fortaleza del futuro edificio. Quiera el cielo que a mi regreso también se sientan las consecuencias morales que me procuró la vida en mundo más ancho. Sí; al igual del artístico, el sentido moral sufre gran renovación.

El Dr. Münter está aquí, de vuelta de su viaje a Sicilia. Es un hombre enérgico y firme. No conozco sus proyectos. Deben ustedes tenerlo en mayo, y llevará muchas cosas que contar. Viajó dos años por Italia. Se muestra descontento de los italianos, que no hicieron bastante caso de las importantes cartas de recomendación que traía y debían abrirle las puertas de Archivos y Bibliotecas secretas; así es que no obtuvo el éxito deseado.

Ha coleccionado hermosas monedas, y posee, según me dijo, un manuscrito que debe ordenar la Numismática, valiéndose de caracteres fijos, como los de Linneo. Herder se informará mejor; tal vez sea permitido copiarlo. Es posible hacer algo semejante. Me alegraré que lo consigan. Tarde o temprano habremos de entrar seriamente en ese terreno.

Principio ahora a ver de nuevo los mejores objetos, habiéndose

convertido el primer pasmo en familiaridad y sentimiento más puro del mérito de las cosas. Tratando elevarse a la más completa apreciación de cuanto los hombres produjeron, ha menester el alma haber llegado a una libertad completa.

El mármol es un material de cualidades singulares, y en él consiste el encanto ilimitado del Apolo del Belvedere original. El soplo sublime de vida, de libertad, de aquel ser eternamente joven, desaparece, aun en las mejores reproducciones del yeso.

Frente a nosotros, en el palacio Rondanini, hay una careta de Medusa, en la que, sobre un rostro hermoso y noble, de tamaño colosal, se ve admirablemente impresa la rigidez angustiosa de la muerte. Poseo una buena copia, pero el encanto del mármol no ha pasado a ella. El noble carácter, la semitransparencia amarillenta de la piedra, imitando el color de la carne, ha desaparecido; el yeso, la contrario, siempre parece enjalbegado y muerto.

Sin embargo, ¡qué placer tan grande es entrar en el taller de un vaciador y ver salir, uno a uno, de los moldes, los magníficos miembros de las estatuas, adquiriendo así nuevos aspectos de las figuras! Además, se ve reunido lo esparcido en Roma, cosa muy ventajosa para la comparación. No resistí el deseo de comprar una cabeza colosal de Júpiter. Hela colocado frente a mi cama, a buena luz, con propósito de dirigirle mis devociones matinales; toda su grandeza y majestad nos ha proporcionado una escena chistosa.

Detrás de nuestra vieja posadera, cuando entra a hacer mi cama, suele escurrirse su gato favorito. Me hallaba sentado en la sala grande, y oí trajinar dentro a la mujer. De repente, toda apresurada y emocionada, contra su costumbre, abrió la puerta y me pidió que entrase a ver un milagro. Al preguntarle lo que era, me respondió que el gato estaba rezando al Dios Padre. Ya advirtiera ella, de tiempo atrás, que aquel animal tenía el entendimiento de un cristiano; no obstante, esto era un gran milagro. Fui a verlo con mis propios ojos, y en efecto era bastante extraordinario.

El busto descansaba en un pedestal alto, y el cuerpo, cortado bastante más abajo que el pecho, de manera que la cabeza sube mucho. El gato, saltando sobre la mesa, colocara sus patas en el pecho del dios, y estirando todo lo posible sus miembros, llegaba el hocico a la santa barba, que lamía con la mayor delicadeza, sin que

las interjecciones de la huésped ni mi participación le estorbasen en lo más mínimo.

Dejé a la buena mujer admirarse, y me expliqué esta devoción gatuna de la manera siguiente: este animal tiene un olfato muy fino y pudo bien acertar el rastro de la grasa que del molde pasaría a las cavidades de la barba, quedando allí adherida.

Roma 29 de diciembre de 1786

Mucho queda aún qué contar y qué celebrar de Tischbein; cómo se ha formado él mismo con una originalidad alemana. Después tengo que declarar mi agradecimiento, porque en el tiempo de su segunda estancia en Roma, se ocupó muy solícito de mí, procurándome una serie de copias de los mejores autores: algunos en greda negra, otros en sepia y acuarela, que, en Alemania, lejos de los originales, ganan en valor, y que, para mí, serán el mejor recuerdo.

En su carrera de artista, dedicado al principio a retratos, relacionándose con hombres de mérito, principalmente en Múnich, y su trato afirmó su sentimiento y abrió horizontes a sus ideas.

Traje conmigo la segunda parte de las Hojas sueltas, y fueron muy bien recibidas. En recompensa era preciso que Herder supiese circunstanciadamente el buen efecto que produjo este librito, aun en lectura repetida. Tischbein no podía comprender de qué suerte se había podido escribir aquello sin haber estado en Italia.

Se vive en esta morada artística como en una sala de espejos, donde, a pesar suyo, se ve uno y ve a los demás repetidas veces. Ya había reparado en las frecuentes y atentas miradas de Tischbein, y ahora resulta que pensaba pintar mi retrato. El boceto está terminado y tiene preparado el lienzo. Yo estaré representado de cuerpo entero, en traje de viajero, envuelto en una capa blanca, al aire libre, sentado en un obelisco caído, contemplando las ruinas de la campiña de Roma, que se perderán en el fondo. Será un cuadro bonito, pero demasiado grande para nuestras viviendas del Norte. Podré volver a arrastrarme por allí, más el retrato no encontrará sitio.

Aunque hacen muchas tentativas para sacarme de mi obscuridad, aunque los poetas me leyeron o me quieren leer sus

cosas, aunque sólo dependa de mí hacer papel, no me dejo engañar, y esto me entretiene bastante, porque ya he comprendido lo que pasa en Roma. Los muchos pequeños círculos que veo a los pies de la Señora del Mundo tienen, en un punto o en otro, algo de pueblo pequeño.

Sí; aquí sucede como en todas partes, y lo que conmigo o por mí quieren hacer, me aburre antes de haber sucedido. Tiene uno que afiliarse a un partido, ayudar a defender sus pasiones y sus cábalas, alabar artistas y dilettanti. Rebajar a los competidores y sufrirlo todo de los ricos y los grandes.

¿Y había de rezar yo aquí con los demás todas estas letanías, que me harían correr a mil leguas y sin ningún fin? No; no voy más adentro que lo preciso para conocer esto, y sobre esto vivir luego contento en mi casa; que a mí y a otros se nos quite la gana de recorrer esos mundos. Veré Roma, la Roma eterna, no la que pasa cada decena de años. Si tuviese tiempo, lo aprovecharía mejor. La Historia, en particular, se lee aquí de una manera diferente que en cualquier otro lugar del mundo.

En otras partes se lee de fuera adentro. Aquí cree uno leerla de dentro afuera. Todo yace alrededor de nosotros y toma de nosotros los puntos de partida. Y esto no se refiere sólo a la Historia Romana, sino a toda la Historia del Mundo. Desde aquí puedo seguir los conquistadores hasta el Veser o hasta el Éufrates, y si quiero ser un vago, esperar a los triunfadores en la calle Sagrada, mientras me alimento de trigo y limosnas y tomo una parte a placer en todas estas magnificencias.

Roma 2 enero de 1787

Dígase cuanto se quera en favor de una tradición, escrita o hablada, en pocos casos es suficiente. Pues el carácter propio de cada ser no puede comunicarlo ni aun tratándose de cosas intelectuales. Una sola ojeada segura permite, no obstante, leer y oír, pues se le relaciona a la impresión viva, y se puede entonces juzgar y pensar.

Muchas veces se han burlado ustedes de mí y me han querido detener cuando examinaba, con particular afición, desde ciertos puntos de vista, piedras, plantas y animales; ahora dirijo mi atención al arquitecto, al escultor y al pintor, y también aquí aprenderé a saber por dónde ando.

Roma 4 de enero de 1787

Tengo que hablar ahora de la indecisión que me produce la estancia en Italia. En mi última carta anuncié el propósito de irme de Roma hacia la Pascua y regresar a mi casa. Entonces habré bebido ya algunas copas más en el grande Océano, y mi necesidad apremiante se habrá sosegado. Estoy curado de una tremenda pasión y enfermedad. He quedado útil otra vez para el goce de la vida, para el goce de la Historia, de la Poesía, de la Antigüedad, pero tengo por muchos años materiales que pulir y completar. Mas ahora, me llegan voces amistosas diciéndome que no me apresure, que debo volver con riqueza completa. He recibido una carta, bondadosa y llena de simpatía, del Duque, que me desliga de mis obligaciones un tiempo indeterminado y me tranquiliza respecto de mí alejamiento. Mi mente se vuelve hacia el campo inmenso que tendría que dejar sin haber puesto en él las plantas. Por ejemplo: en el terreno de las monedas y de las piedras grabadas, no he podido hacer en absoluto nada todavía.

He principiado a leer la Historia del Arte de Winkelmann y he terminado sólo el Egipto, y comprendo que tengo que verlo todo desde su origen; lo hice ya con las cosas egipcias. Cuanto más se sabe, más inmenso aparece el Arte, y el que quiera dar pasos seguros tiene que ir lentamente.

Aquí aguardaré el Carnaval, y sobre el Miércoles de Ceniza iré a Nápoles. Me llevaré a Tischbein, porque conmigo está alegre, y porque en su compañía vivo tres veces. Estaré de vuelta antes de Pascua, y pasaré aquí la Semana Santa.

¡Quédame allá la Sicilia! Para esta sería necesario un viaje más preparado y hecho en otoño, y no un simple viaje atravesándola y dando la vuelta en derredor, quedando pagado del dinero y trabajo gastado, diciendo: ¡La he visto! Sería menester detenerse primero en

Palermo; después en Catania, al objeto de hacer excursiones seguras y provechosas, habiendo estudiado previamente a Riedesel y los demás.

De consiguiente, si me quedo el verano en Roma estudiando y preparándome a Sicilia, donde no podré ir hasta septiembre, permaneciendo allí noviembre y diciembre, no estaré de vuelta en mi país hasta febrero de 1788. Hay un término medio: dejar la Sicilia, quedarme en Roma parte del verano, ir luego a Florencia, y en otoño volver a casa.

Todos estos proyectos se me han obscurecido con el accidente del Duque: desde las cartas que me comunican este acontecimiento no tengo sosiego, y preferiría desde luego cargar los fragmentos de mis conquistas, partir después de la Pascua, recorrer rápidamente la parte alta de Italia, y el mes de junio encontrarme en Weimar. Estoy demasiado solo para decidirme, y si expongo los pormenores de la situación, es rogándoos que decidáis mi destino en una reunión de las personas que me quieren y conocen mejor la situación de nuestro país, advirtiendo que de seguro me inclino más a volver que a quedarme. Lo que me retiene con mayor fuerza en Italia, es Tischbein. Nunca podría, aunque mi destino fuese visitar segunda vez esta hermosa tierra, aprender tanto en tan poco tiempo, como en la compañía de este hombre culto, experto, de gusto delicado y que me es adicto en cuerpo y alma. No puedo expresar cómo se me van desescamando los ojos: para el que está en tinieblas, el crepúsculo puede pasar por día, y un día obscuro por claro.

¿Qué será cuando salga el sol? Hasta ahora he contenido siempre a cierta distancia la sociedad que, poco a poco, quería apoderarse de mí, dirigiéndome, al paso, una mirada de observación. Pedí a Fritz, en tono de broma, mi recepción en la Arcadia; y en efecto, sólo puede ser de broma, pues la Academia ha caído verdaderamente en la miseria.

Del lunes en ocho días se estrena la tragedia del Abate Monti; tiene mucho miedo, y con motivo. Es un público indisciplinado, que quiere ser divertido de momento en momento, y la obra nada tiene de brillante. Me ha rogado vaya con él a su placo para que, como padre espiritual, le asista en aquel crítico momento. Otro querría traducir mi Ifigenia; un tercero, Dios sabe lo que querría hacer en

honor mío. ¡Todos están mal unos con otros y cada uno desearía reforzar su partido! Mis compatriotas también están por mí todos a la vez, de suerte que, si les dejase hacer o les aprobase un poco, harían miles de desatinos, y al fin concluirían coronándome en el Capitolio, lo cual pensaron en serio, a pesar del manifiesto desatino, de hacer protagonista de semejante comedia a un extranjero y protestante. Como todo se encadena, y yo sería un gran loco si creyese que lo hacen por amor mío, os lo diré en su día de viva voz.

Roma 6 de enero de 1787

Regreso de ver a Moritz, porque hoy le han quitado el vendaje de su brazo, ya curado. Está y va muy bien. Cuanto he sabido en estos cuarenta días al lado del paciente, como enfermero, confesor confidente, ministro de hacienda y secretario particular, nos vendrá bien en lo sucesivo; los dolores más fatales y los goces más nobles, anduvieron de consuno en tanto tiempo.

Para mi recreo, he colocado ayer en la sala un vaciado de la cabeza de la Juno, colosal, cuyo original está en la villa Ludovisi. Fue mi primera pasión en Roma, y ahora la poseo. No hay palabras que den idea de lo que es esto: es como un canto de Homero.

Cierto que, para lo futuro, he merecido bien tan buena compañía, porque ya puedo anunciar que la Ifigenia está terminada; sobre mi mesa se hallan dos ejemplares bastante iguales, uno de los cuales debe ir muy pronto a poder de ustedes. ¡Acójanlo amistosamente! En el papel no va dicho en realidad lo que yo quisiera, pero se puede adivinar. Ustedes se quejaban algunas veces de ciertos pasajes obscuros de mis cartas, que daban a entender una impresión de sufrimiento, en medio de los magníficos espectáculos presentes a mi vista. Tenía en ello no pequeña parte esta viajera griega, que me obligaba a trabajar cuando yo sólo hubiera querido contemplar.

Me acuerdo de aquel excelente amigo que se preparó a un largo viaje, que bien hubiera podido llamarse viaje de descubrimientos; después de haber estudiado y economizado algunos años, se le ocurrió, a la postre, robar la hija de una buena casa, porque pensaba matar dos pájaros de un tiro. Igualmente, aturdido fui yo cuando llevé Ifigenia a Carlsbad. Voy a indicar brevemente en qué lugar me entretuve con ella.

Pasando el Brenner la saqué del paquete grande y la llevé conmigo. En el lago de Grada, cuando el viento fuerte del Mediodía estrellaba las olas en la orilla, y yo estaba tan solo, por lo menos, con mi heroína en la playa de Tauride, escribí las primeras líneas del nuevo trabajo, que proseguí en Verona, Vizencia, y Padua, y más asiduo en Venecia. Luego quedó en suspenso, porque se me ocurrió otra idea nueva, que era escribir Ifigenia en Delfos, lo cual hubiera hecho enseguida si no me hubiese contenido la distracción y un sentimiento de deber hacia el proyecto primitivo.

En Roma el trabajo continuó de manera regular; de noche, cuando me iba a dormir, me preparaba a la tarde del día siguiente y a ella me ponía en el momento de despertar. Mi procedimiento era muy sencillo: escribía la pieza despacio, sujetándola al ritmo regular, línea a línea y período a período. Lo que de aquí haya salido, ustedes lo juzgarán. Yo en esto he aprendido más que hice. Acompañarán a la pieza algunas notas.

Volviendo a las cosas de iglesia, contaré que la noche de Navidad anduvimos vagabundeando, y visitamos las iglesias donde había función. Hay en particular una muy visitada, porque el órgano y la música, en general, tienen un carácter pastoril. Nada falta, ni las zampoñas de los pastores, ni el gorjeo de los pájaros, ni el balido de las ovejas.

En la primera fiesta de Navidad, vi al Papa y a toda la clerecía en la iglesia de San Pedro. El Papa celebró la Misa Mayor, en parte desde el trono y en parte delante. Es un espectáculo único en su género, bastante fastuoso y augusto. Pero yo he envejecido tanto en el Diogenismo protestante, que toda esta magnificencia me quita más que me da. Quisiera, como mi piadoso antecesor, decir a estos espirituales vencedores del mundo: «No me quitéis el sol del Arte sublime y de la Humanidad pura».

Hoy, día de Reyes, he visto y oído celebrar la misa según el rito griego. Las ceremonias me parecen más magníficas, más severas, más aptas a la meditación, y, sin embargo, más populares que las latinas.

Otra vez he vuelto a sentir que para todo he envejecido, menos para la verdad. Sus ceremonias y sus operaciones, sus procesiones y

sus danzas, todo se desliza por mí como el agua sobre un impermeable; mientras, al contrario, una acción de la Naturaleza, como ver una puesta de sol desde la Villa Madama, una obra de Arte como esta Juno venerada, me causan impresión profunda y vivificante.

Me asusto por anticipado del teatro. La semana que viene se abrirán siete. Anfossi está aquí en persona y da Alejandro en la India, y también dará un Ciro y La Conquista de Troya, como baile. Sería bueno para los niños.

Roma 10 de enero de 1787

Seguiremos otra vez con la hija del dolor, que este adjetivo merece Ifigenia por más de un concepto. Después de habérsela leído a nuestros amigos, marqué ciertos renglones, de los cuales mejoré algunos, a mi entender; los otros, los dejé conforme estaban; tal vez Herder quiera dar en ellos algunas plumadas; yo estoy embotado ya para semejante labor.

Mi preferencia, desde hace muchos años, para la prosa en mis trabajos, se debe a la gran incertidumbre en que fluctúa nuestra prosodia, pues mis inteligentes, doctos amigos y mis colaboradores, se han decidido, en muchas cosas, por el gusto y por el sentimiento, de suerte que se carece de toda regla.

Nunca me hubiera atrevido a verter Ifigenia en versos yámbicos, si no hubiese brillado para mí una estrella polar, en la Prosodia de Moritz. Mis relaciones con el autor, en especial durante su enfermedad, me dieron nueva luz, y ruego a mis amigos piensen en esto con simpatía.

Es evidente que en nuestra lengua hay muy pocas sílabas decididamente breves o largas. Las otras se manejan a voluntad o a gusto. Ahora bien: Moritz ha observado que existe en las sílabas cierto orden, y que las de sentido más significativo, al lado de otras que lo tienen menos, son más largas y hacen cortas aquellas, y, al contrario, pueden volver a ser cortas si están en la proximidad de otras, cuyo sentido ideas es más importante. Es a su apoyo, y aunque no queden resueltas todas las dificultades, hay un hilo conductor por el cual se puede ir culebreando. He seguido con mucha frecuencia tales máximas, y las encontré acordes a mi sentir.

Habiendo hablado antes de una lectura, tengo que indicar a la ligera cómo se efectuó. Estos jóvenes, acostumbrados a aquellos

trabajos anteriores, vehementes y atrevidos, esperaban algo en el género de Berlichingen, y se quedaron fríos ante aquella acción tranquila; sin embargo, los pasajes nobles y puros no dejaron de hacer su efecto. Tischbein, que tampoco podía concebir aquel casi total alejamiento de la pasión, puso de manifiesto una graciosa semejanza o símbolo. Comparaba esto a la víctima de un sacrificio, cuyo humo, retenido por la impresión de un viento suave, volvía a la tierra, mientras las llamas, libres, buscaban las alturas. Hizo de ello el dibujo, muy claro y muy bonito, que es adjunto. Y de tal modo un trabajo del que había creído salir tan pronto, me tuvo entretenido, sujeto, ocupado y preocupado, tres meses completos. No es la primera vez que de lo importante hago lo accesorio. Pero, no disputemos ni divaguemos más sobre esto.

Os envío una linda piedra grabada, que representa un leoncillo que siente el zumbido de un tábano alrededor de su nariz. Los antiguos gustaban de este asunto, que fue muy repetido. Deseo que, en adelante, selléis con ella las cartas, y así, en semejante pequeñez, resonará un eco artístico de vosotros a mí.

¡Cuántas cosas tendría que decir a diario si el cansancio y la distracción no me impidiesen escribir un poco razonablemente! A esto se unen los días que hace frío, donde en cualquier parte se está mejor que en su cuarto, sin chimenea ni estufa, no usadas sino para dormir o estando enfermo. No quiero, sin embargo, dejar sin mencionar algunos acontecimientos de la última semana.

En el palacio Giustiniani hay una Minerva que merece toda mi veneración. Winkelmann apenas la menciona, por lo menos en el sitio principal, y yo no me siento bastante digno de hablar de ella. Cuando visitamos la estatua y estuvimos contemplándola mucho tiempo, la mujer del guarda nos contó que fuera, en tiempos antiguos, una imagen sagrada y que los ingleses, que son de esta religión, acostumbran todavía a venerarla, besándola una mano, que realmente está blanca, mientras el resto de la estatua se ha oscurecido. Añadiendo que una señora de aquella religión, que había estado hacía poco tiempo, se hincó de rodillas y oró ante la estatua. Acción tan extraordinaria, ella, cristiana, no había podido verla sin reírse, y había echado a correr fuera de la sala para no reventar. Como yo tampoco quería separarme de la estatua, me

preguntó si acaso no tendría alguna novia parecida a este mármol que tanto me atraía. La buena mujer sólo comprendía la plegaria y el amor; no podía entender nada de la pura admiración por la obra artística, ni de fraternal respeto al genio de un hombre. Nos hizo gracia lo de la señora inglesa, y nos marchamos deseosos de volver; yo, a la verdad, no tardaré mucho. Si mis amigos quieren algo más preciso, lean lo que dice Winkelmann del alto estilo de los griegos. Desgraciadamente no cita esta Minerva; si no me equivoco, pertenece a aquel estilo sublime que de lo austero pasa a lo bello. Es el capullo mientras se abre. He aquí una Minerva que marca bien el carácter de transición.

Vamos a un espectáculo de diverso género. El día de los Santos Reyes, fiesta de la Salvación anunciada a los paganos, fuimos a la iglesia de la Propaganda. Allí, en presencia de tres cardenales y de numeroso auditorio, hemos oído primero un discurso sobre el tema de saber en qué lugar recibió la Virgen María a los Magos: si fue en el Establo o en otra parte. Luego se leyeron algunas poesías latinas sobre el mismo motivo; después, treinta seminaristas fueron entrando poco a poco y leyendo un poemita, cada uno en su lengua nativa. Malabar, Epirota, turco, moldavo, Helénico, persa, de Colcida, hebreo, árabe, Siriaco, copto, Sarraceno, armenio, de Hibernia, de Madagascar, de Islandia, egipcio, griego, Isáurico, Etiópico, etc., y muchas que nunca he oído.

Los versos parecían hechos, en su mayor parte, con la prosodia nacional, y expresados con la propia declamación, pues resultaban ritmos y tonos bárbaros. El griego apareció como brilla una estrella en la obscuridad.

El auditorio reía desmesuradamente, y así también la exhortación resulta una farsa.

Ahora, un cuento. De cómo se juega en la sagrada Roma con lo sagrado. Hallábase el difunto cardenal Albani en una Congregación semejante a la descrita. Uno de los seminaristas principió, en una lengua extraña, dirigiéndose a los cardenales: *¡Guaja! ¡Guaja!* Lo cual, sobre poco más o menos, suena *¡Canaglia! ¡Canaglia!* El cardenal se inclinó hacia sus colegas, y dijo: ¡Nos conoce!

¡Cuánto no hizo Winkelmann y cuánto nos dejó que desear! Al

construir tan de prisa, con los materiales que se apropió, lo hizo para ponerse pronto a cubierto. Si viviese todavía (y podría vivir y estar sano y bueno), sería el primero que nos diese su obra reformada ¡Cuánto no habría observado y rectificado! ¡Cuánto no habría aprovechado de lo que otros, según sus principios, investigaron, y de lo último desenterrado y descubierto! Y, además, ¡habría muerto el cardenal Albani, por cuyo amor escribió muchas cosas y tal vez calló muchas más!

Roma 15 de enero de 1787

Se hizo al fin el *Aristodemo*, y, por cierto, con mucha suerte y muchos aplausos. El Abate Monti pertenece a la parentela de los sobrinos del Papa, y es muy apreciado en los altos círculos: de allí se esperaba todo lo bueno. La hermosa dicción del poeta ganó, desde el principio, al parterre, unida a la excelente manera de recitar los actores, y no se desperdiciaba ocasión de mostrar la complacencia general. El banco de los artistas alemanes no se significaba poco, y esta vez estaban muy en su lugar, pues, en general, se corren un poco.

El autor se quedó en su casa, temeroso del éxito de la pieza; de acto en acto llegaban mensajeros favorables, que poco a poco cambiaban su inquietud en gran alegría. No dejarán de repetir la comedia, y todo va bien. Así es como las obras más opuestas, teniendo cada una su mérito particular, ganan el aplauso del público y el de los inteligentes.

La ejecución fue muy digna de elogio, y el actor principal, que desempeñó toda la pieza, habló y accionó admirablemente. Parecía que estaba uno viendo entrar a un viejo emperador. Llevaba los trajes que tanto nos imponen en las estatuas, muy bien copiados en el estilo del teatro, y se ve que los actores estudiaron lo antiguo.

Roma 16 de enero de 1787

Roma va a sufrir una gran pérdida artística. El Rey de Nápoles ha mandado llevar a su capital el Hércules Farnesio. Todos los artistas se lamentan; sin embargo, nosotros veremos, aprovechando la ocasión, lo que para nuestros antepasados quedó oculto.

Dicha estatua, es decir, desde la cabeza hasta las rodillas, y después la parte baja de los pies y el zócalo donde están, se encontraron en la villa Farnesio, más faltaban las piernas, desde la rodilla al tobillo, y las suplió Guillermo de la Porta. Sobre ellas estuvo hasta hoy; mientas tanto las verdaderas pernas antiguas se encontraron en la Villa Borghese y allí estaban expuestas.

En la actualidad, el príncipe de Borghese se ha decidido a honrar con tan preciosos restos al rey de Nápoles. Las piernas de Porta se quitaron, poniéndose en su lugar las legítimas, y aunque con las otras se contentaba uno, ahora se promete gozar de más nuevo y armonioso aspecto.

Roma 18 de enero de 1787

Ayer pasamos un día alegre con la fiesta de San Antonio Abad: hacía el tiempo más hermoso del mundo, helara de noche, y estuvo el día caliente y claro.

Se observa que todas las religiones que extienden su culto o sus especulaciones, hacen, hasta cierto punto, partícipes de los fervores espirituales a los animales. San Antón Abad, o Anacoreta, es el patrón de los cuadrúpedos, y su fiesta una saturnal del ganado caballar y de aquellos que los guardan, cuidan y guían.

Toda Señoría tiene hoy que quedarse en casa o andar a pie. No dejan de contarse historias alarmantes de personas incrédulas que obligaron a su cochero a guiar y fueron castigadas con grandes desgracias.

La iglesia está situada en lugar tan vasto que casi podría considerarse desierto; pero el día de hoy se ve lleno de alegría y animación: caballos y mulas, con las crines y colas gallardamente trenzadas y adornadas de cintas, son llevados por delante de la capillita, algo desviada de la iglesia, donde un cura, provisto de gran hisopo, sin parsimonia asperge el agua bendita de los cubos que tiene delante, sobre las despiertas criaturas, a veces con tanta picardía, que las irrita. Cocheros devotos traen cirios, grandes o pequeños; los señores envían limosnas y regalos para liberar a los animales, costosos o útiles, de toda desgracia durante un año. Los asnos y los animales de cuernos, tan útiles y valiosos a sus dueños, toman asimismo en esta bendición su modesta parte.

Después nos deleitamos en un largo paseo, bajo un cielo tan feliz, cercados de tantas cosas interesantes, a las cuales esta vez concedíamos poca atención, abandonándonos a la risa y a la broma.

Roma 19 de enero de 1787

El gran Rey[6], cuya fama llenó la tierra, cuyos hechos le hicieron digno acreedor hasta del paraíso de los católicos, dijo al fin adiós a este mundo para solazarse con las sombras de sus héroes, sus iguales. ¡De qué buena gana se queda uno tranquilo cuando ha llevado a un ser como este al lugar del reposo! Hoy nos hemos dado un buen día: visitamos una parte del Capitolio, que hasta ahora yo había descuidado; después, atravesamos el Tíber y bebimos vino de España, en una barca recién anclada. En tal sitio, dicen, se encontraron a Rómulo y Remo; de manera que, como en una doble o triple fiesta de Pentecostés, pudimos embriagarnos con el Espíritu Santo del Arte, la suavidad de la atmósfera, los recuerdos de la antigüedad y el dulce vino.

Roma 20 de enero de 1787

Aquello que, en un principio, observado superficialmente, causaba infinito placer, nos oprime y nos molesta después, cuando se advierte que, sin el conocimiento fundamental, el verdadero goce no existe. En Anatomía estoy bastante bien preparado, y he adquirido, hasta cierto punto y no sin trabajo, el conocimiento del cuerpo humano. Aquí, observando sin cesar estatuas, se continúa aprendiendo, pero de manera más elevada. Nuestra Anatomía médico-quirúrgica trata sencillamente de conocer el órgano, y un miserable músculo sirve a maravilla. Pero en Roma, los órganos no significan nada, si al mismo tiempo no ofrecen forma noble y bella.

En el gran lazareto del Santo Espíritu ha sido preparado, en gracia a los artistas, un esqueleto con músculos, tan bello que causa admiración. A la verdad podría pasar por un semidiós o un Marsyas despojado de su piel. Se acostumbra, siguiendo la dirección de los antiguos, a no estudiar el esqueleto como un armazón artístico de huesos, sino mejor, provisto de los ligamentos, adquiriendo ya así vida y movimiento.

Ahora digo que de noche también estudiamos perspectiva, y esto prueba que no estamos ociosos. Con todo, espera uno hacer más de lo que en realidad consigue.

Roma 22 de enero de 1787

Del sentido de los artistas alemanes y de la vida artística de Roma, bien puede decirse: Se oyen sonidos, pero no armonía. Pensando ahora las cosas magníficas que a nuestro alcance tenemos y lo poco que las he utilizado, podría desesperarme; luego reflexiono en mi vuelta, alegre con la esperanza de apreciar, en cuanto valen, aquellas obras maestras, a cuyo alrededor andaba a ciegas.

Sin embargo, también en Roma se cuidan muy poco de las personas que quieren hacer en serio un estudio general. Tienen que rebuscarlo todo en ruinas infinitas, aunque de extremada riqueza. Verdad es que pocos extranjeros se proponen adelanto e instrucción sólida. Siguen su capricho y su fantasía, y esto lo saben bien cuantos tienen comercio con ellos. Cada cicerone tiene sus miras, cada uno quiere recomendar un comerciante, favorecer un artista. ¿Y por qué no ha de ser así? ¿No rechazan los ignorantes las cosas más excelentes que se les ofrecen? Ventaja extraordinaria hubiera podido traer para el estudio y hubieran creado un Museo único, si el Gobierno, sin cuyo permiso no se puede sacar fuera ninguna antigüedad, pusiese la condición que dejasen de ella un vaciado. Pero si un Papa tuviese semejante pensamiento, todo el mundo se pondría porque en pocos años se habría asustado del excesivo precio y mérito de aquellos objetos exportados fuera del país, y ahora se obtienen en secreto y por toda suerte de medios tales licencias.

Ya antes, pero más en particular desde la representación del Aristodemo, se despertó el patriotismo de nuestros artistas alemanes. No cesaban de hablar bien de mi Ifigenia; desearon que les leyese algunas escenas sueltas, y al fin me vi en la necesidad de leerla toda. Así descubrí algún pasaje que salía de mi boca más

suelto de lo que parecía en el papel. En verdad, la poesía no se hizo para los ojos.

Este eco favorable resonó hasta llegar a los oídos de Reiffenstein y Angelica[7], y con esto tuve que volver a poner de manifiesto mi trabajo. Pedí tiempo y pude presentar la fábula y la acción de la pieza con algún aparato. Más de lo que yo creía ganó esta representación el favor de las citadas personas. También el señor Zuchi, que era de quien menos lo esperaba, tomó interés sincero y bien sentido. Esto se explica muy bien, porque la obra se acerca más a la forma que de antiguo se acostumbra entre griegos, italianos y franceses, muy preferida de los no habituados a las crudezas inglesas.

Roma 25 de enero de 1787

Cada vez se me hace más difícil dar razón de mi estancia en Roma; pues, así como la mar es más profunda a medida que se interna uno en ella, así me sucede respecto de esta ciudad.

No puede uno darse cuenta del presente sin el pasado, y la comparación de ambos requiere más tiempo y más vagar. La situación de la capital del mundo nos induce a pensar en su fundación. Vemos, desde luego, que ningún pueblo viajero, bien dirigido, se fijó aquí para fundar sabiamente el punto céntrico de un reino. Ningún príncipe poderoso destinó esto para habitación de una colonia. No; pastores y bandidos fueron los primeros que aquí se prepararon un Estado. Un par de mozos vigorosos echaron sobre la colina los fundamentos de los palacios de los señores del mundo, a cuyo pie, el capricho del fundador los estableció entre pantanos y pedregales. Así, pues, las siete colinas de Roma no se levantan contra la tierra que está detrás de ellas. Se vuelven contra el Tíber y contra el antiguo lecho del Tíber, que fue el campo de Marte. Si el año nuevo me permite extender mis excursiones, describiré con más pormenores tan desdichada posición. ¡Ya desde ahora comparto de todo corazón los lamentos y los dolores de las mujeres de Alba, que ven destruida su ciudad y tienen que abandonar el hermoso emplazamiento elegido por un caudillo prudente, y sumergirse en las nieblas del Tíber y habitar la miserable colina de Caelius, para mirar desde allí su paraíso perdido! Todavía conozco poco del país, pero estoy convencido que ningún lugar de los pueblos antiguos estaba tan mal situado como Roma, y puesto que al fin los romanos todo lo devoraron, se esparcieron otra vez con sus casas de campo hasta los lugares de las ciudades destruidas, para vivir y gozar de la vida.

Ocasión da a reflexiones pacíficas, ver cuántos hombres viven

aquí en silencio y de qué suerte cada uno se ocupa a su manera. De un eclesiástico, que sin tener gran talento natural ha consagrado al Arte su vida, hemos visto copias muy interesantes de cuadros notables, pintados en miniatura. La principal es la Cena de Leonardo da Vinci, que está en Milán. El momento elegido es aquel en que Cristo, sentado con sus discípulos a la mesa, familiarmente se franquea y dice: «Empero, uno de vosotros me entregará». Se espera tener un grabado de esta copia o de otras. Será valioso regalo para el público la reproducción fiel de tal obra maestra.

Hace algunos días visité al Padre Jacquier, franciscano, en la Trinita de Monti. Es francés de nacimiento, conocido por sus escritos de Matemáticas, avanzado en años, muy agradable y muy sabio. Conoció a los hombres más distinguidos de su tiempo, y hasta vivió algunos meses con Voltaire, que le tomó mucho afecto.

Y así he conocido aún otros hombres de mérito sólido, de los que aquí se cuentan infinitos, y que se mantienen a distancia unos de otros por desconfianzas clericales.

El comercio de libros no da unión, y las novedades literarias raras veces son abundantes.

Además, conviene al solitario buscar los ermitaños. Desde la representación del Aristodemo, en cuyo favor realmente me mostré activo, volvieron a meterme en tentación; pero estaba demasiado a la vista que no era por mí; querían reforzar su partido y hacerme instrumento, y si yo hubiese salido y declarándome, entonces hubiera desempeñado un corto papel de fantasma. Ahora, viendo que conmigo no se puede hacer nada, me dejan en libertad, y sigo tranquilo mí camino.

Mi existencia ha adquirido un lastre que le da la conveniente pesantez; ya no temo a los fantasmas que con tanta frecuencia jugaban conmigo. ¡Tened ánimo! Me sostendréis a flote y me llevaréis a vuestro lado.

Roma 28 de enero de 1787

No quiero dejar de indicar dos reflexiones, aplicables a todo, y a las cuales está uno llamado a someterse a cada momento, y que se me han hecho evidentes.

En primer lugar, la riqueza inmensa, aunque dividida en fragmentos, de esta ciudad, hace que se tenga que averiguar el tiempo a que pertenece cada objeto de Arte. Winkelmann nos recomienda encarecidamente que distingamos épocas, observemos los diferentes estilos en que los pueblos trabajaron, que desarrollaron poco a poco en la sucesión de los tiempos, y que, al fin y al cabo, corrompieron. Todos los verdaderos amigos del Arte están de ello convencidos. Hagamos reconocer toda la exactitud, toda la importancia del consejo. ¿Más cómo llegar a este conocimiento? No se hicieron muchos trabajos preparatorios; lograron no obstante exponer muy bien la idea, pero los detalles quedaron en la incertidumbre, en la obscuridad. Es necesario que el ojo se ejercite en serio durante largos años, y hay que empezar aprendiendo hasta ponerse en estado de interrogar. De nada sirven la indecisión, la duda. La atención sobre punto de tal importancia se halla excitada ahora, y todo el que lo mira interesado ve bien que tampoco en este terreno es posible ningún juicio, si no se está en condiciones de desarrollarlo históricamente.

La segunda consideración se ocupa tan solo en el Arte de los Griegos, y trata de investigar cómo aquellos incomparables artistas procedían hasta descubrir en la figura humana el ciclo de las imágenes divinas, perfectamente acabado y sin falta de ningún carácter principal, ni tampoco la transición y los intermediarios. Presumo que trabajaron conformándose a las propias leyes que la naturaleza sigue en sus procedimientos, sobre cuya pista estoy; pero hay algo además que no sabría explicar

Roma 2 de febrero de 1787

No se puede tener idea, sin haberla visto, de la belleza que presenta Roma, recorrida a la luz de la luna llena. Todos los detalles se pierden en la gran masa de luces y sombras, y sólo el conjunto y los objetos grandes se ofrecen a la vista. Desde hace tres días venimos gozando en pleno de las claras, esplendidas noches. El Coliseo, sobre todo, presenta una vista hermosa. Lo cierran las noches, y dentro, en una capillita, vive un ermitaño, y en las bóvedas arruinadas anidan mendigos. Estos habían encendido una hoguera en la tierra, y un viento manso empujaba el humo primero a la arena, de suerte que cubría la parte inferior de las ruinas, y sobre él avanzaban siniestras las enormes murallas. Nos detuvimos delante de la verja viendo el fenómeno; la luna estaba alta y resplandeciente. Poco a poco, el humo salió a través de las paredes por las grietas y aberturas, y la luna lo iluminaba como una niebla. El espectáculo era soberbio. Así debe uno ver iluminados el Panteón, el Capitolio, el pórtico de la iglesia de San Pedro y calles y plazas grandes. De suerte que el sol y la luna, como el espíritu del hombre, tienen que hacer aquí cosa distinta que en otros lugares; aquí donde sus miradas encuentran masas enormes, y, sin embargo, regulares.

Roma 13 de febrero de 1787

Voy a contar un incidente feliz, aunque de menor cuantía: todo lo feliz, grande o pequeño, pertenece a la misma especie y alegra. En Trinità de Monti están abriendo los cimientos para un nuevo Obelisco. Las tierras, amontonadas, pertenecen a los jardines Lúculo, que después fueron del Emperador. Mi peluquero pasó temprano por allí y encontró, en los escombros, un pedazo chato de barro cocido con figuritas, lo lavó y nos lo trajo.

Me lo apropié enseguida. No es tan grande como la mano, y parece ser el borde de un gran plato. Representa dos Grifos sobre una mesa propiciatoria. Son del más hermoso trabajo, y me proporcionaron un placer nada común. Si estuviesen grabados en piedra, ¡qué delicioso sello se podría hacer de ella! Otras muchas cosas he reunido, y nada inútil ni frívolo (aquí sería imposible); todo instructivo e interesante. Sin embargo, lo que prefiero es lo que llevo en el alma, y que, creciendo siempre, puede siempre multiplicarse.

Roma 15 de febrero de 1787

No he podido evadirme, antes de mi partida para Nápoles, de una nueva lectura de Ifigenia. Madame Angelica y el consejero Reiffenstein eran los oyentes, y el mismo Zuchi había tenido empeño en serlo, porque lo deseaba su esposa; él trabajó mientras tanto en un gran dibujo arquitectónico, porque entiende admirablemente el arte de la decoración. Estuvo en Dalmacia con Clerisseau y se asoció a él; dibujaba, y así aprendió también la perspectiva, y ha resultado que, en sus ancianos días, consiguió hacer del trabajo noble pasatiempo.

La tierna alma de Angelica recibió la obra con increíble cordialidad; me prometió un dibujo que la representase, para que yo lo tuviera como recuerdo. Y ahora precisamente, preparándome a despedirme de Roma, es cuando una intimidad agradable me une a estas personas benévolas. Me es a la vez grato y doloroso convencerme de que me ven partir con pena.

Roma 16 de febrero de 1787

De manera sorprendente y agradable he sabido la feliz llegada de Ifigenia. Iba camino de la Ópera cuando me entregaron la carta de mano bien conocida y doblemente bienvenida; esta vez sellada con el leoncillo, como mensajera de paquete llegado en hora feliz. Entré en el teatro de la Ópera y traté de procurarme sitio entre la muchedumbre extranjera, debajo de la gran lucerna. Aquí me sentí tan cerca de los míos, que, dando un salto, los hubiera podido abrazar. De corazón doy las gracias por haberme anunciado la llegada. ¡Ojalá que la siga pronto vuestra próxima carta con una palabra de aprobación! La adjunta nota indica la distribución que deseo se haga, entre mis amigos, de los ejemplares que Goschen me ha prometido, pues si me es del todo indiferente la opinión del público acerca de este trabajo, deseo que procure algún placer a mis amigos.

Sólo que se emprende demasiado. Si pienso en mis cuatro volúmenes en conjunto, me da vértigo; tengo que tomarlos separados, y así podré con ellos. ¿No hubiera sido mejor, conforme mi primer designio, enviar estas cosas al mundo a modo de fragmentos y emprender nuevos asuntos, que tienen para mí interés palpitante, con nuevo ánimo y fuerza viva? ¿No me sería mejor escribir Ifigenia en Delfos, que ponerme a luchar con las fantasías del Tasso? Sin embargo, he puesto demasiado de mí mismo en aquella obra para abandonarla sin fruto.

Heme instalado en la sala, cerca de la chimenea, y el calor de un fuego, esta vez bien alimentado, me da ánimos para comenzar un nuevo pliego. Pues es cosa en verdad por todo extremo grata, poder enviar nuestros más nuevos pensamientos tan lejos, y valiéndonos de palabras, transportar hasta nuestros amigos lo que nos rodea. El tiempo está magnífico; los días crecen visiblemente. Los laureles

florecen y también los almendros. Esta mañana quedé sorprendido ante una vista maravillosa; vi de lejos árboles altos, semejantes a pértigas, vestidos todo a lo largo del más hermoso color violeta. Mirándolos de más cerca resultan ser lo que en nuestros invernáculos se llama árbol de Judea, y los botánicos *cercis siliquastrum*. Sus flores, violetas, amariposadas, salen inmediatamente del tronco. Las pértigas que vi estaban podadas del año anterior, y de su corteza salían a nubes las bonitas coloridas flores. Las margaritas brotan del suelo como hormigas. Los Crocus y los Adonis aparecen menos abundantes, y por eso adornan y engalanan más. ¡Cuántos placeres y cuántas luces me darán las tierras más meridionales, y cuántos resultados para mí no preveo! Sucede con las cosas de la Naturaleza como con las del Arte. Se ha escrito tanto sobre ellas, y sin embargo cada uno de los que saben ver, puede hacer nuevas combinaciones.

Cuando se piensa en Nápoles, o aun en Sicilia, influido por las narraciones o por dibujos, se imagina uno que en aquel paraíso del mundo se abre el infierno volcánico con violencia, y que desde miles de años espanta y turba a los naturales y a los viajeros. Yo procuro evitar cuidadoso pensar en la esperanza que tengo de ver estos espectáculos magníficos, a fin de aprovecharme bien, antes de mi marcha, de la vieja Capital del Mundo.

Hace quince días que estoy en movimiento desde la mañana a la noche. Busco lo que no he visto todavía, lo más notable; lo contemplo segunda y tercera vez, y ahora esto me metodiza, pues los objetos principales ocupan su verdadero lugar, y entre ellos encuentran suficiente espacio otros de menor importancia. Mis preferencias se depuran y se deciden, y mi alma puede, al fin, elevarse en serena admiración hasta lo más grande y verdadero.

Así encuentro dignos de envidia a los artistas, que, mediante la copia o la imitación, se pueden acercar más a aquellas grandes concepciones y comprenderlas mejor que el mero observador y pensador. Al fin y al cabo, cada uno tiene que hacer lo que puede, y yo despliego todas las velas de mi espíritu para navegar en estas costas.

La chimenea está bien encendida con un montoncito de hermosas brasas, cosa rara entre nosotros, porque ninguno tiene

fácilmente tiempo y gusto para dedicarle un par de horas de atención. Y aprovecharé tan buena temperatura para salvar, en mi libro de memorias, algunas observaciones ya medio borradas.

El día 2 de febrero llegamos, en la capilla Sixtina, a la función de bendecir los cirios. Me encontré desde luego muy contra gusto, y salí fuera con mis compañeros. Pensaba que estos cirios son precisamente los que desde hace trescientos años obscurecen los magníficos cuadros, y este el incienso que con santa desvergüenza envuelve en vapores el único Sol del Arte, lo nuble más de año en año, y al fin lo hundirá por completo en las tinieblas.

Buscamos el aire libre y llegamos, luego de dar un gran paseo, a San Onofre, donde el Tasso está enterrado en un rincón. Su busto se ve en la Biblioteca del monasterio. La cara es de cera, y me inclino a creer que habrá sido formada sobre su cadáver. Está algo reblandecido; en unas partes y en otras ha sufrido alteraciones; sin embargo, expresa, más que cualquier otro de sus retratos, un hombre de gran talento, tierno, delicado y metido en sí.

Basta por esta vez. Ahora quiero consultar la segunda parte de Winkelmann, que contiene a Roma, para sacar de allí lo que todavía no he visto. Antes de ir a Nápoles, tengo por lo menos que segar la mies; para atarla en gravillas ya vendrán días buenos.

Roma 17 de febrero de 1787

El tiempo está increíble e indeciblemente bello; todo febrero, no siendo cuatro días de lluvia, un cielo claro y puro; al medio día, casi demasiado calor. Busca uno el aire libre, y si hasta aquí se ha entretenido en dioses y héroes, ahora el paisaje reclama sus derechos y se identifica a cuanto me rodea y vivifica el espléndido día.

Recuerdo muchas veces cómo los artistas del Norte tratan de sacar partido de un techo de paja o de algún ruinoso castillo: cómo siguen el curso del arroyo, rodeando un matorral o una piedra resquebrajada para sorprender un efecto pictórico, y me admiro de mí mismo por cuanto aquellas cosas, después de tan larga costumbre, no se desprenden de nosotros.

Desde hace quince días me he armado de valor y he salido con hojas de papel, buscando las hondonadas y las alturas de las villas, y sin pensarlo mucho, he sacado pequeños croquis característicos de cosillas verdaderamente del Sur y romanas, y ahora trato, ayudado de la buena suerte, de darles luz y sombra. Es muy raro que se pueda ver y saber lo que es bueno y lo que es mejor: cuando se cree tenerlo seguro, se desvanece entre las manos, y no agarramos lo bueno, sino aquello que por costumbre nos impresiona. Verdad es que el ejercicio reglamentado adelanta mucho. Mas ¿dónde voy a encontrar tiempo y el recogimiento necesario? Mientras tanto, conozco que los apasionados esfuerzos de estos quince días, me han servido de mucho.

Los artistas me enseñan gustosos, porque comprendo pronto; pero comprender no es acabar. Comprender algo pronto, es propiedad del entendimiento; hacer bien algo, pertenece al ejercicio de toda la vida.

No obstante, el aficionado, aun siendo muy débiles sus tentativas, no se debe desanimar. Las pocas líneas que trazo en el papel apresuradamente, raras veces correctas, aclaran mis ideas de las cosas sensibles, pues uno se eleva a sintetizar cuando ve los objetos claros y precisos. Sólo que no debemos compararnos a los artistas, sino proceder a su propia manera; que la Naturaleza se ha cuidado de todos sus hijos: el más pequeño no será contrariado en su existencia por la existencia del más excelente. Un hombre pequeño es un hombre, y hay que conformarse.

He visto la mar dos veces; primero el Adriático, después el Mediterráneo, aunque las dos veces sólo de visita. En Nápoles nos haremos más amigos. Todo ruge a la vez para mí: ¡por qué no fue antes, por qué no a menos coste! ¡Cuántas mies de cosas, muchas enteramente nuevas, tendría que comunicar!

Roma 18 de febrero de 1787 por la noche, después de haber cesado las locuras del Carnaval

Disgustado abandono a Moritz al marcharme. Está en buen camino; sin embargo, entregado a sí mismo, se busca sus rincones favoritos. Lo he animado para que escriba a Herder; la carta es adjunta. Deseo respuesta conteniendo algo de ayuda y de complacencia. Es hombre de singular bondad: fuera mucho más lejos si hubiera encontrado, de tiempo en tiempo, personas de capacidad y caritativas que le hiciesen conocer su estado. Ahora no puede ocurrirle cosa más beneficiosa que el permiso de Herder para que le escriba con frecuencia. Se ocupa en trabajos de anticuario muy dignos de alabanza, y que bien merecen protección. El amigo Herder no podría emplear mejor sus beneficios, y con dificultad, en mejor suelo, haber colocado sus enseñanzas.

El gran retrato que Tischbein ha emprendido, casi se sale ya del lienzo. El artista se ha hecho hacer por un escultor hábil un modelito de barro, con gracia envuelto en un manto. Después de esto pinta asiduamente; necesita, antes de nuestra partida a Nápoles, haber llegado el trabajo a cierto punto, y es menester tiempo sólo para cubrir de pintura lienzo tan grande.

Roma 19 de febrero de 1787

El tiempo continúa hermoso sobre toda ponderación: hoy he pasado con dolor el día entre locos. Al principiar la noche me he recreado en la Villa Médicis. La luna nueva avanza, y al lado del cuarto creciente se puede ver, en perspectiva, perfectamente claro, a la simple vista, todo el disco oscuro. Con el anteojo, flota sobre la tierra el polvillo del día, que sólo conoce uno en los cuadros y dibujos de Claudio de Lorena; pero es difícil ver en la Naturaleza el fenómeno tan bello como aquí. Ahora salen de tierra flores que no conozco, y nuevas hojas en los árboles. Florecen los almendros y hacen graciosa aparición entre las oscuras encinas. Iluminado por el sol, el cielo parece de seda azul clara. ¡Cómo será en Nápoles! La mayor parte del campo está ya verde. Mi quimera botánica, a todo esto, se fortalece, y estoy en camino de descubrir nuevas y hermosas relaciones. A saber, cómo la Naturaleza, este prodigio que no se asemeja a nada, desarrolla de la unidad toda aquella diversidad.

El Vesubio arroja piedras y ceniza, y a la noche se ve arder la cima. ¡Si la Naturaleza en acción nos diese un río de lava! Ahora apenas puedo esperar el momento de tomar parte en aquel gran espectáculo.

Roma 21 de febrero de 1787, miércoles de ceniza

¡También la locura tiene su término! Las innumerables luces de ayer, eran asimismo espectáculo insensato. Debe uno estar el Carnaval en Roma, para perder en absoluto el deseo de volverlo a ver. Nada se puede escribir sobre esto; todo lo más podría ser motivo de una conversación. Lo que se siente más desagradable es que falta la alegría interior de los hombres, y carecen de dinero para manifestar la poquita que podrían tener. Los grandes son económicos, y se contienen; la clase media es pobre, y el pueblo indolente. Los últimos días, el ruido era increíble; pero nada de alegría verdadera. El cielo, tan infinitamente puro y hermoso, inocente de esta farsa, la miraba augusto.

Ya que no cabe descripción, van dibujos coloridos de las máscaras y de los trajes propios romanos, para recreo de los niños, y esto subsanará a vuestros queridos pequeños, de un capítulo que falta en el *Orbis Pictus*.

Utilizo los momentos libres entre el arreglo del equipaje, y reparo algunas omisiones. Mañana salimos para Nápoles: me regocijo en lo nuevo, en lo indeciblemente bello que debe ser, y espero en aquel pequeño paraíso alcanzar nueva libertad, nuevo deseo, y volver aquí, en la grave Roma, al estudio del Arte.

El equipaje no me da que hacer; lo hago con el corazón más ligero que hace medio año, cuando tenía que desprenderme de todo lo que me era tan querido y respetable. Sí; hace ya medio año, y de los cuatro meses pasados en Roma no he perdido momento, lo que en verdad puede llamarse mucho, aunque no puede decirse que es bastante.

Sé la feliz llegada de la Ifigenia; ¡ojalá sepa, al pie del Vesubio, que ha tenido buena acogida! Este viaje con Tischbein, que sabe ver con tanto genio la Naturaleza como el Arte, es para mí de gran importancia; sin embargo, a fuer de buenos alemanes, no podemos prescindir de proyectos de trabajos. Hemos comprado papel del mejor y lo llevamos para dibujar, aunque el número, la belleza y el brillo de los objetos, de seguro pondrán límites a nuestra buena voluntad.

He sabido moderarme, y de mis trabajos poéticos sólo llevo el Tasso. En él cifro mis mejores esperanzas. Si supiera al menos lo que dicen ustedes de Ifigenia, eso podría servirme de norma, pues es un trabajo parecido, aunque el asunto, más concreto que aquel, en los detalles exige más cuidado; sin embargo, aún no sé lo que saldrá. Todo lo hecho tengo que destruirlo, pues cuenta demasiada fecha, y ni los personajes, ni el plan, ni el tono, tienen el menor parentesco con mis ideas actuales.

Al hacer mi equipaje me han venido a las manos algunas de vuestras queridas cartas, y leyéndolas de nuevo, hallo la tacha de que yo en las mías me contradigo. En verdad, no puedo advertirlo —pues lo que escribo lo envío de seguida—; sin embargo, me parece verosímil, pues empujado de un lado y otro por una fuerza superior, es natural que no siempre sepa dónde estoy.

Cuentan que un marinero, sorprendido una noche en la mar por una borrasca, trataba de dirigir su barco al puerto. Su hijo pequeño, agarrándose a él en las tinieblas, le preguntó: «¿Qué lucecita loca es aquella de allí que unas veces la veo debajo de nosotros y otras encima?» El padre le prometió la contestación para el día siguiente, y se vio que había sido la llama del faro que aparecía a la vista, balanceada por las furiosas olas, tan pronto arriba como abajo.

También yo guío mi barca a fuerza de trabajo, en un mar apasionadamente movido, hacia el puerto, y tengo clavados mis ojos en la llama del faro y, aunque me parece alguna vez que cambia de sitio, al fin llegaré feliz a la orilla.

Con la marcha recuerda uno todas las separaciones anteriores, y también le viene sin querer a la memoria la de lo provenir, que será la última; y ahora me ocurre más que nunca la reflexión de que hacemos muchos, demasiados preparativos, para vivir, pues

Tischbein y yo volvemos la espalda a maravillas sin cuento, incluso nuestro museo bien provisto. ¡Tres Junos tenemos colocadas, una al lado de otra, para compararlas, y las dejamos como si nada fuera!

Nápoles

Velletri 22 de febrero de 1787

Llegamos aquí temprano; ya anteayer se obscurecía el tiempo. Los días hermosos trajeron los nublados; había, no obstante, vehementes indicios de volver a componerse, y así sucedió. Las nubes se separaron poco a poco; en partes lució el cielo azul, y al fin el sol alumbró nuestro camino. Vinimos por Albano, después de haber hecho alto en Genzano, a la entrada de un parque que el Príncipe Chigi, su dueño, tiene, y no digo sostiene, de manera rarísima; a causa de ello tampoco quiere que nadie lo vea por dentro. Es la reproducción de un bosque virgen. Árboles y malezas, hierbas y plantas trepadoras, crecen como quieren, se secan, se caen y se pudren; todo está bien, y por esto mismo mejor. El sitio, delante de la entrada, es bello hasta lo indecible. Una muralla alta cierra el valle, y una verja de hierro permite a la mirada penetrar en él. Luego se ve alzarse la colina sobre la cual se asienta el castillo. Sería un gran cuadro si lo emprendiese un buen pintor.

Ahora no describiré más; diré tan solo que, conforme distinguimos, desde lo alto del monte Sezza, las lagunas Pontinas, el mar y las islas, en aquel momento una faja de lluvia corría de las lagunas al mar, mezclando y moviendo luces y sombras, animando variadamente la yerma planicie. Muy bonito efecto producía muchas columnas de humo que iluminaba el sol, elevándose de chozas diseminadas y apenas visibles.

Velletri se halla agradablemente situado, sobre una colina volcánica, reunida sólo hacia el Norte a otras, y presenta de los tres lados la más franca vista.

Visitamos el gabinete del caballero Borgia, que en gracia del parentesco del Cardenal y del favor de la Propaganda, ha reunido excelentes antigüedades y otras cosas notables: ídolos egipcios labrados en durísima piedra; figuritas de metal más o menos viejas,

desenterradas en las cercanías; bajorrelieves de tierra cocida, en cuya virtud puede atribuirse a los antiguos pueblos estilo propio.

Este Museo posee muchas rarezas de todos estilos. Hube de poner atención en dos cajitas chinas de pintar a la tinta; en la tapa de una se representaba todo el ciclo de los gusanos de seda, y en la de la otra el cultivo del arroz. Ambas cosas con mucha naturalidad y de prolija labor. Los cofrecitos y sus estuches son especialmente lindos, y se pueden poner al lado del Libro de la Propaganda, que ya celebré.

Fuera en realidad imperdonable tener semejantes tesoros tan cerca de Roma y no visitarlos a menudo; pero la incomodidad de semejante excursión en este país, y la fuerza del círculo encantador de Roma, pueden servir de disculpa. Volviendo a la posada, nos llamaron algunas mujeres, sentadas a las puertas de sus casas, y nos propusieron si queríamos comprar antigüedades. Mostramos curiosidad de verlas, y entonces nos sacaron calderos viejos, tenazas y otros chismes de casa fuera de uso, muriéndose de risa de habernos engañado. Nos enojamos, y entonces el guía puso las cosas en su lugar, asegurándonos que aquello era una broma, y que todos los extranjeros pagaban igual tributo. Escribo en una posada muy mala, y no siento fuerzas ni gusto de continuar. Así, doy las buenas noches más afectuosas.

Fóndi 23 de febrero de 1787

A las tres de la madrugada ya estábamos de camino: en punto de abrir el día nos encontramos en las lagunas Pontinas, cuya vista no es tan mala como generalmente dicen en Roma. No se puede, en verdad, sólo viajando de pasada, juzgar la empresa tan magna y tan casta del saneamiento proyectado, más me pareció que los trabajos que el Papa ordenó han de dar, al menos en su mayoría, los deseados resultados. Imagínese un valle extenso de poquísima caída, de Norte a Sur, vertiendo hacia las colinas por el Este y más alto que la mar en el Oeste.

Todo a lo largo, en línea recta, está reconstruida la antigua vía Apia, y a la derecha de ella corre el canal mayor, donde las aguas van cayendo poco a poco. Así se sanean las tierras de la derecha, que dan hacia el mar, y tan lejos cuanto la vista puede alcanzar, cultivadas, o en estado de serlo, a excepción de algunas manchas demasiado bajas. El lado izquierdo, que cae hacia las montañas, ofrece mayores dificultades. Cierto que hay canales que atraviesan la calzada y van a desaguar en el grande; pero el suelo, demasiado inclinado en sentido de la montaña, no puede librarse del agua; dicen que van a hacer un segundo canal a lo largo de aquella. Hay grandes extensiones, sobre todo en la parte de Terracina, plantadas de mimbres y álamos.

La parada de postas es sencillamente una gran choza cubierta de paja. Tischbein la dibujó, gozando en recompensa un placer que él sólo podría apreciar por entero. Se soltó un caballo, y aprovechándose de su libertad, corría, semejante al relámpago, por el suelo, obscuro y seco, de un lado a otro. En realidad, era un espectáculo magnífico que el alborozo de Tischbein acababa de hacer interesante.

Donde antes hallábase la aldea de Meza, hizo levantar el Papa

un gran edificio, destinado a marcar el punto central de la planicie. Su vista aumenta la esperanza y la confianza en el feliz término de la empresa. Y así avanzábamos, conversando animados, sin olvidar la recomendación que nos hicieron de no dormir en el trayecto. Con efecto, el polvillo azulado que ya en esta estación se suspende a cierta altura del suelo nos indicaba una capa de aire peligrosa. Esto nos hizo más agradable la vista de Terracina, sobre un peñasco, y apenas habíamos admirado el cuadro, divisamos el mar enfrente.

Pronto se ofreció a la vista, del otro lado de la ciudad montuosa, un espectáculo de vegetación nueva. Higueras chumbas extendían entre mirtos, bajos, de gris verdoso, sus grandes carnosos grupos de hojas, bajo granados de un verde amarillento y ramas del verde pálido del olivo. En el camino notábamos flores y arbustos nuevos, que nuestros ojos jamás vieran. En las praderas florecían Narcisos y Adonis. Vimos la mar bastante tiempo a nuestra derecha; las rocas calizas permanecían a la izquierda, siempre cerca de nosotros. Son las prolongaciones de los Apeninos, que partiendo de Tívoli se acercan al Mar, del cual los separa primero la campiña de Roma, después los volcanes de Frascati, de Albano, de Velletri, y al último las lagunas Pontinas. El monte Circello, promontorio situado frente a Terracina, donde terminan las lagunas Pontinas, debe pertenecer, asimismo, al sistema de las rocas calizas.

Dejamos el mar y entramos en la deliciosa llanura de Fóndi, corto espacio de tierra fértil y cultivada, rodeada de colinas no muy ásperas, que es fuerza que a todo el mundo sonrían. Aún penden de los árboles todas las naranjas; la cosecha en el suelo está verde. Doquiera cereales y olivos en los campos; al fondo el pueblecito. Una palmera se dibujó a nuestra vista, y fue saludada. ¡Mucho es para esta noche! ¡Perdonad a la pluma que corre! Tengo que escribir sin pensar; sólo así puedo escribir. Los objetos son infinitos, la parada demasiado mala, y mi gana de confiar algo al papel, grandísima; aquí llegamos al cerrar la noche, y ya es tiempo de descansar.

Santa Ágata 24 de febrero de 1787

En un cuarto frío tengo que dar noticias de un día hermoso. Al salir de Fóndi amaneció, y pudimos al momento saludar, a los dos lados del camino, las naranjas que salían sobre las tapias. Los árboles estaban tan cargados cuanto puede imaginarse. Encima, las hojas tiernas y amarillentas; debajo y en medio, son del verde más nutrido.

¡Mignon tenía razón en suspirar por este país! Luego continuó nuestro viaje entre campos de trigo bien cultivados, combinados con bien plantados olivares, que el viento movía trayendo a la luz el plateado reveso de sus hojas, y arqueando ligera y elegantemente las ramas. Era la mañana nublada, y el fuerte viento del Norte prometía dispersar pronto todas las nubes.

Después sigue el camino el valle, entre terrenos pedregosos, pero bien cultivados. La cosecha, del más hermoso verde. En algunos lugares se veían espacios redondos empedrados y rodeados de murallas bajas. Aquí trillan el fruto en seguida de cogido, sin llevarlo en gavillas a la granja.

El valle se hace angosto, sube el camino, y a ambos lados se levantan rocas calizas desnudas. La tempestad, detrás de nosotros, arreciaba; caía granizo que se derretía muy despacio.

Nos sorprendió ver los muros de algunos edificios antiguos, construidos de mampostería reticular.

Las alturas son peñascosas, y plantadas de olivos aun en sitios donde apenas se podría sacar un puñado de tierra. Se pasa luego un olivar llano, después un pueblecito. Hemos encontrado altares, piedras tumulares antiguas, fragmentos de todas suertes, enclavados en murallas de huertas. Después pisos bajos de antiguas Villas, muy bien construidas, hoy cubiertas de tierra y de grupos de olivos. Más

adelante distinguimos el Vesubio, coronado de una columna de humo.

Nos saludaron de nuevo, en Gaeta, magníficos naranjos, y nos detuvimos algunas horas. Delante del pueblo, la bahía ofrece una de las vistas más hermosas. Entra la mar hasta dentro, y siguiendo la orilla derecha con la vista, se alcanza la punta de la Media Luna, viéndose, sobre una roca, a moderada distancia, la fortaleza de Gaeta. El cuerno de la izquierda se extiende mucho más lejos. En primer término, se ve una fila de montañas; después el Vesubio, luego, las islas Ischia que ocupan el punto céntrico, enfrente.

Aquí, en esta orilla, encontré las primeras estrellas de mar y los primeros erizos en seco; una hermosa hoja verde, semejante a la más fina vitela, y además notables piedras marinas. Las más abundantes eran las acostumbradas calizas, y había también serpentina, jaspe, cuarzo, brecha silícea, granito, pórfido, mármoles y cristales de color verde y azul. Las últimas mencionadas no es de creer se formen en este país, y son, probablemente, restos de antiguos edificios. Así vemos cómo las olas juegan a nuestra vista con las magnificencias de nuestros predecesores.

Gustosos nos detuvimos, complaciéndonos en observar la condición de los hombres, que casi se portan como salvajes. Alejándose de Gaeta siguen las bonitas vistas, aunque desaparece la mar. El último aspecto que presentó fue una linda bahía, que dibujamos. Luego siguen buenos campos fértiles, cerrados por setos de aloes. Observamos un acueducto que, saliendo de la montaña, iba a perderse en unas ruinas desconocidas y confusas.

Después se atraviesa el río Garigliano, y luego se sigue un país montañoso, bastante fértil, sin tener nada de notable. Al fin llegase a la primera colina de cenizas volcánicas, y comienza una magnífica región de montañas y valles, sobre las que se destacan nevados picos. En la próxima eminencia, una Villa grande y de buena vista. En el valle está Santa Ágata. Una hospedería de buen aspecto, donde arde vivo fuego de la chimenea, colocada en lo que hace de gabinete. Aquí nos han un cuarto frío y sin ventanas, sólo postigos que me apresuro a cerrar.

Nápoles 25 de febrero de 1787

Llegamos felizmente y con buenos presagios. Del día de viaje tengo que decir mucho. Dejamos a Santa Ágata saliendo el sol. Soplaba fuerte viento detrás de nosotros, y el Nordeste se sostuvo todo el día. A la primera hora de la tarde había dispersado todas las nubes; tuvimos frío.

Nuestro camino volvió a ser de colinas volcánicas, entre las cuales creí ver todavía rocas calizas. Por último, llegamos a la llanura de Cápua, y poco después a Cápua misma, donde hicimos el alto del medio día. A la tarde se abrió delante de nosotros una hermosa llanura. La ancha carretera cortaba verdes campos de trigo, extendido a manera de alfombra, de un palmo de altura. Hileras de olmos, con las ramas podadas hasta mucha altura, que las vides abrazaban, se veían en todo el contorno. Esto dura hasta Nápoles; un suelo limpio, rico y permeable. Las cepas de la viña son de una fuerza poco común, y las ramas, a manera de redes, penden de un olmo a otro.

El Vesubio permanecía siempre a nuestra izquierda, humeando poderosamente, y yo, en silencio, me encantaba viendo con mis propios ojos tal maravilla. El cielo seguía claro, y al fin el sol entró bien en nuestra estrecha morada de ruedas. Del todo pura y clara la atmósfera, nos acercamos a Nápoles, y entonces nos encontramos, a la verdad, en otra tierra. Los tejados planos anuncian otro clima. En el interior pueden no ser sus viviendas muy cómodas. Todo el mundo está en la calle tomando el sol cuanto tiempo quiere lucir. El napolitano cree poseer el Paraíso, y tiene de los países del Norte muy triste idea. *Sempre neve, case di legno, gran ignoranza, ma danari assai.* ¡Así se imaginan nuestro estado! Para edificación de mucha gente alemana, esta descripción característica, traducida, quiere decir: «Nieve siempre, las casas de madera, la ignorancia grande,

pero el dinero abundante».

El mismo Nápoles se anuncia bien, libre y animado; innumerables gentes circulan en todas direcciones. El Rey está de caza: la Reina, a la buena de Dios, y así, toda marcha a maravilla.

Nápoles lunes 26 de febrero de 1787

Alla locanda del Sgr. Moricone al largo del Castello. Mediante señas tan claras y bien sonantes nos llegarían, de hoy en adelante, cartas de las cuatro partes del mundo. En el distrito del gran Castillo, cerca del mar, se extiende ancho espacio que, aunque rodeado de casas, no le llaman Plaza, sino Largo, nombre probablemente conservado del tiempo antiguo, cuando aquello era campo abierto. En uno de sus lados hay una gran casa de esquina, y en ella nos instalamos en una sala espaciosa, también de esquina, con vistas alegres y despejadas a la siempre animada plaza. Un balcón saliente, de hierro, corre delante de muchas ventanas hasta dar la vuelta a la casa. No se saldría de él si el viento no fuese demasiado fuerte.

La sala está pintada de colores, con especialidad el techo, dividido en cien casetones arabescos, que anuncian la proximidad de Pompeya y Herculano. Todo estaría muy bonito y muy bueno, si no fuera el no advertirse el sitio del fuego ni chimenea, y el mes de febrero usa aún aquí de sus derechos. Hube de suspirar deseando algún calor. Me trajeron un trípode de altura conveniente para extender sobre él las manos a placer. Encima había un recipiente chato, lleno de brasas bien cubiertas de una superficie de ceniza muy alisada. Se trata de ser económicos conforme aprendimos en Roma. Valiéndose del aro de una llave se quita cuidadosamente, de tiempo en tiempo, un poco de ceniza, y llega algo de aire a las brasas; removiendo impaciente todo el fuego, si en el momento siéntese más calor, muy pronto se extingue la lumbre, y de nuevo llevan el recipiente, previo el pago de cierta suma.

No me sentía del todo bien, y en verdad, hubiera deseado mayores comodidades. Una estera de junco me libraba del contacto del suelo de mármol; las pieles no se acostumbran, y decidí

ponerme un capote de marineo que nos trajeron en broma, y me hizo gran servicio, sobre todo después de ceñírmelo al cuerpo, mediante una de las cuerdas de nuestros baúles. Entonces, ocupando el término medio entre marinero y capuchino, debí estar muy cómico. Al regreso de Tischbein de unas visitas que fue a hacer a sus amigos, no podía contener la risa.

Nápoles 27 de febrero de 1787

Pasé el día de ayer cuidándome una pequeña indisposición; hoy estoy echado a perder, y se me fue el tiempo en la contemplación de estos admirables objetos.

Ya se puede decir, contar y pintar lo que se quiera. ¡Esto es superior a todo! ¡Las orillas, la bahía, el golfo, el Vesubio, la ciudad, los arrabales, los palacios, los paseos! A la tarde estuvimos en la gruta de Posilippo; los rayos del sol poniente penetraban por el lado opuesto. Disculpo a todos cuantos en Nápoles salen de sus casillas, y me acuerdo, emocionado, de mi padre, que había conservado impresión inextinguible, en particular, de los objetos que hoy veo la primera vez. Según dícese que quien ha visto un espectro jamás vuelve a estar alegre, podría volverse, al contrario, diciendo que jamás sería por entero desgraciado si siempre pensaba en Nápoles. Para lo que soy me hallo muy pacífico, y lo que hago es abrir los ojos cuanto puedo.

Nápoles 28 de febrero de 1787

Hoy visitamos a Felipe Hackert, el celebrado paisajista, que goza de la confianza particular y del preferente favor del Rey y de la Reina. Le han preparado un ala del palacio Francavilla, amueblado artísticamente, y la habita de manera deliciosa. Es hombre activo y prudente, que entiende el goce de la vida en la incesante labor. Después fuimos orillas del mar, y vimos toda suerte de pescados y mariscos de formas raras, arrojados por las olas. El día magnífico; la tramontana ligera.

Algo ya en Roma me había privado la sociedad, más de lo que yo quisiera, de mi aislamiento caprichoso. Parece en realidad empresa rara irse a ver el mundo y mantenerse muy solo. Así, no hice resistencia al príncipe de Waldeck, quien me invitó de la manera más amable, y cuyo rango e influencia me proporcionaron el goce de muchas cosas. Apenas llegáramos a Nápoles, su residencia hace bastante tiempo, nos invitó a una excursión en su compañía, a Pozzuoli y las cercanías. Pensaba en el Vesubio; pero Tischbein me obliga al otro paseo, agradable de suyo con tan hermoso tiempo, y que acompañados de tan cumplido e inteligente Príncipe, promete gusto y provecho. También en Roma encontráramos una señora muy guapa, y su marido, inseparable del Príncipe. Esta señora será de la partida, y se espera pasarlo muy bien. Tan noble sociedad me conoce por una entrevista pasada. Me Preguntó el Príncipe, la primera vez que nos conocimos, en qué me ocupaba, y tenía yo entonces tan presente mi Ifigenia, que una noche puede darle conocimiento de ella y de todos sus pormenores.

La elogiaron; más me pareció advertir que esperaban de mí algo más fogoso y apasionado.

Por la noche

Muy difícil me sería dar cuenta del día de hoy.

¿Quién no sabe que la lectura rápida de un libro, que ha tenido para nosotros atracción irresistible, ejerce en toda nuestra vida la mayor influencia, no aumentada por una segunda bien meditada lectura? Tal me sucedió con Sakountala. Y ¿no ocurre lo mismo con los hombres de mérito? Un viaje por mar hasta Pozzuoli; pequeños trayectos en coche; paseos a pie en la región más extraordinaria del mundo. Bajo el cielo más puro, el suelo más inestable. Ruinas ingratas, horribles, de inconcebible opulencia. Aguas hirvientes, grutas que exhalan azufre. La vida de las plantas la agotan montañas de escorias; espacios yermos, en fin, una vegetación exuberante, invasora, que se levanta sobre cuánto ha muerto alrededor de lagos y arroyos, y llega hasta mantener un bosque magnífico de encinas en los declives de antiguo cráter.

Y así es uno, llevado y traído entre la Naturaleza y los acontecimientos de la Historia. Desearía pensar y me encuentro inepto. Mientras tanto, lo que vive, vive con placer, lo cual no dejamos de hacer nosotros. Personas formadas según el mundo a que pertenecen, pero dotadas de serias aptitudes para observar; miradas sin límites sobre mar, y tierra, y cielo, que nos traen el recuerdo de una amable señora, acostumbrada y gustosa de recibir homenajes de cortesía.

En medio de semejante embriaguez, no he dejado de notar muchas cosas. Tratándose de más instructiva narración, ayudarán mucho los planos de los sitios y lugares y un dibujo de Tischbein. Hoy no me es posible ni siguiera añadir lo más mínimo.

Nápoles 2 de marzo de 1787

Puede perdonarse a los napolitanos que no quieran separarse de su ciudad y que sus poetas canten, en poderosas hipérboles, sus situaciones, aunque en las cercanías se encontrasen un par de Vesubios más. No se debe recordar aquí Roma. Comparada a esta franca posición, se nos parece la capital del mundo, en el fondo del Tíber, como un viejo monasterio mal colocado.

También se presentan en estado distinto el mar y la navegación. La fragata salió ayer para Palermo con fuerte y franca tramontana, y de seguro no tardará más de treinta y seis horas en el camino. ¡Con qué deseo vi las velas hinchadas cuando el buque iba entre Capri y Capo Minerva, hasta que desapareció! El que vea partir una persona muy querida, de angustia debe morir. Ahora sopla el sirocco; si se hace más fuerte, van a ofrecer las olas muy buen espectáculo en el Molo.

Hoy, como viernes, hubo gran paseo, donde los nobles lucen sus trenes, y en especial sus caballos: es imposible ver cosa más elegante que estos animales; es la primera vez en mi vida que se me fueron los ojos tras ellos.

Nápoles 3 de marzo de 1787

El 2 de marzo subí al Vesubio, aunque el tiempo estaba turbio y la cima envuelta en nubes. Llegué en coche hasta Resina; después subí la montaña en mula, entre viñedos: luego a pie, sobre la lava del año 71, ya cubierta de fina capa de musgo. Más arriba, al borde de la lava, la cabaña del ermitaño quedó a mi izquierda, en la altura. Más lejos se sube al monte de cenizas, que es trabajo arduo. Las dos terceras partes de la colina estaban cubiertas de nubes. Al fin llegamos al cráter viejo, hoy relleno; encontramos las lavas nuevas de hace dos meses y medio, y también una débil de cinco días, ya enfriada. Subimos sobre ellas salvando una colina volcánica emergida recientemente; por todas partes echaba humo que se alejaba de nosotros; quise subir al cráter. Caminamos entre el vapor unos cincuenta pasos, cuando se hizo tan fuerte, que apenas podía distinguir mis zapatos. De nada servía tener el pañuelo en las narices. El guía desapareció. Los pasos sobre la lava arrojada del volcán eran inseguros, y tuve a bien dar la vuelta y dejar la ojeada apetecida para el tiempo más claro y el humo menos denso. Mientras tanto, ya conocí lo malo de respirar semejante atmósfera.

En todas partes estaba silenciosa la montaña: ni llamas, ni bramidos, ni piedras arrojadas, como en los tiempos anteriores. Ahora la he reconocido para sitiarla en debida forma luego que el tiempo mejore.

Las lavas que encontré me eran bien conocidas. Mas descubrí un fenómeno, a mi entender muy notable, y del cual he de informare más al por menor de los coleccionistas y conocedores. Es una piedra en forma de gota, revestimiento de chimeneas volcánicas, que fueron primero bóvedas y luego estallaron, habiendo salido dichos materiales por el cráter antiguo, hoy lleno. Dura, gris, estalictiforme, esta piedra paréceme haber sido formada en la

sublimación de las destilaciones volcánicas más finas, sin la cooperación de la humedad y sin fusión. Da motivo de pensar.

Hoy, tres de marzo, el tiempo está cubierto y sopla el sirocco. Buen tiempo para día de correo.

He visto ya aquí en abundancia hombres de toda especie, hermosos caballos y pescados maravillosos. De la situación de la ciudad y su magnificencia, que con tanta frecuencia se describe y celebra, ni una palabra. *Vedi Napoli è puori mòri*. Dicen aquí: Ve Nápoles y muérete después.

Envío algunas hojas noticiando mi llegada y también el sobre de la última carta de ustedes, ahumado en una esquina, en testimonio de haberme acompañado al Vesubio. Sin embargo, ni en el sueño, ni en la vigilia, debo aparecer rodeado de peligros. Tengan la seguridad que donde vaya no hay más peligro que en el camino de Belvedere. La tierra, en todas partes, es del Señor; bien debe decirse en esta ocasión. No busco aventuras en exceso de curiosidad ni por singularizarme; puedo hacer y arriesgar más que otros, porque en general, veo claro y sorprendo las particularidades de cada objeto. En la parte de Sicilia no hay el menor peligro. Hace pocos días salió la fragata hacia Palermo con viento favorable del Norte. Dejó Capri a la derecha, y de seguro hará el trayecto en treinta y seis horas. En realidad, no se ve el peligro que quieren hacernos creer a distancia.

En la baja Italia no hay trazas de terremotos; en la superior, últimamente Rímini y los lugares próximos sufrieron mucho daño. Hay para ello frescura especial. Se habla como del viento y la lluvia, y como en Turingia de los incendios.

Me alegro que se familiaricen ustedes con la nueva forma de la Ifigenia, y me hubiera alegrado más que la diferencia les hubiera parecido más sensible. Sé lo que hice, y así puedo decirlo, porque podían haber sido más lejos. Si es un placer gozar de lo bueno, es un placer mayor sentir lo mejor, y en Arte sólo es lo excelente bastante bueno.

Nápoles 5 de marzo de 1787

Aprovechamos el segundo domingo de Cuaresma yendo de iglesia en iglesia. Conforme en Roma todo es serio, aquí en todo hay cierta alegría. Tampoco puede comprenderse la escuela de pintura napolitana, sino en Nápoles. Se ve con extrañeza toda la fachada de una iglesia pintada de arriba abajo. Sobre la puerta, Cristo arrojando del templo a los vendedores y compradores, que, a los lados, vestidos de colorines y adornados, bajan a empujones, llenos de espanto, las escaleras. En el interior de otra iglesia, todo el espacio sobre la puerta está ricamente adornado de una pintura al fresco, representando la expulsión de Heliodoro. Lucas Giordano mucho debía despacharse para llenar tales paredes. Los púlpitos no son, como en otras partes, una cátedra, una silla de enseñanza para una persona, sino una galería en la cual he visto a un capuchino haciendo presente al pueblo, tan pronto en un extremo, tan pronto en el obro, su vida pecadora. ¡Cuánto no habría que decir sobre esto! Lo que no puede contarse ni describirse es la esplendidez de una noche de luna llena, semejante a la que gozamos recorriendo las calles y las plazas, paseando en el inmenso paseo de Chiaja y luego a orillas del mar. En realidad, se apodera de uno el sentimiento de lo infinito del espacio, y el soñar así vale la pena.

Voy a mencionar, de pasada, a un excelente hombre que he conocido estos días. Es el caballero Filangieri, notable por su obra de legislación. Pertenece a los jóvenes respetables, que ponen sus miras en la felicidad de los hombres y en una loable libertad. En sus maneras se ve el soldado, el caballero y el hombre de mundo. Este aspecto, sin embargo, se dulcifica expresando un sentimiento delicado y moral de que se impregna su persona, demostrándose afable en sus palabras y en su manera de ser. Unido de corazón a su

Rey y a la monarquía, aunque no aprueba todo lo que sucede, es también de los que temen a José II. La imagen de un déspota, aunque sólo esté suspendida en el aire, es temible para los hombres de noble corazón. Me habló franco de cuánto Nápoles debía temer del Emperador. Habla gustoso de Montesquieu y Beccaria, y asimismo de sus propios escritos, todos en el mismo espíritu de benevolencia y deseo sincero y juvenil de influir en bien. Podrá tener treinta años. Pronto me dio noticia de un escritor antiguo, cuya profundidad insondable estiman altamente los modernos italianos, amigos de las leyes. Se llama Giambattista Vico, y lo prefieren a Montesquieu. Me prestaron el libro cual reliquia, y ojeándole, me pareció contener predicciones sibilíticas de lo bueno y recto que un día debe o debería venir, fundadas en serias meditaciones de la Historia y de la vida. Es muy hermoso que un pueblo posea semejante bisabuelo. Algún día tendrán los alemanes en Hamann un Código semejante.

Nápoles 6 de marzo de 1787

Aunque contra gusto, a fuer de buen compañero, me siguió Tischbein hoy al Vesubio. A él, pintor de figuras, ocupado siempre en las más bellas formas de hombres y de animales, que hasta humaniza su gusto y sentimiento rocas, paisajes y lo informe, debe serle abominable este amontonamiento desconcertado que se devora a sí mismo, y declara guerra a todo sentido de belleza.

Fuimos en dos calesas, porque no quisimos confiar en nosotros mismos, guiando entre la barahúnda de la ciudad. El cochero tiene que ir gritando sin cesar ¡sitio! ¡sitio! A fin de que se separen a un lado los asnos, portadores de leña o de basura, los hombres cargados o libres, los niños y los viejos, y poder continuar el trote vivo. Ya en el camino, en los arrabales, y jardines exteriores, indicaba algo plutónico, porque no lloviendo hace mucho tiempo, las hojas, por su naturaleza siempre verdes, los tejados, los salientes de las cornisas y cuanto presenta una superficie, estaba cubierto de polvo gris ceniciento, de manera que sólo el espléndido cielo azul y el poderoso resplandeciente sol, que en él lucía, daban testimonio de que andábamos por la tierra de los vivos.

Al pie de las pendientes rápidas, nos recibieron dos guías, uno más viejo y el otro más joven; ambos hombres vigorosos. El primero tiró de mí, el segundo de Tischbein, monte arriba. Y digo tirar, porque estos guías se rodean el cuerpo de una correa, a la cual se agarra el viajero, afianzándose al subir en un palo, a fin de ayudarse mejor con sus propios pies. Así llegamos a la planicie donde se asienta el cono de la montaña; hacia el Norte están las ruinas de la Somma.

Una mirada al país hacia el Oeste, como un baño saludable, nos quitó todos los dolores y cansancio del esfuerzo, y dimos la vuelta al cono, que ruge incesantemente, arrojando piedras y ceniza. Todo

el tiempo que el sitio nos permitió permanecer a distancia conveniente, encontramos el espectáculo grandioso y sublime. Primero un trueno poderoso resonando en el abismo profundo; enseguida miles de piedras, grandes y chicas, arrojadas al aire y envueltas en nubes de ceniza. La mayor parte volvían a caer en el abismo; las otras pequeñas, de los lados, caían en la parte exterior del cono, haciendo ruido extraño. Al principio las grandes bajaban a saltos la montaña con sonido opaco; las pequeñas corrían chinando detrás, y al último corría la ceniza. Todo sucedía en intervalos acompasados, que hubiéramos podido medir y apreciar en números, tranquilamente.

Habiendo poco terreno entre el Somma y el cono de la montaña, muchas piedras caían ya alrededor de nosotros y hacían el sitio nada grato. Tischbein se sentía cada vez más contrariado, puesto que aquel monstruo, no contento de ser horrible, quería ser a la par peligroso.

Como el peligro presente existe y atrae de algún modo, y el espíritu de contradicción en los hombres impulsa a arrastrarlo, pensé en la posibilidad de subir al cono, llegar al abismo y volver a bajar, en el período de tiempo que media entre dos erupciones. Consulté a los guías mientras nos reconfortábamos con las provisiones que lleváramos, apertrechados bajo una roca saliente de la Somma. El más joven se atrevió a arrostrar conmigo la arriesgada empresa.

Rellenamos nuestros sombreros con pañuelos de lana y de seda, y nos preparamos, bastón en mano, y yo cogido al cinturón del guía.

Todavía sonaban las piedrecillas a nuestro alrededor y bajaba la ceniza, cuando el forzudo joven arrancaba conmigo arriba por la abrasada tierra movida. Nos encontrábamos al borde de la abertura enorme, cuya humareda, aunque ligero viento la separaba de nosotros, ocultaba el abismo, saliendo en derredor por miles de gritas. En alguna clara, que a intervalos ocurría, se distinguían en varios sitios peñascos despedazados. La vista no era ni instructiva ni amena, y atendiendo a semejante razón, cuando nada se ve, permanece uno ansioso de ver algo. Olvidamos la cuenta exacta del tiempo de reposo; estábamos en un escarpado delante del abismo

espantoso. De pronto resonó el trueno, y la terrible descarga voló por los aires delante de nosotros. Involuntariamente nos agachamos, como si aquello nos hubiese podido salvar de la masa que caía. Chocaron las piedrecillas entre sí; y sin pensar que teníamos nueva pausa delante de nosotros, alegres de haber afrontado el peligro, llegamos al pie del cono con la ceniza que bajaba, teniendo bien cubiertos de ella la cabeza y los hombros.

Después de la acogida cariñosa de Tischbein, de oír sus regaños y recibir sus cuidados, pude dedicar particular atención a las lavas nuevas y viejas. El guía menos joven sabía marcar claros los años. Las más viejas estaban cubiertas de ceniza y lisas; las más recientes, en particular aquellas cuyo curso fuera lento, ofrecían aspecto singular. Arrastrando, al resbalar pausadamente, las masas endurecidas en la superficie, debe ocurrir que estas, de tiempo en tiempo, se resisten, más las impelen de nuevo corrientes de fuego; montan unas sobre otras, quedando fijas en formas angulosas, más raras y extrañas que lo serían en igual caso témpanos de hielo aglomerados.

En tal caótica amalgama de substancias se encuentran grandes bloques, que, rotos, son semejantes a rocas primitivas. El guía aseguró que eran antiguas lavas del fondo, que la montaña arrojaba algunas veces.

Regresando a Nápoles, me llamaron la atención casitas pequeñas de planta baja, muy singularmente construidas, sin ventanas ni otra luz en los cuartos que la de la puerta de la calle. Desde la mañana a la noche, los habitantes están fuera sentados delante, hasta que al fin se vuelven a meter en sus agujeros.

Al observar el carácter diferente que adquiere de noche la ciudad tumultuosa, me vino el deseo de residir aquí algún tiempo, a fin de delinear, según mis fuerzas, este moviente cuadro; pero no tendré ese gusto.

Nápoles miércoles 7 de marzo de 1787

Esta semana me mostró y explicó Tischbein gran parte de los tesoros artísticos de Nápoles. Excelente conocedor y pintor de animales, me hablara ya antes de una cabeza de caballo, en bronce, del palacio Colombrano. Hoy fuimos allí. Este antiguo resto se hallaba precisamente frente de la puerta cochera, en el patio, en su hornacina sobre una fuente, y es portentoso. ¿De qué en efecto sería antes, unida la cabeza a los otros miembros! El caballo completo era mucho mayor que los de la iglesia de San Marcos; y viéndose la cabeza más de cerca y sola, se puede conocer y admirar mejor su fuerza y carácter. El magnífico hueso frontal, las narices que resoplan, las orejas que escuchan, la crin erizada: es un animal potente y fogoso.

Dimos la vuelta para ver una estatua de mujer que hay en un nicho, encima de la puerta principal. Winkelmann nos la había dado como una bailarina, pues tales artistas representan, en sus movimientos animados de la más variada manera, lo que las artes plásticas conservaron de ninfas y diosas en determinada postura. Es muy ligera y bella. La cabeza estuvo separada del cuerpo, pero se la han vuelto a colocar bien; por lo demás, no está deteriorada y merecería mejor sitio.

Nápoles 9 de marzo de 1787

Hoy recibo la querida carta del 16 de febrero: seguid escribiendo. He dispuesto bien mis postas intermedias, y haré lo mismo si voy más lejos. Muy raro me parece leer, a tan gran distancia, que los amigos no se reúnen; y, sin embargo, nada más natural que no reunirse cuando tan cerca se está.

El tiempo oscurecido y cambiando; llega la primavera, y tendremos días de lluvia. Todavía no se volvió a ver clara la cima del Vesubio desde que estuvimos allá arriba, has noches últimas se vieron llamas algunas veces; ahora vuelvo a contenerse: se espera una erupción más fuerte. A tempestad de estos días nos ha mostrado una mar soberbia. Las olas pudieron estudiarse en todas sus magníficas formas y giros.

La naturaleza es el único libro cuyas hojas se nos presen tan siempre todas aquilatadas; en cambio, el teatro ya no me gusta nada. Dan ahora, en la cuaresma, óperas religiosas que no se diferencian absolutamente de las mundanas, sino es en que no hay baile en los intermedios; por lo demás, las hacen todo lo extravagantes que es posible. En el teatro de San Carlos dan *La Destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor.* Me hace el efecto do un gran cosmorama. Se me figura que estoy perdido para estas cosas.

Hoy estuvimos con el Príncipe de Waldeck, en *Capo di Monti* donde existe gran colección de cuadros, monedas, etc. He Visto cosas muy buenas, aunque no bien instaladas. Estas ideas tradicionales toman ahora para mí forma más precisa y fija. Lo que nos llega al Norte aislado; monedas, piedras, vasos, como los limoneros recortados, producen en masa distinto efecto en este país, donde tales tesoros son indígenas. Porque, donde quiera que las obras de Arte son raras, la escasez les da valor; sólo aquí se aprende a estimar lo que es digno de estimación.

Ahora se pagan mucho los vasos etruscos, y en verdad, se ven entre ellos piezas hermosas y excelentes.

No hay viajero que no quiera poseer algo de eso. No da uno aquí tanto valor al dinero como en su casa. Yo mismo temo dejarme ir.

Nápoles viernes 9 de marzo de 1787

Lo más agradable de los viajes es que de lo más común, a causa de la novedad y sorpresa, resulte una aventura.

Volvimos de *Capo di Monti;* fui a visitar a los Filangieri , y encontré sentada en el sofá, al lado del ama de la casa, a una señora, cuyo exterior un me pareció estar conforme a las maneras de extremada franqueza a que se entregaba. Con su ligero vestido de seda rayada de colores, y su tocado extravagante, esta linda persona parecía una modista de sombreros, que, ocupada en el adorno de las demás, hace poco caso del suyo.

Están tan acostumbradas a verse pagar su trabajo, que no comprenden hacerse nada gratis a sí mismas.

Mi entrada no le molestó en su charla, y sacó a relucir una porción de cuentos chistosos que ocurrieran aquellos días, o más bien, que en su aturdimiento buscara.

La señora de la casa, tratando de darme ocasión de decir algunas palabras, habló de la hermosa situación de *Capo di Monti. Y* de los tesoros que contiene. La vivaracha personita se levantó, y muy plantada sobre sus pies, apareció más graciosa.

Se despidió, fue hacia la puerta; y al pasar delante de mí, me dijo: Los *Filangieri* comen conmigo tal día; espero que usted será de los nuestros. Ya estaba fuera antes que yo pudiese prometer nada. Entonces supe que era la Princesa X, su pariente coreana. Los *Filangieri* no son ricos, y viven en una decorosa medianía. Pensé que sucedería lo mismo a la Princesa, que estos altos títulos, en tales circunstancias, no son raros en Nápoles. Apunté el nombre, día y hora, y sin duda ninguna me encontraré, en tiempo oportuno, en el lugar conveniente.

Nápoles 11 de marzo de 1787

No debiendo prolongarse mi estancia en Nápoles, tomo primero los puntos más lejanos: lo cercano se presenta de suyo. Me fui a Pompeya en compañía de Tischbein. Todas las magníficas vistas a derecha e izquierda y que tantos paisajes y dibujos nos hicieron conocer, se presentaron a nuestros ojos en conjunto, en todo su esplendor.

Sorprende en Pompeya su pequeñez y angostura. Calles estrechas, aunque rectas, y provistas de aceras. Casitas sin ventanas, habitaciones sin otra luz que la de la puerta, salen a patios abiertos o a galerías. Las mismas obras públicas, el Banco en la puerta de la ciudad, el templo y hasta una *villa* cercana, parecen, mejor que edificios, modelos y armarios de muñecas. Estancias, corredores y galerías vence pintados de los colores más vivos. Las paredes, lisas, tienen en medio un cuadro acabado ahora, en su mayoría estropeados, y en las esquinas arabescos ligeros de excelente gusto, en los que se descubren delicados niños y figuras de ninfas, mientras en otra parte salen de ricas guirnaldas de flores, animales salvajes y domésticos. Y así demuestra el estado de devastación actual de una ciudad, primero cubierta de una lluvia de piedras y cenizas, y luego desenterrada y saqueada, el gusto de todo un pueblo por las artes y la pintura, del cual, en la actualidad, el aficionado más asiduo no tiene ni idea, ni sentimiento, ni necesidad.

Pensando en la distancia de este sitio al Vesubio, se comprende que la masa volcánica que lo enterró no pudo ser traída, ni en un golpe de viento, ni por una descarga directa de piedras; mejor debe representar su caída, la de la ceniza, considerándola suspendida en el aire, a modo de nube, durante largo tiempo, hasta que al fin cayó sobre este desdichado lugar.

Si todavía quiere formarse idea más sensible del acontecimiento, imagínese un pueblo de montaña enterrado en la nieve. Los espacios entre los edificios y las mismas casas derribadas, todo se rellenó; sólo las obras de mampostería pudieron sobresalir; en sitios, más tarde, utilizan la colina en el cultivo de la viña y jardines. Así sucede que más de un propietario, cavando su parte, logró anticipada e importantísima vendimia. Muchos cuartos se encontraron vacíos, y en los rincones de uno, un montón de cenizas que cubría utensilios domésticos y objetos de Arte.

La impresión extraordinaria, medio desagradable, de la ciudad momificada, se borró de nuestra alma al encontrarnos bajo un emparrado, cerca del mar, devorando en una pequeña hostería una comida frugal, gozando en la luz y el resplandor de la mar, en la esperanza de que, cuando este lugarcillo hállese cubierto de hojas, tornaremos a verlo y recrearnos.

Cerca de la ciudad volvieron a chocarme las casitas bajas, que aún subsisten, copias acabadas de las pompeyanas. Pedimos que nos permitiesen entrar en una, y la encontramos muy limpia y bien arreglada. Elegantes sillas de junco tronzado; una cómoda toda dorada, pintada de flores de colores. De suerte que después de tantos siglos y cambios innumerables, este país inspira a sus habitantes las mismas costumbres, los mismos gustos y las mismas inclinaciones.

Nápoles lunes 12 de marzo de 1787

Hoy corrí la ciudad observando a mi manera y tomando nota de muchas cosas materiales para describirla un día, que hoy desgraciadamente no puedo comunicar. Todo anuncia tierra dichosa que ofrece a sus habitantes cumplida la satisfacción de sus primeras necesidades; produce asimismo hombres de natural feliz, pudiendo esperar sin zozobra ni cuidados que el día de mañana les traerá lo que les trajo el de hoy, y así viven sin ansias. Satisfacción momentánea, moderado goce, animosa paciencia para los sufrimientos pasajeros. Vaya de lo último un ejemplo gracioso La mañana estaba fría y húmeda; lloviera poco. Llegué a una plaza donde vi las grandes baldosas del empedrado barridas con cuidadoso esmero. Me causó gran admiración en el suelo perfectamente liso, buena copia de muchachos harapientos agachados en rueda y las manos puestas en el suelo. Al principio los creí jugando, más observando sus caras serias y tranquilas, como en el goce de una necesidad satisfecha, hice lo posible, aguzando el ingenio, que no quiso favorecerme, para saber qué harían; hube de preguntar la causa de que aquellos conservasen tan singular postura y se reuniesen en corro.

Entonces supe que un herrero vecino calentara en el sitio un aro de rueda, lo que se practica de la manera siguiente: se coloca en el suelo el aro de hierro y alrededor se amontonan las necesarias virutas de roble, a fin de dilatar el metal hasta el grado deseado. La madera se consume, colocan el aro alrededor de la rueda, y barren cuidadosamente la ceniza. Los pequeños avispados utilizan entonces el calor comunicado a las piedras, y se están muy tranquilos en aquel sitio, hasta que agotan el último resto de calor. Ejemplos de esta templanza y de esta atención en utilizar aquello que sin ellas se perdería, se ven infinitos.

Encuentro en el pueblo la más viva e inteligente industria, no para ser rico, sino para vivir sin cuidados.

Hoy alquilé un criado, deseoso de encontrar la casa y llegar a tiempo al convite de la singular Princesita.

Me condujo delante de la puerta de un gran palacio, y no creyendo encontrarme tan suntuosa morada, volví a repetirle silabeando el nombre; me aseguró que iba bien. Entonces me hallé en un patio espacioso, solitario y tranquilo, limpio y vacío, rodeado de un edificio principal y construcciones laterales. Era la alegre arquitectura napolitana, con su colorido acostumbrado; frente, una gran portada y escalera ancha y cómoda.

A los dos lados, de alto a abajo, criados en fila con muy buenas libreas, los cuales se inclinaron profundamente cuando subí delante de ellos. Me pareció ser el Sultán de los cuentos de hadas de Wieland, y a su ejemplo, me animé. Después me recibieron arriba servidores de la casa, hasta que, al fin, el de más categoría, abrió la puerta de un gran salón y vi extenderse ante mí un gran espacio tan claro y sin gente como los otros. Yendo y viniendo vi, en una galería lateral, una mesa con lujo puesta, como para veinte personas, Un eclesiástico entró, y sin preguntarme quién era y de dónde venía, me creyó persona conocida y habló de cosas generales.

Se abrieron las dos alas de una puerta, y se volvieron a cerrar detrás de un señor viejo. El eclesiástico se acercó a él, y yo también; lo saludamos en pocas palabras corteses, que nos devolvió con una suerte de ladrido. No pude descifrar ni una sílaba de aquel dialecto hotentote. Cuando se sentó a la chimenea, se volvió el eclesiástico, y yo le acompañé. Entró en esto un espléndido Benedictino, acompañado de otro más joven, saludó igualmente al señor, que también le ladró, y al punto fuese cerca de nosotros a la ventana. Las órdenes religiosas, en particular las que, de hábito elegante, visten bien, tienen en sociedad grandes preferencias; sus trajes denotan humildad y abnegación, y al mismo tiempo les procuran marcada dignidad. En su comportamiento pueden, sin degradarse, mostrarse humildes, e irguiéndose, se revisten de cierta confianza en sí mismos que no se toleraría a las demás clases.

Así era este hombre, le hice preguntas acerca de *Monte Casino*; me invitó a ir, prometiéndome la mejor acogida.

Mientras tanto, entrara gente en la sala; oficiales, cortesanos, eclesiásticos, y hasta algunos capuchinos se presentaron. En vano busqué señoras, y, sin embargo, no debían faltarnos. Otra vez volvieron a abrirse y cerrarse las alas de la puerta, y entró una señora más vieja que el señor. La presencia del ama de la casa me dio la seguridad de que me hallaba en un palacio extraño, siendo en absoluto desconocido de sus moradores.

Servían ya la comida y me conservaba en la proximidad de los señores eclesiásticos, a fin de colarme en su compañía en el paraíso del comedor, cuando de pronto entraron Filangieri y su señora, disculpándose del retraso. En seguida apareció en el salón la Princesita, y entre cortesías, inclinaciones y saludos de cabeza, se vino derecha a mí.

—¡Está muy bien que haya usted cumplido su palabra! Exclamó. Se pondrá usted a mi lado en la mesa. Quiero darle de los platos más escogidos; pero aguarde usted, primero tengo que buscar mi sitio; después, siéntese junto de mí. Así invitado la seguí en sus diversas evoluciones, y al cabo llegamos al sitio; los Benedictinos estaban en frente, y Filangieri al otro lado.

La comida fue excelente; todos platos de vigilia escogidos; yo le indicare a usted lo mejor. Ahora tengo que hacer rabiar a los frailes. No puedo soportar semejantes zánganos; a diario chupan algo de nuestra mesa. ¡Lo que tenemos deberíamos comerlo acompañados de nuestros amigos!

La sopa estaba servida, y el Benedictino comía con mucha prosopopeya.

—¡Con confianza, reverendo! —exclamó ella—. ¿Es la cuchara pequeña? Voy a hacer que le traigan otra mayor; los señores acostumbran a llenar bien la boca.

El Páter aseguró que, en aquella casa de Príncipes, de manera tan excelente lo disponían todo, que cualquiera otro convidado que no fuese él, sentiría perfecto contentamiento.

De los pastelillos tomó el Páter uno, y ella le dijo que bien podía tomar media docena, que ya sabía cómo el hojaldre se digería

fácilmente.

El prudente Páter tomó otra, agradeciendo la atención, como si no hubiese comprendido la burla impía.

Un pastel pesado dio ocasión de mostrar su picardía a la princesa. Al pinchar uno con su tenedor el Páter tratando de echarlo en su plato, se fue otro detrás.

—Póngase usted el tercero, señor Páter, —exclamó—; parece que quiere su merced establecer buenos cimientos.

—Cuando le dan tan buenos materiales, ¡el arquitecto trabaja bien! —añadió el fraile.

Y de esta manera siguió, sin más punto de reposo que el hacerme servir, en conciencia, los mejores trozos.

Mientras tanto hablábamos mi vecino y yo de cosas serias. De seguro jamás oí a Filangieri palabra ociosa. Se parece en ello y en otras muchas cosas a nuestro amigo Jorge Schllosser; solo que, napolitano y hombre de mundo, es de natural más suave y de más fácil conversación.

Durante el coloquio, la travesura de mi vecina no dio punto de reposo a los eclesiásticos. La cuaresma y los pescados, compuestos en figura de carne, le dieron ocasión a observaciones profanas o inmorales, especialmente ponderando y recomendando el gusto de la carne; que al menos se gozase de ella en la forma, ya que estaba prohibido en sustancia.

Oí muchas más bromas de este género, que no tengo valor de repetir. En el trato de la vida, y saliendo de una bonita boca, son muy notables; pero así, negro sobre blanco, no me gustan ni a mí mismo. Y las desvergüenzas tienen la propiedad du que en el acto hacen gracia, porque sorprenden; contadas, ofenden y repugnan.

Sirvieron los postres, y temí que aquello siguiese adelante; contra lo que esperaba, se dirigió a mí la vecina, y muy tranquila me dijo:

—Que traguen en paz el Siracusa los frailes; nunca consigo incomodar a uno de muerte, ni siquiera quitarlo el apetito. Hablemos ahora razonablemente: ¿qué conversación tenía usted con Filangieri? ¡Este pobre hombre no se toma mal trabajo! Ya se lo he

dicho muchas veces: Si usted hiciese nuevas leyes, nos tomaríamos de nuevo el trabajo de discurrir cómo las habíamos de violar. Con las viejas ya sabemos el camino. Si no, ¡vea usted qué hermoso es Nápoles! Los hombres viven, desde hace muchos siglos, contentos y sin ansias, y a condición de que de vez en cuando ahorquen alguno; Los demás siguen su camino satisfecho.

Después me propuso si quería ir a Sorrento, donde posee una gran propiedad; su mayordomo me regalaría los mejores pescados y la más rica ternera de leche (*mungana)*. El aire de la montaña y aquella vista divina me curarían de todas mis filosofías; también ella quería ser de la partida, y de las arrugas que prematuramente me salen, no quedaría ni rastro; haríamos juntos vida muy gustosa y alegre.

Nápoles 13 de marzo de 1787

También hoy escribo algunas palabras, a fin de que una carta empuje a la otra. Lo paso bien, aunque veo menos cosas de las que debiera. Nápoles inspira indolencia y vida cómoda; no obstante, voy formándome idea perfecta y completa de la ciudad.

El domingo estuvimos en Pompeya. Muchas calamidades sucedieron en el mundo; pero ninguna proporcionó tanto gusto a los que vinieron después. No conozco cosa más interesante. Las casas son pequeñas y angostas, más en el interior preciosamente pintadas. La puerta de la ciudad es notabilísima, con los sepulcros que hay al lado. El de una sacerdotisa es un banco en forma de semicírculo y respaldo de piedra, donde está la inscripción grabada en gruesos caracteres.

Desde lo alto se ve la mar y el sol poniente. ¡Magnifico sitio digno de tan bello pensamiento!

Hemos encontrado en Pompeya buena y alegre sociedad de napolitanos. Los hombres son, en general, naturales, y tienen ingenio. Comimos en *Torre dell Annunziata,* sentándonos a la mesa muy cerca del mar. El día era hermosísimo; la vista de *Castello a Mare y Sorrento,* preciosa y cercana. La sociedad se encontraba en terreno propio; algunos decían que sin la vista del mar no era posible la vida. A mí me basta llevar su imagen e el alma, y me dispongo a volver al país de las montañas. Por dicha hay un paisajista de verdad, que sabe expresar el sentimiento de esta Naturaleza rica y libre. Ya ha hecho algo para mí.

He estudiado bien los productos del Vesubio: es cosa muy distinta verlos todos en conjunto. Debería propiamente dedicar el resto de mi vida a la observación; haría descubrimientos que extenderían los conocimientos humanos, haced saber a Herder que

adquiero cada vez más luces en Botánica.

El principio es siempre el mismo, pero se necesitaría la vida entera para seguirlo en todas sus consecuencias. Tal vez llegare a ponerme en estado de trazar las líneas principales.

Ahora me regocijo pensando en los Museos de Pórtici. Casi siempre es lo primero que se ve, y será lo último que nosotros veremos. Ni yo sé lo que después será de mí. Todos quieren vuelva a Roma para Pascua; dejaré marchar los sucesos. Angélica ha empezado a pintar un cuadro tomado de mi *Ifigenia.* La idea es muy feliz, y la interpretará a la perfección. Eligió el momento en que Orestes vuelve en sí al lado de su hermana y de su amigo. Lo que dicen los tres personajes lo expresan en un grupo todos a la vez, sustituyendo a las palabras los ademanes de cada uno. Se ve lo delicado de sus sentimientos, y como sabe apropiarse cuanto le compete, el hecho es verdaderamente el eje de la obra.

Adiós, y quererme bien. Aquí todo el mundo me colma de bondades, y, sin embargo, para nada les sirvo. Tischbein, al contrario, les divierte de noche; píntales cabezas de tamaño natural, ante las que gesticulan, parecidos a los habitantes de Nueva Zelanda, viendo un buque de guerra. A propósito, va un Cuento chistoso.

Tiene Tischbein el talento especial de delinear a la pluma figuras de dioses y héroes de tamaño natural o mayores: echa algunas raspaduras, y con un pincel grande pone las sombras vigorosamente, de manera que la cabeza se destaca redonda y saliente. Los asistentes miraban asombrados la facilidad del artista, complaciéndoles mucho.

De repente les bailan los dedos por pintar. ¡Cogen el pincel y se pintan barbas, embadurnándose unos a otros las caras!

¿No hay algo aquí de primitivo? ¡Y esto era entre sociedad distinguida, en casa de un hombre que también dibuja perfectamente y pinta! No se puede formar idea de semejante raza, sino viéndola.

Caserta miércoles 14 de marzo de 1787

Al lado de Hackert, en la cómoda vivienda que le arreglaron en el castillo viejo; el nuevo es un palacio inmenso, escorialesco, cuadrado, con muchos patios, en fin, bastante regio. El sitio extraordinariamente bello, en la llanura más fértil del mundo, extendiéndose los jardines hasta las colinas. Un acueducto trae las aguas de un río entero, proveyendo de ellas el castillo y sus cercanías, y toda la masa liquida puedo lanzarse sobre rocas artísticamente dispuestas, y formar una cascada magnífica. Los jardines son muy bonitos y armonizan con un sitio que todo él es un jardín.

El castillo, en verdad regio, no me pareció bastante animado, y nosotros no podemos encontrarnos a gusto en tan inmenso espacio vacío. El Rey debe sentir algo parecido, ya que se arregló, en la montaña, casa adecuada a la caza y otras diversiones, donde los muros contienen más reunidos a los hombres.

Caserta jueves 15 de marzo de 1787

Hackert vive en el castillo viejo con comodidad; tiene bastante espacio para él y sus huéspedes. Ocupado siempre en dibujar y pintar, se conserva, a pesar de ello, sociable, y sabe atraerse los hombres haciendo de cada uno un discípulo. También me ha ganado, porque lleva en paciencia mi debilidad. Ante todas las cosas, recomienda firmeza en el dibujo y distribución precisa del claro obscuro. Dibujando a la aguada de continuo, tiene preparadas tres tintas; como principia por el fondo para llegar al primer plano, y emplea las tintas sucesivamente, resulta un cuadro que no se sabe de dónde viene. ¡Si fuera tan fácil de hacer conforme lo parece! Me dijo con su acostumbrada sinceridad:

—Tiene usted disposición, mas no sabe hacer nada; quédese usted a mi lado año y medio, y hará algo que le guste a usted y a los demás.

¿No es este el texto que debería seguirse haciendo el propio sermón a todos los *dilettanti?* Veremos si me aprovecha.

La confianza particular de que le honra la Reina, se muestra, no sólo en la instrucción práctica que da a las Princesas, sino mejor en las conferencias que la hacen explicar muchas noches sobre el Arte y sus relaciones. Sirviéndole de base el Diccionario de Sulzer, elige uno u otro artículo, conforme le parece conveniente.

Aprobé el plan, y luego me reí de mí mismo. ¡Qué diferencia entre el hombre que anhela sacar de dentro su propia cultura y que influye en el mundo y quiere darlo la instrucción usual! Me fue siempre odiosa la teoría de Sulzer, a causa de la falsedad de sus máximas fundamentales, y ahora veo que la obra contiene todavía mucho más de cuanto las gentes necesitan. Los muchos conocimientos que comunica; la manera de pensar, en la que se

fijaba hombre de tanto mérito como Sulzer, ¿no debería bastar a las gentes del mundo?

Pasamos muchas horas gratas y provechosas en compañía del restaurador Andrés, que, llamado de Roma, vive aquí también en el castillo viejo, y prosigue asiduo sus trabajos, que interesan al Rey. De su habilidad en restaurar los cuadros viejos no me atrevo a empezar a hablar, porque al mismo tiempo habría que desarrollar el problema difícil y el feliz resultado que se propone esta particular industria.

Caserta 16 de marzo de 1787

Hoy llegan a mis manos vuestras queridas cartas del 19 de febrero, y acto continuo he de contestaros una palabra. ¡Con cuanto gusto, pensando en mis amigos, vuelvo a recogerme en mí mismo!

Nápoles es un paraíso; cada persona vive en una suerte de embriaguez y de olvido de sí propio. Sucédeme igual; apenas me reconozco; parezco otro hombre. Ayer pensaba: o tú eras loco antes, o lo eres ahora. Fui a visitar los restos de la antigua Cápua y cuanto a ella se refiere.

Aquí es donde se aprende lo que es vegetación y por qué se cultivan los campos. El lino hallase ya próximo a florecer, y el trigo tiene palmo y medio de alto.

Alrededor de Caserta la tierra es enteramente llana, los campos tan iguales y tan limpiamente labrados como los cuarterones de un jardín. Doquiera hay olmos, enredándose en ellos vides, y a pesar de semejante sombra, el suelo produce el más abundante fruto. ¡Qué será cuando entre de lleno la primavera!, Hasta ahora tuvimos, días hermosísimos, viento bastante frío, ¡proveniente de la nieve de las montañas!

De aquí a quince días se decidirá si debo o no ir a Sicilia. Nunca fue mayor mi perplejidad en resolverme. Hoy sucede algo que me aconseja el viaje; mañana una circunstancia que me separa de él. Dos genios se disputan mi persona,

En confianza, a las amigas solamente, sin que lo entiendan los amigos. Advierto que a mi *Ifigenia* se la ha recibido de manera singular: estaban acostumbrados a la primera forma. A fuerza de oírlas y leerlas, se habían apropiado las expresiones. Ahora todo suena de otra manera, y veo que en el fondo nadie me agradece el gran trabajo que me he tomado. Tal género de labor nunca se

acaba; debe darse por terminada luego de haber hecho cuanto se pudo, atendido el tiempo y las circunstancias.

Semejantes razones no han de ser parte a desanimarme en mi propósito de hacer igual operación respecto del *Tasso;* de otro modo fuera preferible guardarlo. Así es que persistiré; y puesto que al fin la cosa no ha de ser de otra manera, haremos de esta pieza una obra singular. Agradezco, por lo tanto, que se impriman despacio mis obras; y, sin embargo, es bueno que el cajista amenace de lejos. ¡Cosa rara es que para la más libre de las acciones se espere y hasta se pida cierta violencia!

Si en Roma se estudia a gusto, aquí sólo se desea vivir. Olvidase uno del mundo y de sí mismo; y es para mí singular descubrimiento encontrarme entre gentes que solo piensan en divertirse. El caballero Hamilton, que continúa de embajador de Inglaterra, después de haberse ocupado en Arte tantos años como aficionado, después de haber estudiado tanto tiempo la Naturaleza, alcanzó el pináculo de los placeres artísticos y naturalistas en una hermosa muchacha. Es una inglesa de veinte años que ha recogido, muy guapa y bien formada. La hizo un traje de griega que le sienta admirablemente. Deja sueltos sus cabellos; coge un par de chales, y cambia de tal manera sus actitudes, sus maneras, su expresión, que al fin se cree soñar. Lo que miles de artistas desearían hacer, se ve ejecutado en movimiento, con variedad sorprendente. De pie, de rodillas, sentada, acostada, seria, triste, burlona, exaltada, penitente, atractiva, amenazadora, inquieta: una expresión engendra otra que la sucede. Sabe adaptar a cada manera los pliegues de su velo, cambiarlos, y hacerse, valiéndose de la misma tela, cien tocados distintos. Mientras tanto, el viejo caballero tiene la luz y ha entregado toda su alma a esta mujer. Encuentra en ella todo lo antiguo: los hermosos perfiles de las monedas sicilianas y hasta el mismo Apolo del Belvedere. No es exageración: el espectáculo es único. Hemos gozado de él dos noches, y esta mañana va Tischbein a retratar a la bella inglesa.

Necesito comprobar las noticias que tengo de lo que pasa en la corte y darme cuenta de ello. Hoy ha ido el rey a la caza del lobo, y espera matar a lo menos cinco.

Nápoles 17 de marzo de 1787

Cuando quiero escribir palabras, se ponen delante de mis ojos las imágenes de la tierra fértil, del ancho mar, de las islas vaporosas, de la montaña fumante, y me faltan órganos para representar todo eso.

En esta tierra se comprende, por primera vez, cómo se le ha ocurrido al hombre cultivar el campo, aquí donde se da todo, donde se pueden esperar cada año de tres a cinco cosechas. En los mejores años dicen que cultivan tres veces maíz en al mismo terreno.

He visto mucho y he pensado más; el mundo se va ensanchando, y cuanto se hace mucho tiempo, solamente ahora es cuando me lo apropio. ¡Qué especie de criatura es el hombre, tan temprana en aprender, tan tardía en practicar!

Sólo siento no poder compartir con alguien, a cada momento, mis observaciones; verdad es que tengo a Tischbein; pero hombre y artista, le agitan mil pensamientos y lo solicitan cientos de personas. Su puesto es personal y singular; no puede tomar parte abiertamente en otra existencia, porque aún en sus propias aspiraciones siéntese atado.

Mírese a cualquier lado, el mundo es una simple rueda idéntica en toda su circunferencia, y nos parece tan extraño, porque giramos con ella.

Lo que siempre dije sucedió; muchos fenómenos de la Naturaleza, muchas confusiones de la inclinación, las entendí la vez primera y las ensanché en esta tierra. Cojo de todas partes y llevaré mucho, acompañándome mucho amor a mi patria y mucho gusto a la vida con mis amigos.

Acerca de mi viaje a Sicilia, aún tienen los dioses la balanza en las manos: el fiel se inclina tan pronto a un lado como a otro.

¿Quién puede ser el amigo que se me anuncia tan misteriosamente? ¡No vaya a perder la ocasión de verlo durante mis excursiones y mi viaje a la isla!

La fragata de Palermo está de vuelta; de hoy en ocho días volverá a salir. Todavía no sé si me iré en ella o si estaré en Roma para la Semana Santa. En mi vida he estado tan indeciso. Un momento, una pequeñez… decidirán.

Ya me va mejor con las gentes; sólo que hay que tener cuidado de pesarlas con el peso del comercio, y no con el del oro. ¡Por desdicha acostumbran a hacerlo los amigos, entre si, por capricho y extraña exigencia!

Aquí a nadie se le da nada de nadie: apenas se hacen cargo que van de una parte a otra, en la misma dirección. Todo el día vagan en un paraíso, sin mirar gran cosa a su alrededor; y cuando el infernal abismo cercano empieza a enfurecerse, llaman en su ayuda la sangre de San Jenaro, exactamente como todo el resto del mundo recurre o quisiera recurrir a la sangre contra… la muerte y el diablo.

Cruzar entre tan numerosa, movediza e incansable muchedumbre es curioso y trae su utilidad: es un torrente en que todos se confunden, y, sin embargo, cada uno sigue su propio camino y llega al término. Sólo que entre tanto gentío y movimiento me encuentro aislado y tranquilo: cuanto más bullen las calles, más sosegado estoy.

Muchas veces me acuerdo de Rousseau y de sus lamentaciones hipocondriacas, aun comprendiendo muy bien cómo tan hermosa organización podía turbarse. Si yo no sintiese tales inclinaciones a las cosas de la Naturaleza, y si no viese que en este aparente embrollo mil observaciones se pueden comparar y clasificar, cual el agrimensor, que con una sola línea atraviesa muchas medidas particulares, muchas veces me tomo por loco.

Nápoles 18 de marzo de 1787

Ya no podíamos aplazar más tiempo nuestra visita a Herculano y a la colección de objetos que guardan en Pórtici, extraídos de las excavaciones. Aquella antigua ciudad, asentada al pie del Vesubio, la cubrió, por entero la lava que subió en erupciones subsiguientes, de manera que los edificios están ahora sesenta pies debajo de tierra. La descubrieron abriendo un pozo, en cuyo fondo se encontraron las baldosas de mármol de un pavimento. Es deplorable que las excavaciones no las hayan hecho, conforme a plan regular, mineros alemanes, pues en las que el robo hizo a la ventura, se destruyeron antigüedades preciosas. Se bajan sesenta escalones para llegar a una cueva, donde, a la claridad de las hachas, se admira el teatro que un día se erguía al aire libre, y entonces cuentan lo que se ha encontrado y sacado de aquella profundidad.

Entramos en el Museo: íbamos bien recomendados y fuimos bien recibidos; pero no nos permitieron, como no permiten a nadie, dibujar cosa alguna. Tal vez, a causa de ello, prestamos mayor atención y nos transportamos mejor a los tiempos desaparecidos, en que aquellos objetos rodeaban a sus poseedores, para servicio y goce de la vida.

Las casitas y habitaciones de Pompeya me parecieron ahora a un tiempo más pequeñas y mus grandes: más pequeñas, representándolas llenas de tantos objetos valiosos; mayores, porque estos no responden solo a la mera necesidad, sino que, adornados y animados de la manera más artística y graciosa, regocijan el espíritu y lo ensanchan mejor que puede hacerlo la más espaciosa morada.

Se ve, y sirva de ejemplo, un cántaro de admirable forma, con el borde muy adornado. Mirando más cerca, se observa que este borde separa unas dos partes: los dos medios círculos unidos sirven de asas, y así se transporta cómodamente la vasija.

Las lámparas adornadas, según el número de sus mecheros, de caras y ramaje, de suerte que cada llama alumbra una verdadera obra de Arte. Hay soportes de bronce altos y esbeltos, destinados a sostenerlas. En los colgantes idearon suspender figuras de todas clases llenas de ingenio, de suerte que se pierde el gusto en cuanto empiezan a balancearse y moverse,

Esperando volver, seguimos de sala en sala al hombre que nos lo mostraba, procurando no perder momento favorable de sacar gusto y enseñanza.

Nápoles lunes 19 de marzo

En los últimos días he formado una relación nueva. La fiel compañía de Tischbein, en estas cuatro semanas, me prestó gran ayuda en las cosas del Arte y de la Naturaleza, y aun ayer estuvo conmigo en Pórtici; pero las mutuas reflexiones nos hicieron comprender que su porvenir de artista y los negocios que lo trajeron a Nápoles, que le hacen esperar, en lo futuro, una posición, lo obligan a frecuentar la corte y la sociedad, y que sus proyectos no puedan avenirse a mis deseos, miras y aficiones. En consecuencia, y siempre ocupándose en mí, me propuso, para acompañarme a todas partes, un joven a quien veo desde los primeros días, no sin inclinación y simpatía. Es Kniep, que estuvo algún tiempo en Roma, y luego ha venido a Nápoles, verdadero elemento del paisajista. Ya en Roma le oí celebrar, en calidad de hábil dibujante, sólo que no alababan del mismo modo su laboriosidad. Ahora le conozco bastante, y esta falta de que le culpan, mejor me parece Irresolución, que puede vencer si estamos juntos algún tiempo. Confirma mi esperanza un buen principio, y si esto me sale bien, seremos mucho tiempo buenos camaradas.

No se necesita sino tener ojos y callejear, para ver cuadros inimitables.

En el *Molo,* uno de los lugares más ruidosos de la ciudad, vi ayer un polichinela batiéndose con un mono sobre un tablado, y detrás un balcón, donde una guapa moza esperaba la fortuna. Al lado del tablado del mono, un doctor maravilloso ofrecía sus arcanos contra todos los maleficios a la muchedumbre crédula. Si lo pintara Gerardo Dow, semejante cuadro haría las delicias de los contemporáneos y de la posteridad.

También hoy era la fiesta de San José, patrón de todos los

frittaruolen es decir, freidores, poro entiéndase de los más vulgares.

Como siempre, se elevan vivas llamas bajo negras ollas de aceite hirviendo; todos los tormentos del fuego son de su dominio. Anoche, y a causa de esto, habían adornado las fachadas de sus casas con cuadros lo mejor posible. Almas del Purgatorio y Juicios Finales flameaban en todas parles. Delante de las puertas había grandes sartenes, sobre hornillos construidos a la ligera. Un muchacho trabajaba la masa; otro daba forma a las rosquillas y las echaba en la fritura hirviente. Ante la sartén, estaba un tercero provisto de su espeto pequeño; cogía los buñuelos conforme iban estando, y los pasaba al cuarto mozo, que en otro espeto los ofrecía a los circunstantes. Los dos últimos eran jóvenes, con pelucas rubias rizadas, que es aquí atributo de los ángeles. Algunas figuras más completaban el grupo, echaban vino a los trabajadores, lo bebían ellos mismos y gritaban recomendando la mercancía; ángeles y cocineros daban asimismo gritos; la gente afluía, porque esta noche véndense las frituras más baratas y hasta una parte de los ingresos se dedica a los pobres.

Cosas semejantes podría contarlas basta lo infinito: suceden a diario; siempre algo nuevo y más insensato. Solamente la variedad de trajes que se encuentra en las calles y la muchedumbre de la calle de Toledo. Viviendo entre el pueblo, se tienen muchas distracciones originales. Su naturalidad es tan grande, que a su contacto podría uno volverse natural. Tal es, entre mil, el polichinela, verdadero payaso nacional. Tal es el arlequín de Bergamo, el Hanswurst del Tirol. Polichinela es un servidor verdaderamente indolente, tranquilo, indiferente hasta cierto grado, casi haragán y, no obstante, gracioso. Y así se encuentran donde quiera mozos de posada y criados. El nuestro me ha divertido hoy de una manera especial, y no fue sino a causa de haberle mandado buscar papel y plumas. Algo por no entender bien, algo de cachaza, su buena voluntad y un poco de malicia, produjeron la escena más chistosa que en cualquier teatro podría representarse con buen éxito.

Nápoles martes 20 de marzo de 1787

El anuncio de una repentina erupción de lava que, invisible en Nápoles, corría hacia *Ottajano*, me animó a visitar tercera vez el Vesubio. Apenas llegado a su pie, en mi coche de dos ruedas y un caballo, cuando se presentaron aquellos dos guías que otras veces nos llevaran arriba. No quiso dejar a ninguno, y los tomó, uno por costumbre y agradecimiento, el otro por confianza; ambos, pura mi mayor comodidad.

Cuando llegamos a lo alto, uno de ellos se quedó cuidando los abrigos y los víveres; el más joven me siguió, y animosos nos metimos en el espantoso vapor que, de la montaña, bajo del cráter, salía. Lo rodeamos descendiendo algo, y al fin, el cielo despejado, vi salir la lava de la tremenda nube de vapor.

Ya se puede oír hablar mil veces de una cosa; sólo viéndolo se nos revela su carácter. La cinta de lava era estrecha, tal vez no pasaba de diez pies; pero su manera de correr tranquila, por una pendiente suave y lisa, sorprendía. Al enfriarse en los lados, formaba un canal que iba subiendo en altura, porque la materia fundida se endurecía asimismo bajo la corriente de fuego: esta arrojaba a los lados las escorias flotantes en su superficie, y así, poco a poco, se iba formando el dique por donde corría la materia ígnea, como el riachuelo de un molino. Caminamos a lo largo de este dique considerablemente elevado, desde cuya altura caían a un lado y otro, isócronas, las escorias hasta nuestros pies. Desde algunos agujeros del canal podíamos ver la corriente de fuego, y al seguir descendiendo, también podíamos observarla desde arriba.

La luz clarísima del Sol oscurecía la del fuego; sólo se elevaba en el aire puro un poco de humo. Deseé acercarme al punto de la montaña donde la lava brotaba. Asegurando mí guía que se formaba una especie de bóveda o tejado, sobre el cual habla estado él

muchas veces. Anhelando verlo y comprobar el hecho, volvimos a subir la montaña, a fin de llegar a aquel punto por detrás. Fue dicha encontrar el sitio despejado, aunque no del todo, merced a viva corriente de aire: en derredor nuestro manaba el vapor de miles de grietas, Luego descubrimos, al fin, la papilla endurecida y retorcida que formaba el techo, y avanzaba tanto, que nos impedía ver manar la lava debajo. Probamos hasta dar un par de docenas de pasos, pero el suelo se hacía cada vez más ardiente; vapor sofocante que oscurecía el sol, se arremolinaba sin cesar, el guía, que iba de delante, se volvió, me agarró y nos separamos de aquel humo infernal.

Después que se hubieron restaurado nuestros ojos con la hermosa vista y nuestras fauces con un trago de vino, anduvimos la montaña toda, observando otros accidentes de esta boca del Averno, abierta en medio del paraíso. Observé solicito algunas aberturas, a modo de chimeneas volcánicas, que no echaban humo, sino aire inflamado. Las vi tapizadas de una materia estalactiforme, que, en figura de conos y mamelones, las reviste hasta arriba. Por las desigualdades de las chimeneas se encontraban, bastante a mano, muchos de estos productos del vaho, colgando hacia abajo, de manera que con nuestros bastones y una especie de ganchos que armamos, pudimos coger algunos. Ya en el comercio encontré ejemplares con el nombre de lava, y ahora estoy contento de haber descubierto que es un hollín volcánico, que deposita el vapor caliente y presenta indicios de los minerales volatilizados que contiene.

La magnífica puesta de sol de una tarde divina me deleitó, a la vuelta, sin dejar de sentir lo que turba el espíritu un contraste prodigioso. El paso de lo terrible a lo bello, de lo bello a lo terrible, lo anula y produce la indiferencia. Los napolitanos serían a la verdad otra suerte de hombres, si no se sintiesen enclavados entre Dios y Satán

Nápoles 22 de marzo de 1787

De no impulsarme el carácter alemán y mi deseo, mejor al estudio y a la acción que a los goces, me detendría más tiempo en esta escuela de la vida fácil y alegre, y trataría de aprovecharlo. Seria delicioso si pudiese instalarme algo mejor. La situación de la ciudad, lo suave del clima, nunca serán bastante celebrados. Y es también casi lo único que los extranjeros disfrutan. Cierto que, quien se toma tiempo y tiene dinero y gusto, puede, aún aquí, formarse grande y buena instalación. Hamilton, como los afortunados, se ha creado una existencia magnífica, que goza en el crepúsculo de tu vida. Las habitaciones que se hizo arreglar, a la inglesa, son deliciosas, y la vista de la sala de esquina, es única quizá. Debajo, el mar; enfrente, Capri; a la derecha, *Posilippo,* y más cerca el paseo de *Villareale* a la izquierda un antiguo edificio de Jesuitas; más lejos la costa de Sorrento, hasta el Cabo Minerva. Cosa igual sería difícil hallarla en Europa, por lo menos en el centro de una ciudad tan grande y populosa.

Hamilton es hombre de gusto universal, y después de haber recorrido todos los reinos de la Creación, ha llegado a una mujer hermosa, que es la obra maestra del gran artista.

Y después de todo esto, después de mil goces, las sirenas me llaman de la otra orilla, y si el viento es bueno, tal vez saldré al mismo tiempo que mi carta, ella para el Norte y yo hacia el Sur. El espíritu del hombre es indomable. A mí, sobre todo, me falta espacio. Actualmente, mi objeto más bien debe ser la observación rápida que la persistente. Que alcance sólo la punta del dedo; ¡ya me haré dueño de la mano entera pensando y oyendo!

Cosa rara; un amigo estos días me recuerda *Wilhelm Meister* y me pide su continuación. No me sería posible bajo esto ciclo, pero tal vez su influencia se deje sentir en los últimos libros. ¡Ojalá pueda

mi existencia adquirir, para esto, el desenvolvimiento necesario, crecer el tallo, y las llores abrirse más ricas y hermosas! En verdad, mejor sería no volver a mi patria si no he de ser un hombre nuevo.

Hoy hemos visto en venta un cuadro del Correggio; no en perfecto estado, pero conservado el sello feliz de la gracia, Representa la Madre de Dios y el Niño, en el momento en que este vacila entro el pecho y unas peras que le presenta un angelito. Quiero decir que es un destete de Cristo. Me parece la idea delicadísima, la composición movida, feliz y natural, deliciosamente ejecutada. Recuerda, desde luego, las bodas de Santa Catalina, y me parece, sin duda ninguna, de la mano del Correggio.

Nápoles viernes 23 de marzo de 1787

Mis relaciones con Kniep se han arreglado y fijado de manera práctica. Estuvimos juntos en Poestum, donde se ha mostrado, así como a la ida y a la vuelta, muy activo dibujando.

Trajimos los croquis más hermosos. Ahora se alegra de esta vida de Trabajo y de actividad, en la que revela un talento que él mismo apenas se conocía. El trabajo exige decisión, y es en ello donde se muestra su práctica clara y neta.

Nunca deja de rodear, cuidadoso, de un cuadrado rectangular, el papel en que dibuja. Encuentra tanto gusto en afilar una y otra vez, los mejores lápices ingleses, casi como en el propio dibujo; así que sus contornos no dejan nada que desear.

Nuestro arreglo fue el siguiente: de hoy en adelante, viviremos y viajaremos juntos, sin que él se preocupe de otra cosa, si no es de dibujar, conforme pasen estos días, todos los croquis me pertenecen; pero a fin de que a nuestra vuelta siga teniendo en que ocuparse. Ejecutará para mí, hasta completar cierta cantidad, una serie de asuntos escogidos. Su habilidad y la importancia de las vistas que se tomen harán el resto. El arreglo me gusta en extremo y ahora ya puedo dar cuenta de nuestra excursión.

Sentados en el ligero cochecito de dos ruedas, llevando las riendas y yo alternando, con un buen muchacho, bastante rudo. En pie, detrás de nosotros, cruzamos un país admirable que Kniep Saludaba con ojos de pintor.

Llegamos a un desfiladero que se pasa por la más hermosa carretera, orillando, rocas y bosques magníficos. Al fin Kniep No se pudo contener en las cercanías de *Alla cava*, y fijó en el papel el diseño de una soberbia montaña, que enfrente se recortaba en el

fondo del cielo, sin omitir las laderas ni el pie de la eminencia. Los dos nos regocijamos como del comienzo de nuestro contrato.

A la tarde, se tomó una vista del mismo género desde la ventana de Salerno, la cual me dispensará de describir un país único en su fertilidad y encanto. ¿Quién no se hubiera complacido en estudiar aquí, cuando la universidad florecía?

De mañana y muy temprano, rodó nuestro coche, en caminos no hechos, a menudo pantanosos, hasta un par de montañas, de hermosa forma. Atravesando riachuelos y charcos, llegamos a un sitio donde búfalos que parecían hipopótamos, nos miraban con ojos feroces, color de sangre.

El país, cada vez más llano y desierto. La escasez de habitaciones daba idea de la pobreza rural. Al fin, no sabiendo si atravesábamos, ruinas o peñascos, pudimos reconocer, en unas masas de piedra largas, cuadrangulares, que vimos de lejos, los restos de templos o monumentos que quedaban de un pueblo, en otro tiempo opulento. Kniep, que ya en el camino dibujara las dos pinturas de montañas calizas, se buscó al momento un punto de vista, desde donde pudiese tomar bien el carácter de esta localidad, en absoluto anti pictórica. Mientras tanto, guiándome de un hombre del país, recorrí las construcciones. La primera impresión solo produce sorpresa. Me encontré en un mundo del todo extraño; pues, así como los siglos se forman pasando de los severo a los risueños, así forman al hombre que llevan consigo, y así lo producen. Ahora, nuestros ojos y con ellos todo nuestro ser interno, se sienten impulsados hacia una arquitectura más esbelta, de tal suerte, que estas masas de columnas truncadas, cónicas, macizas, aglomeradas, nos son repulsivas y nos parecen horribles. Sin embargo, volví en mi pronto; me acordé de la Historia del Arte; pensé en el tiempo, cuyo espíritu tenía esta arquitectura por mesurada; me representé el estilo severo de la plástica, y, en menos de una hora, me sentí familiarizado. Di gracias al genio que me permitió ver, por mis propios ojos, estos restos también conservados, y que ningún dibujo puede dar idea de ellos, pues en un plano arquitectónico parecen más elegantes, y en perspectiva, más pesados de lo que son. Solo cuando se circula entre ellos se les comunica verdadera vida. Se siente salir esta de su masa, según la idea que se propuso el arquitecto que los creó. Así pasé

todo el día, Durante el cual no cesó Kniep de proveernos de bocetos fieles. ¡Qué contento estaba yo de verme sin cuidados por ese lado, y de adquirir tan eficaz ayuda para la memoria! Fue desgracia, no haber medido alguno de pernoctar; tuvimos que retroceder a Salerno, y a la mañana siguiente volvimos temprano a Nápoles. El Vesubio se ve del lado opuesto, en la más fértil de las comarcas… El camino, en primer término, con dos filas de Álamos, piramidales, de tamaño colosal, era igualmente, delicioso, cuadro, del que gozamos en una parada corta.

Llegamos luego a la altura, y entre nosotros se presentó la vista más admirable y grandiosa. Nápoles en su esplendor, con su caserío extendido, muchas millas a lo largo de la orilla, baja del golfo. Los Cabos, lenguas de tierra, los muros de rocas, las islas después, y detrás el mar. Era un encanto semejante vista.

Una voz salvaje, mejor grito de júbilo o aullido de alegría, del muchacho que iba de pie en la trasera del coche, me asustó turbándome. Me volví para reprenderle con acritud; todavía no oyera palabra dura de nosotros, porque era un buen muchacho.

Al principio se quedó sereno; pero luego me tocó suavemente en el hombro, extendió entre nosotros su brazo, derecho con el índice levantado, y dijo ¡*signor, derdonate, questa e la Mia patria*! Esto traducido, quiere decir: «¡*señor, perdóneme, esta es mi patria*!“. Me sorprendió. ¡Este pobre hijo del norte, sintió en sus ojos algo parecido a lágrimas!

Nápoles 25 de marzo, día de la Anunciación

Aunque sabía que Kniep iba de buena gana conmigo a Sicilia, no desconocía que algo dejaba de mala gana en Nápoles. Su franqueza no me ocultó mucho tiempo que tenía una novia a quien era fiel. La historia del principio de estos amores interesaba; el comportamiento de la joven, hasta este momento, respondía de ella: faltaba que yo viese lo bonita que era. Se tomaron disposiciones al efecto y de manera que pudiese, al mismo tiempo, gozar de una de las mejores vistas de Nápoles.

Me llevó a la azotea de una casa, desde donde podía haberse entera la parte baja de la ciudad, hacía el molo, el golfo y la costa de Sorrento: todo lo que quedaba, a la derecha, desaparecía de la manera más singular, como no es fácil ver sin estar en aquel. Nápoles es en todas partes, bello y magnífico.

Mientras admirábamos la localidad, se levantó, aunque esperada, sobre el nivel del piso, una cabeza muy bonita, pues a la terraza daba una abertura Cuadrilonga, que cerraba una trampilla, única entrada de estas plataformas. Y cuando el angelito aquel se hubo mostrado por completo, recordé que los antiguos pintores representaban así la Anunciación de María, Pues el ángel sale también de una trampa. Este ángel tenía de veras hermosa figura, cara bonita y maneras amables y naturales. Me alegré de ver feliz a mi nuevo amigo bajo tan espléndido cielo y a la vista del más hermoso país del mundo. Después que se hubo retirado, me confesó que había soportado hasta entonces una pobreza voluntaria, porque así gozaba, a la vez, en su amor y aprendía a conocer y estimar sus gustos moderados. Ahora sus perspectivas mejores de situación más desahogada le eran de más valor, precisamente, porque de ese modo podía prepararle a ella días mejores.

Después de tan agradable aventura, fui a pasearme, a orillas del mar, silencioso y complacido. Allí tuve una buena inspiración sobre cosas de botánica. Hacedme el favor de decir a Herder, que pronto abre concluido con las plantas primitivas. Solo temo que no haya quien quiera reconocer en ellas el resto del reino vegetal.

Mi famosa doctrina de los cotiledones es tan sublimada, que difícilmente se podrá ir más lejos.

Nápoles 26 de marzo de 1787

Mañana irá esta carta, y el jueves 20, saldré al fin para Palermo en la corbeta que, ignorante, de las cosas del mar, elevado en mis anteriores, a la categoría de fragata. La duda entre si debería ir o quedarme, hizo intranquila una parte de mi estancia aquí: ahora que me he decidido, la cosa va mejor. Dado mi modo de sentir, este viaje saludable y hasta necesario. La Sicilia me muestra el Asia y el África, y no es una pequeñez estar en el punto admirable donde convergen tantos radios de la historia del mundo.

He tratado a Nápoles según su propia manera. No estuve nada laborioso; sin embargo, he visto mucho y me he formado idea de la tierra y del Estado de sus habitantes. A mi vuelta a recogeré todavía algo, pero algo solamente, pues antes del 29 de junio tengo que estar en Roma. Si dejo la semana Santa, por lo menos tengo que celebrar allí el día de San Pedro. Mi viaje a Sicilia no debe separarme demasiado de mis primeros proyectos.

Anteayer tuvimos fuerte borrasca, acompañada de truenos, relámpagos y chubascos; Ahora se ha vuelto a despejar, y sopla admirable tramontana; si continúa, es seguro muy rápido viaje.

Ayer fui con mi compañero a ver nuestro barco y visitar el camarote que vamos a tener. Me faltaba conocer lo que es un viaje por mar. Esta pequeña travesía, que no es quizás, sino una navegación costera, ayudará mi imaginación y me ensanchará el mundo. El capitán es joven y alegre; el buque, muy bonito y limpio, construido en América y buen velero.

Todo comienza a estar verde; en Sicilia lo estará todavía más; cuando reciban ustedes, esta carta, estaré en mi viaje de vuelta y habré dejado a Trinacria detrás de mí. Así es el hombre; siempre saltando hacia delante, o hacia atrás, con sus pensamientos.

Todavía no he estado allí, y ya me encuentro de vuelta al lado vuestro. No tengo la culpa del desorden de esta carta. Me interrumpen a cada momento, no obstante, quisiera llenar el pliego hasta el fin. Acaba de visitarme el marqués de Berio, joven, que parece saber mucho. Quería conocer al autor de *Werther*, en general muestran mucho interés y gusto por el saber y el estudio. No hay más, sino que son demasiados felices para seguir el camino verdadero. Si tuviese más tiempo, de buena gana, se lo dedicaría. Estas cuatro semanas, ¡que son, comparadas al torbellino de la vida! Ahora, adiós qué. En este viaje aprendo a viajar; si aprendo a vivir, no lo sé. Los hombres que parecen entenderlo, son muy distintos de mí, en su manera de ser, para que yo pueda aspirar a aquel talento.

¡Adiós, y amadme, conforme, pienso en vosotros de corazón!

Nápoles 28 de marzo de 1787

Todos estos días se pasan en hacer equipajes y despedidas, arreglos y cuentas, y en completar preparar cosas; así los he perdido por entero. El príncipe de Waldeck, al despedirme de él, me ha intranquilizado de nuevo, pues habla nada menos que de ir a Dalmacia y Grecia a nuestra vuelta. Cuando se lanza uno a la sociedad y se compromete con ella, tiene que guardarse, si quiere no dejarse arrastrar y aún extraviarse. No soy capaz de añadir una sílaba.

Nápoles 29 de marzo

Desde hace algunos días, el tiempo estaba inseguro; hoy, el destinado a la salida, no puede estar más hermoso. La *tramontana* favorable; un cielo soleado, bajo el cual se desea ir mundo adelante. Vuelvo a enviar mi despedida afectuosa a todos los buenos amigos de Weimar y de Gotha. Vuestro cariño me acompañe; siempre me será necesario. Esta noche soñé que me encontraba en mis habituales ocupaciones. Parece que mi barca de faisanes no podrá atracar si no en vuestras tierras. ¡Ojalá vuelva con rico cargamento!

Sicilia

En el mar jueves 29 de marzo

No tuvimos, al igual de la última salida del paquebote, favorable y fresco, viento del noroeste, sino flojo y del sudeste, lo más contrario y así aprendimos como el navegante depende del capricho del viento y del tiempo.

Pasamos toda la mañana impaciente, unas veces en la orilla del mar, otras en el café. Al mediodía nos embarcamos y gozamos de una vista magnífica y de admirable tiempo.

La corbeta estaba anclada a lo lejos del mono. El sol claro, la atmósfera vaporosa, sombreada del mar, hermoso azul, las rocas de Sorrento; en Nápoles, Animado y lleno de luz, resplandecían todos los colores. Solo a la puesta del sol se movió lentamente el barco.

El viento contrario, nos llevó hacia Posilippo y más allá de su punta. Toda la noche navegamos tranquilos. El buque, muy velero, fue construido en América; tiene camarotes y camas separadas. La sociedad es honesta y divertida; una compañía de ópera y baile, que va contratada a Palermo.

En el mar viernes 30 de marzo

Al amanecer nos encontramos entre Ischia y Capri, cerca, una milla de esta última. El sol se levantaba, espléndido detrás de los montes de Capri y del cabo Minerva, Kniep dibujabas sin descanso, los contornos de la costa y las islas, y sus diversos aspectos.

La lentitud del andar favorecía su trabajo. Continuamos a medio viento flojo. El Vesubio desapareció de nuestra vista a eso de las cuatro, cuando aún se divisaban cabo Minerva e Ischia. También estas se perdieron hacia la noche. El sol se sumergió en el mar, acompañado de nubes y de una faja de arreboles que se extendía algunas millas. Kniep dibujo fenómeno. No se veía ya tierra alguna: alrededor del horizonte, un círculo de agua, la noche clara y hermosa, iluminada por la luna. Sin embargo, pocos momentos pude gozar tan admirable espectáculo. El mareo se apoderó de mí. Tuvo que quedarme en mi cámara, eligiendo la posición horizontal, alimentándome de pan blanco y vino tinto por toda comida y bebida, y me sentí completamente a gusto.

Separado del mundo exterior, dejé la acción al interno, y como era de prever un viaje lento, para entretenerme y aprovecharlo, di al pensamiento rudo trabajo. De todos mis papeles no llevará sino los dos primeros actos del *Tasso,* escritos en prosa poética. El plan y el desarrollo actuales, compuestos ya diez años antes, tenían algo nebuloso y débil que perdieron pronto, cuando, siguiendo la nueva idea, di preeminencia, a la forma que introduce el ritmo.

En el mar sábado 31 de marzo

El sol salió claro del mar. A las siete encontramos un barco francés, que saliera dos días antes que nosotros; tanto le ganamos en velamen, y no obstante aún no veíamos el fin del viaje. Nos dio cierto consuelo la isla de Ustica; más quiso la adversa suerte que la viésemos a la izquierda, debiendo dejarla, como la de Capri a la derecha. Al mediodía teníamos viento enteramente contrario, y no nos movimos del sitio. La mar empezó a ponerse gruesa, y en el barco casi todos estaban enfermos. Permanecí en mi postura acostumbrada, repasando en el pensamiento mi obra entera. Las horas habrían corrido sin que advirtiese su curso, si el pícaro de Kniep, sobre cuyo apetito no tenían influencia alguna las olas, al traerme de vez en cuando, mi pan y mi vino, no me hubiese ponderado con malicia la excelente comida, la alegría y la gracia del hábil capitán, y su disgusto de que yo no pudiese disfrutar mi parte. Hasta la transición de la broma y la alegría al desagradable mareo en que uno a uno fue cayendo los pasajeros, le daba el asunto para las pinturas más picarescas.

A las cuatro de la tarde cambió el capitán el rumbo del buque. Desplegaron las velas grandes y dirigieron el timón a la derecha a la isla de Ustica, detrás de la que divisamos, alegres, la montaña de Sicilia. El viento mejoró, y navegamos más de deprisa. Todavía vimos algunas islas. La puesta del sol fue nublada y la luz del cielo. La velaron nieblas. Toda la noche tuvimos viento bastante favorable. Hacia las 12 comenzó a alterarse el mar.

En el mar domingo 1 de abril de 1787

Hacia las tres de la mañana, arreció la tempestad. Entre dormido y despierto continúe mis planes dramáticos, mientras había en el puente gran movimiento. Tuvieron que aferrar las velas: el buque se balanceaba en las altas olas. Al abrir el día, se dio la borrasca; la atmósfera se aclaró. Teníamos ahora la isla de Ustica por completo a la izquierda. Nos mostraron una gran tortuga nadando a lo lejos, y gracias a los anteojos la vimos bien, semejante a un punto vivo. Al mediodía pudimos distinguir clarísima la costa de Sicilia, sus promontorios y bahías; pero nos desviamos mucho con el viento, y tuvimos que bordear. A la tarde nos encontrábamos cerca de la orilla. La costa oeste desde el cabo Silibeo hasta el cabo gallo, La veíamos de maravilla, merced al tiempo, claro y al resplandeciente sol. Una bandada de delfines, a ambos lados de la proa, lanzándose de continuo adelante, seguían al barco en su marcha. Era bonito verlos nadar, unas veces dentro de las olas transparentes, y otras saltar sobre el agua, con su lomo de púas, sus aletas y sus costados, que semejan verde y oro.

Situados muy debajo del viento, puso el capitán el timón a una bahía, detrás de Cabo gallo. Kniep no perdió la ocasión, dibujando los más variados aspectos detalladamente. Al ponerse el sol, gobernó de nuevo a altamar, navegando al norte, a fin de ganar la altura de Palermo. Subí muchas veces a cubierta sin separar del pensamiento mis trabajos poéticos, y así conseguí hacerme dueño de toda la obra. En cielo nublado, luna clara: el reflejo bellísimo en el mar. Los pintores, en aras del amor, al efecto, nos hacen creer a menudo que el reflejo de la luz del cielo en el agua, tiene su mayor anchura cerca del observador, donde reside la mayor energía; aquí se ve en el horizonte su parte más ancha, que, a manera de pirámide, termina en las ondas próximas del barco. El capitán,

durante la noche, cambió algunas veces la maniobra.

En el mar lunes 2 de abril de 1787, a las 9:00 de la mañana

Nos encontramos frente de Palermo. Brilla para mí alegre la mañana. El plan de mi drama ha prosperado mucho en el vientre de la ballena: me encuentro bien, y puedo ya, desde el puente, observar atento a la costa de Sicilia. Kniep dibuja sin descanso, y merced a su acostumbrada exactitud, muchas bandas de papel se convierten en recuerdos muy preciosos del tardío arribo.

Palermo 2 de abril de 1787

A duras penas llegamos por fin a las tres de la tarde al puerto, donde se nos ofreció admirable espectáculo. Completamente restablecido, sentí el mayor placer. La ciudad está al norte, situada al pie de altas montañas. Encima de ella, a la hora en que estábamos, el sol nos enviaba sus rayos, y teníamos delante el lado de sombra de todos los edificios que el reflejo iluminaba. A la derecha, *monte Pellegrino;* en toda la luz, sus elegantes formas. A la izquierda, la gran extensión de costa, que se interna, con sus bahías, sus lenguas de tierra y sus promontorios. Lo que de lejos hacía delicioso efecto, era el verde tierno de esbeltos árboles, cuyas copas, iluminadas por detrás, se mecían delante de los edificios, sombríos, como grandes masas de gusanos de luz vegetales. Un vapor tenue hacía azuladas las sombras.

En lugar de saltar en tierra impacientes, permanecimos en el puente hasta que nos echaron. ¿Dónde hubiéramos podido encontrar tan pronto punto de vista semejante, momento tan feliz?

Penetramos en la ciudad, atravesando la admirable puerta, compuesta de enormes pilares, que no puede cerrarse por arriba, a fin de que el carro, Torre de Santa Rosalía, en su célebre de fiesta, pueda pasar por debajo; y enseguida, tomando a la izquierda, entramos en una gran hospedería. El hospedero, hombre, viejo y agradable, de antigua acostumbrado a ver extranjeros de todas las naciones, nos llevó a una espaciosa cámara, desde cuyo balcón, veíamos la mar y la rada, la montaña de Santa Rosalía y la orilla del mar, así como nuestro barco, pudiendo juzgar del primer punto de vista. Con el gusto de la situación de la sala, apenas notamos en el fondo, una alta alcoba que ocultaba cortinas, donde había una amplísima cama, ostentando, baldaquino de seda que hacía juego con el resto del antiguo y majestuoso mobiliario. Habitación de

tanto lujo, nos puso casi en un compromiso, y siguiendo nuestra costumbre, pedimos al hospedero ajuste previo. El viejo contestó que no hacía falta. Deseaba que estuviésemos a gusto. Podíamos igualmente servirnos de la antesala, ventilada y fresca, contigua a nuestro cuarto, con muchos balcones que le daban alegría.

Nos encantaron las variadas vistas y tratamos de tomarlas aisladamente a lápiz o pintura, que había cosecha ilimitada para la mirada del artista.

Anochecido, la clara luz de la luna nos llevó de nuevo a la rada, y de regreso en casa, todavía nos tuvo mucho tiempo en el balcón. La iluminación era maravillosa; la calma y la belleza grandes.

Palermo martes 3 de abril

Lo primero que hicimos fue observar de cerca de la ciudad, muy fácil de ver y muy difícil de conocer: fácil, porque la atraviesa, desde la puerta de abajo, a la de arriba, desde el mar, hasta la colina, una calle de una milla de largo, cortada, por otra, que la cruza, casi en el Medio; cuanto hay en esta línea es fácil de encontrar. Al contrario, el interior de la ciudad extravía al extranjero, necesitando ayuda de un guía si ha de salir de aquel laberinto.

A la tarde dirigimos nuestra atención a la fila de carruajes de la nobleza que salía a paseo, según costumbre, fuera de la ciudad, orillas de la rada, para tomar el fresco, conversar y hacer la corte a las damas. Dos horas antes de la noche saliera la luna llena y daba aquel día inexplicable magnificencia. La posición de Palermo, al norte, hace que la ciudad y las costas estén de una manera muy singular en relación a los astros, cuyo reflejo nunca se ve en las aguas por esta misma causa, hoy, en lo más claro del día, vimos la mar, de un azul oscuro, severo y absorbente, mientras que Nápoles, desde el mediodía, en adelante, cada vez brilla más clara, más aérea y hasta más lejos.

Kniep me ha dejado desde hoy hacer solo muchas observaciones y paseo solitarios, porque quiere hacer un diseño exacto del monte Pellegrino, el promontorio más hermoso del mundo

Palermo 3 de abril 1787

Salimos de Nápoles el jueves 20 de marzo, al ponerse el sol, y anclamos en el puerto de Palermo cuatro días después, a las tres de la tarde. Un pequeño diario, que se adjunta, da cuenta general de lo ocurrido. Jamás se hizo un viaje tan tranquilo; nunca he pasado más sosegado tiempo que durante el que se ha prolongado, gracias al persistente viento contrario, aún en la cama de mi angosto camarote, donde la fuerza del mareo me obligó a quedarme los primeros días. Ahora mis pensamientos os buscan tranquilo, más allá de los mares, y tranquilo estoy, porque si algo divino espera, era este viaje.

Quien no se haya visto rodeado de mar, no tiene idea alguna del mundo ni de su relación con él. Como paisajista, esta simple, inmensa línea, me inspira pensamientos enteramente nuevos.

Hemos tenido, conforme a las indicaciones del diario, grandes mudanzas, en tan corto viaje, y en pequeño, sufrimos el destino del navegante. Nunca se alabará bastante la seguridad del paquebote y su comodidad. El capitán es hombre, agradable y muy inteligente. La compañía, la de un teatro entero; gentes bien educadas y aceptables. Mi artista es muchacho alegre, sincero y bueno, que dibuja siempre atento. Hizo el croquis de toda las islas y costas. A medida que se presentaban: mucho ha de gustar a ustedes todo, si lo llevo. Además, deseando acostarme las largas horas del prolongando viaje, me describió el procedimiento de la pintura al agua —*aquarella*— ahora muy en boga en Italia. Consiste en el uso de ciertos colores para obtener ciertos tonos, que, sin saber el secreto, nunca se conseguirían. Algo aprendiera en Roma, más sin orden. Los artistas lo estudiaron a fondo en la tierra de Italia. No hay palabras que puedan expresar la claridad vaporosa que flotaba sobre la costa. La hermosísima tarde que llegamos a Palermo, la

pureza de los contornos, la suavidad del conjunto, la degradación de los tonos, la armonía de cielo, mar y tierra. Quien no ha visto, no lo olvida en su vida. Ahora comprendo a Claudio de Lorena y tengo la esperanza de conservar, en el fondo de mi alma, las felices imágenes de esta morada, y un día reproducirlas en el Norte. ¡Si pudiera despojarme de todas las pequeñeces, según he desterrado de mis dibujos, la pequeñez de los techos de paja! Veremos lo que hace esta reina de las islas.

No puedo expresar la recepción que nos hizo: moreras con su tierno follaje, Laureles rosa de hoja perenne, espaldares de limoneros, etc. En un jardín público hay arriates anchos llenos de ranúnculos y de anemonas. El aire es tibio y aromático, el viento suave. La luna se elevaba detrás de un promontorio y resplandecía en la mar. ¡Y este placer, después de haber estado cuatro días y cuatro noches traqueteando por las olas! Perdonadme que escriba esto con una pluma roma, mojada en la tinta china de que se sirve mi compañero para sus dibujos. Que les llegue al menos un susurro, mientras preparo a cuantos me aman otro monumento de mis horas felices. Lo que será no lo digo; lo que contendrá tampoco, ni puedo decir cuando lo recibiréis.

Palermo martes 3 de abril

Este pliego, amados míos, debía asociaros, cuando es posible a tanta distancia, al placer más bello; debería de describiros lo incomparable de la gran masa de agua que forma este golfo. Del este, allí donde un promontorio más bajo avanza en el mar, hasta la rocas brutas, bien dibujadas y arboladas, las viviendas de los pescadores del Arrabal, después La ciudad misma, cuyas primeras casas dan al puerto, al igual de la nuestra, y la puerta que nos sirvió de ingreso.

Luego se dirige al oeste, formando la dársena de las embarcaciones pequeñas, y el puerto propiamente dicho, cerca del molo, sitio apropiado a los buques grandes. Alla al oeste se levanta, protegiendo a todos los barcos, el monte Pellegrino, de bellas formas, dejando entre él y la verdadera tierra firme, delicioso y fértil valle que se extiende del otro lado hasta el mar.

Kniep dibujaba, yo bosquejaba; ambos trabajamos gustosos, Y de regreso en casa, ya no tenemos valor ni fuerza de continuar ni de acabar. Nuestros croquis tienen que quedar así, esperando futuros tiempos, y la presente os da simple testimonio de nuestra impotencia para tomar bien los objetos, o mejor, de nuestra pretensión de dominarlos en tan corto tiempo.

Palermo miércoles 4 de abril

Esta tarde visitamos el fértil y agradable valle, donde serpentea el río Oreto, que de las montañas del sur baja a Palermo. Hace falta ojo de pintor y mano ligera si se quiere buscar aquí un cuadro, no obstante, Kniep ha encontrado el punto de vista de la caída del agua detenida, saltando una presa medio arruinada, a la que da sombra alegre, grupo de árboles; detrás, subiendo el valle, tiene perspectiva y algunas casas pintorescas.

El más hermoso tiempo primaveral y una fertilidad de exuberante, comunicaban al valle de sentimiento de paz, vivificador, que la sabiduría del majadero guía echó a perder, contándonos la batalla que en aquel lugar y en remoto tiempo diera Aníbal, y los terribles hechos de guerra allí acontecidos. Le reprendí malhumorado por evocar semejantes fantasmas, pasados.

—Bastante malo, es, le dije, que de vez en cuando destruyan las cosechas, no elefantes, sino caballos y hombres. No se debe arrancar a la imaginación de sus sueños pacíficos, relatando errores pasados.

Se maravilló mucho de que yo, en semejante paraje, rechazarse este pensamiento clásico, y no pude hacerle comprender el efecto de la mezcla de lo pasado y lo presente.

Todavía más extraordinario le tuve que parecer, viéndome buscar piedras en todas las partes que el río dejara en seco, y guardarme algunas de cada clase. Menos entendió todavía que la manera más pronta de formarse idea de un país montañoso es examinar las piedras que ruedan a los riachuelos, y que es asimismo la clave para representarse, entre las ruinas, aquellas siempre clásicas alturas de la antigüedad terrestre.

Rico botín acopié en el Oreto: traje unas cuarenta piedras reducidas

a pocas especies. La mayoría se podrían clasificar de jaspe, ágata o arcilla esquistosa.

La hallé, unas veces en cantos rodados, otras en piedras informes, y otras en figura romboidal, de variados colores. Más lejos aparecieron muchas variantes de la antigua Cal; no menos brechas, cuya materia de unión era ella misma; se reconocían en las piedras aglomeradas el jaspe o la caliza. Tampoco faltaban cantos formados de cal de conchas.

Alimentan los caballos de cebada, paja cortada y salvado. En la primavera les dan forraje de cebada verde para refrescarlos, *per rinfrescar,* según ellos dicen. No habiendo praderías, carecen de heno. En los montes y en los campos hay algunos pastos, y la tercera parte de aquellos queda en barbecho. Tienen pocas ovejas, cuya raza viene de Berbería. En general abundan las mulas; que a los caballos no les conviene tanto el alimento del país.

Forma la llanura de Palermo, la parte de fuera nombrada *Ai colli* y algo de la *Bagaria,* un terreno cuya base es una caliza fosilifera, de la que se ha construido la ciudad. Así son frecuentes grandes canteras abiertas en estos lugares. En la proximidad de Monte Pellegrino hay una que tiene cincuenta pies de profundidad. Las capas más bajas son blancas. Se ven petrificaciones de corales, crustáceos y en particular conchas de peregrino. La capa superior, mezclada de arcilla roja, contiene pocas o ninguna concha, y la externa delgada es también de la propia arcilla roja. El monte Pellegrino se levanta sobre todo esto: es una caliza antigua, muy porosa y dividida, que, mirada de cerca, aunque muy regular sigue la dirección del banco. La piedra es compacta y sonora

Palermo jueves 5 de abril

Hemos recorrido la ciudad al detalle. La arquitectura, en su mayor parte, se parece a la de Nápoles; hay, no obstante, monumentos públicos, por ejemplo, fuentes, aún más alejadas del buen gusto. No existe, como en Roma, espíritu del Arte, que rige el trabajo. Sólo a causa de accidentes particulares llegan las obras arquitectónicas a tener forma y vida. Difícilmente existiría una fuente admirada de todo el pueblo de la isla, si no hubiese en Sicilia hermosos mármoles coloridos, y si un escultor, hábil en figuras de animales, no hubiese estado de moda en aquella época. Es difícil describirla. En una mediana plaza hay una obra de arquitectura redonda que no llega a la altura de un piso. Zócalo, paredes y cornisa, todo de mármoles de colores. En la pared hay una fila de hornacinas, de donde salen toda suerte de cabezas de animales en mármol blanco, con el cuello tendido, mirando afuera. Caballo, león, camello, elefante, mezclados unos a otros, y apenas se puede uno figurar detrás del círculo de esta *menagería* una fuente, a la que se sube por escalerillas de mármol, colocadas en intersticios, dejados a propósito, en los cuatro lados, para coger el agua, que corre abundante.

Algo parecido sucede a las iglesias, donde el estilo fastuoso de los jesuitas todavía lo sobrepuja, sin principios ni miras, sino al acaso, conforme el artífice, tallista, dorador, colorista, barnizador o marmolista, tuvo a bien hacerlo a su antojo, según les vino a las mentes, sin dirección ni gusto. Así y todo, se nota facilidad en imitar las cosas naturales; tal sucede a aquellas cabezas de animales, bastante bien trabajadas. Esto despierta la admiración en las gentes cuyo goce artístico consiste sólo en encontrar la copia parecida al original.

Conocí a la tarde una persona muy distinguida entrando en una

tienda de la Calle Grande, para comprar algunas pequeñeces. Mirando los objetos, comenzó a soplar un vientecito que, barriendo toda la calle, levantó un polvo infinito, del que participaron por igual tiendas y ventanas.

—Por todos los Santos, —exclamé—, dígame usted de dónde dimana semejante falta de limpieza de su ciudad, y si no se podría remediar. Esta calle compite en extensión y belleza con el corso de Roma. A los lados hay aceras que los vecinos y los mercaderes cuidan de limpiar, arrojando todas las basuras al arroyo, que cada vez se ensucia más y a cada golpe de viento devuelve a ustedes las inmundicias que echaron. En Nápoles hay asnos ocupados en llevar a diario las basuras a las huertas y a los campos. ¿No podría hacerse aquí algo semejante?

—Entre nosotros las cosas son como son; —afirmó el hombre: lo que arrojamos de nuestras casas, se pudre todo junto, delante de nuestras puertas. Ahí ve usted capas de paja y de mimbres, de mondaduras de cocina y de toda suerte de inmundicias; se seca reunido y nos vuelve a entrar en figura de polvo, del cual nos defendemos todo el día. Pero mire usted, las escobas bonitas, delicadas y hacendosas, se usan, al fin y al cabo, sin hacer más que aumentar el polvo delante de nuestras casas.

Y tomándolo en chanza me decía la verdad. Tienen lindas escobitas de palma enana, que con pequeñas modificaciones podrían servir de abanicos; se gastan pronto, y las usadas se ven a miles en la calle. A mi reiterada pregunta de si no habría algún arreglo, contestó que corría la voz entre el pueblo que precisamente aquellos que debían cuidarse de la limpieza no podían, a causa de su grande influencia, verse obligados a hacer que los dineros públicos se gastasen conforme era debido, y además, había la notable circunstancia que se temía, echando fuera el polvo de este estercolero, descubrir el descuido del empedrado, con lo cual se probaría la administración ilegal de otra caja.

—Todo ello, —añadió con expresión burlona—, no son sino suposiciones y malos pensamientos.

Él era de la opinión de aquellos que aseguran que los nobles conservan debajo de sus carrozas esta capa blanda, para hacer cómodamente, sobre un suelo elástico, su acostumbrado paseo todas

las tardes. Y una vez que el hombre estaba en vena, tomó en broma otros muchos abusos de policía urbana, dándome la prueba consoladora de que el hombre siempre tiene bastante humor para divertirse con lo inevitable.

Palermo viernes 6 de abril

Santa Rosalía, patrona de Palermo, es tan conocida por la descripción que Boydone hizo de su fiesta, que de seguro agradará a mis amigos leer algo del lugar y el sitio donde en particular se la venera. El Monte Pellegrino, gran masa de piedra, más ancha que alta, se eleva al extremo Noroeste del Golfo de Palermo. Su hermosa forma no puede describirse con palabras. Hay una vista suya, muy fiel, en el Voyage pittoresque de la Sicile. Se compone de una piedra caliza gris de la época primitiva. Las rocas se hallan del todo desnudas; no crece en ellas árbol ni maleza; apenas la parte llana está cubierta de musgo y hierba.

En una caverna de este monte se descubrieron, al principio del siglo pasado, los huesos de la Santa, y se trajeron a Palermo. Su presencia libró de la peste a la ciudad, y Rosalía, desde aquel momento, fue la Santa protectora del pueblo. Se le construyeron capillas, y establecieron en honor suyo espléndidas festividades.

Los devotos subían animosos la montaña y se construyó, a gran coste, un camino que, como un acueducto, se sostiene sobre pilastras y arcos, y sube en zigzag entre dos peñas.

El sitio consagrado está más de acuerdo con la humildad de la Santa que buscó allí refugio, que las suntuosas fiestas que los hombres establecieron, honrando su completo alejamiento del mundo. Y tal vez toda la cristiandad, que desde hace diez y ocho siglos funda su imperio, su fausto y sus diversiones en la miseria de sus primeros fundadores y de sus confesores más ardientes, no puede mostrar lugar santo decorado y honrado de manera más sencilla y conmovedora.

Luego de subida la montaña se encuentra una esquina de roca, y se ve enfrente una pared escarpada en la que la iglesia y el

convento parecen incrustados.

El exterior de la iglesia no convida ni promete: abre uno la puerta sin esperanza, pero se queda maravillosamente sorprendido al entrar.

Se encuentra un espacioso pórtico que corre a lo ancho de la iglesia, abierto contra la nave. Hay en él las acostumbradas pilas de agua bendita y algunos confesionarios. La nave de la iglesia es un patio abierto, formado a la derecha por rocas escuetas, y a la izquierda por la continuación del pórtico. Está empedrada de losas algo pendientes, para facilitar el desagüe; y en el centro próximamente, hay una fuentecita.

La caverna misma se convirtió en coro, sin que se le haya quitado nada de su agreste forma natural. Se sube a ella por algunos escalones. Enfrente está el facistol y los voluminosos breviarios; a los dos lados, las sillas de coro. Todo alumbrado por la luz del día, que entra por el patio a la nave. Metido en la obscuridad, en medio del fondo de la caverna, se alza el altar mayor.

Según queda dicho, en la gruta nada se ha cambiado; más como en las piedras hay siempre filtraciones, fue necesario mantener seco el sitio. Lo consiguieron valiéndose de caños de plomo colocados en los bordes de los peñascos, soldándolos de diferentes maneras. Anchos arriba y terminando en punta, y además pintados de verde, semejan grandes cactus crecidos en el interior de la cueva. El agua tiene salida en parte a los lados, y en parte detrás, a un gran recipiente, de donde la toman los fieles, y sirve contra toda suerte de males.

Estando mirando estas cosas bastante atento, se me acercó un religioso y me preguntó si acaso era algún genovés deseoso de mandar decir misas. Le respondí que viniera a Palermo acompañado de uno que, siendo fiesta el día siguiente, subiría. Como siempre, uno de nosotros quedaba en casa; había yo subido hoy para ver lo que deseaba. Me dijo que podía usar de completa libertad, verlo todo bien y hacer mis devociones. Me mostró sobre todo un altar, a la izquierda de la cueva, que era un Santuario especial, y me dejó.

Entre las aberturas de un follaje de latón repujado, vi brillar lámparas debajo del altar: me arrodillé y miré por las rendijas. En el interior había otra reja de alambre delgado, de suerte que, sólo

como a través de un velo, podía verse lo que estaba detrás. A favor de la claridad de algunas lámparas tranquilas, distinguí una hermosa joven, tendida cual, en éxtasis, los ojos medio cerrados, la cabeza apoyada con abandono en la mano derecha, toda adornada de sortijas. No me cansaba de mirar esta figura, que me parecía dotada de especial atractivo. El traje, de latón dorado, imitaba perfectamente rica tela recamada de oro. La cabeza y las manos son de mármol blanco; no me atrevo a decir de un estilo elevado, pero sí de trabajo tan natural y grato, que se cree va a alentar y moverse. Un angelillo está de pie a su lado, y parece darle aire con un tallo de azucena.

Mientras tanto entraron los religiosos, y sentándose en sus sillas, principiaron a cantar vísperas. Me senté en un banco frente del altar, y los escuché un rato; después me volví a mi puesto, arrodillándome, y traté de ver, aún con más claridad, la hermosa imagen, abandonándome por entero a la ilusión encantadora de la figura y del sitio.

Cesó de resonar en la cueva el canto de los religiosos; el agua caía en el recipiente, precisamente al lado del altar. Las rocas desplomadas de la verdadera nave de la iglesia, cerraban todavía más la escena. Reinaba gran silencio en este desierto, casi muerto de nuevo; una gran limpieza en una caverna salvaje; el relumbrón del culto católico, sobre todo del culto siciliano, en su primitiva sencillez. La ilusión que producía la figura de la hermosa durmiente, encantadora aun para ojos expertos, todo hacía que no pudiese separarme del lugar sin dificultad, y volví a Palermo ya muy entrada la noche.

Palermo sábado 7 de abril

He pasado en silencio las horas más placenteras en el jardín público, inmediato a la rada. Es el sitio más admirable de la tierra. Dispuesto con regularidad, se meja, no obstante, cosa de hadas; plantado en fecha no distante, nos parece de la antigüedad. Orlas verdes rodean plantas extrañas. Espaldares de limoneros forman bóveda sobre elegantes enrejados, que cubren las calles. Altos muros de laurel rosa, salpicados de miles de aclaveladas flores encarnadas, seducen los ojos. Árboles exóticos, que yo desconocía de seguro, procedentes de países cálidos, todavía sin hojas, extienden ramas singulares. Un banco construido detrás del llano, permite a la vista dominar tan maravillosa vegetación entrelazada, y, en fin, la mirada se dirige al gran estanque, donde pececillos de oro y plata circulan graciosos, ocultándose unas veces bajo musgos de agua, otras reuniéndose en bandadas al cebo de una miga de pan. El verde de las plantas tiene matices amarillentos y azulados, desconocidos en nuestro país. Lo que daba al conjunto gracia admirable, era un vapor que se extendía uniforme sobre todas las cosas, haciendo tan notable efecto, que los objetos, sólo separados algunos pasos, se destacaban, en fondo azul claro, de manera que perdían su propio color, o a lo menos parecían muy azulados.

El aspecto singular que semejante vapor da a los objetos lejanos, barcos, promontorios, es muy importante para el ojo de un pintor, porque le permite apreciar y aun medir las distancias. A causa de ello es también delicioso un paseo por las alturas. No se ve la Naturaleza, sino cosas pintadas conforme hubiera podido pintarlas el más hábil artista, separándolas por degradaciones azuladas.

La impresión de aquel maravilloso jardín me quedó muy profunda. Las olas negruzcas en el horizonte boreal, sus choques contra los recodos de las playas, hasta el olor particular de la mar

vaporosa, todo trajo a mis sentidos y a mi memoria la isla de los venturosos Feacios. Me apresuré en seguida a comprar un ejemplar de Homero, ávido de leer contentísimo aquel canto, e improvisar una traducción de él a Kniep, que bien merecía, con un buen vaso de vino, además, descansar de su asiduo trabajo del día.

Palermo 8 de abril de 1787, domingo de Pascua

La ruidosa alegría de la feliz Resurrección del Señor, principió al amanecer. Petardos, cohetes, bombas y otros fuegos semejantes, se disparaban delante de las iglesias, mientras los fieles apretándose, entraban por las puertas, abiertas de par en par. El sonido de las campanas, el de los órganos, el canto del coro de las procesiones y el de los eclesiásticos, que venían a su encuentro, podrían aturdir, en realidad, los oídos de los no acostumbrados a honrar a Dios de manera tan ruidosa.

Apenas terminada la primera misa, vinieron a nuestra hospedería dos elegantes correos del Virrey, con el doble objeto de felicitar las Pascuas a todos los extranjeros, y de recibir, en cambio, su propina. A mí, además, me convidaban a comer, por lo cual mi donativo debía ser más considerable.

Después de haber pasado la mañana visitando diferentes iglesias y observando las caras y las figuras de la gente del pueblo, me dirigí al palacio del Virrey, situado en la parte más alta de la ciudad. Habiendo llegado algo temprano, encontré aún vacías las grandes salas; sólo se dirigió a mí un hombre bajito y alegre, a quien tuve al momento por maltés.

Cuando supo que yo era alemán, me preguntó si podría darle noticias de Erfurt, donde pasara agradablemente algún tiempo. A sus preguntas sobre la familia Dackerodes y sobre el Coadjutor de Dalberg, pude responderle a su satisfacción; mucho se alegró de ello, y me preguntó otras cosas acerca del resto de la Turingía. Se informó de Weimar con particular interés.

—¿Qué se ha hecho del hombre —dijo— que, en mi tiempo, lleno de juventud y de vida, daba el tono en la sociedad? He

olvidado su nombre; ¡pero basta saber que era el autor de Werther!

Después de corto silencio, como si recordara, contesté:

—¡La persona por quien usted, casualmente pregunta, soy yo mismo!

Dando muestras de la mayor sorpresa, dio dos pasos atrás, y exclamando:

—¡Mucho debe entonces haber cambiado!

—¡Oh! Sí, —exclamé—; entre Weimar y Palermo, mediaron muchos cambios.

En aquel momento entró el Virrey y su acompañamiento, y se portó con familiaridad decorosa, como corresponde a personaje de su rango. No pudo contener, sin embargo, una sonrisa, cuando el maltés volvió a expresar su sorpresa de verme allí. Durante la comida, el Virrey, a cuyo lado estaba yo, me habló del objeto de mi viaje, y me aseguró que daría órdenes para que me enseñasen todo en Palermo, y para que me facilitasen mi viaje por Sicilia, de todos los modos posibles.

Palermo lunes 9 abril 1787

Las locuras del Príncipe de Pallagonia nos ocuparon todo el día, y estas locuras resultan muy distintas de lo que, por lo leído y oído, nos habíamos figurado. A la continua, en aras del amor a la verdad, el que relata cosas absurdas está siempre cohibido. Quiere dar una idea de la cosa, y ya lo hace algo, cuando en realidad nada es lo que por algo se toma. Aquí debo hacer otra reflexión general, y es que, ni la obra del mejor gusto, ni la del peor, provienen inmediatamente de un mismo hombre, ni de un mismo tiempo, antes bien, consideradas con atención, se puede probar la genealogía de ambas. Aquella fuente de Palermo pertenece a los antecesores de la demencia pallagónica; sólo que está en terreno propio y se produce con entera libertad. Voy a tratar de desarrollar esta filiación.

Si aquí levantan un palacio de recreo casi en el centro de la propiedad, y sólo se llega a la morada señorial después de atravesar campos cultivados, huertas y otros predios rurales útiles, es porque los italianos son más económicos que las gentes del Norte, donde es frecuente destinar a parque una gran extensión de buen suelo, y goza la vista en improductivas matas. En el Mediodía, al contrario, levantan dos paredes, entre las cuales se llega al palacio sin enterarse de lo que hay a derecha e izquierda. Esta calle principia de ordinario en un gran portalón, y a veces en un vestíbulo abovedado, y termina en el patio del palacio. A fin de que la vista no se disguste por entero entre aquellas paredes, arriba las arquean hacia afuera, y las adornan de volutas y pedestales destinados a colocar algún jarrón que otro. Las paredes están enlucidas, divididas en compartimentos y pintadas. El patio del palacio forma un redondel de casas de un piso, viviendas de la servidumbre y los trabajadores. El palacio, cuadrado, se levanta dominándolo todo.

Tal es la disposición tradicional en semejante especie de construcciones, como lo habrá sido probablemente hasta el tiempo en que el padre del Príncipe edificó el palacio, de un gusto, si no el mejor, a lo menos soportable. El actual poseedor, sin renunciar a aquellos rasgos generales, deja libre curso a su capricho y a su pasión a todo lo deforme y de mal gusto, y se le hace demasiado favor concediéndole sólo una chispa de imaginación.

Entramos en la gran sala, que principia en el mismo límite de la posesión, y encontramos un octógono demasiado alto para el ancho. Cuatro enormes gigantes, con polainas modernas abotonadas, sostienen la cornisa, y sobre ella, frente a frente de la entrada, está suspendida la Santísima Trinidad. La calle que va al palacio es más ancha que de costumbre. Los muros se han convertido en continuo alto zócalo, sobre el cual, notables basamentos sostienen grupos singulares, mientras en los espacios intermedios hay jarrones. Lo desagradable de estas monstruosidades, que hicieron de prisa los más vulgares picapedreros, se aumenta por ser trabajadas en la más blanda toba conchífera. Sin embargo, un material mejor pondría aún más de manifiesto la indignidad de la forma. He dicho antes grupos, y me he servido de una expresión falsa e impropia en este lugar; pues tales cosas, puestas unas al lado de otras, no lo han sido en virtud de ninguna suerte de reflexión, ni siquiera capricho: la casualidad las hizo salir así. Tres grupos forman el decorado de uno de estos basamentos cuadrados, disponiendo sus bases de tal manera, que todas juntas, en diversas posiciones, llenen el espacio cuadrangular. El grupo principal consiste de continuo en dos figuras, y su base ocupa la mayor parte anterior del pedestal. De ordinario son monstruos con caras de animales o de hombres. Para cubrir la posterior, se necesitan todavía dos grupos.

El de tamaño mediano es casi siempre un pastor o una pastora, un caballero o una señora, un mono o un perro bailando. Queda todavía en el pedestal un hueco, y este suele llenarse con un enano, raza que hace siempre gran papel en las bromas sin ingenio.

Queriendo presentar en su totalidad los elementos de la locura del Príncipe de Pallagonia, daremos la lista siguiente: Criaturas humanas: mendigos y mendigas, español, española, moros, turcos, jorobados, toda suerte de contrahechos, enanos, músicos,

polichinela, soldados en traje antiguo, dioses, diosas, gentes vestidas a la antigua moda francesa, soldados con cartucheras y polainas. Mitología con adiciones burlescas: Aquiles y Chirón con polichinela. Animales o figuras incompletas: caballo con manos de hombre, cabezas de caballo sobre cuerpos de hombre, monos desfigurados, muchos dragones y serpientes, toda suerte de patas en figuras de todas clases, cabezas dobles y cabezas cambiadas. Jarrones: Toda suerte de monstruos y de ornamentos cuya parte inferior terminan en vientres de jarrones o zócalos.

Imagínense semejantes figuras, ejecutadas a cientos, sin entendimiento ni sentido, reunidas sin plan ni elección; imagínense estos zócalos, estos pedestales y estos monstruos, en una fila que se pierde de vista, compartiendo el sentimiento desagradable que se apodera de cada uno que recorre aquella senda de la locura.

Nos acercamos al palacio y nos recibe en sus brazos un antepatio semicircular. El muro fronterizo principal, donde se abre la puerta de entrada, está hecho como el de un castillo. Aquí vemos una figura egipcia empotrada en la pared, un surtidor de agua sin agua, un monumento, jarrones esparcidos alrededor, estatuas tendidas boca abajo. Entramos en el patio del palacio y encontramos el acostumbrado redondel, rodeado de pequeños edificios, que forman, de por sí, pequeños semicírculos, para que no falte la variedad.

En el suelo, cubierto de hierba en gran parte, y, como en un cementerio abandonado, se ven jarrones de mármol singularmente contorneados, del tiempo del padre, enanos y otras deformidades de época más moderna, que hasta ahora no han obtenido sitio fijo. También se pasa delante de una glorieta, toda llena de jarrones antiguos y piedras historiadas.

Pero lo absurdo de semejante mal gusto se muestra, en su más alto grado, en que las cornisas de las casas pequeñas se tuercen todas a un lado o a otro, de manera que el sentimiento del nivel y de la línea vertical, ley de la inteligencia humana y fundamento de toda simetría, se lastima y se nubla en nosotros. Los bordes de esos tejados los guarnecen hidras, bustos pequeños, coros de monos músicos y otras insensateces semejantes. Los dragones alternan con los dioses; un Atlas, en vez de un mundo, sostiene un tonel de vino.

Piensa uno salvarse, después de todo esto, en el interior del

palacio, que, construido por el padre, presenta aspecto exterior relativamente razonable, y no lejos de la puerta se encuentra la cabeza, coronada de laurel, de un emperador romano, sobre el cuerpo de un enano, sentado en un golfín. En el mismo palacio, cuyo exterior hace esperar interior más tolerable, la fiebre del príncipe comienza de nuevo a desbordarse. Los pies de las sillas están serrados a distintas alturas, de manera que nadie puede sentarse en ellas, y el que enseña el palacio avisa que en los asientos de terciopelo de las que están sólidas, hay espinas escondidas. En las esquinas se advierten candelabros de porcelana de china, que, mirados de cerca, se ven compuestos de tazas, copas, platos y cosas semejantes, muy bien pegadas unas a otras. No hay rincón donde no se vea algún capricho. Hasta la vista inapreciable del cabo y del mar la han echado a perder con cristales de colores, cuyos tonos falsos, unas vecen enfrían el país y otras lo encienden. Mencionaré todavía un gabinete artesonado de viejos marcos dorados, tallados para ser colocados juntos; todas las infinitas tallas, las diferentes degradaciones del dorado nuevo y viejo, más o menos empolvados y estropeados, cubren las paredes, estrechándose unos contra otros y dando idea de una prendería.

Sólo para describir la capilla sería necesario un cuaderno. Allí se encierra la clave de toda esta locura, que sólo puede crecer hasta tal grado en un espíritu fanático. ¡Imagínense los mamarrachos de una devoción desatinada que aquí se encontrarán! Voy a dar a conocer la mejor de las imágenes. Tendido en el techo hay un crucifijo de talla, bastante grande, pintado al natural, barnizado, con dorados entremezclados. En el ombligo del crucificado está clavado un gancho; de este cuelga una cadena fija en la cabeza de un devoto arrodillado que se mece en el aire, el cual, pintado y barnizado, al igual de todas las imágenes de la iglesia, debe representar un emblema de la devoción incesante del señor propietario.

Después de todo, el palacio no está terminado. Un salón grande que estableció el padre, rico y abigarrado, no mal decorado, quedó sin concluir, pues la gran locura del dueño no puede agotar sus extravagancias.

Por primera vez he visto impaciente a Kniep, cuyo sentido artístico sufrió hasta la desesperación en esta casa de locos; me sacó

de allí cuando yo trataba de representarme el pormenor de los elementos de aquel caos. Sin embargo, fue bondadoso y me dibujó uno de los grupos, el único que, al menos, ofrece una suerte de composición. Representa una mujer con cabeza de caballo, sentada en una silla, jugando a las cartas con un caballero vestido a la antigua usanza, con cabeza de grifo, corona y gran peluca. Recuerda las armas de la casa de Pallagonia, todavía extravagantes después de tantas locuras: un sátiro con un espejo, delante de una mujer que tiene cabeza de caballo.

Palermo martes 10 de abril de 1787

Hoy hemos subido a Montreal por un camino magnífico, que el abad de aquel monasterio hizo en el tiempo de sus grandes riquezas. Ancho, de cómodas subidas y árboles de trecho en trecho, y sobre todo bien provisto de surtidores y fuentes, adornadas muy al estilo pallagonio, que refrescan a hombres y animales.

El monasterio de San Martín, en el alto, es una fundación respetable. Un solterón solo, como el príncipe de Pallagonia, raras veces ha producido nada sensato; muchos juntos, al contrario, según lo manifiestan iglesias y conventos, las más grandes obras. Pero las asociaciones religiosas proceden así, seguras de posteridad más ilimitada que cualquier padre de familia. Los frailes nos enseñaron sus colecciones; tienen cosas bonitas en Antigüedades y objetos de Historia Natural. Nos gustó en particular una medalla con la imagen de una diosa encantadora. De buena voluntad se prestaban aquellos buenos religiosos a darnos una impresión, pero no teníamos allí la materia adecuada a cualquier suerte de forma. Después que nos hubieron enseñado todo, no sin hacer tristes, comparaciones entre el pasado y el presente, nos llevaron a una sala pequeña y cómoda, desde cuyo balcón se goza preciosa vista: pusieran la mesa para los dos, y no nos faltó muy buena comida. Después que trajeran los postres, entró el abad seguido de los religiosos más antiguos, se sentó y permaneció media hora acompañándonos, durante cuyo tiempo tuvimos que contestar a muchas preguntas. Nos separamos de la manera más amistosa. Los hermanos jóvenes volvieron a acompañarnos a las salas de las colecciones, y luego hasta el coche.

Tornamos a casa con sentimientos muy distintos de los de ayer. Hoy teníamos que lamentar la suerte de una gran institución que se sumerge, precisamente en el tiempo en que una empresa absurda se alza, creciendo rápida. El camino de San Martín se abre en la

antigua roca caliza; rompen las piedras, y de ellas fabrican cal, que se vuelve muy blanca. La queman sirviéndose de una suerte de hierba crasa y larga, seca en haces; de aquí proviene la calcara. Hasta los picos más agudos hay arcilla roja de aluvión; pues aquí la tierra se presenta cuanto más alta más roja, muy poco endurecida por la vegetación. Vi a lo lejos una hoya, casi como cinabrio. El monasterio se halla en el medio de la colina caliza, muy abundante en manantiales. Las de alrededor están bien cultivadas.

Palermo miércoles 11 de abril

Después de haber visto estos dos puntos principales fuera de la ciudad, fuimos al palacio, donde el activo correo enseña las habitaciones y su contenido. Con gran espanto nuestro, la sala de las Antigüedades se encontraba en el mayor desorden, a causa de la obra de un nuevo decorado arquitectónico. Sacaran las estatuas de sus sitios, y cubiertas con paños, las ocultaban los andamiajes; de manera que, a pesar de toda la buena voluntad de nuestro guía y de algún trabajo que se dieron los obreros, sólo pudimos formar de aquello idea muy incompleta. Sobre todo, me interesaban dos carneros de bronce que, aun vistos en estas circunstancias, excitaron muchísimo nuestra atención. Los representaron echados, una pata hacia adelante; y para estar enfrente, sus cabezas se inclinan a diferente lado. Son figuras poderosas de la familia mitológica, dignas de llevar a *Pryxus* y a *Helle*. La lana, no corta y rizada, sino cayendo larga y ondulosa; hechos con gran verdad y elegancia, del mejor tiempo griego. Dicen que adornaban el puerto de Siracusa.

El correo nos llevó después fuera de la ciudad, a las Catacumbas, que, dispuestas con sentido arquitectónico, no están en manera alguna explotadas como canteras. En una pared vertical de toba bastante endurecida, han socavado aberturas abovedadas, y en el interior se encuentran muchos ataúdes en filas, todo labrado en la masa, sin ayuda de ninguna obra de mampostería. Los ataúdes superiores son más pequeños, y en los espacios, sobre las pilastras, hay sepulturas de niños.

Palermo jueves 12 de abril

Hoy nos enseñaron el gabinete de medallas del príncipe *Torremuzza*. En cierta manera, fui de mala gana. Sé demasiado poco de estas cosas, y un simple viajero curioso es odioso a los verdaderos conocedores y aficionados. Convencido de que algún día hay que principiar, me conformé, sacando luego mucho gusto y provecho. ¡Qué ventaja ver de una mirada lo poblado que estaba el mundo antiguo de ciudades, de las que la más pequeña nos dejó, en preciosas monedas, una serie entera de la Historia del Arte, o de algunas épocas! Desde esos cajoncitos nos sonríe una eterna primavera de frutos y flores; una industria de la vida, en alto grado significativa. ¿Qué se yo? El esplendor de las ciudades de Sicilia, ahora oscurecido, sale de nuevo brillante de estos metales, que tienen forma. Desgraciadamente, en nuestra niñez no hemos poseído más monedas que las de familia, que nada dicen, y las monedas del Emperador, que repiten el mismo perfil hasta la saciedad: imágenes de soberanos, que no deben considerarse ni tenerse por modelos de la humanidad. ¡De qué modo tan triste han limitado nuestra juventud a la Palestina, informe, y a Roma, donde las formas se confunden! Sicilia y la Grande Grecia me hacen esperar hoy una vida nueva. Entregarme a consideraciones generales viendo estos objetos, prueba que todavía entiendo poco de ellos; pero vendrá poco a poco, con el resto.

Palermo jueves 12 de abril, a la tarde

Esta tarde cumplí otro deseo, y en verdad, a mi gusto. Me encontraba en la Calle Grande, en la acera de aquella tienda, bromeando con mi comerciante del otro día; de repente viene hacia mí un correo, alto, bien vestido, que me presenta corriendo una bandeja de plata que llevaba en la mano, donde había muchas monedas de cobre y pocas de plata. Ignorante de lo que aquello representaba, bajé la cabeza y me encogí de hombros, signo acostumbrado de quien no sabe y no entiende, o no quiere entender las preguntas o petitorios que se le hacen. Tan de prisa como vino se alejó el correo, y entonces vi, en el lado opuesto de la calle, a su compañero en idéntica ocupación.

—¿Qué significa esto? Pregunté al tendero, —y con ademanes significativos y a hurtadillas, me señaló un señor alto y delgado que, en el medio de la calle, y vestido a usanza de la corte, muy urbano y sosegado, caminaba encima de la basura. Llevaba el cabello rizado y empolvado, el sombrero debajo del brazo, traje de seda, espada al costado, calzado muy primoroso con hebillas de plata; así iba el viejo, serio y tranquilo: todas las miradas estaban fijas en él.

—Es el príncipe de Pallagonia, —dijo el comerciante—, que de vez en cuando va por la ciudad pidiendo y juntando para el rescate de los esclavos cautivos en Berbería. En verdad, la colecta nunca rinde mucho; más la circunstancia queda impresa en la memoria y a menudo aquellos que se han abstenido de dar toda su vida, hacen buenos legados, destinados al objeto. El príncipe de Pallagonia es director, hace muchos años, de la institución, hizo ya mucho bien.

—En lugar de las locuras de su propiedad, dije yo, haría mejor empleando en eso su dinero; ningún príncipe hubiera prestado mayor servicio en el mundo.

Palermo viernes 13 de abril

El conde de Borck nos ha preparado muy eficazmente para la Mineralogía Siciliana, y el que quiera, después de él, visitar la Isla con igual designio, debe estarle agradecido. Me es grato, además de considerarlo un deber, celebrar el recuerdo de un predecesor. ¿No soy también un predecesor de otros, en la vida y en los viajes?

La actividad del conde paréceme superior a sus conocimientos; demuestra cierta complacencia de sí mismo, contraria a la modesta seriedad con que deben tratarse las cosas de importancia. Fuera de esto, su volumen en cuarto, en total dedicado a la Mineralogía Siciliana, me es de gran provecho, y preparado por él, me encontré en estado de visitar al pulidor de piedras, que menos ocupado que antes, cuando sólo se guarnecían de mármoles y ágatas iglesias y altares, sigue ejerciendo su oficio. En su casa encargué muestras de mármoles, blandos y duros, pues en esto, sobre todo, se distinguen de las ágatas, y rigen la diversidad de los precios tales diferencias. Además, saben preparar otro material valioso, aprovechándose del fuego en los hornos de cal. Encuéntrase en ellos una especie de vidrio irisado, desde el azul más claro al más obscuro, casi negro. Esta sustancia, al igual de otras piedras, se talla en láminas delgaditas, y se aprecia según lo subido de su color y su limpieza, empleándolo con éxito en lugar de lapislázuli, para altares, sepulcros y demás cosas de iglesia. Una colección completa, conforme yo la deseaba, no la había; me la enviarán pronto a Nápoles. Las ágatas son de la mayor belleza, en especial las que tienen manchas irregulares de jaspe amarillo y rojo, y otras de cuarzo también cuajado, que hace efecto bellísimo.

Una imitación suya hecha en el reverso de tablitas de cristal con pintura de colores y barniz, es la única cosa razonable que entre las insensateces pallagónicas encontré aquel día. Tales laminitas hacen

mejor efecto en el decorado que las verdaderas ágatas, por cuanto de estas se necesitan muchos fragmentos y el tamaño de las otras puede ser a gusto del arquitecto. Este arte industrial merece ser imitado.

Palermo 13 de abril de 1787

Italia sin Sicilia no forma imagen en el alma: aquí está la clave de todo.

Del clima nunca se podrá hablar bastante bien; ahora estamos en el tiempo de las lluvias, siempre interrumpidas; hoy truena y relampaguea, y todo reverdece poderosamente. El lino, en parte tiene botones y en parte florece. Son tan bonitos estos campos de lino, verdes azulados, que parece que en el fondo se ven lagos. Las cosas encantadoras son sin cuento, y mi compañero es excelente hombre, el verdadero *Hoffegut* Bien espera, así como yo continúo representando el papel de *Treufreund* (Amigo fiel)[8]. Hizo diseños muy bellos, y todavía continuará tomando lo mejor. ¡Qué perspectiva, volverme a casa feliz con tales tesoros!

Todavía no he hablado nada de comer y beber en esta tierra, sin embargo, no es artículo de poca importancia. Las verduras son magníficas, sobre todo la lechuga, tierna y sabrosa como la leche; Es comprensible por qué los antiguos la llamaban lactuca. El aceite, el vino, todo es buenísimo, y podría ser mejor si lo hiciesen con más cuidado. Pescados, los mejores y los más delicados. También tenemos en estos tiempos buena carne.

Ahora, luego de la comida, a la ventana, a la calle. Hay un reo indultado, como siempre sucede, en honor de la salvadora Semana de Pascua. Una hermandad lo lleva hasta debajo de un patíbulo que han levantado por fórmula. Allí tiene que orar delante de la escalera y besarla; después, se lo llevan. Era un hombre guapo, de mediana estatura; el pelo rizado, un frac blanco, sombrero blanco, todo blanco; llevaba el sombrero en la mano, y no hubiera necesitado, sino que le prendiesen en un lado y otro algunas cintas de colores, para parecer un pastor en un *redoute*.

Palermo 13 y 14 de abril de 1787

Voy a dar cuenta detallada de una singular aventura que se me ha ofrecido antes de la partida.

Todo el tiempo de mi estancia aquí, oía en nuestra mesa redonda hablar mucho de Cagliostro, de su origen y de su suerte. Los palermitanos estaban acordes en asegurar que cierto José Bálsamo, nacido en su ciudad, había sido desconceptuado y desterrado a causa de sus malas acciones. Si este y el conde Cagliostro eran una misma persona, no estaban conformes las opiniones. Los que en otro tiempo le conocieron, querían encontrar su figura en el grabado que todos conocemos, y que había llegado a Palermo. En estas conversaciones, se refirió uno de los comensales al trabajo que un jurisconsulto palermitano hiciera, deseando poner en claro la cosa. Le encargó el ministerio francés averiguar la procedencia de un hombre que tuvo la desvergüenza de hacer salir; a la faz de Francia y puede decirse del mundo entero, de un proceso peligroso; cuentos de viejas.

Decían que este jurisconsulto levantara el árbol genealógico de Bálsamo, enviando a Francia una Memoria luminosa con documentos justificativos, que probablemente se publicaría.

Manifesté deseo de conocer aquel hombre de ley, del cual, aparte de eso, había oído hablar muy bien, y el narrador se ofreció a anunciarle mi visita y llevarme.

Después de algunos días fuimos y lo encontramos ocupado con varios clientes. Luego que los hubo despachado y que almorzamos, sacó su manuscrito, que contenía, en concepto de Memoria, el árbol genealógico de Cagliostro y los documentos en que se fundaba, copia del remitido a Francia.

Me lo mostró y me dio las noticias necesarias a su inteligencia,

de las cuales mencionaré aquellas más necesarias para formarse idea ligera de su contenido.

El bisabuelo de José Bálsamo, por el lado materno, era Mateo Martello.

El nombre de su abuela es desconocido. De este matrimonio nacieron dos hijas: una, María, casó con José Bracconneri y fue la abuela de José Bálsamo. La otra, Vicenza, casó con José Cagliostro, natural de La Roava, lugarcito a ocho millas de Messina. Advierto que en Messina hay todavía dos fundidores de campanas de tal nombre. La tía abuela fui después madrina de José Bálsamo; este recibió en el bautismo el nombre de su marido, y, por último, fuera de su país, llegó a tomar el apellido Cagliostro, del tío abuelo. Los esposos Bracconneri tuvieron tres hijos: Felicitas, Mateo y Antonino.

Felicitas se casó con Pedro Bálsamo, hijo de un cintero de Palermo, Antonino Bálsamo, acaso de origen judío. Pedro Bálsamo, padre del mal afamado José, dio quiebra y murió a la edad de cincuenta y cuatro años. Su viuda, que vive todavía, tuvo, además del mencionado José, una hija, Juana Josefa María, que se casó con Juan Bautista Capitummino, el cual murió dejándole tres hijos.

La Memoria, que el complaciente autor nos leyó y que a mis ruegos me permitió tener algunos días en casa, se fundaba en la fe de bautismo y partidas de matrimonio, reunidas con exquisito cuidado. Contenía, poco más o menos, las circunstancias que después hemos conocido todos por las actas procesales de Roma. José Bálsamo nació en Palermo en junio de 1743. Lo tuvo en la pila bautismal Vicenza Martello, casada con Cagliostro. Vistió en su juventud el hábito de los hermanos de la Misericordia, Orden que se dedica en particular al cuidado de los enfermos; mostró desde luego mucha disposición y mucho talento para la Medicina; pero, a consecuencia de su mala conducta, fue despedido, y después se hizo mago y buscador de tesoros en Palermo.

Su gran don de imitar todas las manos no lo dejó inactivo (sigue la Memoria), falsificó o inventó un viejo documento, en cuya virtud se apropió unos bienes en litigio. Se tomaron informes y lo prendieron; se escapó y lo citaron por edictos. De la Calabria se fue a Roma y allí se casó con la hija de un talabartero. De Roma pasó a Nápoles, nombrándose marqués Pellegrini. Después volvió a

Palermo; lo conocieron, lo pusieron preso y recobró la libertad de manera que merece contarse.

El hijo de uno de los primeros Príncipes sicilianos, gran propietario, que desempeñaba en la corte de Nápoles elevados destinos, unía a un cuerpo robusto y a carácter indomable, toda la soberbia a que los ricos y grandes mal educados creen tener derecho. Donna Lorenza supo ganárselo, y en tal defensor fundó el marqués Pellegrini su seguridad. El Príncipe demostraba en público que protegía a la pareja recién llegada; más ¿cuál no fue su rabia cuando, a petición de las partes que por su impostura habían padecido, fue José Bálsamo preso de nuevo? Buscó diversos medios a fin de libertarlo, y no dándole resultado, se entró en la antecámara del presidente para maltratar furiosamente al abogado de la parte contraria, si no pedía enseguida la absolución de Bálsamo. Habiéndose negado el abogado, lo agarró, lo golpeó, lo arrojó en tierra pateándolo, y apenas pudo librarle de peores tratamientos la entrada del presidente, que al ruido corrió y puso paz.

Era hombre débil y tornadizo, y no se atrevió a castigar al agresor. La parte contraria y su abogado se desalentaron, y Bálsamo fue puesto en libertad, sin que en los autos se encontrase ningún considerando en qué fundar su absolución, ni quién la había decretado, ni cómo había sucedido.

Muy pronto marchó de Palermo e hizo diferentes viajes de que el autor no puede dar completa cuenta. La Memoria termina probando, de manera muy sutil, que Bálsamo y Cagliostro son la misma persona, tesis que a la sazón parecía más difícil de sostener que ahora, enterados como estamos de toda la historia.

Si no hubiese creído entonces que en Francia publicarían la Memoria y que a mi vuelta ya lo estaría, tal vez hubiera hecho la copia que me permitían y enterado a mis amigos y al público, antes de ahora, de muchas circunstancias curiosas e interesantes.

Mientras tanto supimos la mayor parte de su contenido, gracias a una fuente que, antes de ahora, sólo brotaba errores. ¿Quién hubiera creído que Roma contribuyese tanto, una vez, a que se hiciese luz para quitar a un impostor su máscara, hasta el punto que hemos visto en la publicación de los autos del proceso?

Este escrito pudiera y debiera haber sido más interesante; sin embargo, siempre será valioso documento entre las manos de los hombres de juicio, que veían a disgusto las mentiras y falsedades de este hombre y sus farsas, honradas durante largos años por la generalidad de las gentes, que, sintiéndose por su amistad ensalzadas, tenían lástima en su crédula vanidad del sano entendimiento humano, cuando no lo menospreciaban.

¿Quién no guardó silencio voluntario durante aquel tiempo? Sólo ahora, terminada la cosa y fuera de controversia, puedo, de mi cuenta, completar los documentos, comunicando aquello que sé.

Viendo en la genealogía que se encontraban vivas tantas personas, en particular la madre y la hermana, indiqué al autor del escrito mi deseo de verlas y conocer la parentela de hombre tan singular.

Me aseguró que sería difícil conseguirlo, porque estas gentes pobres, pero honradas, vivían muy retiradas, acostumbradas a no ver extranjeros, y el carácter suspicaz de la nación podría figurarse toda suerte de cosas en mi visita. Sin embargo, me enviaría su pasante, el que tratara con la familia, por cuya intervención se habían podido juntar los documentos, base del árbol genealógico.

Al siguiente día se presentó el pasante y mostró algunos escrúpulos en el asunto. He evitado hasta ahora —me dijo — volverme a encontrar tales gentes, pues hasta ver entre mis manos sus fes de bautismo, partidas de casamiento y los otros documentos, y poder hacer sacar de ellos copias legalizadas, tuve que valerme de una astucia. Pretexté hablar de unos legados de familia vacantes en alguna parte, les hice creer en la posibilidad de que el joven Capitummino tuviese derecho a ellos, que ante todo había que hacer un árbol genealógico para ver hasta qué tiempo se podía remontar la pretensión del derecho; cuestión de negociaciones que yo tomaría a mi cargo si me prometían pagar el trabajo de una parte convenida en la suma que recibiesen. Alegres convinieron las buenas gentes. Tomé los papeles necesarios, se hicieron las copias, se trabajó el árbol genealógico, y desde entonces me guardo de presentarme a ellos. Hace algunas semanas me divisó la vieja Capitummino, y no hallé otra disculpa sino la lentitud con que avanzan aquí semejantes cosas.

Así dijo el pasante; no cediendo en mi intento, después de algunas deliberaciones, convinimos en que yo pasaría por un inglés que traía a la familia noticias de Cagliostro, el cual, desde la prisión de la Bastilla, acababa de marcharse a Londres.

A la hora convenida, que podrían ser las tres de la tarde, nos pusimos en camino. La casa se halla situada en la esquina de una callejuela, no lejos de la calle principal, que se llama *Il Casaro*. Subimos una miserable escalera y entramos, desde luego, en la cocina. Una mujer de estatura regular, fuerte y ancha, sin ser gorda, fregaba los utensilios de aquella. Vestía con aseo, y al entrar nosotros levantó el extremo de su delantal, queriendo ocultar la parte sucia; miró afable a mi compañero y dijo:

—*Signor* Giovanni ¡nos trae usted buenas noticias? ¿Ha arreglado usted algo?

Y contestó:

—En las cosas nuestras todavía no he podido conseguir nada; pero aquí está un extranjero encargado de saludar a ustedes de parte de su hermano, y él les podrá decir cómo se encuentra en la actualidad.

El saludo que yo traía no entraba en nuestras convenciones, pero el camino ya estaba abierto.

—¿Conoce usted a mi hermano? —me preguntó—. Toda Europa le conoce, le contesté, y creo que le gustará a usted saber que está bueno y en seguridad, pues de cierto habrán estado hasta aquí en cuidado de su suerte.

—Entren ustedes, —dijo—; yo les sigo al momento, —y con mi compañero pasé a la otra habitación.

Era tan grande y alta de techo, que entre nosotros hubiera podido pasar por un salón; más también parecía ser toda la vivienda de la familia. Una ventana única daba luz a las grandes paredes que un día debieron estar pintadas, y de las que pendían negras estampas de santos en marcos dorados. Dos grandes camas, sin cortinas, se veían de un lado; un armario obscuro, en forma de escritorio, del otro, y además viejas sillas de junco trenzado, cuyos respaldos habían sido dorados en otro tiempo; los ladrillos del piso, desprendidos en muchas partes. Por lo demás, todo estaba limpio, y

nos acercamos a la familia reunida en el otro extremo de la habitación, junto a la ventana.

Mientras mi introductor explicaba a la vieja Bálsamo, sentada en el rincón, el motivo de mi visita, y a causa de la sordera de la buena mujer, repetía muchas veces sus palabras en voz alta, tuve tiempo de inspeccionar el cuarto y las otras personas. Una muchacha como de diez y seis años, bien desarrollada, cuyas facciones había alterado la viruela, estaba a la ventana; a su lado un hombre joven, cuya desagradable figura, estropeada también por las viruelas, me chocó. En una silla de brazos, apoyada contra la ventana, sentada, o más bien tendida, una persona enferma, muy desmejorada, que parecía sumida en letargo.

Luego que mi acompañante se hubo explicado, nos mandaron sentar. La vieja me hizo algunas preguntas, que me tradujeron antes de contestarlas, porque ignoraba el dialecto siciliano.

Entre tanto la miraba satisfecho. No era delgada ni gruesa, pero sí bien formada. Sobre sus facciones regulares, que la edad no estropeara, se derramaba esa paz de que gozan los sordos. El sonido de su voz era dulce y agradable.

Contesté a las preguntas, y mis respuestas tuvieron también que ser traducidas.

La lentitud de nuestro diálogo me daba tiempo de medir las palabras. Le conté que su hijo fuera absuelto en Francia y que ahora se encontraba en Inglaterra, donde tuvo buen acogimiento. La alegría que con estas noticias demostraba, iba acompañada de una expresión de verdadera piedad, y hablando despacio y más alto, pude entenderla.

A poco entró su hija, sentándose al lado de mi acompañante, que le repitió fielmente cuanto yo le dijera. Habíase puesto un delantal limpio y arreglado sus ca. Bellos debajo de la red.

Cuanto más la miraba y comparaba a su madre, más me sorprendía la diferencia de las dos figuras. La sensación de la salud y de la vida se veían en toda la persona de la hija. Podría ser mujer de cuarenta años. Con sus alegres ojos azules miraba serena en derredor, sin que yo pudiese encontrar en su mirada el más ligero indicio de desconfianza. Sentada, prometía más estatura que la

alcanzada estando en pie; era resuelta su postura, se sentaba con el cuerpo arqueado hacia delante y las manos en las rodillas. La forma de su cara, más achatada que aguda, me recordaba el retrato grabado que conocemos de su hermano.

Me hizo diversas preguntas sobre mi viaje y mis proyectos de ver Sicilia, y quedó convencida que volvería con seguridad y celebraría en su casa la fiesta de Santa Rosalía.

Tornó la abuela a otras preguntas que yo estaba dispuesto a contestar, y la hija habló a mi compañero a media voz, pero de manera que pude tener ocasión de preguntar de qué se trataba. Me dijo él, que la señora Capitummino le estaba contando cómo su hermano le debía aun catorce onzas. A su marcha, tan rápida, había rescatado cosas que él empeñara. Desde entonces, ni supo más, ni recibió dinero ni protección alguna, aunque oyó decir que poseía grandes riquezas y gastaba a lo príncipe. ¿Querría yo encargarme, a mi vuelta, de recordarle de buen modo su deuda y alcanzarles su protección? ¿O bien podría llevarle una carta, o en todo caso enviársela? Me ofrecí a lo último, y preguntándome dónde vivía o adónde debían enviar la carta, rehuí decir mi casa y ofrecí volver en persona a recogerla el día siguiente a la tarde.

Luego me contó su deplorable situación: era viuda, tenía tres hijos, de los cuales, una muchacha entrara em un convento, la otra estaba presente, y el hijo acababa de marcharse a clase. Además de los hijos vivía con ella su madre y cuidaba de mantenerla, y aun por caridad se había encargado de aquella enferma, que aumentaba la carga. Todo su trabajo alcanzaba apenas a proporcionar a los suyos lo necesario. Bien sabía ella que Dios no deja sin recompensa estas buenas obras: sin embargo, gemía mucho bajo el peso que llevaba hacía tanto tiempo.

Los jóvenes se mezclaron en la conversación, que se hizo más animada. Mientras hablaba a los otros, oí que la vieja preguntaba a su hija si yo pertenecía a su santa religión. Pude observar que la hija evitó la respuesta de manera prudente, significando a la madre, según pude entender, que el extranjero parecía bueno para ellos, y que no era oportuno preguntar a nadie sobre ese punto, así, de repente.

Al oír que en breve saldría de Palermo, me instaron a que

volviese. Ponderaban, en particular, los días celestiales de Santa Rosalía, diciendo que no se veían ni se gozaban fiestas como ellas en todo el mundo.

Mi acompañante, que tenía gana de irse hacía mucho tiempo, me hizo seña de que pusiese fin a la conversación, y yo prometí volver al día siguiente por la tarde. Se alegró el pasante de haber salido tan bien librado, y nos separamos muy contentos.

Se puede figurar la impresión que me causó esta pobre, buena y piadosa familia. Mi curiosidad estaba satisfecha; pero su conducta natural y buena excitara mi compasión, que se aumentó reflexionando. Al mismo tiempo comencé a sentir temores, a causa del día siguiente. Era natural que mi presencia, que al principio les sorprendiera, después de mi marcha les diese en qué pensar. Sabía, gracias al árbol genealógico, que todavía vivían muchos de la familia; era natural que llamasen a sus amigos y les contaran cuanto el día anterior, admirados, oyeran de mi boca. Había logrado mi propósito: sólo me faltaba terminar con suerte la aventura. Decidí ir a la casa inmediatamente después de comer. Se sorprendieron de verme entrar. La carta no estaba lista todavía, dijeron, además, deseaban conocerme algunos de sus parientes, que a la tarde se reunirían allí. Aseguré que debía ponerme en camino el día siguiente muy temprano, que tenía aún que hacer visitas y mi equipaje, y así había preferido venir temprano, a dejar de venir.

En esto llegó el hijo, a quien no viera el día anterior. En el crecimiento y en la figura se parecía a su hermana. Traía la carta que debía llevar conmigo, y que, según costumbre en aquel país, había ido a escribirla a casa de un memorialista público. El joven era de natural triste y modesto; se informó de su tío; me preguntó acerca de sus riquezas y de sus gastos, añadiendo por qué había olvidado tanto a su familia.

—Nuestra mayor felicidad sería que viniese y se interesase por nosotros; pero, —prosiguió—, ¿cómo ha descubierto a V. que todavía tiene parientes en Palermo? Dicen que en todas partes nos niega y se hace pasar como hombre de gran nacimiento.

Yo contesté a la pregunta (que por descuido de mi acompañante no habíamos previsto en nuestra primera visita) de tal manera, que hacía verosímil que, a su tío, si bien podría convenirle ocultar al

público su origen, entre sus amigos y conocidos no guardaba secreto.

La hermana, que había entrado durante la conversación, animada sin duda en la presencia del hermano, o tal vez por la ausencia del amigo de ayer, comenzó a hablar con mucho despejo y viveza. Me rogaron que los recomendase a su tío cuando le escribiese; y el mismo afán mostraron en que, al terminar mi viaje en el Reino, volviese a pasar en su compañía las fiestas de Santa Rosalía.

La madre unió a la de sus hijos su voz.

—Señor, —dijo, aunque no es del todo conveniente, teniendo hija moza, ver en mi casa un extranjero, y hay que guardarse del peligro de la maledicencia, si usted vuelve a esta ciudad, será aquí siempre bien recibido.

—¡Oh, sí!, —exclamaron los chicos—, queremos acompañar al señor durante las fiestas; queremos enseñarle todo, sentarnos en el tablado donde mejor veamos la solemnidad. ¡Cuánto le va a gustar la carroza grande, y sobre todo la magnífica iluminación!

Durante este tiempo, la abuela leyera dos veces la carta. Al oírme despedir se levantó y me entregó el papel doblado.

—Diga V. a mi hijo, —comenzó a decir con cierta digna presteza y suerte de inspiración—, diga V. a mi hijo lo feliz que me han hecho las noticias que de él me ha traído; dígale le estrecho así, contra mi corazón. (Aquí cruzó los brazos oprimiéndolos contra su pecho). Que a diario ruego por él a Dios y a nuestra Santa Virgen; que le envío mi bendición a él y a su mujer, y que sólo deseo verle una vez antes de mi muerte, con estos ojos, que tantas lágrimas han vertido por él.

La elegancia propia de la lengua italiana favorecía la elección y la dicción noble de las palabras, acompañadas, además, con la manera de accionar, llena de viveza, que presta encanto indecible al exterior de las gentes de aquella nación.

No sin conmoverme, me despedí. Todos estrecharon mis manos; los chicos me acompañaron fuera, y mientras bajaba la escalera se asomaron al balcón de la cocina que daba a la calle; me hablaron, me saludaron y me volvieron a repetir que no dejase de volver.

Todavía los vi en el balcón cuando volví la esquina.

No necesito decir qué interés me inspiró tal familia: despertó en mi alma el más vivo deseo de serles útil, viniendo en ayuda de sus necesidades. La engañaron de nuevo, y sus esperanzas de auxilio, gracias a la curiosidad de un viajero del Norte, eran de nuevo defraudadas.

Mi primer proyecto fue enviarles, antes de partir, aquellas catorce onzas que les quedara debiendo el fugitivo, cubriendo mi donativo en la suposición de que me reembolsarían esa suma. Una vez en casa me ocupé en hacer cuentas y consultar mi caja y papeles. Comprendí que en una tierra donde la falta de comunicación hace la distancia infinita, podría hallarme yo mismo en un compromiso, si bondadoso de corazón, me encargaba de enderezar los entuertos de un pícaro.

La continuación de este asunto la narra Goethe en la *Genealogía de Cagliostro*. (Nuevos escritos, Berlín, Unger. I., 1792, pág. 275).

Salí de Palermo y no volví, y a pesar de las grandes distracciones de mis viajes por Sicilia e Italia, no salió de mi alma aquella sencilla impresión.

Torné a mi patria; y al hallar la carta entre otros papeles, que desde Nápoles vinieran embarcados, tuve ocasión de hablar de aquellas y de otras aventuras.

He aquí una traducción de la epístola, en la que, de propósito, se conserva toda la naturalidad del original.

«Mi más querido hijo:

»El 16 de abril de 1787 tuve noticias tuyas por el señor Wilton, y no te puedo expresar cuánto me han consolado, pues desde que te fuiste a Francia, nunca pude saber más de ti.

»Amado hijo: Te ruego que no te olvides de mí, pues estoy muy pobre y abandonada de los parientes, no siendo de mi hija María Ana, tu hermana, en cuya casa vivo. No puede por completo mantenerme, pero hace cuanto es dable. Está viuda con tres hijos; una hija tiene en el convento de Santa Catalina, los otros dos en casa.

»Te repito, querido hijo, mi ruego: envíame lo preciso, siquiera para que pueda ayudarme algo, puesto que no tengo ni aun las ropas necesarias para cumplir con mis deberes de católica cristiana; mi capa y mi sobrevestido están destrozados.

»Si me envías algo o me escribes una carta, no la envíes por el correo, sino por mar, porque D. Mateo (Bracconneri), mi hermano, es comisario superior de Correos.

»Amado hijo: te ruego que me señales un diario, a fin de que tu hermana pueda, en parte, aliviarse de su carga y yo no perezca de necesidad. Acuérdate del mandamiento de Dios, y ayuda a una pobre madre que está en la última necesidad.

»Mi bendición te doy y te abrazo con todo mi corazón, así como a Donna Lorenza, tu mujer.

»Tu hermana te abraza de corazón, y sus hijos te besan las manos. Tu madre, que te ama tiernamente y te estrecha contra su corazón,

Felice Bálsamo»

.

Palermo 18 de abril de 1787

Personas respetables a quienes enseñé este documento y conté la historia, participaron de mis sentimientos y me pusieron en situación de poder pagar mi deuda con aquella familia, enviándole una suma que recibió a fines del año 1788.

Del efecto que causó es testimonio la carta siguiente:

«Palermo 25 de diciembre de 1787

»Amadísimo hijo:

»Querido y buen hermano:

»La alegría que hemos tenido al saber que vienes y estás bueno, no la puede expresar ninguna pluma. Has llenado de placer con la ayuda que les enviaste, a una madre y una hermana abandonadas de todo el mundo, y que tiene dos hijas y un hijo que educar.

»Pues luego que el señor Jakob Joff, comerciante inglés, se tomó tanto trabajo buscando a la señora Josefa María Bálsamo de Capitummino, porque acostumbran a no llamarme más que Mariana Capitummino, nos encontró, por fin, en una casa pequeña donde vivimos con la conveniente decencia. Significónos que nos enviabas una suma de dinero y que había que dar de ella recibo, y yo y tu hermana firmarlo, como así se hizo. Pues en el mismo instante nos entregó el dinero y el cambio favorable nos ha favorecido.

»Ahora, figúrate el placer con que hemos recibido esta suma, en un tiempo en que teníamos la idea de pasar las Navidades sin esperanza de ningún socorro.

»Nuestro Jesús, hecho hombre, ha tocado tu corazón para que nos enviases esta suma, la cual no sólo ha servido para calmar nuestra hambre, sino para vestirnos, porque, a la verdad, carecíamos de todo.

»Sería nuestra mayor alegría que cumplieses nuestros deseos y pudiésemos verte una vez, particularmente yo, tu madre, que no ceso de llorar la desgracia de estar siempre alejada de mi hijo único, que quisiera volver a ver antes de mi muerte.

»Pero si esto no puede ser, por tus asuntos, no dejes nunca de socorrer mi necesidad, sobre todo ahora que has encontrado un conducto tan seguro y un negociante tan puntual y tan bueno, que sin tener nosotros noticia, y estando todo en su mano, nos buscó fiel y puntualmente, entregándonos la suma enviada.

»Para ti, esto no será nada; pero a nosotros cualquier socorro nos parece un tesoro. Tu hermana tiene ya dos muchachas hechas, y para su hijo también necesita protección. Ya sabes que nada poseen; ¡y qué obra tan excelente harás enviándole sólo lo que sea necesario para establecerlos de manera conveniente!

»Dios te conserve en buena salud. Con agradecimiento le rogamos y deseamos que te conserve la dicha que gozas, y que mueva tu corazón para que te acuerdes de nosotros. En nombre suyo te bendigo a ti y a tu mujer, como madre amante; yo, vuestra] hermana, os abrazo; lo mismo hace el primo José (Bracconneri) que ha escrito esta carta. Te pedimos tu bendición, como hacen igualmente las dos hermanas Antonia y

Teresa. Te abrazamos y somos

Tu hermano
que te quiere,
JOSÉ MARIA
CAPITUMMINO
Y BÁLSAMO.

Tu madre que
os ama y bendice;
Que os bendice á todas horas,
FELICE BÁLSAMO
Y BRACCONNERI.»

Las firmas de estas cartas son auténticas.

Yo enviara el dinero sin carta y sin indicación de quién lo mandaba, y así era natural el error y verosímil su esperanza para lo porvenir.

Ahora, enterado de la prisión y condena de su pariente, no me queda sino hacer algo en su obsequio y ponerlos al tanto. Todavía guardo una cantidad destinada a ellos, que quiero enviarles, y, al mismo tiempo decirles la verdad. Si alguno de mis amigos, si alguno de mis ricos y nobles compatriotas quieren darme el placer de aumentar, con algún donativo, esta pequeña suma que aún conservo, ruego que me lo envíe antes de San Miguel, y que tomen parte en la gratitud y alegría de una buena familia, de la que salió el fenómeno más singular aparecido en nuestro siglo.

No dejaré de hacer público el curso ulterior de esta historia y la noticia del estado en que mi próximo envío encuentre a la familia, y tal vez entonces añadiré algunas observaciones que con esta ocasión me han ocurrido, de las cuales me abstengo en la actualidad, para no anticiparme al juicio de mis lectores.

Palermo 14 de abril de 1787

De nuevo volví, a la tarde, junto a mi comerciante, y le pregunté qué pasaría en la fiesta de mañana; pues una gran procesión debía atravesar la ciudad, con el Virrey en persona, acompañando el Santísimo. La menor ventolera envolvería a Dios y a los hombres en espesa nube de polvo.

El festivo hombre me aseguró que en Palermo fácilmente se descansaba en los milagros. Ya muchas veces, en casos semejantes, cayera fuerte lluvia local y había lavado, al menos, parte de la calle, en general inclinada, abriendo camino limpio a la procesión; también hoy mantenían la misma esperanza, y no sin fundamento, que el cielo se cargaba y prometía agua a la noche.

Palermo sábado 15 de abril de 1787

Así sucedió. Un poderoso aguacero cayó del cielo la noche anterior. Inmediatamente, a la mañana siguiente, me eché a la calle para ser testigo del milagro. Y, en verdad, era bastante singular. El torrente, que limitaban las dos aceras, había arrastrado las basuras más ligeras calle abajo, parte al mar y parte a las alcantarillas no obstruidas. Lo más gordo lo había separado, al menos, ya a un lado, ya a otro, dibujando así en la calle singulares meandros limpios y netos. Cientos de hombres provistos de palas, escobas y horquillas, trabajaban ensanchando estos espacios pequeños, y al fin lograban comunicarlos entre sí, poniendo las suciedades restantes en montones, a ambos lados. De aquí resultó que la procesión, al comenzar, encontró camino limpio, tortuoso entre el fango, y tanto el clero con sus hábitos largos, como los bien calzados nobles, con el Virrey a la cabeza, podían atravesarlo sin obstáculos y sin mancharse. Me parecía ver los hijos de Israel, a quienes la mano de un ángel había preparado camino seco, y esta comparación ennobleció la insoportable vista de tantos hombres devotos y elegantes, rezando y pavoneándose en la calle, llena de fango amontonado.

En las aceras, empedradas, se podía andar sin ensuciarse. Por el interior de la ciudad, donde nos llevó el proyecto de ver diferentes cosas, hasta hoy descuidadas, era casi imposible circular, aunque no omitieron tampoco barrer y amontonar el fango.

Esta festividad nos dio ocasión de visitar la catedral y contemplar cuanto de notable encierra, y una vez sobre las piernas, nos dirigimos a otros edificios. Una casa morisca, hasta ahora bien conservada, nos gustó mucho. No es grande; pero las salas son bellas, espaciosas, bien proporcionadas, y el conjunto hermosísimo; en el clima del Norte no serían ni habitables; para el Mediodía es

vivienda agradabilísima. Los arquitectos podrían darnos el plano y los pormenores.

Vimos también, en un local contiguo, diversos restos de viejas estatuas romanas: no tuvimos la paciencia de descifrarlas.

Palermo lunes 16 de abril

Amenazados de dejar muy pronto este paraíso, esperaba encontrar hoy todavía, en el jardín público, completa satisfacción para leer en la Odisea mi pensum, y en un paseo por el valle, al pie del monte de Santa Rosalía, meditar en el plan del Nausica y ver si era posible cogerle el lado dramático del asunto. Todo se ejecutó, si no felizmente, a lo menos muy a mi gusto; bosquejé mi plan, y no pude prescindir de empezar y aun seguir algunas escenas que en particular me atraían.

Palermo martes 17 de abril de1787

Es verdadera desgracia que me tienten y sigan muchas suertes de espíritus. Ayer de mañana me fui al jardín público, en la firme y tranquila intención de continuar mis sueños poéticos; merced a una distracción mía me cogió otro espíritu, que estos días me seguía en secreto. Las muchas plantas que estaba acostumbrado a ver en cajones y macetas, y hasta detrás de cristales la mayor parte del año, las veía al aire libre, frescas y alegres, y cumpliendo así su destino por entero, se nos hicieron más inteligibles. A la vista de tantas figuras nuevas, o vistas de nuevo, me volvió la antigua manía de si no podría descubrir, entre esta multitud, la planta tipo. Debía existir. ¿Por qué conocería yo que esta o aquella figura fuese una planta si no hubiesen salido todas del mismo modelo? Me apliqué a buscar en qué las muchas variedades de formas se diferenciaban, y siempre las encontré más parecidas que diferentes. Quise emplear mi terminología botánica, y podía hacerlo, pero no daba resultados; me puso inquieto sin haberme servido de nada. Turbado se había mi hermoso proyecto poético; el jardín de *aleinous* desapareció, abriéndose ante mí el del mundo. ¿Por qué somos los modernos tan distraídos? ¿Por qué nos excitan las em presas que no podemos alcanzar ni terminar?

Alcamo miércoles 18 de abril de 1787

Salimos temprano de Palermo, a caballo; Kniep y el vetturino habían hecho el equipaje con gran habilidad. Subimos lentamente el excelente camino que ya conocíamos desde nuestro viaje a San Martín, y nos admiramos de nuevo ante una de las fuentes ornamentales que hay en él, al formarnos idea de las costumbres de templanza de este país. El caballerizo llevaba, colgado de unas correas, un tonelito semejante al usual de nuestras cantineras, y parecía contener suficiente vino para algunos días. Nos maravilló ver que se apeaba, y acercándose a uno de los caños, quitando el tapón, dejaba entrar agua. Le preguntamos con sorpresa verdaderamente alemana qué iba a hacer, estando el tonelito lleno de vino. Respondió calmoso que dejara vacía la tercera parte, y no bebiendo nadie vino puro, era mejor mezclarlo todo junto, porque así se unían los líquidos, y no se está seguro de encontrar siempre agua. En esto se concluyó de llenar el barril, y tuvimos que conformarnos con esta costumbre nupcial del antiguo Oriente.

Llegados a las alturas, detrás de Monreal, vimos comarcas maravillosamente bellas, más en el sentido histórico que en el económico rural. A la derecha alcanzaba la mirada hasta el mar, que entre los cabos más admirables y orillas unas veces muy arboladas y otras peladas, extendía su línea horizontal y hacía, en profunda calma, marcado contraste con las soberbias salvajes rocas calizas. Kniep no pudo menos de dibujar muchas en pequeños tamaños.

Ahora estamos en Alcamo, villita limpia y silenciosa cuya hospedería bien tenida, debe celebrarse como un buen establecimiento, pues desde aquí es fácil visitar el templo de Segesto, situado en lugar solitario y apartado.

Alcamo jueves 19 de abril

Esta tranquila villa de montañas nos pareció bien, y determinamos pasar en ella el día. Ante todo, hay que hablar de los acontecimientos de ayer.

Negaba originalidad al Príncipe de Pallagonia; ya veo que ha tenido precursores y encontrado modelos. En el camino de Montreale, en una fuente, hay dos monstruos, y en la balaustrada algunos jarrones, como si el Príncipe los hubiera puesto.

Detrás de Montreale, cuando se deja el hermoso camino y se entra en las colinas poéticas, se encuentran en la sierra, a lo largo de la vereda, piedras que por su peso y eflorescencia son de hierro. Todas las partes llanas están cultivadas y tienen mejor o peor cosecha. La caliza se muestra roja; la tierra, descompuesta en estos sitios, de igual color. Esta tierra roja, arcillosa, caliza, se extiende a gran distancia; el suelo compacto, sin arena debajo, da excelente trigo. Aunque mutilados, vimos olivos viejos, muy fuertes.

Bajo el tejado de una ventilada sala, construida delante de una posada vieja, nos reconfortó la comida. Unos perros comían ávidos los desperdicios de nuestras salchichas; un mendigo joven los echó y se puso a comer con apetito los pedazos de las manzanas que devorábamos; a su vez lo apartó otro mendigo viejo. La envidia del oficio existe en todas partes. El viejo, con su toga haraposa, iba de un lado a otro haciendo de mozo de comedor o de bodega; también he visto antes que, cuando el posadero necesita algo que no tiene en su casa, lo manda a buscar a la tienda por algún pobre.

No obstante, en general nos libramos de tan enojosos sirvientes, pues nuestro vetturino es excelente mozo de cuadra, cicerone, guarda, proveedor, cocinero y todo.

En las altas montañas siguen encontrándose el olivo, el

algarrobo y el fresno. El cultivo también se divide en tres años habas, cereales y barbecho; en cuya virtud dicen: «El abono hace más milagros que los santos». Podan las viñas muy bajas.

La situación de Alcamo es preciosa; sobre una altura, algo alejada del Golfo. La grandeza de la comarca nos atrajo. Altas rocas al lado de valles hondos, pero espacio y variedad. Detrás de Montreale, se vuelve al hermoso valle doble, en cuyo centro corre una loma rocosa. Los más fértiles campos se ven silenciosos y verdes, mientras al borde del camino arbustos y macizos de plantas silvestres ostentan derroche de flores. El espantalobos, completamente cubierto de flores amarillas papilionáceas, no deja ver ninguna hoja verde; el espino blanco, cuajado de ramilletes. Los aloes levantan la cabeza con indicios de florecer; rica alfombra de trébol rojo amaranto; el ofrismosca o hierba de dos hojas, la rosa de los Alpes, jacintos con sus campanillas cerradas, borraja, ajo gamón.

El agua que viene del monte Segesto trae, además de piedras calizas, muchos cantos rodados de piedra córnea: los hay azul obscuro, rojos, amarillos, grises, de muchos matices. También en rocas calizas vi ganga de piedra córnea o pedernal. De este conglomerado se encuentran colinas enteras antes de llegar a Alcamo.

Segesto 20 de abril

El templo de Segesto no se acabó nunca, y el espacio alrededor no ha sido nunca allanado; sólo igualaron el círculo donde se cimentaron las columnas, pues todavía ahora están en muchos sitios los escalones enterrados nueve o diez pies en el suelo, y no hay monte en las cercanías de donde hubieran podido bajar las piedras y la tierra. Las piedras están, la mayoría, tendidas en su posición natural, y no se encuentran ruinas. Todas las columnas se ven en pie: dos que se cayeron, las levantaron. ¿Debían tener zócalos las columnas? Es cosa difícil de decidir, y que sin un dibujo no puede ponerse en claro. Unas veces parece que deberían apoyarse en el cuarto escalón, y entonces se debiera bajar otro al entrar en el templo. En sitios, el escalón superior está cortado, y entonces parece como si las columnas tuviesen zócalos; y aun tales espacios vuelven a verse llenos, y nos encontramos en el primer caso. A los arquitectos corresponde aclarar el problema.

Los costados tienen doce columnas, sin las de esquina. La parte de adelante y la de atrás, seis, con las de esquina. Las muescas que sirven para transportar las piedras no fueron cortadas en los escalones que rodean el templo, prueba que jamás se terminó. Donde mejor se advierte es en el suelo, a trechos enlosado; en el centro todavía se ve la caliza roja más alta que el nivel del piso. Nunca debió estar embaldosado. Tampoco hay rastro alguno de sala interior, pero debe suponerse que existía su proyecto. No estuvo estucado, pero se supone que la intención era esa. En las piedras llanas de los capiteles hay salientes, donde tal vez debía prender el estuco. Todo está construido de una suerte de caliza semejante al travertino, ahora muy carcomida. La restauración de 1781 hizo mucho bien al edificio. El corte que une las piedras es sencillo, pero bonito. No pude encontrar las grandes piedras que menciona

Riedesel; tal vez se emplearan en la restauración de las columnas.

El emplazamiento del templo es singular. Al extremo. Superior de un valle ancho y largo, encima de una colina aislada, rodeada de peñascos. Tiene vista sobre una gran extensión de tierra, pero sólo una esquina de mar. La tierra presenta el aspecto inmóvil de una fertilidad triste: todo está cultivado, mas no se ve habitación casi en ninguna parte. Sobre cardos en flor, revolotean innumerables mariposas. Plantas de hinojo silvestre, hasta de nueve pies de alto, secas, del año anterior, estaban derechas, y tan numerosas y ordenadas, que se hubieran podido tomar por un vivero de árboles. El viento susurraba entre las columnas como en un bosque, y las aves de rapiña graznaban, cerniéndose sobre el entablamento.

El trabajo que pasamos en las ruinas invisibles de un teatro, nos quitó el gusto de buscar las de la ciudad. Al pie del templo se encuentran grandes pedazos de aquella piedra córnea, y el camino de Alcamo está cubierto de infinidad de ellas. Una parte se convierte en tierra silícea; de ahí que el suelo sea más poroso.

En hinojo verde observé diferencia entre las hojas superiores y las inferiores, pero es siempre el mismo órgano, solo, desarrollándose de la unidad a la multiplicidad. Aquí se escarda mucho: los hombres recorren todo el campo como para una batida. Se ven insectos también. En Palermo vi sólo gusanos de luz, lagartos, sanguijuelas y caracoles. No son de más bonitos colores que en nuestro país; al contrario, dominan los tonos grises.

Castel-Vetrano sábado 21 de abril de 1787

Desde Alcamo a Castel-Vetrano se pasa de colinas silíceas a montañas calizas. Entre sus picos afilados hay valles ondulosos, extensos, todos cultivados, sin árboles. Las colinas silíceas, llenas de gruesos cantos, que indican antiguas inundaciones del mar. El suelo muy bien mezclado, más ligero que antes, a causa de la arena. Salemi quedó una legua a nuestra derecha. Atravesamos rocas de espejuelo que cubren la cal. El terreno, cada vez mejor mezclado. En el horizonte, al Oeste, se distingue el mar. En primer término, el suelo es montuoso en todas partes. Hemos encontrado higueras brotadas. Lo más bonito y que excitaba nuestra admiración, eran los manchones de flores que, en el camino, excesivamente ancho, se habían establecido, sucediéndose por todos lados sus colores vivísimos, hasta perderse de vista.

Las más bellas guirnaldas de hibisco y malvas y muchas especies de trébol, dominaban alternando entre el ajo y las matas de galega. Cabalgamos por los es trechos senderos que se entrecruzan, innumerables en este matizado tapiz. En los hermosos pastos, ganado vacuno rojo, no de gran tamaño, más de buena forma; en particular de cuernos pequeñitos.

Todas las montañas del Nordeste se ven en cadena; un solo pico, el *Cuniglione*, se alza en el medio. Las colinas silíceas dan pocos indicios de agua; tampoco deben caer aquí grandes chubascos; no se ven barrancos ni aluviones.

Esta noche me ha sucedido una aventura muy singular. Nos habíamos echado muy cansados en la cama, en un local muy elegante en verdad. A media noche desperté y vi, encima de mí, la aparición más agradable: una estrella, tan hermosa como nunca creía haberla visto. Me regocijé contemplando aquella vista deleitosa y de buen agüero; pronto desapareció mi luz encantadora,

y me quedé solo y en tinieblas. En el momento de abrir el día tuve la explicación del milagro: era un agujero en el techo, y una de las estrellas más hermosas del cielo pasaba en aquel momento por mi meridiano. No obstante, los viajeros explicaron el acontecimiento natural a su favor.

Sciacca domingo 22 de abril

El camino, hasta aquí sin interés desde el punto de vista mineralógico, sigue colinas silíceas; se llega a la orilla del mar. Allí se alzan, de trecho en trecho, rocas calizas. Todas las tierras llanas son infinitamente fértiles. La cebada y la avena tienen la más hermosa planta. Cultivan la barrilla, la sosa; los áloes tienen el tallo fructífero, más altos que los de ayer y anteayer. Muchas variedades de trébol no nos dejan. Llegamos a un bosquecillo tallar espeso, cuyos árboles más altos estaban aislados; ¡al fin, también vemos alcornoques!

Girgenti lunes 23 de abril de 1787, tarde

De Sciacca a aquí, hicimos recia jornada. Antes del citado lugar habíamos visitado los baños; un manantial caliente brota de una roca, y posee muy fuerte olor de azufre. El agua tiene sabor salino no corrompido. ¿Se producirá el gas sulfuroso en el momento de la salida? Algo más arriba hay una fuente fría, sin olor. Arriba de todo se encuentra el monasterio, donde están los baños de estufa; se alza en aquel lugar vapor espeso en el aire puro. La mar no arroja sino cantos calizos; el cuarzo y la piedra córnea se hallan desmenuzados. Observé los ríos pequeños: *Caltabellota* y *Macasoli* traen asimismo cantos rodados calizos. Mármol amarillo y pedernal, los eternos acompañantes de esta noble caliza. Algunos pedacitos de lava me llamaron la atención; en la comarca no pude ver nada volcánico. Me figuro que a lo mejor son fragmentos de piedras de molinos, traídas de lejos. En Monte *Allegro* todo es yeso: yeso compacto y vidrio de Moscovia. Rocas enteras, delante de la cal y en medio de ella. ¡Admirable es el yacimiento de piedras de *Caltabellota*!

Girgenti 24 de abril

En toda nuestra vida se nos presentó aspecto de primavera, semejante a la salida del sol, el día de hoy. La nueva *Girgenti* ocupa el emplazamiento del antiguo castillo, en un circuito bastante grande, capaz de contener una población. Desde nuestra ventana vemos la extensa suave pendiente de la ciudad vieja, enteramente cubierta de jardines y viñedos, bajo cuyo verdor apenas se puede suponer rastro de los barrios antiguos de la ciudad grande y populosa. Sólo en el extremo meridional de la llanura, verde y florida, se ve salir el templo de la Concordia. Al Este algunas ruinas del de Juno. Las demás ruinas de edificios sagrados, alineadas con estas, no se distinguen a simple vista de arriba, y los ojos buscan, al Sur, el extenso arenal de una media legua hasta el mar. Hoy nos está prohibido bajar a tan soberbio paraje de flores y verdura, entre esos ramajes que prometen tantos frutos, ya que nuestro guía, un buen eclesiástico chiquito, nos ha pedido que, ante todo, dediquemos este día a la ciudad.

Primero nos hizo ver las calles, bien construidas; después nos llevó a puntos más altos, a fin de que la vista dominase mayor extensión. Luego a gozar del Arte en la Catedral. Se ve en ella un sarcófago perfectamente conservado, salvado gracias a haberlo convertido en altar: Hipólito y sus compañeros de caza y sus caballos, detenidos por la nodriza de Fedra, que le entrega una tablilla. La idea principal era representar jóvenes hermosos; y así, la vieja aparece pequeñita y enana, como obra secundaria, que no debe perjudicar a las figuras principales; me parece que en medio relieve no he visto nunca trabajo más hermoso. Al mismo tiempo se conserva a maravilla. Lo tengo, provisionalmente, por un ejemplar de la más graciosa época del tiempo griego.

A otras anteriores nos condujo la vista de un jarrón de gran

tamaño y en perfecto estado.

De arquitectura antigua, posterior, hay muchos restos, incorporados en algunas partes de la iglesia nueva.

Aquí no hay hospederías, y una buena familia nos hizo sitio en una alcoba alta, que da a una sala. Nosotros, con nuestros equipajes, venimos a quedar separados por verde cortina, de los miembros de la familia, que en cuarto grande fabrican macarrones de la especie más delgada, más blanca y más fina, y se pagan más caros cuando después de hacerlos filiformes se devanan en los afilados dedos de una muchacha, tomando forma de caracol. Nos sentamos entre las lindas criaturas, y pidiendo que nos explicasen el oficio, aprendimos que trabajaban con el trigo mejor y más pesado, que se llama grano *forte*, y que se emplea de preferencia el trabajo de mano a las máquinas o moldes. Al mismo tiempo nos prepararon el más excelente plato de macarrones, sintiendo no tener de aquella especie exquisita, que no se hacía fuera de *Girgenti*, o más bien, fuera de su casa. Los que nos sirvieron, no parecían tener igual en blancura y delicadeza.

Toda la tarde supo contener nuestro guía la impaciencia que nos impulsaba hacia abajo, volviéndonos a llevar a los altos, hermosos puntos de vista; mostrándonos los sitios donde, al día siguiente, habíamos de ver, de cerca, cosas notables.

Girgenti 25 de abril de 1787

Al salir el sol comenzábamos a bajar, y no dábamos un paso sin encontrarnos rodeados de detalles pictóricos. Con la conciencia de que nos hacía un buen servicio, nos llevaba nuestro hombrecito, sin detenernos, entre aquella rica vegetación, delante de mil cosas, cada una de las cuales ofrecía la escena de un idilio. A esto contribuye mucho la desigualdad del suelo, tomando las formas ondulosas de las ruinas que guarda, las cuales se cubrieron de tierra fértil con tanta más facilidad, cuanto que los antiguos edificios estaban cimentados sobre toba conquífera. Así llegamos al extremo oriental de la ciudad, donde las ruinas del templo de Juno se desmoronan más y más cada año, porque el viento y el temporal devoran la piedra porosa.

Hoy no habíamos dispuesto sino un vistazo de excursionistas; pero Kniep eligió ya los sitios que ha de dibujar mañana.

El templo se halla situado sobre una roca eflorescida; desde allí en línea recta, al Este, se extendían las murallas de la ciudad sobre un yacimiento calcáreo, cortado a pico en la playa lisa, que la mar abandonó más o menos temprano, después de haber formado estas rocas y bañado sus pies. Las murallas fueron construidas en parte en la misma roca, y en parte con los materiales sacados de ella. Detrás se levantaba la fila de los templos. No es extraño que la parte baja, la media y la alta de *Girgenti*, miradas en junto, desde el mar, ofrezcan vista tan notable.

El templo de la Concordia resistió muchos siglos; su arquitectura esbelta lo acerca ya a nuestra medida de lo bello y lo agradable; se puede comparar al de *Proestum*, cual la figura de un dios a la de un gigante. No quiero quejarme de que el nuevo loable proyecto para conservar el monumento haya sido ejecutado sin gusto, al cegar con yeso blanco las grietas y agujeros; esto hace a la vista el

monumento ruinoso hasta cierto punto. ¡Qué fácil hubiera sido dar al yeso el color de la piedra descompuesta! Se ve desmenuzarse tan fácilmente la caliza conchífera de las columnas y de las paredes, que se admira, en verdad, que haya durado tanto. Esperando posteridad semejante a ellos, los constructores habían tomado sus disposiciones; todavía se encuentran restos superficiales de una fina capa de enlucido en las columnas, que debía, a la vez, halagar la vista y garantizar la duración.

Hicimos el próximo alto delante de las ruinas del templo de Júpiter, extendidas como la osamenta del esqueleto de un gigante, dentro y fuera de pequeñas propiedades, que cortan vallados y cubren plantas altas y bajas. Toda forma ha desaparecido de aquel montón de escombros, exceptuando un enorme Triglifo y un pedazo de columna de las mismas proporciones. Medí al primero con los brazos abiertos, y no lo pude alcanzar; del canalado de la columna en cambio, puede esto dar idea: yo de pie, dentro, cogía como en una hornacina, tocándolo con los dos hombros. Veintidós hombres en círculo, unos al lado de otros, formarían, poco más o menos, la periferia de semejante columna. Nos alejamos con el sentimiento desagradable de que nada tenía que hacer allí el dibujante.

El templo de Hércules, al contrario, todavía conserva trazas de simetría. Las dos filas de columnas, que lo acompañaban a un lado y otro, yacen en la misma alineación, como caídas de una vez, de Norte a Sur; aquellas hacia lo alto de un montecillo y estas hacia abajo. El montecillo puede haberse formado de los escombros del templo. Las columnas, acaso sujetas por el entablamento, se desplomaron de una vez, quizá a causa del furor de la tempestad, y todavía están formadas regularmente, quebradas en las piezas que las formaban.

Kniep afila ya, en el pensamiento, sus lápices, deseando dibujar con fidelidad caso tan notable.

El templo de Esculapio ofrece bonitísimo cuadro, casi encerrado en los muros de una casa de campo, y dale sombra el más hermoso algarrobo.

Bajamos luego a la tumba de Theron, complaciéndonos en la vista del monumento, tantas veces reproducido. Sobre todo, nos

gustaba, en cuanto hace el primer término de una vista admirable. Desde el Occidente, la mirada alcanza al Oriente hasta la línea de rocas, asiento de la muralla de la ciudad arruinada, y entre ello y encima, se ven los restos de los templos. La mano experta de Hackert hizo de tal vista un cuadro encantador; Kniep no dejará tampoco de hacer un boceto.

Girgenti 26 de abril de 1787

Cuando desperté, ya estaba Kniep preparado a comenzar su excursión artística en compañía del muchacho que ha de llevarle el álbum y enseñarle el camino. He gozado de la espléndida mañana en la ventana, al lado de mi amigo, secreto y silencioso, mas no mudo. Timidez nacida de la veneración me impidió mencionase hasta ahora el nombre del mentor que de tiempo en tiempo consulto y escucho. Es el excelente Von Riedesel, cuyo librito llevo en el pecho, como breviario o talismán.

Siempre fui aficionado a mirarme en aquellas naturalezas que poseen lo que me falta, y así me sucede ahora. Resolución serena, seguridad en los fines, medios apropiados y bien determinados, preparación y conocimientos. Relaciones íntimas con un profesor excelente, con Wilckelman. Todo esto y lo que de ello se desprende, me falta. Sin embargo, no puedo recriminarme por tratar de sorprender, de asaltar y de alcanzar con maña, aquello que durante toda mi vida me ha estado prohibido por los caminos ordinarios. Sepa este hombre excelente, entre el bullicio del mundo, cómo un sucesor agradecido celebra su mérito, solo, en el solitario lugar que también para él tuvo tantos encantos que, olvidado de los suyos y olvidándolos, deseó pasar allí sus días.

Después he recorrido los caminos de ayer, con mi eclesiástico chiquito, observando muchos objetos y visitando, de vez en cuando, a mi laborioso amigo.

Mi guía me hizo notar una costumbre muy bella de la antigua gran ciudad. En las rocas y macizas murallas que sirven a *Girgenti* de baluarte, se encuentran sepulturas indudablemente destinadas para los buenos y los valientes. ¿Dónde podían reposar mejor para su gloria y para emulación eterna?

Entre el enorme espacio que separa las murallas del mar, encuéntrase todavía el resto de un pequeño templo, conservado como capilla cristiana. Las medias columnas se ven unidas admirablemente con los sillares del muro y trabajadas en común. Es de efecto gratísimo. Créese haber encontrado el punto donde el arte dórico alcanzó su medida de perfección.

Hemos observado además muchos monumentos poco aparentes de la antigüedad, y después, con más atención, la actual manera de conservar el trigo debajo de tierra, en grandes bóvedas amuralladas. El buen viejo me contó muchas cosas del estado civil y del eclesiástico. No le oí de nada que progresase. La conversación se concertaba muy bien con la incesante descomposición de las ruinas.

Las capas de la caliza conchífera caen todas hacia el mar. Bancos de roca carcomidos detrás y debajo, de modo que admiran, conservan su parte exterior y superior cual fleco colgante.

¡Odio a los franceses porque hicieron la paz con los berberiscos y se les acusa de vender a los cristianos por los infieles!

De antiguo había una puerta que daba al mar, abierta en la roca. Las murallas, que todavía se sostienen, están cimentadas en ella por escalones.

Nuestro cicerone se llama D. Miguel Vella, anticuario; habita en casa de Maese Cerio, en la proximidad de Santa María.

Plantan las habas procediendo de la manera siguiente: Hacen en la tierra cuevas, a conveniente distancia unas de otras; extienden en ellas un puñado de abono, esperan la lluvia, y después clavan las habas. La rama de estas la queman, y con sus cenizas lavan la ropa. No usan jabón. También queman las mondas de las almendras, y se sirven de ellas en vez de sosa. Primero lavan la ropa con agua, y después con aquella lejía.

La sucesión del cultivo es esta: habas, trigo, tumenia; el cuarto año dejan la tierra en campo. Por habas se entiende aquí las habas verdes, gordas. El trigo es hermosísimo. La tumenia, cuyo nombre

debe derivarse de bimenia o trimenia, es un magnífico don de Ceres; es una especie de trigo de verano, que madura en tres meses. Lo siembran desde primero de enero hasta junio, y siempre está maduro al cabo de aquel tiempo. No necesita mucha lluvia, sino calor fuerte; al principio tiene hoja muy tierna; luego crece como el trigo, y al fin se hace muy resistente. Siembran el grano en octubre o noviembre, en junio está maduro. La cebada sembrada en noviembre está madura en Junio; en la costa más pronto, en la montaña más tarde.

El lino está ya maduro. El acanto duplica sus hojas admirables. La *salsala fruticosa* vegeta de modo exuberante.

En los collados incultos crece valiosa esparceta; la arriendan en parcelas y la llevan a la ciudad en haces.

Del mismo modo venden la avena, que sacan de entre el trigo, al escardarlo.

En los terrenos en que van a plantar coles, hacen canales muy perfectos, con sus bordes destinados a facilitar el riego.

Todas las higueras tienen hojas y la fruta cuajada. Por San Juan debe estar madura; después, el árbol fructifica de nuevo. Las ramas de los almendros cuelgan muy cargadas. Un algarrobo descortezado tiene inmensidad de bayas. Las uvas de comer se cultivan en parras apoyadas en altas pilastras. Los melones que plantan en marzo, maduran en junio. En las ruinas del templo de Júpiter crecen lozanos sin señal de humedad.

El vetturino comía con gran apetito alcachofas y navicoles cocidas; verdad que hay que confesar son mucho más tiernas y suaves que las nuestras. Al que va por los campos, los labradores le permiten comer habas tiernas cuantas quiera.

Habiendo yo reparado en unas piedras negras y compactas parecidas a lava, me dijo el anticuario que eran del Etna, y que también se encontraban en el puerto, o mejor en el fondeadero.

En esta tierra no hay muchos pájaros: codornices. Las aves de paso son: ruiseñores, calandrias y golondrinas. El *kinnine*, pajarito negro que viene de Levante, se aparea en Sicilia y sigue más lejos, o se

vuelve atrás. El *rideune* viene en diciembre y enero de África, se posa en el *Aeragas* y de allí va a las montañas.

Una palabra más acerca del jarrón de la catedral. Hay en él un héroe, armado de todas armas. Parece llegar delante de un anciano, sentado, que en el cetro y la corona se conoce ser un Rey. Detrás se ve una mujer en pie, atenta y pensativa, la cabeza inclinada y la mano izquierda apoyada debajo de la barba. Enfrente, luego del héroe, un viejo, coronado igualmente, habla con un hombre que lleva lanza y puede ser de la guardia. El viejo parece haber introducido al héroe, y decir al soldado: «Déjale que hable al Rey, es un valiente». El fondo de este vaso parece ser el rojo, y el negro puesto encima. Tan sólo en los vestidos de la mujer parece el rojo sobrepuesto.

Girgenti viernes 27 de abril de 1787

Si Kniep ha de ejecutar todos sus proyectos, necesita dibujar sin descanso, mientras yo ando de un lado a otro con mi viejo pequeño guía.

Hemos pasado al lado del mar desde donde *Girgenti*, según aseguran los antiguos, presenta muy buen aspecto. La mar atraía mis ojos, y mi compañero me hizo fijar en una larga franja de nubes que, aparentando montañosa cadena, parecían reposar en la línea Sur del horizonte. «Aquello significa la costa de África —me dijo»—. En esto llamó mi atención, por lo raro, otro fenómeno. Era un arco estrecho, formado de nubes ligeras, que tenía un pie en la Sicilia; se curvaba en el alto cielo de azul purísimo, y el otro extremo parecía descansar en la mar, al Sur. Colorido vivamente por el sol en su ocaso, y mostrando poco movimiento, era, a la vista, la cosa más rara y bonita. Me aseguraron que este arco seguía la dirección de Malta, y podía muy bien apoyar su otro pie en aquella isla. El fenómeno se reproducía a veces. Sería bastante singular que la atracción de ambas islas se manifestase en la atmósfera de semejante modo.

Esta conversación me dio motivo para pensar de nuevo si no sería conveniente renunciar al proyecto de visitar Malta. Las dificultades y peligros de antes continuaban siendo los mismos, y decidimos conservar hasta Messina nuestro vetturino.

De otra parte, decidió esta vez nuestra dirección cierto capricho. Hasta ahora, desde los caminos, pocas comarcas viera ricas en trigo; el horizonte, además, en todas partes limitado por montañas más o menos lejanas; la Isla parecía carecer de llanuras, y no me formaba idea de cómo *Céres* pudo favorecerla tan especialmente. Informándome, me dijeron que, si deseaba verlo, en lugar de ir a Siracusa, debería internarme, donde encontraría en abundancia

campos de trigo. Aceptamos el consejo, y sabedores de que poco más queda de esta magnífica ciudad que su ilustre nombre, prescindimos de Siracusa. De todas suertes, fácil sería visitarla desde Catania.

Caltanisetta sábado 28 de abril

Al fin hoy podemos decir que hemos adquirido la prueba evidente de cómo Sicilia puede merecer y merece el honroso nombre de granero de Italia. A cierta distancia de *Girgenti* comienza el suelo fértil. No grandes llanuras, sino montes cubiertos, suavemente pendientes unos hacia otros, y crestas de colinas sembradas de trigo y cebada, que ofrecen a la vista no interrumpida masa de fertilidad. El suelo, apropiado a tales plantas, se aprovecha tanto, que no se divisa un árbol en ninguna parte, y todos los lugarcitos y habitaciones se ven situados en la cima de las colinas, donde una extensa mancha de piedra caliza haría sin esto el suelo inaprovechable. Allí viven las mujeres todo el año ocupadas en sus ruecas y telares. Los hombres, durante el tiempo de los trabajos del campo, sólo van a sus casas los sábados y los domingos; el resto de la semana se quedan abajo y se cobijan de noche en chozas de pino. Nuestro deseo se cumplió hasta la saciedad; hubiéramos querido tener el carro alado de Triptolemo para huir de aquella uniformidad.

Cabalgamos con el fuerte calor del sol a través de esta desierta fertilidad, y nos regocijamos de llegar al fin a la bien situada Caltanisetta, donde, sin embargo, fue inútil el trabajo invertido en buscar posada tolerable. Las mulas tienen magníficas cuadras abovedadas; los mozos duermen sobre el trébol destinado a los animales, más los extranjeros necesitan preparárselo todo ellos mismos. Ponen un cuarto a vuestra disposición, y empezáis limpiándolo. Sillas y bancos no se encuentran, y hay que sentarse en banquillos próximos al suelo, hechos de madera dura; mesas, tampoco se ven ni encuentran.

Si uno quiere convertir los banquillos en pies de cama, va a casa del carpintero y alquila, mediante cierto precio, las tablas

necesarias. El gran saco de cuero, que nos prestó Hackert, nos viene muy bien, y determinamos rellenarlo de paja menuda.

Primero de todo, es menester tomar disposiciones para la comida. En el camino habíamos comprado una gallina, y el vetturino salió por arroz, sal y especias; nunca estuviera aquí, y anduvo mucho tiempo desorientado sin saber dónde guisaría, visto que en el alojamiento no había comodidad. Al cabo, un vecino viejo condescendió en darle fogón, leña, utensilios de cocina y hasta mesa a precio módico, y mientras se hacía la comida nos llevó a pasear por el pueblo y últimamente a la plaza, donde, a la antigua usanza, estaban sentados alrededor y conversando los notables, los cuales quisieron que les contásemos noticias. Tuvimos que hablarles de Federico II, y era tan vivo su interés hacia el gran rey, que les ocultamos su muerte, a fin de no hacernos, con tan ingrata noticia, odiosos a nuestros huéspedes.

Caltanisetta sábado 28 de abril de 1787

Apéndice geológico

Bajando las rocas calizas conchíferas de *Girgenti*, se nota una tierra blancuzca, que después se aclara; vuelve a encontrarse la antigua cal, e inmediato a ella, yeso. Valles extensos, llanos; fertilidad hasta en las cimas; mezcla de cal antigua y yeso descompuesto. Luego se muestra una caliza amarillenta y más suelta, gracias a cuyo color puede conocerse en los campos labrados, pasando con frecuencia a matiz oscuro, casi violeta. Como a medio camino, vuelve a mostrarse el yeso. Sobre este crecen a menudo siemprevivas de hermoso color violeta, casi rosa rojo, y en las rocas calizas musgo amarillo muy bonito.

La otra caliza descompuesta vuelve a verse con frecuencia, sobre todo cerca de Caltanisetta, donde la hay en capas que no contienen sino cal de conchas; después se presenta rojiza, casi del color del minio, y poco violeta, conforme se advirtió antes en San Martino.

Cantos de cuarzo, sólo los encontré a mitad de camino, en un vallecito cerrado por tres lados contra el Oriente, y demasiado abierto hacia el mar.

A la izquierda, en lontananza, se distingue la alta montaña cercana a *Camerata*, y otra semejante a un cono truncado. En el último tercio del camino no se ve un árbol. El fruto está magnífico, aunque no tan alto como en *Girgenti* y la orilla del mar; sin embargo, más limpio no es posible. En los campos de trigo, que se pierden de vista, no se ve una sola hierba mala.

Al principio sólo se advierten campos verdes; después campos arados, y en los sitios húmedos un pedacito de prado. También se

presentan álamos. Al salir de *Girgenti* hemos encontrado manzanas y peras; por lo demás, únicamente algunos higos en las alturas y en la proximidad de las escasas aldeas.

Estas treinta millas, cuanto he podido reconocer a derecha e izquierda, son caliza vieja y nueva, con yeso. La descomposición y acciones recíprocas de estos tres elementos, dan a la tierra su fertilidad. Muy poca arena deben contener; apenas rechina entre los dientes. Mañana comprobaré una hipótesis relativa al río Achates.

Los valles tienen bonita forma, y aunque no son del todo llanos, no se advierte señal alguna de torrentera: sólo corren arroyuelos, apenas perceptibles, que van inmediatamente al mar. Se ve poco trébol rojo; la palma enana desaparece, y asimismo las flores y arbustos de la parte Sudeste. Al cardo se le permite sólo dominar en los caminos; lo demás pertenece a Céres. Después de todo, la comarca tiene mucho parecido a los países fértiles y montuosos de Alemania; por ejemplo, entre Erfurt y Gotha, en especial mirando hacia el lado de los Gleichen [9].

Muchas cosas reunidas fueron precisas para hacer de la Sicilia uno de los países más fértiles de la tierra.

Pocos caballos se ven en todo el trayecto; aran con bueyes, y está prohibido matar las vacas y los terneros. Hemos encontrado muchas cabras, asnos y mulas. La mayor parte de los caballos son tordos, negros los pies y negras las crines. Se encuentran cuadras magníficas con plazas de mampostería. Las tierras se abonan para las habas y las lentejas; las otras producciones de los campos vienen luego de esta cosecha. La cebada verde, espigada, puesta en haces, y el trébol en la misma forma, salen a ofrecerla en los caminos a los viajeros que pasan a caballo.

En la montaña que domina a Caltanisetta, se hallan rocas calizas con petrificaciones. Las grandes conchas en las capas inferiores, y las pequeñas en las superiores. En las losas del empedrado del pueblo encontramos piedra caliza con pectinitas.

Pasando Caltanisetta, las colinas bajan bruscamente a diversos valles que vierten sus aguas al río Salso. El suelo es rojo, muy arcilloso, y queda mucho sin trabajar; en las partes labradas se da el fruto bastante bien, pero muy inferior al de las comarcas anteriores.

Castro Giovanni domingo 29 de abril

Notamos hoy mayor fertilidad aún, y más despoblados. Ha entrado el tiempo lluvioso, haciendo muy desagradable nuestra situación, pues tenemos que atravesar aguas engrosadas de manera considerable. En el río Salso, donde inútilmente buscamos un puente, nos sorprendió una costumbre curiosa. Estaban preparados hombres robustos que cogían, dos a dos, la mula, el jinete y el equipaje, y la llevaban por el río, atravesando una profunda corriente hasta un gran banco de arena; cuando toda la comitiva estaba reunida allí, pasaron también el segundo brazo los hombres con palos, y a empujones sostenían a los animales en el buen camino, salvando así la corriente. A la orilla del río se ve algún follaje, que desaparece pronto en el interior de las tierras. El río Salso lleva granito, una transición del gneis y del mármol en brecha de un solo color.

Vimos delante de nosotros la cresta de la montaña, aislada, donde está situado Castro Giovanni, y que da al país carácter grave y singular. Al cabalgar por el camino que la rodea, observamos que se compone de caliza concoide. Recogimos conchas grandes, sólo calcinadas. No se ve Castro Giovanni antes de haber llegado a la cima de la montaña, por estar situado en la pendiente Norte. El extraño pueblecito, el campanario a la izquierda, y enfrente, a cierta distancia, la aldea de Caltanisetta, presentan aspecto serio. En el llano se veían las habas en plena florescencia. ¡Pero, quién hubiera podido recrearse con esta vista! Los caminos horribles, y más espantosos aún, porque en otro tiempo estuvieron empedrados: ¡y seguía lloviendo! La antigua Enna nos recibió muy mal. En un cuarto con suelo de ladrillos y ventanas sólo de madera y sin cristales; de manera que, o teníamos que estar a obscuras, o sufrir la lluvia menuda que habíamos traído. Devoramos algu→ nos restos

de nuestras provisiones de viaje, y pasamos la noche en lastimoso estado, haciendo voto solemne de no elegir nunca, como término de viaje, un nombre mitológico.

En el camino lunes 30 de abril

Se baja de Castro Giovanni por rápida e incómoda cuesta; tuvimos que llevar los caballos de las riendas. La atmósfera, cubierta de nubes, muy debajo de nosotros, nos procuró un fenómeno maravilloso a gran altura. Eran rayas blancas y obscuras, y parecía algo corpóreo. Mas ¿de qué suerte podría lo corporal llegar al cielo? Nuestro guía nos dijo que la causa de nuestra admiración era una parte del Etna, que atravesaba las nubes; las nieves y las lomas del monte formaban las rayas; no era, sin embargo, el pico más alto.

La aguzada roca del viejo Enna estaba detrás de nosotros. Atravesamos largos y solitarios valles, sin cultivo y sin habitantes, abandonados a los animales que encontramos pastando, de hermoso color tostado, talla. Pequeña, cuernecitos bien plantados, esbeltos, y alegres como ciervos. Tan lindos animales tenían aún bastante pasto; no obstante, masas enormes de cardos lo iban limitando y arruinando poco a poco. Semejantes plantas encuentran aquí la más hermosa ocasión de multiplicarse y extender su casta. Se apoderan de un espacio increíble, que podría bastar para herbales de dos buenas posesiones. No siendo perennes, fuera fácil empresa destruirlos, cortándolos antes de florecer.

Mientras pensaba seriamente en planes de guerra agrícola contra los cardos, tuvimos que aprender, para nuestra vergüenza, que no son del todo inútiles. Llegados a un mesón solitario, nos paramos para dar pienso a los caballos, y encontramos dos nobles sicilianos que, atravesando el país, se dirigían a Palermo, a causa de un pleito. Vimos, admirados, aquellas dos personas graves delante de uno de los grupos, cortando con afiladas navajas la parte alta de los tallos; cogían enseguida con las puntas de los dedos su espinosa presa, y pelaban y comían la parte interior, complacidísimos. Ocuparon en esto mucho tiempo, mientras nos reconfortaban buen pan y vino,

puro esta vez. El vetturino nos preparó médula de tallo, asegurando ser alimento sano y refrescante; pero nos gustó tan poco como las navicoles crudas de Segesto.

En el valle, donde serpentea el río San Paolo, encontramos la tierra de rojo negruzco y cal descompuesta. Mucho barbecho, campos muy grandes; valle bonito, que hace muy agradable el río, pequeño. El terreno laborable, arcilloso y bien mezclado, tiene, en ocasiones, veinte pies de profundidad, casi sin variar. Los aloes habían echado fuertes brotes. Los trigos, hermosos, más ya no limpios de malas hierbas, y muy inferiores a los del Mediodía. Habitaciones pequeñas de vez en cuando; nada de árboles, no siendo a la bajada de Castro Giovanni. A orillas del río muchos pastos, que limitan enormes cardos. En las piedras del río, de nuevo el cuarzo, parte solo, parte como brecha.

Molimenti es una aldea nueva, situada con arte, en medio de hermosos campos, a la vera del río San Paolo. Los trigos de sus cercanías, incomparables, ya desde el 20 de mayo, casi en sazón de segarse. En toda la comarca no se ven aún trazas volcánicas, ni tampoco los ríos arrastran piedras de ese género. El suelo, de buena composición, mejor compacto que ligero; el color, en totalidad, de café obscuro, tirando a violeta. Todas las colinas, a la izquierda, que sirven de muro al río, son de piedra caliza y asperón, cuya transición o cuyo paso no ha podido observarse, y cuya descomposición, sin embargo, ha preparado la gran fertilidad, igual en todas partes, del valle inferior.

En viaje martes 1 de mayo de 1787

A través de un valle tan desigualmente cultivado, aunque destinado por la Naturaleza a una fertilidad general, cabalgábamos a la bajada pesarosos, porque después de tantas fatigas, nada venía al encuentro de nuestros designios pictóricos. Kniep dibujó una lontananza de mucho carácter; más siendo el primer término y el medio feísimos, hizo, jugando y muy a gusto, una parte anterior en el estilo de *Poussino*. No le costó trabajo, y resultó un cuadro muy bonito. ¡Cuántos viajes pintorescos estarán llenos de medias verdades del género!

El caballerizo, queriendo aminorarnos el mal humor, nos prometió buena posada, y a la noche, en efecto, nos condujo a una casa edificada hace pocos años, a conveniente distancia de Catania, a fin de que los viajeros la saluden con placer; y después de doce días, y a precio moderado, nos encontramos, hasta cierto punto, a gusto.

Pronto reparamos en un letrero escrito en la pared con lápiz, y en buena letra inglesa, que decía lo siguiente:

«¡Viajero, quien quiera que seas, guárdate en Catania de la hospedería llamada El León de Oro! Mejor te sería caer entre las garras de sirenas, cíclopes y de Scyla.»

Aunque figurándonos que el bien intencionado avisador habría ponderado algo mitológicamente el peligro, decidimos evitar los leones de oro, que se nos anunciaban como animales tan terribles. De consiguiente, al preguntarnos el arriero dónde queríamos parar en Catania, contestamos resueltos que en cualquier parte menos en El León. A lo cual nos propuso que diésemos preferencia al sitio donde colocaba sus animales, solo que habíamos de comer a nuestra cuenta, conforme hiciéramos hasta ahora. Aceptamos huir de las

garras del león; era nuestro único deseo.

En las cercanías de Hybla Major principiaron a manifestarse piedras de lava, que las aguas traían del Norte. Al pasar el río se encuentran rocas calizas, conteniendo toda suerte de cantos, piedra córnea, lava y cal, y además cenizas consolidadas, recubiertas de toba caliza. Las colinas silíceas, mezcladas, llegan a Catania. Hasta ellas, y más allá, se encuentran corrientes de lava del Etna. A la izquierda me pareció ver un cráter. Más abajo de Molimenti, los paisanos desgranaban el lino. Vimos aquí de manifiesto cuánto ama la Naturaleza los colores. Se cubre la lava, gris azulada, negruzca, de musgo amarillo de oro, y encima crecen, exuberantes, siemprevivas hermosas rojas y otras flores bonitas, color de violeta. Esmerado cultivo se muestra en las plantaciones de cactus y en las viñas, Luego se adelantan enormes corrientes de lava. Motta es una roca hermosa con muchísimo carácter. Las habas aquí parecen arbustos muy altos. Las tierras varían; unas veces son muy arenosas, y otras se ven mejor mezcladas.

El vetturino, que no viera ya desde mucho tiempo semejante vegetación primaveral del Sudeste, prorrumpió en grandes exclamaciones acerca de la belleza de los trigos, preguntándonos, con satisfacción patriótica, si en nuestro país había cosa parecida. Aquí todo se lo sacrifican; no se ven sino pocos árboles o casi ninguno. Encantadora era una muchacha de magnífica, esbelta figura, antigua conocida de nuestro vetturino, que, siguiendo el paso de una mula, iba charlando con él é hilando al mismo tiempo, con la mayor elegancia que imaginarse puede.

Aquí comienzan a dominar las flores amarillas. Cerca de Misterbianco vuelven a verse cactus en los setos; pero setos completamente de esta planta, de extraña forma, se encuentran en las cercanías de Catania, cada vez más regulares y más hermosos.

Catania miércoles 2 de mayo

A la verdad estábamos muy mal en nuestro mesón. La comida que podía prepararnos el mozo de mulas, no era la mejor. No desdeñaríamos una gallina cocida con arroz si el desmedido exceso de azafrán no la hubiera puesto tan amarilla como incomible. La cama, de lo más incómodo, casi nos obligó a volver al saco de cuero de Hackert. Hablamos desde muy temprano al bueno del huésped, que, sintiendo no podernos dar comodidades, nos mostró más arriba una gran casa donde recibían extranjeros, los cuales tenían mil motivos de contentamiento. Era la casa de la esquina, y del lado que la veíamos, prometía mucho bueno.

Subimos a ella al punto, y encontramos un hombre muy despierto, que se hizo pasar por criado, y en la ausencia del amo ofreció un cuarto muy bueno, al lado de un salón, asegurándonos, al mismo tiempo, que seríamos servidos a precios módicos. Según nuestra costumbre, nos informamos al punto de lo que nos costarían casa, mesa, vino, desayuno y los demás aditamentos. Todo era arreglado, y nos dimos prisa para traer nuestras menudencias y ordenarlas en la espaciosa cómoda dorada. Kniep, que por primera vez tuvo ocasión de abrir el álbum, ordenó sus dibujos, y yo mis observaciones. En seguida, muy contentos de nuestro hermoso cuarto, salimos al balcón de la sala para gozar de su vista. Luego de haberla contemplado y alabado bastante, volvimos a nuestros negocios, y ¡qué vemos! ¡Sobre nuestras cabezas un gran león de oro amenazándonos! Nos miramos desconcertados, nos sonreímos, y luego nos echamos a reír. Desde aquel momento miramos cuidadosos en derredor, por si sale de alguna parte uno de estos monstruos homéricos.

Nada vimos; en cambio encontramos en la sala una mujer joven y guapa, paseándose de un lado a otro con un niño, al parecer de

dos años, a quien llevaba de la mano. El vivaracho semi amo la reprendió duramente, diciéndole que se marchase al instante, que allí nada tenía que hacer.

—¡Es muy duro que me eches! —repuso ella: el niño no está contento en casa cuando tú estás fuera; y de seguro estos señores me permitirán tranquilizarlo con tu presencia.

El marido no se dejó ablandar, antes trató de echarla; el niño chillaba en la puerta de la manera más lastimosa, y al fin tuvimos que pedir en serio que se quedase la linda mujercita.

Puestos en guardia por el inglés, no era difícil ver la trama de la comedia.

Nos hicimos los novatos, los inocentes, y en cuanto a él, representaba a maravilla su papel de padre tierno; el niño estaba en su compañía contentísimo; sin duda la fingida madre acabaría de pellizcarle detrás de la puerta.

Cuando el marido fue a llevar una carta de recomendación al capellán del Príncipe Biscari, se quedó con la mayor sencillez charlando grandemente, hasta que volvió anunciando que el Abate vendría al punto a darnos noticias en persona.

Catania jueves 3 de mayo

El Abate, que anoche vino a saludarnos, se presentó hoy temprano y nos llevó al palacio; es de un solo piso y está construido sobre un zócalo alto. Vimos primero el Museo, donde hay reunidas estatuas de mármol y de bronce, vasos y toda suerte de antigüedades de este género. Aquí hallamos de nuevo ocasión de extender nuestros conocimientos; pero lo que en particular fijó nuestra atención, fue un torso de Júpiter, del cual he visto en el taller de Tischbein una reproducción en yeso, y que es demasiado excelente para que yo pueda juzgarlo. Nos daba la explicación histórica necesaria un familiar de la casa, y de allí pasamos a un salón grande y alto de techo. Las muchas sillas arrimadas a las paredes, mostraban cuánta gente se reunía a veces en él. Nos sentamos esperando favorable acogimiento. A poco entraron dos señoras y se pusieron a pasear de arriba abajo, hablándose algunas veces. Cuando nos vieron, el Abate se puso en pie; yo lo mismo, y nos inclinamos. Pregunté quiénes eran, y supe que la más joven era la Princesa, y la otra una señora de la nobleza de Catania. Habíamos vuelto a sentarnos; ellas seguían de arriba abajo, paseando como podría hacerse en una playa.

Nos condujeron a la presencia del Príncipe, el cual, según me habían prometido, nos mostró su monetario particular, prueba de confianza; pues a causa de haberlo enseñado su señor padre y después él, les habían faltado muchas piezas, y esto disminuyó, en cierta medida, su acostumbrada complacencia. Ahora puedo mostrarme algo más conocedor, pues me instruyera viendo la colección del Príncipe de Torremuzza. He aprendido más, y me he ayudado de aquel hilo duradero de Winkelmann, que nos guía tan bien a través de las diferentes épocas del Arte. El Príncipe, muy instruido en tales cosas, viendo no expertos, pero sí aficionados

atentos, nos dio, de buena voluntad, cuantas explicaciones le pedimos.

Después de dedicar a ver tales cosas mucho tiempo, aunque todavía no fue bastante, estábamos en la idea de marcharnos, cuando nos llevó a las habitaciones de su señora madre, donde están los objetos de Arte de pequeño volumen.

Encontramos una señora distinguida, noble y natural, que nos recibió con las palabras siguientes:

—Miren ustedes cuanto gusten, señores. Aquí encontrarán todo conforme lo había reunido y ordenado mi difunto marido. Agradezco esto a la piedad filial de mi hijo, que no solamente quiere darme sus mejores habitaciones, sino que prohíbe salga ni cambie de lugar nada de lo que su buen padre adquirió y arregló; y así tengo la doble ventaja de vivir de la manera a que estuve tantos años acostumbrada, y ver y tratar los extranjeros de mérito y distinción que vienen, desde tan lejos, a ver nuestros tesoros.

Ella misma nos abrió el armario de cristal donde se conservan los trabajos en ámbar. El de Sicilia se diferencia de el del Norte en que pasa, desde el color transparente y opaco de la cera y de la miel, por todos los matices de un amarillo oscuro, hasta el más hermoso jacinto rojo.

Había varias copas y otros objetos hechos de esta materia, lo cual hace suponer pedazos grandes dignos de admiración. En estos objetos, en conchas labradas que preparan en Trápani, en fin, en trabajos de marfil muy escogidos, tenía la señora puesto todo su gusto, contando historias muy discretas a propósito de muchos objetos. El Príncipe llamaba la atención sobre los más serios, y así pasaron algunas horas instructivas y agradables.

Mientras tanto supo ella que éramos alemanes, y preguntó por Riedesel, Bartels y Münter, a todos los cuales conocía, cuyo carácter y manera de ser ha sabido distinguir y apreciar dignamente. Nos separamos de la Princesa a disgusto, y con disgusto pareció vernos marchar. Estos Estados insulares tienen siempre algo de solitarios, y sólo los sostiene y anima interés pasajero.

Después, el eclesiástico nos llevó al convento de Benedictinos y a la celda de un hermano de mediana edad, que, a causa de su

aspecto triste y ensimismado, ofrecía poco alegre conversación. Era, sin embargo, el hombre ingenioso, único que podía dominar el enorme órgano de esta iglesia. Adivinando, mejor que oyendo, nuestros deseos, los satisfizo en silencio. Nos fuimos a la muy espaciosa iglesia, que, preparando el magnífico instrumento, llenó hasta los últimos rincones, alternativamente, el más ligero soplo y los más poderosos sonidos.

Quien no hubiese visto al hombre, creería que era un gigante el que usaba tal fuerza; conociéndolo, se admiraba que no hubiese sido vencido, desde largo tiempo, en aquella batalla.

Catania viernes 4 de mayo de 1787

En seguida de comer vino el Abate en carruaje, porque quería enseñarnos la parte más lejana de la ciudad. Al montar, medió una disputa de etiqueta muy curiosa. Yo subí primero y tomé la izquierda; él, subiendo a su vez, pidió resuelto que cambiase de lugar y lo dejase sentarse a mi izquierda; le rogué que se dejase de esas ceremonias.

—Perdone usted —dijo— y deje que nos sentemos de este modo. Pues si yo me pongo a su derecha, cualquiera creerá que voy en su coche de usted; pero si me siento a su izquierda, ya se comprende que usted viene en el coche mío, es decir, en el del Príncipe, en cuyo nombre enseño a usted la ciudad.

Contra eso no había nada que oponer y se hizo conforme deseaba.

Hemos subido por las calles donde la lava, que en 1669 destruyó gran parte de la ciudad, todavía es visible. Como otra roca cualquiera, han labrado el torrente de fuego endurecido. Sobre él se trazaron calles y se empezaron construcciones. Rompí un pedazo, indudablemente fundido, acordándome que, antes de mi salida de Alemania, ya se había encendido la disputa acerca de la naturaleza volcánica del basalto. Lo mismo hice en diferentes sitios, a fin de tener muchas variedades.

Mas si los mismos naturales no fuesen amigos de su país, y no se tomasen el trabajo, en provecho propio o por amor a la ciencia, de recoger y reunir cuanto hay notable en su localidad, el viajero se molestaría largo tiempo en vano. En Nápoles, los comerciantes de lava me prestaron muchos servicios; aquí me los prestó, en sentido mucho más elevado, el caballero Gioeni. En su rica colección, dispuesta con mucha elegancia, vi lavas del Etna, basaltos de los

encontrados a su pie, con sus transformaciones más o menos visibles, enseñado todo de la manera más amistosa. Admiré en particular las zeolitas extraídas de las escarpadas rocas que están en la mar, debajo de Yaci.

Preguntándole al caballero de qué medios podría uno valerse para subir al Etna, no quiso ni oír hablar de una tentativa de ir a la cumbre, especialmente en esta época del año.

—En general —dijo después de haber pedido perdón por su atrevimiento—, los extranjeros que vienen aquí, ven la cosa como lo más fácil del mundo. Nosotros, los vecinos de la montaña, nos contentamos si un par de veces en nuestra vida, aprovechando las circunstancias más favorables, podemos llegar a la cima. Baydone, el primero que con sus descripciones avivó la afición a este volcán, no subió siquiera a él. El conde Bosch deja al lector en la incertidumbre, y tampoco pasó de cierta altura. Y lo mismo podría decir de muchos. En el momento, la nieve se extiende demasiado y presenta obstáculos insuperables. Si quieren ustedes seguir mi consejo, mañana temprano subirán a caballo al monte Rosso; desde aquella altura gozarán magnífica vista y podrán observar, al mismo tiempo, la lava antigua, que brotó de allí en 1669, corriendo desgraciadamente hacia la ciudad. La vista es soberbia y distinta; el resto, vale más que se lo cuenten a uno.

Catania sábado 5 de mayo de 1787

Siguiendo el buen consejo, nos pusimos hoy de madrugada en camino. Montados en nuestras mulas y mirando de continuo hacia atrás, llegamos a la región donde todavía el tiempo no ha dominado las lavas. Encontramos masas endurecidas, dentadas o mesas, entre las cuales los animales se procuraban paso conforme podían. Nos detuvimos en la primera altura considerable. Kniep dibujó, con mucha precisión, lo que estaba en la montaña delante de nosotros; en primer término, las masas de lava; el doble pico del monte Rosso a la izquierda; exactamente enfrente, sobre nosotros, los bosques de Nicolossi, de los cuales salía el nevado pico, algo fumante. Nos acercamos más al monte Rosso, y yo subí. Se compone en su totalidad de escombros volcánicos rojos, cenizas y piedras amontonadas. Con facilidad hubiera podido andar alrededor de la boca si un fuerte viento del Este no hiciese los pasos inseguros. Si quería andar algunos, tenía que dejar la capa; a cada momento estaba el sombrero en peligro de caer al cráter, y yo detrás. De consiguiente, me senté a fin de reponerme y ver el paisaje. Tampoco me valió tal postura. El huracán venía precisamente del Este, por cima del magnífico país que se extendía a mis pies, cerca y lejos, hasta el mar. Veía delante la vasta playa que se desarrolla entre Messina y Siracusa con sus recodos y ensenadas, ya por entero descubiertas, ya algo ocultas por las rocas de la orilla. Luego de bajar, aturdido, vi que Kniep empleara muy bien su tiempo mirando y fijando, mediante líneas delicadas, en el papel, cuanto el brusco huracán me permitiera ver apenas, para cuanto más conservar en la memoria.

Vueltos de nuevo a la boca del león, encontramos al que se daba por criado, al cual, con mucho trabajo, habíamos impedido seguirnos. Alabó que no hubiésemos subido a la cima; más propuso,

con mucho interés, para el día siguiente, un paseo por mar a las rocas de Yaci; era la partida de recreo más hermosa que se podía hacer en Catania. Se llevaban las provisiones y los chismes necesarios para hacer algo caliente; la mujer ofreció encargarse de este negocio; recordaba con alegría la expedición de ingleses que se habían hecho seguir de una barca con música, espectáculo delicioso, superior a todo. Estas peñas de Yaci me atraían muchísimo; tenía gran deseo de sacar de ellas tan hermosas zeolitas como viera en casa del caballero Gioeni. Podía arreglarse la cosa desechando la compañía de la mujer. Pero el espíritu avisador del inglés pudo más; renunciamos a las zeolitas; no nos parece pequeña nuestra moderación.

Catania domingo 6 de mayo de 1787

Nuestro acompañante eclesiástico no se cansó. Nos llevó a ver restos de arquitectura antigua, para los cuales el observador necesita poseer gran talento de restaurador. Enseñan restos de depósitos de agua de una Naumaquia y otras ruinas del mismo género, pero que, a causa de las muchas destrucciones de la ciudad, que motivaron las lavas, los terremotos y las guerras, están cubiertas o hundidas, hasta el punto que no ofrecen gusto ni enseñanza, sino al conocedor experto en arquitectura antigua.

El Páter nos dispensó de otra visita a casa del Príncipe, y nos separamos con expresiones de gratitud y amistad por ambas partes.

Taormina lunes 7 de mayo de 1787

Gracias a Dios porque cuanto vimos hoy está suficientemente descripto; pero más aún porque Kniep se ha propuesto dibujar, allá arriba, mañana, todo el día.

Después de subir la muralla de rocas que se alza no lejos de la mar, se encuentran dos cumbres unidas por un semicírculo. Cualquiera que fuese su forma natural, el Arte la ha ayudado, formando un Anfiteatro para los espectadores. Murallas y otras construcciones de ladrillo añadieron las salas y corredores necesarios. Al pie del escalonado semicírculo construyeron el escenario que cierra los dos peñascos, y concluye la obra más enorme de la Naturaleza y del Arte.

Sentándose donde en otro tiempo los espectadores más altos, preciso es confesar que nunca público alguno vio en ningún teatro semejantes objetos delante de sí. A la derecha, sobre altas rocas, se elevan castros; más abajo está la ciudad, y aunque estas construcciones son modernas, para los antiguos existían otras en igual sitio. Después, la mirada recorre todas las crestas de la larga cadena del Etna; a la izquierda, la orilla del mar hasta Catania, y aun hasta Siracusa. Luego cierra la enorme montaña fumante el amplísimo cuadro, pero no de modo aterrador; que la atmósfera atenuadora la hace parecer más lejana y más suave de lo que es.

Si desde este espectáculo se vuelve uno a mirar por los corredores que dispusieron a la espalda del espectador, se ve a la izquierda toda la muralla de rocas, y entre esta y la mar, serpenteando, el camino de Messina. Grupos y masas de rocas en la mar misma. La costa de Calabria, allá muy lejos, apenas se distingue de las nubes que suavemente se levantan encima.

Bajamos al teatro y nos detuvimos en aquellas ruinas, donde un

hábil arquitecto debería tratar de probar su talento de restauración, a lo menos en el papel. Enseguida emprendimos la tarea de buscar un sendero que nos llevase a la ciudad, a través de los jardines. Mas hubimos de aprender lo impenetrable que es un seto de aloes. Pasa uno con la mirada entre las hojas, y cree que puede pasar también con el cuerpo; pero las fuertes espinas de los bordes son obstáculos sensibles. Si subimos sobre una hoja colosal esperando que podrá sostenernos, se rompe de repente, y en vez de encontrarnos en libertad, caemos en los brazos de otra planta vecina. Al fin logramos desenredarnos de tal laberinto; tomamos en la ciudad algún alimento, pero no pudimos decidirnos a dejar aquel sitio antes de ponerse el sol. Era hermosísimo observar cómo iba sumergiéndose poco a poco en las tinieblas aquella comarca tan notable en todos sus puntos.

Bajo Taormina a orillas del mar, martes 8 de mayo de 1787

Nunca podré alabar demasiado a Kniep, que me ha enviado mi buena fortuna, porque me alivia de un peso que no podría llevar, y me devuelve a mi propio natural. Ha subido a pintar arriba, al por menor, lo que vimos de pasada. Muchas veces tendrá que afilar sus lápices, y no sé cómo se arreglará. Hubiera podido volver a ver todo eso. Primero quise subir; luego, me dio más gusto quedarme aquí. Busco lo estrecho, como los pájaros que quieren construir su nido. Heme sentado sobre ramas de naranjo, en la mala y descuidada huerta de un paisano, sumergiéndome en mis fantasías. Ramas de naranjo donde se sienta un viajero; esto suena de manera algo extraña. Pero se encuentra natural al saber que el naranjo, abandonado a sí mismo, echa brotes encima de la raíz, que luego se convierten en ramas.

Y así me senté pensando en hacer del plan de Nausica un resumen dramático de la Odisea. No juzgaba la cosa imposible; sólo necesitaba ver clara la separación fundamental del drama y de la epopeya. Kniep, muy contento, ha bajado para traerme dos enormes pliegos perfectamente dibujados. Los terminará para mí, como eterno recuerdo de este día espléndido.

No debe olvidarse que estábamos contemplando tan hermosa orilla bajo un cielo purísimo, desde un pequeño balcón, viendo rosas y oyendo ruiseñores que, según nos aseguran, cantan aquí seis meses seguidos.

De mis recuerdos

La presencia y actividad de un hábil artista y mis propios trabajos, aunque más débiles, me daban la seguridad de conservar, en bocetos y dibujos acabados, lo más interesante del país en general y de los detalles. Así, me entregué de lleno a un deseo que, poco a poco, aumentaba, y no era otro sino vivificar, mediante figuras poéticas y nobles, aquel bellísimo conjunto que me rodeaba; la mar, las islas, los puertos, y formar en este lugar, y de él mismo, una composición, en sentido y tono diferentes a todas mis obras. La pureza del cielo, la brisa de la mar, el vapor que confunde en un mismo elemento la mar, las montañas y el cielo, todo ello alimentó mis proyectos, y mientras paseaba en aquel hermoso jardín público de Palermo, entre setos de laurel florido, bajo enramadas bóvedas de naranjos y limoneros con fruta, y entre otras flores y arbustos que me eran desconocidos, sentía el influjo extranjero de la manera más agradable.

Me convencí que era el mejor comentario de la *Odisea* esta viva Naturaleza que me rodeaba; me procuré un ejemplar y lo leí, a mi manera, con increíble interés. Mas en breve me sentí impulsado a producir yo mismo una obra. Y tal idea, pareciendo al principio muy extraña, fue haciéndoseme más y más grata, hasta que, al fin me dominó enteramente; y no fue otra sino tratar como tragedia el asunto de Nausica.

No me es posible juzgar lo que haría de ello; pero pronto me conformé conmigo mismo respeto del plan. La idea principal era representar a Nausica, excelente doncella, muy solicitada, que no manifestaba ninguna inclinación, tratando hasta ahora de alejar a todos sus adoradores; más conmovida por un singular joven extranjero, sale de su indiferencia, y se compromete, dando a conocer, imprudente, sus preferencias, lo que hace la situación

completamente trágica. Realzarían tan sencilla fábula, motivos subalternos en cuanto a su riqueza, y en especial el carácter insular y marítimo que dominaría en la ejecución.

Comienza el primer acto con el juego de pelota; viene luego el conocimiento inesperado, y el escrúpulo de no llevar siquiera el extranjero a la ciudad, es ya indicio precursor de la inclinación.

El segundo acto representa la casa de Alcinous y el carácter de los pretendientes: termina con la entrada de Ulises.

El tercero se dedica entero a hacer resaltar el carácter del aventurero, y yo esperaba hacer algo artístico y grato de la narración dialogada de sus aventuras, que aprecian de muy diversa manera los diferentes espectadores. Durante el relato crecen las pasiones, y el vivo interés de Nausica hacia el extranjero se evidencia, al fin, en la acción y en la reacción.

En el cuarto acto Ulises prueba su valor fuera de la escena, mientras las mujeres se quedan y dan libre curso a la predilección, a la esperanza y a todos los sentimientos delicados. En vista de las grandes ventajas que lleva el extranjero, se contiene Nausica todavía menos, y se compromete irrevocablemente con sus conciudadanos. Ulises, medio culpable, medio inocente de todo esto, debe, al fin, confesar sus intenciones de partir, y a la buena joven no le queda otra cosa que hacer sino buscar la muerte en el quinto acto.

No había nada en tal composición que no hubiese podido pintar del natural, según mi propia experiencia.

Viajero y corriendo el riesgo de despertar inclinaciones que, si bien no tendrían fin trágico, podrían ser dolorosas, peligrosas y nocivas. Encontrándome en el caso, a tan larga distancia de mi patria, de poder contar aventuras de viaje y sucesos de mi vida con vivos colores, de ser tenido por la juventud como semidios, por las personas reposadas como un charlatán. Obtener más de un favor inmerecido, sufrir más de un obstáculo inesperado: todo me aficionaba tanto a este plan, a este proyecto desde mi estancia en Palermo, que la mayor parte de mi viaje en Sicilia la pasé soñando con él. Así sentí muy poco todas las incomodidades, porque me encontraba sobre el nido clásico por excelencia, con disposiciones poéticas en las cuales todo. Lo que pasé, todo lo que vi, lo que

observé y lo que me aconteció, todo lo recibí y lo conservé en mi alma con un sentimiento de complacencia.

Según mi costumbre, loable o no loable, escribí poco, o no escribí nada de ello; pero trabajé la mayor parte hasta en sus menores detalles en mi mente, donde, a pesar de todas las distracciones sucesivas, se quedó guardado hasta que ahora evoco un recuerdo pasajero.

Camino de Messina martes 8 de mayo

A la izquierda se ven altas rocas calizas, se colorean y forman golfos muy bonitos; después sigue una suerte de piedra que podría llamarse esquisto arcilloso o asperón gris. En los arroyos se encuentran ya cantos graníticos. Las manzanas amarillas de los solanos, las flores del laurel rosa, alegran el país. El río Niso trae esquisto micáceo, lo mismo que los otros riachuelos.

Miércoles 9 de mayo de 1787

Asaltados por el viento del Este, navegamos entre la gruesa mar a la derecha, y las murallas de rocas que vimos antes de ayer desde arriba; este día se pasó en batalla con el mar. Atravesamos innumerables riachuelos, entre los cuales, uno más grande, El Niso, lleva el honroso título de río. Pero estas aguas, al igual de las piedras que arrastran, eran más fáciles de dominar que el mar fuertemente tormentoso que en muchos sitios rompía delante de nuestro camino hasta las peñas, cayendo de rechazo el agua sobre los viajeros. Era cosa soberbia que sucedía raras veces, y por verla soportábamos la incomodidad.

Al mismo tiempo, no podía dejar de hacer observaciones mineralógicas. Las enormes rocas calizas, al descomponerse, van deshaciéndose, y las partes blandas son arrastradas por el movimiento de las olas, persistiendo las fuertes, y así toda la playa está cubierta con piritas de colores de la naturaleza de la piedra córnea, de las cuales hemos recogido muchos ejemplares.

Jueves 10 de mayo de 1787

Llegamos a Messina, y como no sabíamos de ningún alojamiento, nos acomodamos la primera noche en el del vetturino, para buscar al día siguiente uno mejor. Esta resolución nos dio, ya al entrar, la idea terrible de una ciudad devastada; pues anduvimos saltando de escombro en escombro un cuarto de hora, antes de llegar al mesón, que era lo único en todo este barrio reconstruido, y no presenta desde la ventana del piso superior sino un desierto erizado de ruinas. Fuera del circuito de esta cuadra, no había rastros ni de hombres ni de animales: era imponente el silencio de la noche. Las puertas no se cerraban con llaves ni con pestillos. Estaban tan poco preparados para recibir huéspedes humanos, como en otras partes para alojar caballos; sin embargo, dormimos tranquilamente sobre un colchón que el servicial vetturino sacó a fuerza de discursos, de debajo del cuerpo del posadero.

Viernes 11 de mayo 1787

Hoy nos hemos separado del excelente guía. Una buena propina recompensó sus diligentes servicios. Nos despedimos amistosos, habiéndonos él previamente procurado un criado que nos debe conducir a la mejor hospedería, y enseñarnos lo notable de Messina. El huésped, en su deseo de verse libre de nosotros, ayudó a transportar de prisa nuestros cofres y efectos a una vivienda agradable, cerca de la parte animada de la ciudad, es decir, fuera de ella misma. El estado de las cosas es el siguiente. Después de la terrible desgracia de Messina, en la que murieron doce mil personas, quedaron, sin tener donde guarecerse, las treinta mil restantes; la mayor parte de las casas vinieron a tierra, y las agrietadas paredes de las otras no ofrecían seguridad. A toda prisa levantaron entonces, al Norte de Messina, en una gran llanura, una ciudad de madera, de la cual puede hacerse, por de pronto, una idea el que cruce, en tiempo de ferias, el Römerberg de Francfort y la plaza de Leipzig; pues todos los talleres y tiendas están abiertos hacia la parte de la calle, y muchas cosas se hacen fuera. Hay muy pocos edificios grandes cerrados, y aún estos descuidadamente, porque los habitantes pasan mucho tiempo al aire libre. Así viven hace tres años, y esta existencia de barracas, chozas y hasta tiendas de campaña, ha influido de manera decisiva en el carácter de los ciudadanos. El horror de aquel espantoso acontecimiento; el miedo de que pueda ocurrir otro semejante, les impulsa a gozar del bienestar del momento, con espíritu alegre y descuidado.

Se renovó el temor de nueva desgracia el 21 de abril, es decir, hace próximamente veinte días; un sacudimiento notable conmovió el suelo. Nos enseñaron una iglesia pequeña, donde una porción de personas allí reunidas sintió el sacudimiento. Algunas no se han repuesto todavía del susto.

Nos sirvió de guía para ver y considerar estos objetos un amable cónsul, tomándose por nosotros espontáneamente muchos trabajos, más de agradecer en este desierto de ruinas que en «cualquiera otra parte. Al mismo tiempo, sabiendo que deseábamos marchar pronto, nos puso en comunicación con el capitán de un buque mercante que debía darse a la vela para Nápoles. Esto era para nosotros doblemente satisfactorio; pues la bandera blanca nos daba seguridades contra los piratas.

Apenas habíamos hecho conocer al excelente guía nuestro deseo de ver por dentro la disposición y arreglo provisional de una de aquellas grandes barracas de un solo piso, cuando se nos unió un hombre muy agradable que conocimos era maestro de francés, y al cual, una vez terminado el paseo, manifestó el cónsul nuestro deseo, rogándole nos llevase a su casa y presentase a su familia.

Entramos en la vivienda, construida y cubierta de tablas; la impresión fue igual a la que producen aquellas barracas de feria donde se enseñan por dinero fieras y otras cosas raras: la armazón de las paredes y del techo era visible; una cortina verde separaba la parte interior, sin suelo de madera, sino tierra, como una era; mesas y sillas componían el mueblaje, y daban luz al local, por arriba, las aberturas casuales de las tablas. Hablamos algún tiempo, y yo estaba mirando a las viguetas visibles del techo y a la cortina, cuando por encima de ella salieron de repente dos preciosísimas cabezas de muchachas curiosas, con ojos y pelo negros; en cuanto observaron que habían sido vistas, desaparecieron como el relámpago. Sin embargo, a ruegos del cónsul, pasado el tiempo necesario para componerse, volvieron a aparecer, muy bien arregladas, con sus graciosos corpiños y sus vestidos de colores; destacaban a maravilla sobre la cortina verde. En sus preguntas pudimos advertir que nos creían seres medio fabulosos pertenecientes a otro mundo, y nuestras respuestas debieron afianzarlas en este loable error. Les describió el cónsul, en tono humorístico, la maravilla de nuestra llegada; la conversación fue muy agradable, y difícil separarnos. Sólo delante de la salida se nos ocurrió que, al fin, no habíamos visto el interior de la casa, olvidándonos de la habitación por los habitantes.

Messina sábado 12 de mayo 1787

Entre otras cosas me dijo el cónsul que, aunque no era de imprescindible necesidad, le parecía bien visitásemos al gobernador, porque era un viejo muy singular, y por capricho o por prevención, podía perjudicar lo mismo que ser útil. Al cónsul le tomaba siempre a bien que le presentase extranjeros de distinción, además, el forastero no sabía si tendría que necesitar del hombre. Yo, por dar gusto al amigo, fui con él.

Al entrar en la antesala oímos dentro ruido espantoso. Un correo con movimientos de polichinela, dijo al oído del cónsul: «¡Mal día, hora peligrosa!» Entramos, sin embargo, y encontramos el viejísimo gobernador vuelto de espalda a nosotros, sentado delante de una mesa, cerca de la ventana. Delante tenía gran montón de cartas amarillentas, de las que iba cortando, con gran cachaza, las hojas no escritas, lo cual nos daba a conocer su carácter económico. Durante tan pacífica ocupación, chillaba y echaba pestes contra un hombre de buena apariencia que estaba delante de él, y que, a juzgar por su traje, debía ser maltés, el cual, con mucha claridad de espíritu y precisión se disculpaba, los pocos momentos que podía hacerlo. El injuriado y voceado trataba de la sospecha que el gobernador, al parecer, había concebido, a causa de verle llegar y partir muchas veces sin autorización. El hombre alegaba su pasaporte y sus relaciones con personas conocidas en Nápoles. Pero no bastaba; el gobernador rompía sus cartas viejas, ponía aparte cuidadosamente el papel blanco, y seguía vociferando.

Además de nosotros estaban en pie unas doce personas formando ancho círculo, como testigos de tal combate de fieras, envidiándonos, de seguro, el sitio de la puerta como muy estratégico, para el caso de que el furioso, levantando el bastón de cayado, se pusiese a dar palo de ciego. La cara del cónsul habíase

alargado considerablemente con esta escena; a mí me consolaba la proximidad del bufonesco correo, el cual, fuera del dintel de la puerta y detrás de mí, cada vez que yo le miraba, hacía toda clase de farsas a fin de tranquilizarme, como si aquello no tuviese importancia alguna.

Y en efecto, este tremendo negocio se desembrolló de manera bien nimia. El gobernador decidió que, aunque nadie le impedía coger al intruso y encerrarlo para que pataleara en la cárcel, esta vez pasaría; que estuviese dos días en Messina, y luego hiciese su equipaje, marchándose para no volver nunca. Con toda tranquilidad, sin cambiar de expresión, hizo el hombre su reverencia; saludó cortésmente a todo el mundo, y a nosotros en particular, puesto que tuvo que separarnos para llegar a la puerta.

El gobernador, al volverse encolerizado chillando todavía, nos vio; se contuvo al instante, hizo una seña con la cabeza al cónsul, y nos acercamos a él.

Era hombre de mucha edad; la cabeza inclinada, cejas grises erizadas y ojos negros muy profundos; enteramente metamorfoseado, me mandó sentar a su lado, y sin abandonar su negocio, me hizo varias preguntas, a las que respondí: al último me dijo que estaba convidado a su mesa todo el tiempo que permaneciese aquí. El cónsul, contento como yo, o más todavía, porque conocía mejor el peligro de que habíamos librado, bajó volando las escaleras, y yo perdí todo deseo de volver a ver de cerca la cueva del león.

Messina domingo 13 de mayo 1787

Nos despertamos en mejor vivienda y con sol claro, pero en la misma desdichada Messina. No puede ser más desagradable la vista de la llamada *Palazzata*, fila semicircular de palacios que rodean y dibujan la rada, en la extensión de un cuarto de legua. Todos eran edificios de piedra, de cuatro pisos, de los cuales muchas fachadas se conservan todavía hasta el entablamento; otros han venido abajo hasta el piso tercero, segundo o primero, de manera que aquella ostentosa antigua línea aparece ahora desagradablemente agujereada y agrietada, y el azul del cielo brilla a través de casi todas las ventanas. La parte interior de las casas cayó en ruinas.

La causa de fenómeno tan singular es que los vecinos menos ricos, queriendo igualar el lujo arquitectónico de los opulentos, ocultaron sus casas, hechas de cantos rodados más o menos grandes y cal, detrás de fachadas nuevas de piedra tallada. Semejante construcción, de suyo insegura, la quebrantó y la desmenuzó el tremendo sacudimiento, y se cuenta entre tan gran desastre la salvación de algunas, de maneras tan raras como la siguiente: Un habitante de estos edificios entró en los momentos de angustia en el hueco de una ventana; la casa se desplomó detrás de él, y así salvado, hubo de esperar tranquilamente, en su prisión aérea, el momento en que fueran a sacarlo de las alturas.

Que la culpa de la total ruina de la ciudad la tenga aquella mala construcción, que dependía de la falta de piedra en las cercanías, lo prueba la persistencia de los edificios sólidos. El colegio y la iglesia de los jesuitas, construidos de buenas piedras de talla, están todavía incólumes, en su primitiva solidez. Sea como quiera, la vista de Messina es de lo más penoso, y recuerda los antiguos Sicanos y Sículos, que abandonaron este suelo inestable y se fueron a establecer en la costa occidental.

Así pasamos la mañana. Luego fuimos a la hospedería a comer frugalmente, y estábamos todavía juntos y sentados muy a gusto, cuando el criado del cónsul entró corriendo y sin aliento en la habitación, anunciándome que el gobernador me hacía buscar por toda la ciudad, porque habiéndome convidado a comer, no parecía. El cónsul me rogaba, con las mayores instancias, que me presentase al punto, hubiese o no hubiese comido, ya fuese olvido o propósito deliberado haber dejado pasar la hora. Entonces comprendí la inconcebible ligereza con que había arrojado del pensamiento el convite del cíclope, contento de haberme escapado la primera vez. El criado no me dejó vacilar. Sus amonestaciones eran las más apremiantes y las más concluyentes. El cónsul se exponía a que aquel déspota furioso se lo pusiese a él y a todo el pueblo por montera.

Mientras tanto, puestos en orden mis cabellos y mi traje, y armándome de valor, seguí animoso a mi guía, invocando a mi patrón Ulises y pidiéndole intercediese por mí con Pallas Atenéa.

Llegados a la cueva del león, me introdujo el alegre correo en un gran comedor, donde cuarenta personas estaban sentadas alrededor de una mesa ovalada, sin que se oyese el menor ruido. El sitio a la derecha del gobernador, estaba vacío: el correo me lo indicó.

Después de haber saludado al señor de la casa y a los convidados con una reverencia, me senté y disculpé mi falta de asistencia con lo grande de la ciudad y el error en que muchas veces me había hecho caer la diferente manera de contar las horas. Él, con mirada encendida, replicó que en el extranjero deberíamos informarnos de las costumbres establecidas y conformarnos a ellas. Respondí que eso era precisamente lo que trataba de hacer en todo tiempo; pero con los mejores propósitos, cuando uno llega a un sitio nuevo, donde no tiene relaciones, cae en faltas imperdonables, si no tuviese que alegar, en su disculpa, el cansancio del viaje, la distracción de los objetos nuevos, los cuidados de procurarse buen albergue y los de la continuación del viaje.

Acerca de ello me preguntó cuánto tiempo pensaba permanecer en Messina. Le contesté que mi deseo sería estar mucho, para probarle con el perfecto cumplimiento de sus órdenes y mandatos, mi agradecimiento por el favor recibido. Después de un momento

de silencio, volvió a preguntar qué había visto en Messina. Le contesté, en pocas palabras, cómo empleara la mañana, haciendo algunas observaciones, y añadí que lo que más llamara mi atención era la limpieza y el orden en las calles de esta ciudad destruida. Y en verdad, es de admirar cómo libraron de ruinas todas las calles, echando los escombros en el interior de los muros derruidos y colocando las piedras a lo largo de las casas, dejando así libres las calles para el tráfico y la circulación. De esta suerte pude lisonjear al honorable hombre con la verdad, asegurándole que todos los messineses reconocían serle deudores de aquel beneficio.

—¿Lo reconocen? —Gruñó—. Pues bastante chillaron antes por la dureza con que había que tratarlos para su provecho.

Le hablé de vastos planes de gobierno, de miras elevadas, que no podían ser reconocidas y apreciadas hasta más tarde y de cosas semejantes. Me preguntó si había visitado la iglesia de los Jesuitas; respondí que no, a lo cual replicó enseguida que quería me la enseñasen con todas sus dependencias.

Durante esta conversación, interrumpida por algunas pausas, vi al resto de los convidados sumergidos en profundo silencio, sin hacer más movimientos que los precisos para llevar la comida a la boca. Y cuando levantaron los manteles y sirvieron el café, quedaron como muñecos de cera alrededor de las paredes. Me dirigí al capellán de la casa, que debía enseñarme la iglesia, a fin de darle gracias anticipadas por su molestia Él se esquivó, asegurando, humilde, que sólo tenía presente las órdenes de su Excelencia. Enseguida hablé a un joven extranjero sentado a mi lado y aunque francés, no parecía tampoco tenerlas todas consigo, pues estaba callado y tieso como toda la sociedad, entre la cual vi muchas caras que habían asistido ayer pensativas a la escena del caballero maltés.

Se alejó el gobernador y de allí a poco vino a decirme el eclesiástico que era hora de que nos fuéramos: le seguí; el resto de la compañía, chito, chito, se había desvanecido ya. Me llevó al pórtico de la iglesia de los Jesuitas, que, según la arquitectura conocida de estos padres, se alzaba suntuoso y realmente imponente. El llavero vino a nuestro encuentro, invitándonos a entrar; pero el cura me retuvo con la orden que teníamos de esperar al gobernador, que llegó pronto. Se detuvo en la plaza, no lejos de

la iglesia, y haciéndonos seña, nos fuimos los tres al lado de su coche. Ordenó al portero que, no solamente me enseñase la iglesia en todas sus partes, sino que me contase al pormenor la historia de los altares y de otras fundaciones; abriese la sacristía y llamase mi atención sobre cuanto notable encerraba, porque yo era persona a quien quería obsequiar, y era preciso tuviese todos los motivos posibles para hablar bien de Messina en mi patria.

—No se olvide usted —dijo enseguida volviéndose a mí, con la sonrisa que sus facciones permitían, —no se olvide usted mientras permanezca aquí, de ser exacto a la hora de comer. Siempre será usted bien recibido.

No tuve tiempo de devolverle su cortesía, porque el coche se puso en movimiento.

Desde este momento el eclesiástico se quedó más sereno. El castellano, como bien podía llamársele en aquel palacio encantado, arrebatado al servicio de Dios, se disponía a cumplir un deber tan premiosamente recomendado, cuando el Cónsul y Kniep, lanzándose de repente dentro de la iglesia solitaria, me abrazaron, expresando su vehemente alegría de volverme a ver cuando me creían en prisiones. En angustia mortal estuvieran hasta que el expedito correo, a quien sin duda pagara bien el Cónsul, contó, entre mil chuscadas, el feliz resultado de la aventura, llenando a los dos de alegría y sabiendo la atención del gobernador, fueron a buscarme a la iglesia.

Mientras tanto, nos paramos delante del altar mayor oyendo la explicación de las preciosidades antiguas. Columnas de lapislázuli, con varitas de bronce dorado, imitando canelones. Pilastras y entrepaños incrustados a la manera florentina; abundantes y soberbias ágatas de Sicilia; el bronce y el dorado, unido todo a cada paso.

Era una fuga de contrapunto muy notable la que resultaba: el Cónsul y Kniep hablando de lo comprometido de la aventura, el otro haciéndome ver las preciosidades de aquella magnificencia, todavía muy bien conservadas y cada uno penetrado de su asunto, con lo cual yo tenía el doble gusto de sentir el valor de mi liberación feliz y, al mismo tiempo, ver empleados en la arquitectura los productos de las montañas de Sicilia, por los cuales

me había tomado tanto trabajo.

El conocimiento claro de cada una de las partes de aquel fastuoso conjunto, me ayudó a descubrir que el llamado lapislázuli de aquellas columnas no era otra cosa sino Calcara; pero de tan hermoso color como no lo he visto nunca y muy bien combinada. No por eso dejaban de tener mucho mérito; pues la cantidad de mineral extraído debió ser inmensa, para escoger pedazos tan hermosos é iguales de color. Luego el trabajo de corte, arrastre y pulimento, significa mucho; pero ¿qué no podrían vencer aquellos padres?

A todo esto, el Cónsul no cesaba de darme explicaciones acerca del peligro que me había amenazado. El gobernador, descontento de sí mismo y de que yo hubiese presenciado, al entrar, su conducta violenta con el casimaltés, determinó obsequiarme de modo especial, formando su plan, que sufrió un contratiempo con mi falta de asistencia. Después de mucho esperar, al sentarse a la mesa, el déspota no pudo ocultar su impaciencia y descontento, y a los convidados les asaltó el miedo de tener que aguantar una escena, ya fuese a mi llegada o al terminar la comida.

Tratando el sacristán de volver a tomar la palabra, abría armarios, secretos construidos en buenas proporciones, adornados con decoro y hasta lujo. Había en ellos todavía algunos objetos de iglesia portátiles, relacionados al conjunto en cuanto a la forma y decorado. Nada vi de metales preciosos, ni tampoco obras artísticas de mérito, nuevas ni viejas.

Nuestra fuga ítaloalemana —pues el Páter y el sacristán salmodiaban en la primera lengua, y Kniep y el Cónsul en la segunda— tocó a su término, cuando se nos unió un oficial que había visto a la mesa. Era de la escolta del gobernador y podía inspirar algún cuidado, mayormente al ofrecerse a llevarme al puerto, donde quería mostrarme puntos generalmente inaccesibles a los extranjeros. Mis amigos se miraron; pero yo no quise dejar de ir solo con él. Después de conversaciones indiferentes, comencé a hablarle en confianza, asegurándole haber advertido claro en la mesa los signos amigables de muchos comensales silenciosos, dándome a entender que no estaba solo entre extranjeros, sino más bien entre amigos y aun hermanos, sin tener, por lo tanto, nada que

temer. Que consideraba deber mío darle gracias, y pedirle en cambio se las diese a los otros amigos. Contestó que, en efecto, trataban tanto más de tranquilizarme, cuanto el conocimiento del carácter de su jefe hacía que nada temiesen por mí. Una explosión como la del maltés era rara y el digno anciano se las echaba en cara y se guardaba mucho, viviendo cierto tiempo sin cuidarse de su oficio, hasta que, al fin, sorprendido por un caso inesperado, se abandonaba a nuevas violencias.

El excelente amigo añadió que él y sus camaradas no deseaban otra cosa sino intimar conmigo, para lo cual debía yo tener la complacencia de darme más a conocer, siendo esta noche la mejor ocasión de ello. Me excusé cortésmente al deseo, rogándole perdonase un capricho mío, y era que, viajando, no quería me mirasen sino como un hombre cualquiera. Si en tal concepto podía despertar simpatías, me era muy grato y lo deseaba; entrar en otra clase de relaciones, me lo vedaban muchos motivos. No pretendí convencerle, pues no me atreví a decirle cuáles eran.

Me pareció, sin embargo, muy notable la asociación, bella e inocente, que los hombres de buenas ideas han constituido bajo un régimen despótico, en defensa propia y de los extranjeros. No dejé de hacerle conocer que sabía sus relaciones con otros viajeros alemanes, extendiéndome sobre los fines loables que podían alcanzar y le maravilló, cada vez más, mi obstinación. Trató, empleando todos los medios posibles, hacerme salir de mi incógnito; pero no lo consiguió, en parte porque no quería, al escapar de un peligro, caer sin objeto en otro, y en parte porque conocía que las ideas de estos buenos insulares eran tan distintas de las mías, que trato más íntimo no podría darles ni gusto ni satisfacción.

En cambio, a la noche, pasamos con el activo Cónsul, que se tomaba tanto interés por nosotros, algunas horas, que nos dieron más luces sobre la escena del maltés. No era un aventurero, pero sí un viajero inquieto. El gobernador, que pertenecía a una gran familia, respetado a causa de su seriedad y capacidad y apreciado por importantes servicios, tenía, sin embargo, fama de obstinación ilimitada, desenfrenada violencia y voluntad de hierro. Desconfiado, como todo viejo y déspota, más temeroso que convencido de tener

enemigos en la corte, odia esas figuras que van y vienen y las toma en general por espías. Esta vez se le había atravesado la casaca colorada, cuando, después de un descanso regular, necesitaba volver a encolerizarse para descargar la bilis.

Escrito parte en Messina y en el mar, 13 de mayo de 1787

Los dos nos despertamos con igual sentimiento de desagrado, por habernos decidido a emprender nuestro viaje de vuelta con el capitán francés, a consecuencia de la impaciencia que nos entró a la primera vista de la devastada Messina. Luego del término feliz de la aventura del gobernador, relacionados con hombres excelentes, sin necesitar otra cosa sino darme a conocer mejor, después de la visita a mi banquero, que vivía en el campo en un sitio delicioso, era de esperar mucho bueno, de una más larga residencia en la ciudad. Muy bien entretenido Kniep con un par de niñas bonitas, solo deseaba que durase mucho tiempo el antes detestado viento contrario. Sin embargo, la situación era incómoda; todo estaba empaquetado y nosotros preparados a partir de un momento a otro. Nos llegó el aviso a eso de mediodía, nos apresuramos a ir a bordo y entre la mucha gente reunida en el muelle vimos a nuestro buen Cónsul, del cual nos despedimos agradecidos. También apareció por allí el correo amarillo, a cobrarse sus chistes. Recibió un aguinaldo y el encargo de anunciar nuestra marcha al gobernador, pidiéndole dispensase mi falta a su mesa. —¡El que se hace a la vela está disculpado!— y dando la vuelta con un salto singular, desapareció.

En el barco, todo lo encontramos muy diferente de la corbeta napolitana; pero al apartarnos de la ciudad, sólo nos ocupó la magnífica vista del círculo de palacios, la ciudadela, el monte que se alza detrás; al otro lado, la Calabria; más al Norte y al Sur, la vista franca del estrecho, que se extiende ceñido entre deliciosas orillas, a los dos lados. Habiendo admirado detenidamente todas estas cosas, nos hicieron fijar, a regular distancia, a nuestra izquierda, cierto movimiento en el agua, y a la derecha, algo más cerca, una roca que se destacaba de la orilla. La primera es Caribdis,

la segunda Scila. Con motivo de estos dos objetos notables, tan separados por la Naturaleza y tan próximos uno a otro, según la poesía, se han quejado de la exageración de los poetas, sin pensar que la imaginativa de los hombres, en general, cuando quiere representarse objetos importantes, se los figura más altos que anchos, dando así a la imagen más carácter, severidad y dignidad. Mil veces he oído quejas de que un objeto conocido por narración, no gusta cuando se ve en realidad; la causa es la misma siempre. La imaginación es a la realidad lo que la poesía a la prosa; aquella se representa los objetos potentes y escarpados; esta siempre extendiéndose en planicie. Los pintores de paisaje del siglo XVI, comparados a los nuestros, ofrecen el ejemplo más evidente. Un dibujo de lodocus Momper, al lado de una silueta de Kniep, haría visible el contraste.

En estas y semejantes razones nos entretuvimos, puesto que las costas que Kniep se había dispuesto a dibujar, no le ofrecían tema bastante atractivo.

De nuevo me sentí atacado por la desagradable sensación del mareo y no atenuaba tal estado, como a la venida, cómoda separación; sin embargo, el camarote era capaz para recibir muchas personas, y no carecíamos de buenos colchones. Volví a tomar la posición horizontal, en la que Kniep, lleno de atenciones, me mantuvo con buen pan y vino tinto. En esta posición, todo nuestro viaje en Sicilia se me apareció con aspecto desagradable. Realmente no habíamos visto en todas partes sino el vano esfuerzo del hombre contra el poder de la Naturaleza, contra la dañina ruindad del tiempo y contra el odio de sus propias enemigas divisiones. Los cartagineses, griegos y romanos y tantos otros pueblos después, edificaron y destruyeron. Selinus fue arruinada metódicamente. No bastaron dos siglos para abatir los templos de Gergenti y sí sólo algunas horas o quizás minutos, para perder a Catania y Messina. Estas consideraciones, hijas del mareo, muy apropiadas a una persona agitada por los vaivenes de la vida, hube de rechazarlas, para que no se apoderasen de mí.

A bordo 13 de mayo de 1787

Mi esperanza de llegar ahora más pronto a Nápoles o de verme antes libre del mareo, ha salido fallida. Diferentes veces traté, sostenido por Kniep, de subir a cubierta; pero el goce de tanta belleza y de tanta diversidad, me estaba vedado; sólo algunos incidentes me hicieron olvidar mi desazón. Todo el cielo estaba cubierto de vapor nebuloso blanquecino, a través del cual, el sol, sin que uno pudiera distinguir su imagen, iluminaba la mar del azul celeste más hermoso que se puede ver.

Una tropa de delfines acompañaba nuestro buque; nadando y saltando, permanecían siempre a igual distancia. Me parece que desde lo profundo y a lo lejos, habían tomado el edificio flotante, que se les aparecía como un punto negro, por presa comible. Desde el barco no se les trataba como a gente de escolta, sino enemiga: uno fui alcanzado con un arpón, pero no pudieron izarlo a bordo.

El viento continuaba contrario, y el barco, para ganar algo, tenía que engañarlo dando bordadas en diversas direcciones. La impaciencia que esto causaba aumentó cuando algunos viajeros experimentados aseguraron que ni el capitán ni el piloto entendían su oficio. El primero sólo era un mercader y el otro un marinero y no estaban en aptitud para responder de la vida de tantos hombres y de tantos bienes.

Rogué a estas excelentes personas que callasen sus inquietudes. El número de pasajeros era grande; entre ellos había mujeres y niños de diferentes edades, pues todos se habían aglomerado en el buque francés, sin pensar más que en la seguridad de la bandera blanca contra los piratas. Les hices presente que la desconfianza y el cuidado pondrían en la situación más penosa a cada uno de los que, hasta ahora, habían visto su salvación en el trapo sin armas ni colores.

Y realmente, entre el cielo y la tierra, este lienzo blanco es, como talismán seguro, un objeto muy notable. Conforme los que se van y los que se quedan se saludan agitando pañuelos blancos, y el signo de despedida despierta en ambas partes sentimiento tierno y amistoso, que sin esto no hubieran conocido, así se consagra el origen de la simple bandera blanca; es como si uno atase su pañuelo fuertemente a un palo, para anunciar a todo el mundo que viene un amigo por el mar.

Reconfortado de tiempo en tiempo con pan y vino, a disgusto del capitán, que quería comiese lo que había pagado, pude llegar a sentarme sobre cubierta y tomar parte en algunas distracciones. Kniep sabía animarme no ponderando, según hiciera en la corbeta, las excelencias de la mesa, a fin de despertar mi envidia, sino al contrario, alabando mi suerte de no tener apetito.

Domingo 13 y lunes 14 de mayo

Así pasó la tarde, sin cumplirse nuestros deseos de entrar en el golfo de Nápoles. Más bien íbamos siempre empujados hacia el Oeste y el buque se acercaba a la isla de Capri, alejándose, cada vez más, del cabo Minerva. Todo el mundo estaba disgustado é impaciente; nosotros dos, que mirábamos el mundo con ojos de pintor, podíamos, en cambio, estar contentos; pues gozamos, a la puesta del sol, del espectáculo más soberbio que en todo nuestro viaje se nos ofreciera.

Cabo Minerva y las montañas cercanas se presentaban delante, vivamente coloridas y resplandecientes, mientras las rocas que se extendían al Sur habían tomado ya tintes azulados. Desde el cabo hasta Sorrento, toda la costa estaba iluminada. Veíamos el Vesubio, coronado de enorme nube de vapor, de la cual se extendía hacia el Este larga cinta, que podía hacernos presumir alguna fuerte explosión. A la izquierda, Capri se erguía escarpada; a través del azulado vapor transparente, podíamos distinguir las formas de sus rocas. Bajo cielo completamente limpio de nubes, brillaba la mar tranquila, movida apenas, al fin, en calma completa, se extendía parecida a un estanque. Estábamos encantados. Kniep se afligía de que no fuese suficiente todo el Arte del colorido para reproducir aquella armonía, ni el más exquisito lápiz inglés y la mano más experta pudiesen copiar aquellas líneas. Mas yo, convencido de que un recuerdo, muy inferior a lo que este artista hábil podía producir, sería, en lo porvenir, de gran mérito, lo animé a que, por última vez, ejercitase los ojos y la mano; se dejó convencer y hizo uno de los dibujos más exactos, al que después dio color, quedando para ejemplo de que lo imposible es posible en la representación de las imágenes. Animados de la misma curiosidad observamos el paso del crepúsculo a la noche. Capri estaba ahora delante de nosotros en las

tinieblas y con gran sorpresa nuestra vimos las nubes del Vesubio y la faja nebulosa encenderse gradualmente, y al fin una gran banda de la atmósfera en el fondo de nuestro cuadro quedó iluminada, y hasta con relámpagos.

Admirando tan preciada escena, no advirtiéramos el gran peligro que amenazaba; la inquietud de los pasajeros no nos dejó mucho tiempo en la incertidumbre. Los más enterados de las cosas de mar hacían cargos acerbos al capitán y a sus marineros, porque, en su impericia, no sólo habían errado el estrecho, sino puesto en apuro las vidas y haciendas que se les confiaran. Nos informamos de la causa de aquellas inquietudes, no comprendiendo que en tan absoluta calma hubiese peligro; era precisamente lo que los desconsolaba.

—Nos encontramos ya —dijeron— en la corriente que gira alrededor de las islas y que, por movimiento singular de las olas, nos lleva tan lenta como irremisiblemente a las rocas, donde no hay ni un pie de saliente, ni una ensenada para salvarnos.

Atentos a semejantes razones, consideramos espantados nuestro destino: aunque la noche no nos permitía distinguir el peligro creciente, advertíamos que el buque, vacilante, balanceándose, se acercaba a las rocas, cada vez más sombrías delante de nosotros, mientras sobre la mar se extendía aún ligero crepúsculo. Ni el más pequeño movimiento se notaba en el aire. Todos alzaban pañuelos de bolsillo o ligeras cintas, sin que se manifestase señal alguna del soplo deseado. La gente estaba cada vez más levantisca y enfurecida. Las mujeres no rezaban de rodillas con sus hijos sobre cubierta, porque el espacio era pequeño para menearse; estaban tendidas, apretadas unas contra otras. Más que los hombres, ocupados en discurrir medios de salvación, llenaban de pestes e improperios al capitán. Le echaban en cara cuanto durante el viaje habían tenido que callar: el precio caro a que les hacía pagar un menguado sitio en el barco y la comida mezquina, su conducta, no grosera, pero sí sospechosa. Nunca daba razón de sus acciones y aun la noche anterior observara tenaz silencio en sus maniobras. Le llamaban a él y al piloto mercaderes advenedizos, que sin conocimiento alguno de navegación, para sólo su propio provecho, habían sabido procurarse un barco y ahora su incapacidad é

inexperiencia causaban la perdición de cuantos en él confiaran. Callaba el capitán, pareciendo no pensar sino en los medios de salvamento. Desde mi juventud he considerado peor la anarquía que la misma muerte; me era imposible callar más tiempo. Me adelanté y les hablé, casi con la misma tranquilidad que a los pájaros de Malsesina. Les hice ver que, precisamente, en tal instante, el ruido que hacían y sus gritos trastornaban la cabeza y los oídos de aquellos de que sólo esperábamos la salvación, de manera que ni podían pensar, ni entenderse uno con otro.

En cuanto a vosotras, exclamé, serenaos. Abrid vuestro pecho a la Madre de Dios; ella sólo puede alcanzar, si intercede con su Hijo, que haga por vosotras lo que un día hizo por sus Apóstoles en la tormentosa mar de Tiberiades. Las olas entraban en el buque y el Señor dormía; sin embargo, en cuanto aquellos desamparados sin consuelo lo despertaron, mandó al viento que cesase, conforme ahora puede mandarle que se levante, si no es otra su santa voluntad.

Semejantes razones hicieron el mejor efecto. Una de las mujeres, con quien ya había departido de cosas morales y religiosas, exclamó: «¡*Ah, il Barlamé*! ¡*benedetto il Barlamé*!». Y ellas, que sin esto ya habían caído de rodillas, empezaron a rezar sus letanías, más fervorosas que de costumbre. Podían hacerlo con cierta tranquilidad, por cuanto la tripulación intentaba un medio de salvarnos que saltaba a la vista. Bajaron el bote capaz para seis u ocho hombres y lo sujetaron con un cable largo al barco, que los hombres tiraban hacia sí, a fuerza de remos. Se creyó un momento que lo movían dentro de la corriente y esperaban verle pronto fuera de ella. Pero sea que este movimiento la aumentase o sea por lo que fuere, de repente la larga cuerda del bote y su tripulación volvieron haciendo un arco hacia el buque, como la punta de una tralla cuando el cochero da un latigazo al tiro. ¡También aquella esperanza se desvaneció! Las oraciones se mezclaban con las quejas y tal estado se hizo más horrible cuando allá arriba, sobre las rocas, los cabreros, cuyas hogueras veíamos hacía tiempo, gritaban, con voz sorda, que abajo encallaba un barco. Se dirigieron uno a otro muchas palabras inteligibles, entre las cuales algunos, que conocían la lengua, creían entender que se regocijaban del rico botín que al otro día pensaban pescar. Hasta la consoladora duda de si el buque,

en realidad, se acercaba a las peñas dolorosamente se disipó, viendo a la tripulación agarrar grandes pértigas, a fin de mantener alejado de los escollos el barco, si se llegaba a ese extremo, hasta que al fin estas rompiéndose también, se perdiese todo. El buque se balanceaba cada vez con más fuerza; la resaca parecía aumentar y el mareo, que con esto me había vuelto, me obligó a bajar al camarote. Me acosté medio aturdido en mi colchón, aunque con cierto sentimiento agradable, que sin duda me provenía del mar de Tiberiades, pues flotaba claro delante de mis ojos el grabado de la Biblia ilustrada por Merian. Así se prueba cómo la fuerza de todas las impresiones físicas y morales es más fuerte cuando el hombre está completamente reconcentrado en sí mismo. No sabría decir cuánto tiempo estuve en aquel medio sueño; me despertó fuerte ruido encima y comprendí, al punto, que eran cables gruesos arrastrados por la cubierta de una parte a otra; esto me hizo esperar que tal vez querrían emplear las velas. Al cabo de un rato entró Kniep corriendo a informarme de que estábamos salvados. Habíase levantado ligerísimo viento. Se pusieron al momento al trabajo para soltar las velas; él mismo no se había esquivado de poner manos a la obra. Ya se alejaban visiblemente de las peñas y aunque no estaban todavía fuera de la corriente, esperaban vencerla. Arriba, todo en silencio; luego vinieron muchos pasajeros, nos anunciaron el feliz suceso y se acostaron.

Cuando, al cuarto día de nuestro viaje, me desperté muy temprano, me encontré sano y repuesto, lo mismo que me había sucedido a igual período de tiempo a la ida. De manera que, en uno largo, probablemente habría pagado mi tributo con tres días de molestia.

Desde la cubierta vi gustoso quedar la isla de Capri a regular distancia, a la derecha y nuestro buque en dirección que hacía esperar entraríamos en el Golfo, 10 cual sucedió muy luego. Después de una noche dura tuvimos el placer de admirar los mismos objetos que al anochecer, el día anterior, nos habían encantado, iluminados por la luz naciente. Pronto dejamos atrás aquellos peligrosos bajos. El día anterior contempláramos de lejos el lado derecho del Golfo; ahora aparecían los castillos y la ciudad delante de nosotros: a la izquierda el Pausilippo y la lengua de tierra que se extiende hacia Procida e Ischia. Todo el mundo estaba

sobre cubierta y en primer término un cura griego, muy prendado de su Oriente, el cual, como los naturales del país, saludaban a la patria entusiasmados y le preguntaban qué le parecía Nápoles en comparación de Constantinopla; contestó de un modo muy patético:

—¡*Anche questa è una città*! ¡También esta es una ciudad!

Desembarcamos a buena hora de la mañana, rodeados de muchedumbre bullidora: era el momento más animado del día. Apenas nuestros cofres y demás efectos habían sido puestos en el muelle, cuando dos mozos de carga se apoderaron de ellos; y aún bien no habíamos dicho que íbamos a parar en casa de Moriconi, echaron a correr con su carga, cual, si fuere botín, de modo que no los pudimos seguir con la vista, ni a través de las calles y plazas, llenas de gente y movimiento. Kniep llevaba la cartera debajo del brazo y al menos salvaríamos los dibujos, si aquellos mozos de carga, menos honrados que el pobre diablo napolitano, nos hubiesen tomado lo que habían perdonado los escollos.

Nápoles

A Herder, Nápoles 17 de mayo de 1787

Aquí estoy otra vez, queridos míos, sano y salvo. Hice, rápido y fácil, el viaje por Sicilia. A mi regreso podréis juzgar cómo he visto las cosas. Haberme fijado en ellas intensamente, antes de ahora, me dio increíble facilidad para lo que podríamos llamar tocar repentizando y me encuentro muy dichoso de tener grabada en el alma, tan clara y distinta, la grande, hermosa e incomparable idea de Sicilia. Ahora ya no me queda nada que desear en el Mediodía, pues ayer vine de Poestum. La mar y las islas me procuraron gustos y disgustos y vuelvo complacido. ¡Permitidme que reserve todos los pormenores hasta nuestra vista! Ni es posible tampoco en Nápoles recogerse; ahora os describiré este lugar mejor que en mis otras cartas. El primero de junio saldré para Roma, si fuerza mayor no me lo impide y a principios de Julio pienso partir de allí.

Necesito veros lo antes posible; ¡qué buenos van a ser aquellos días! Hice un acopio indecible y necesito tranquilidad para elaborar.

Te doy miles de gracias, bueno y querido amigo, por cuanto hiciste en mis obras; quisiera hacer siempre algo mejor, a fin de darte gusto. Todo lo que de ti me venga y donde quiera, será bien recibido. Estamos tan cerca uno de otro en nuestras ideas cuanto es posible, sin estar unidos y en los puntos principales es donde nos acercamos más. Si tú, en este tiempo, has gastado mucho de ti mismo, yo he adquirido mucho también y puedo esperar buen cambio.

Estoy realmente, según tú dices, en mis ideas, muy unido al presente y cuanto más veo el mundo menos puedo esperar que el género humano llegue a ser una masa inteligente, juiciosa y feliz. Tal vez, entre los millones de mundos, hay uno que pueda gloriarse de tal ventaja; de la constitución del nuestro me queda tan poco que

esperar, como Sicilia de la suya.

En un pliego, que es adjunto, digo algo de mi expedición a Salerno y del mismo Postum. Es el último, y casi puedo decir el más excelente cuadro, que llevo ahora completo al Norte. El templo del medio también es, a mi parecer, superior a todos los que se ven en Sicilia.

Respecto de Homero, es como si una venda se hubiese caído de mis ojos: las descripciones, las comparaciones, etc., nos parecen poéticas y son indeciblemente naturales; pero dibujadas, en verdad, con tal pureza y sentido íntimo, que espantan. Aun las más singulares aventuras fabulosas, tienen una naturalidad que nunca he sentido tanto como en la proximidad de los objetos descriptos. Déjame explicarte, en pocas palabras, mi pensamiento. Ellos representan la existencia; nosotros, generalmente, el efecto; ellos describen lo terrible; nosotros, terriblemente; ellos lo agradable; nosotros agradablemente, y así en lo demás. De ahí viene todo lo forzado, todo lo amanerado, toda la gracia falsa, todo lo ampuloso. Pues cuando se trabaja el efecto y sobre el efecto, cree uno que nunca se hace bastante sensible. Yo, ahora que tengo en el alma todas estas costas y cabos, golfos y bahías, islas y lenguas de tierra, rocas y arenales, colinas arboladas, praderas suaves, campos fértiles, jardines decorados, árboles cuidados, vides colgantes, montañas con nubes, llanuras siempre risueñas, rocas y arrecifes y el mar, que lo rodea todo con tantos cambiantes y tantas variaciones, ahora es para mí la Odisea la palabra viva.

Por último, tengo que confiarte que estoy muy cerca del secreto de la generación y organismo de las plantas y que esto es la cosa más sencilla que se puede pensar. Bajo este cielo pueden hacerse las observaciones más hermosas. He hallado completamente claro é indudable el punto donde se encierra el germen. Todo el resto lo veo ya en conjunto y sólo algunos puntos tienen que ser mejor determinados. La planta primitiva será la cosa creada más bonita del mundo, que la misma Naturaleza me envidiará. Con semejante modelo y la clave, pueden hallarse después plantas hasta lo infinito, que deben ser consecuentes; esto es, que si no existieran podrían existir y no son sombras o apariencias de pintor y poeta, sino que tienen una verdad interna y necesaria. La misma ley puede aplicarse

a todo lo demás dotado de vida.

Nápoles 18 de mayo de 1787

Tischbein, que se ha vuelto a Roma, trabajó en este interregno, según he podido advertir, para que no sintiésemos su ausencia. Parece haber influido en favor nuestro con sus amigos de Nápoles, hasta el punto que todos se nos manifiestan francos, cariñosos y solícitos, lo cual, en mi situación actual, necesito mucho, pues no se pasa un solo día sin tener que pedir algún favor. Precisamente estoy en la idea de hacer una nota de aquello que deseo ver; el poco tiempo de que dispongo decidirá lo que se ha de hacer luego.

Nápoles 22 de mayo de 1787

Me ocurrió hoy una aventura agradable, a propósito, para hacerme reflexionar, y que merece contarse.

Una señora, a quien ya en mi primera estancia aquí debí muchas atenciones, me suplicó fuese a su casa a las cinco en punto de la tarde; deseaba hablarme un inglés algo sobre mi Werther.

Seis meses antes, aunque hubiese estimado doble a aquella señora, le hubiera enviado, de seguro, respuesta negativa; pero advierto que el viaje a Sicilia ha obrado en mí de manera provechosa: prometí presentarme.

Por desdicha, la ciudad es demasiado grande y los objetos de distracción muchos, lo cual hizo que subiese la escalera un cuarto de hora más tarde. Estaba ya en la estera delante de la puerta para llamar, cuando se abrió esta, saliendo un hombre de buena figura y mediana edad, en el que al punto reconocí mi inglés. Él, en cuanto me vio, dijo: «¿Es V. el autor de *Werther*?». Me di a conocer, disculpándome de no haber venido antes.

—No podía detenerme ni un instante —repuso—; lo que tengo que decir a V. es muy breve y puedo hacerlo igualmente bien aquí, sobre la estera. No quiero repetirle lo que habrá V. oído miles de veces, ni la obra me ha hecho efecto tan fuerte como a otras personas; pero cada vez que pienso el talento que ha sido preciso para escribirla, me maravillo de nuevo.

Quise contestarle algo dándole gracias, cuando me cortó la palabra diciendo:

—No puedo detenerme ni un momento; mi deseo de decírselo a V. en persona, se ha cumplido. ¡Adiós y sea V. muy feliz!

Con esto bajó corriendo la escalera. Me quedé un rato

reflexionando el honorable texto y al fin llamé. La señora supo con gran placer nuestro encuentro y me contó muchas cosas favorables a aquel hombre raro, y raro de encontrar.

Nápoles 25 de mayo de 1787

Ya no volveré a ver a mi loca princesita; se ha ido a Sorrento, haciéndome el honor de denostarme antes de su marcha, por qué he podido preferir a ella la desierta y pétrea Sicilia. Algunos amigos me dieron explicaciones acerca de aquella extravagante. Hija de buena casa, pero sin fortuna, educada en un convento, se decidió, por fin, a casarse con un príncipe rico y viejo; la convencieron con tanta más facilidad cuanto la Naturaleza la había hecho buena, más en absoluto incapaz de sentir amor. En su posición opulenta, pero muy coartada a causa de las relaciones de familia, trató de ayudarse con su ingenio y ya que estaba cohibida en sus acciones, dio al menos amplia libertad a sus palabras. Me aseguraron que su conducta personal era intachable; sólo parecía haberse propuesto firmemente chocar con todas las relaciones sociales, por su lenguaje libre. Se decía en broma que ninguna censura podría dejar pasar sus discursos si fuesen escritos, porque nada dice que no ofenda a la Religión, al Estado o la Moral. Se contaban de ella las historias más extraordinarias y graciosas, de las cuales una irá aquí de muestra, aunque no es de las más decentes.

Poco antes del terremoto que sufrió la Calabria, fuera ella a las posesiones que allí tiene su marido. En la proximidad de su palacio levantaron una barraca, es decir, una casa de madera de planta baja, colocada inmediatamente sobre el suelo; por lo demás, tapizada, amueblada y muy bien dispuesta. A la primera señal de temblor de tierra se refugió allí. Se encontraba sentada en un sofá, ocupada en hacer unos lazos; delante de ella una mesita pequeña y enfrente, un abate viejo, que era capellán de la casa. De repente se estremeció el suelo, se hundió el edificio hacia la parte donde ella estaba y se levantó por el lado contrario, con el abate y la mesita.

—¡Puf! —exclamó, apoyando la cabeza en la pared que se

hundía— ¿es decente, en un hombre respetable como usted, moverse como si quisiese caer encima de mí? Es del todo contrario a la moral y al decoro.

Había vuelto la casa a su posición primera y no sabía dejar de reír, pensando en la figura insensata y cómica del buen abate y con semejante broma parecía no sentir, en lo más mínimo, las grandes pérdidas que su familia y tantos miles de hombres acababan de sufrir. Feliz y extraordinario carácter que gastaba chanzas cuando la tierra amenazaba tragarla.

Nápoles sábado 26 de mayo de 1787

Bien considerado, es una ventaja que haya tantos santos. Así puede cada fiel invocar al suyo y con entera confianza encomendarse al que le convenga. Hoy era el día del mío y, de acuerdo con su manera y su doctrina, lo he honrado con devoción alegre.

Felipe Neri goza de mucho crédito y, al mismo tiempo, su recuerdo despierta pensamientos alegres. Se edifica y se regocija uno cuando oye hablar de su alta devoción. Desde sus años juveniles sintió el más ferviente impulso religioso y en el curso de su vida se descubrieron en él los dones más altos del entusiasmo: el de la oración involuntaria, de la profunda oración mental, el don de las lágrimas, el éxtasis y por último, elevarse del suelo y flotar, que es el que se tiene por superior a todos.

A tantas interioridades misteriosas y raras, unía el más claro sentido común, la más pura estimación, o mejor, desestimación de las cosas de la tierra y consagraba a las necesidades de sus semejantes la más activa asistencia corporal y espiritual. Observaba estrictamente todas las obligaciones, como las festividades, el visitar las iglesias, la oración, ayuno y demás que se le imponen al hombre de iglesia. También se ocupaba en educar la juventud con ejercicios musicales y de elocuencia, poniéndoles temas, no sólo religiosos, sino de ingenio y provocaba conversaciones y disputas a propósito para aguzárselo. Lo más singular de esto puede parecer el que todo lo hacía y efectuaba en virtud de propio impulso y competencia, siguiendo a la continua muchos años su camino sin pertenecer a ninguna orden ni congregación y hasta sin haber recibido las órdenes sagradas.

Y debe aún parecer más significativo que sucediese en el tiempo de Lutero y que en medio de Roma un hombre entendido, temeroso de Dios, enérgico y activo, tuviese igualmente el pensamiento de

unir lo eclesiástico y hasta lo sagrado con lo mundano, de introducir en el siglo las cosas divinas, preparando de aquel modo también una reforma. Pues en esto sólo está la llave que abre las prisiones del papado y devuelve al mundo libre su Dios.

Sin embargo, la corte pontificia, teniendo próximo en la jurisdicción de Roma y bajo su vigilancia, hombre tan importante, no se dio punto de reposo hasta persuadirle que tomase las órdenes y recibiese con ellas todas las ventajas de que hasta ahora careciera en el camino de su vida, a aquel hombre que sin ellas hacía ya vida religiosa en un convento, enseñaba en él, estimulaba y estaba en camino de fundar, no una orden, sino una asociación libre.

Ya que se ponga en duda, como es justo, su maravillosa elevación corporal sobre el suelo, no puede negarse la elevación de su espíritu sobre este mundo y así nada le era más contrario que la vanidad, las apariencias, las pretensiones, contra las cuales siempre combatió enérgico, creyéndolas el mayor de los obstáculos para la santidad de la vida y, al mismo tiempo, según muchas historias nos lo atestiguan, con gracia.

Por ejemplo: se encontraba próximo del Papa, cuando recibió la noticia de que, cerca de Roma, una religiosa se señalaba por toda suerte de dones espirituales. Neri recibió la comisión de averiguar lo que hubiera de verdad en ello. Monta al punto en su mula y, con tiempo muy malo, se pone en camino para el convento. Entra y habla a la abadesa, que muy persuadida dale conocimiento exacto de todos aquellos signos de la gracia. Llaman a la monja y él, sin saludarla siquiera, le alarga la bota llena de fango, haciéndole señal de que se la quite. La Santa y pulcra virgen retrocede asustada y, con fuertes palabras, manifiesta el enojo que le causa tal exigencia. Neri se levantó entonces muy tranquilo, subió en su mula y se encontró de vuelta, al lado del Papa, antes de que este lo pudiera suponer. Por cuanto a los confesores católicos se les prescriben reglas muy severas para la comprobación de estos dones espirituales y si la iglesia admite, en verdad, la posibilidad de semejantes favores celestiales, no confirma su realidad sin las pruebas más claras. Neri expuso brevemente el resultado al maravillado Papa:

—No es una santa, —exclamó—: no hace milagros, le falta la condición principal; la humildad.

Esta máxima puede ponerse a manera de principio director de su vida entera; pues para no citar sino un ejemplo, cuando acababa de fundar la congregación de los Padres del Oratorio, que adquirió pronto gran reputación, dando a muchos deseos de ingresar en ella, llegó un príncipe romano, joven, rogando ser admitido, al cual dieron en seguida el grado y traje de novicio. Deseando, al cabo de cierto tiempo, su admisión definitiva, le dijeron que eran necesarias todavía algunas pruebas, a las que se mostró preparado. Entonces trajo Neri una larga cola de zorra y exigió que el príncipe la llevase prendida detrás de sus largos hábitos, paseándose muy seriamente por las calles de Roma con ella. Se sobresaltó el joven, como antes la monja, declarando que él se había prestado no a alcanzar ignominia, sino honra. Entonces el Padre Neri le dio a entender que eso no había que esperarlo en una congregación donde era ley fundamental el más alto desprendimiento de sí mismo y de todo; con lo cual se despidió el novicio.

Neri había resumido su doctrina en un proverbio corto: *Spernere mundun: spernere te ipsum, spernere te sperni* y en él estaba, en realidad, dicho todo. Los dos primeros puntos podrán alguna vez imaginar alcanzarlos un hipocondriaco; más quien haya de avenirse con el tercero, debe estar en camino de santidad.

Nápoles 27 de mayo de 1787

Ayer recibí juntas de Roma todas vuestras queridas cartas de fines del mes pasado, por conducto del conde Friess y me ha hecho mucho bien leerlas muchas veces: la tan deseada cajita llegó asimismo y doy miles de gracias.

Pronto será tiempo de escapar de aquí; pues si bien quisiera, para terminar, penetrarme de Nápoles y sus cercanías, renovar impresiones y concluir algunas cosas, el torbellino de cada día me arrastra y, sobre todo, me es imposible esquivarme a las personas distinguidas que me buscan, en calidad de antiguos o de nuevos conocidos. Me encontré una señora dignísima, con quien pasé el último verano en Carlsbad, días muy agradables. ¡Cuántas horas del presente hemos engañado con gratos recuerdos! Pasamos revista a todo lo querido y, en especial, al buen humor de nuestro querido príncipe. Todavía conserva los versos con que le sorprendieron, a su marcha, las muchachas de Engelhaus. Esto nos renueva la memoria de escenas alegres, bromas y mistificaciones chistosas, de las ingeniosas pruebas para usar unos con otros el derecho de represalias. Principiábamos por creernos en suelo alemán, en la mejor sociedad alemana, rodeados de muros de rocas, reunidos en extraño local; pero unidos, sobre todo, por la estimación, la amistad y el afecto. Luego, al asomarnos a la ventana, volvía a pasar delante de nosotros mugiendo el torrente napolitano, llevándose, a pesar nuestro, aquellos pacíficos recuerdos.

Tampoco podía evitar hacer conocimiento con el duque y la duquesa de Ursel. Personas excelentes, de refinadas costumbres, natural sencillo, mucho sentido común, decidido amor a las artes, llenos de benevolencia con el presentado. Conversación animada y llena de atractivos.

Hamilton y su bella continúan prodigándome atenciones. Comí

en su compañía y, por la tarde, Miss Harte lució sus habilidades de música y cantante.

Instigado por mi amigo Hackert, que extrema su bondad hasta querer hacerme ver cuánto hay notable, nos llevó Hamilton a la cueva secreta donde encierra sus obras de Arte y curiosidades. Aquello es un revoltijo de producciones de todas épocas, amontonadas sin orden. Bustos, torsos, vasos, bronces, toda clase de muebles, hasta una capillita de ágata siciliana; tallados, pinturas y cuanto pudo reunir al acaso. Puesta en el suelo una caja grande, cuya tapa levanté por casualidad, contenía dos grandes, magníficos candelabros de bronce. Llamé con una seña la atención de Hackert, y le dije bajo, si no viera otros iguales en Pórtici. A su vez me hizo signo de silencio: muy bien podrían, desde las cuevas de Pompeya, haberse extraviado hacia esta parte. A causa de aquella y otras adquisiciones felices, el caballero sólo a sus más íntimos amigos enseña el tesoro escondido.

Me llamó la atención una caja de pie, el frente abierto, pintada por dentro de negro y rodeada de suntuoso marcó dorado. El hueco era bastante capaz para contener una persona de pie y, en efecto, su destino era el siguiente. Aquel amigo del Arte y de las muchachas bonitas, no contento de ver a la hermosa criatura como estatua animada, quiso recrearse, contemplándola, como inimitable cuadro y vestida de colores vivos, la hacía meter dentro del marco dorado y sobre el negro fondo imitando las antiguas pinturas de Pompeya aún las obras maestras del arte moderno. Semejante diversión parece haber pasado de moda; el aparato es además difícil de transportar y de ponerle una luz conveniente; así, no pudimos gozar del espectáculo.

Lugar es este de mencionar otra afición decidida de los napolitanos: los nacimientos (presepe) que en Navidad se ven en todas las iglesias y representan, con más o menos propiedad, la adoración de los pastores de los ángeles y de los reyes, rica y preciosamente agrupados.

En la alegre Nápoles se arman, hasta en las azoteas, donde levantan, con ligeros tablados, una cabaña, adornada de arbustos y de árboles, siempre verdes. La Madre de Dios, el Niño y todos los personajes, así los terrestres, como los aéreos, están costosamente

vestidos; pues la casa gasta mucho dinero en sus trajes. Pero lo inimitable y magnífico es el fondo, formado del Vesubio y sus cercanías.

Poco a poco a los muñecos reemplazaron figuras vivas У así llegó a ser diversión de las familias ricas y nobles, que para los espectáculos nocturnos introdujeron también en sus palacios asuntos profanos, tomados de la Historia y de la Poesía.

Si pudiera permitirme una observación, que en realidad no corresponde a un huésped bien tratado, confesaría que la hermosa que nos divierte, me parece criatura sin alma, que puede pagar, es cierto, mediante su figura, pero no hacer valer ninguna expresión del sentimiento, ni con el metal de voz, ni en la conversación. Su mismo canto carece de timbre.

Así sucede, al cabo, a tales imágenes frías. Figuras hermosas las hay en todas partes, Profundidad en el sentir, con un órgano de voz al mismo tiempo favorable, es más raro; pero más que nada lo es, unir a esto una figura atractiva.

Me alegro haya salido la tercera parte de Herder. Guárdenmela hasta que diga dónde me la han de enviar.

En verdad, admirablemente habrá desarrollado la hermosa ilusión del perfeccionamiento humano. Yo creo también que la humanidad llegará a vencer un día; sólo temo que, al mismo tiempo, el mundo se habrá convertido en gran hospital, donde los humanos serán enfermeros unos de otros.

Nápoles 28 de mayo de 1787

El bueno y útil Volkmann me obliga algunas veces a separarme de su opinión. Habla, por ejemplo, de que en Nápoles pueden encontrarse de treinta a cuarenta mil ociosos; ¡y quién no lo ha repetido! Yo, después de haber adquirido el conocimiento de estos pueblos del Mediodía, me figuré que serían suposiciones del Norte, donde consideran ocioso a todo aquel que no está el día entero en angustiosa faena. A causa de ello, hube de emplear toda mi atención en el pueblo, observándolo en movimiento o quieto y, en verdad, se ven muchísimos hombres mal vestidos, ninguno desocupado. Por eso pregunté a unos amigos sobre los innumerables desempleados, a quienes, al fin y al cabo, también quería conocer, pero tampoco pudieron mostrarme a ninguno, así que, como mi investigación compaginaba perfectamente con la contemplación de la ciudad, salí yo mismo su caza.

Comencé, en este laberinto espantoso, familiarizándome con las diversas figuras, clasificándolas y juzgando de sus ocupaciones, por su porte, trajes y maneras. Encontré la tarea más fácil aquí que en parte alguna, porque el hombre se abandona más y su exterior se halla en conformidad con su estado.

Mis observaciones comenzaban por la mañana temprano. Todos los hombres que en una parte y en otra veía parados o tranquilos, eran gentes cuyo oficio lo requería así en aquel momento. Los mozos de cuerda, en distintas plazas, tienen sus puestos privilegiados y esperan que venga alguien a reclamar sus servicios. Los *calessare* y sus mozos y criados, están en las plazas grandes, al lado de sus calesas de un caballo, cuidando de estos y dispuestos a servir a quien los llame: marineros que fuman su pipa en el muelle; pescadores echados al sol, porque tal vez viento contrario les impide hacerse al mar. Vi otros muchos que iban y venían; la

mayoría llevaba en sí alguna señal de lo que eran. De los mendigos no hay nada que advertir, sino que son viejos, incapaces completamente, o estropeados o inválidos. Cuanto más miraba en derredor y más observaba, menos encontraba lo que se llama vagos, ni en la clase pobre, ni en la mediana; ni a la mañana ni en la mayor parte del día, de ninguna edad ni sexo.

Entro en detalles, a fin de hacer más creíble y evidente lo que sostengo. Los niños pequeños se ocupan de maneras muy diferentes: gran parte de ellos llevan pescado a vender, desde Santa Lucía a la ciudad. A otros se les ve con frecuencia en los sitios del arsenal donde han trabajado carpinteros y hay virutas, o bien a orillas del mar, que arroja pedacitos de madera, muy ocupados en recoger, hasta los más pequeños, en cestitas. Se van después a la ciudad y se colocan, con sus astillas de leña, como en un mercado. Niños de pocos años, que apenas hacen sino arrastrarse en el suelo, en compañía de sus hermanos mayores, que podrán tener de cinco a seis años, se emplean en tan diminuto comercio. Los artesanos y burgueses pobres, compran esto; lo queman en sus trípodes para hacer brasa y calentarse, o lo emplean en su económica cocina.

Otros niños llevan a vender por la ciudad agua sulfurosa, que se bebe mucho, sobre todo en primavera. Algunos buscan su pequeña ganancia comprando y volviendo a vender, a niños, fruta, miel, pasteles o confites, al menos para sacar su parte de balde. Es realmente cosa graciosa ver uno de estos chicos, cuya tienda y enseres de comercio se componen, por junto, de una tabla y un cuchillo; lleva una sandía o una calabaza medio asada y, rodeado de una porción de niños, coloca en el suelo su tabla y comienza a repartir la fruta en pequeños pedazos. Los compradores miran fijamente muy serios, por si acaso no reciben bastante porción por su monedita de cobre y el pequeño comerciante trata con la misma precaución a los curiosos, para que no le lleven ningún pedacito. Estoy convencido que en una permanencia más larga se podrían reunir más ejemplos de estas industrias infantiles.

Gran número de hombres y muchachos, la mayor parte muy mal vestidos, se ocupan en cargar en asnos, y llevar fuera de la ciudad, las barreduras. Las tierras que rodean a Nápoles son huertas y da gusto ver el sinnúmero de hortalizas que mandan a la ciudad todos

los días de mercado y cómo la industria de los hombres devuelve a la tierra lo superfluo, desechado por las cocineras, para acelerar el círculo de la vegetación. El increíble consumo de legumbres, es causa de que gran parte de las basuras napolitanas se componga de sus desechos; tronchos y hojas de coliflor, brócoli, alcachofas, repollos, lechugas, ajos, que se apresuran a recoger.

Del lomo del asno cuelgan dos grandes espuertas y, no solamente las llenan, sino que forman en cada una muy artística pirámide. Ninguna huerta deja de tener su asno. Un criado, un chico y a veces el mismo patrón, van apresurados cuantas veces pueden al día a la ciudad, que a todas horas es preciosa mina. Lo atentos que semejantes colectores estarán para recoger el estiércol de los caballos y mulas, se deja comprender. A duras penas abandonan las calles cuando es noche y los ricos, saliendo de la Ópera después de las doce, no se imaginan que, al abrir el día, ya gentes laboriosas buscarán, con el mayor cuidado, las huellas de sus caballos. Me han asegurado que dos de estos hombres, que se asocian, compran un burro y toman en arriendo un pedazo de tierra de un propietario grande; en este clima feliz, donde la vegetación no se interrumpe jamás, si son asiduos al trabajo, pronto ensanchan visiblemente su industria.

Iría demasiado lejos si hablase de la diversidad de pequeños comercios que, a gusto, se observan en Nápoles y en otras grandes poblaciones; aquí sólo hablaré de los porteadores, pertenecientes en general a la última clase. Algunos van de una parte a otra con tonelillos de agua helada y limones, para poder hacer donde quiera limonada, bebida de la cual no se privan ni aun los más pobres. Otros se ven parados con bateas, en las que hay botellas de diferentes licores y vasos terminados en punta, colocados, para que se tengan derechos, sobre anillas de madera. Varios llevan banastas provistas de bollos de todas clases, golosinas, limones y otras frutas y parece que cada uno quiere participar, aumentándola, de la gran fiesta que Nápoles celebra diariamente.

Tan ocupados como esta suerte de porteadores, hay multitud de pequeños traficantes, ambulantes también, que ofrecen sus chirimbolos sin cumplimientos, ya sobre un tablado o en la cubierta de una caja, ya sobre el propio suelo de las plazuelas. No se trata de

simples mercancías, que se pueden encontrar de igual manera en tiendas grandes; es el propio baratillo. Todo pedazo de hierro, cuero, paño, tela, fieltros, etc., vuelven al mercado en calidad de baratija y es de nuevo comprado por unos u otros. Se encuentran asimismo muchos hombres de la ínfima clase, empleados por los comerciantes y artífices como peones o demandaderos.

Verdad es que se dan pocos pasos sin ver un hombre mal vestido y hasta andrajoso; pero no es holgazanería ni vagancia. Llego hasta adelantar la paradoja siguiente: que en Nápoles es quizá donde proporcionalmente se encuentra más industria en las clases bajas. En realidad, no es comparable a la industria del Norte, donde no sólo hay que cuidarse del día y de la hora, sino los días buenos pensar en los malos, los claros en los obscuros, el verano en el invierno. Allí, la Naturaleza obliga al hombre a ser previsor y precavido. La mujer tiene que salar y ahumar las carnes, para que en la cocina no se carezca de nada en el curso del año. El hombre hacer provisión de leña, de frutos y no descuidar el forraje de los ganados, etc. Así los días más hermosos y las mejores horas de gozar, se dedican al trabajo. Durante muchos meses se alejan gustosos del aire libre y se guardan, en las casas, de la tempestad, la lluvia, la nieve y frío. Incesantemente se suceden las estaciones y todo el que no quiera perderse ha menester ser económico. No se trata de decir «prescindiré». «No se debe prescindir, no se puede, porque no es posible prescindir». La Naturaleza obliga a la acción У a las precauciones. Ciertamente sus influencias, que por tantos miles de años permanecen las mismas, han determinado el carácter de las naciones del Norte, tan respetable en muchos respectos. En cambio, a los pueblos del Sur, para los cuales el cielo es tan benigno, los juzgamos desde nuestro punto de vista demasiado severo. Lo que el señor Pauw en sus *Recherches sur les Grecs*, hablando acerca de los filósofos cínicos se arriesga a manifestar, conviene aquí de manera completa. Cree que no se tiene idea acertada del estado miserable de aquellos hombres. Su máxima fundamental de privarse de todo, se halla muy atenuada en un clima que lo da todo. Un hombre que nos parece miserable en aquellos países, puede, no sólo satisfacer sus necesidades más apremiantes, sino gozar admirablemente del mundo. Y del mismo modo, uno que se dice mendigo napolitano, podría desdeñar con facilidad el puesto de Virrey de Noruega y

renunciar el honor de gobernador de la Siberia, que la emperatriz de Rusia quisiera confiarle.

Cierto que en nuestros países un filósofo cínico lo pasaría muy mal, mientras, al contrario, en las tierras del Mediodía, la Naturaleza parece convidarle. Aquí el desharrapado no está desnudo. El que ni tiene casa propia ni alquilada, sino que en verano pasa la noche bajo los voladizos de un tejado, en los dinteles de palacios o de las iglesias, o en los edificios públicos y durante el mal tiempo se mete en cualquiera parte a dormir, mediante retribución insignificante, no es un miserable a quien se arroja; ni un hombre es pobre porque no se ocupa del día siguiente. Si uno piensa qué masa de alimentos ofrece este mar tan abundante en. Pescados, con los cuales, cada uno de aquellos hombres, según ley, debe alimentarse algunos días a la semana; qué superabundancia de frutas y legumbres se dan en cada estación; cómo la comarca donde está Nápoles ha merecido el nombre de *Terra di Lavoro*, que no quiere decir tierra de trabajo, sino de labradío y que toda la provincia lleva, hace muchos siglos, el título honroso de *Campagna felice*, se comprenderá qué fácil sea vivir aquí.

En suma, la paradoja que antes he indicado, daría ocasión a muchas consideraciones si alguien se propusiese escribir un cuadro detallado de la Italia, para lo cual serían necesarios, talento no escaso y muchos años de observación. Entonces se advertiría quizá que el llamado *lazarone*, no es ni en un cabello menos activo que las otras clases; pero se vería al mismo tiempo que, cada uno a su manera, trabaja, no solamente para vivir, sino para gozar y que aun en el trabajo por la vida quieren divertirse. Esto explica lo siguiente: Que los artífices, en general, son inferiores a los del Norte. Que no prosperan las fábricas; que, a excepción de abogados y médicos, atendida la gran masa de hombres, hay muy pocos científicos, por mucho que valgan los trabajos de los hombres de mérito. Que ningún pintor de la escuela napolitana ha sido profundo, ni se ha hecho célebre. Que los eclesiásticos se acomodan muy bien a la holganza y los ricos gastan, en lo general, sus rentas, en diversiones, placeres y lujo.

Bien se me alcanza que esto no es sino generalizar y que los rasgos característicos de cada clase sólo pueden determinarse

después de más exacto conocimiento y precisa observación; pero en conjunto, creo se obtendrían estos resultados.

Vuelvo al pueblo bajo de Nápoles. Se observa en ellos lo que, en los niños traviesos, a quienes se encomienda una cosa, que la hacen, pero jugando. Toda la clase se compone de hombres vivos de ingenio y golpe de vista perspicaz. La antigua Atella se halla en el país de Nápoles y como su favorito, Polichinela, continúa sus farsas, todo el pueblo sigue celebrándoselas.

En el capítulo quinto, libro tercero, de su Historia Natural, Plinio considera sólo digna de particular descripción la Campania. «Tan felices, tan graciosos, tan afortunados son aquellos países —dice, — que la Naturaleza parece en ellos haberse regocijado de su propia obra». Porque este aire es vital; el cielo de una dulzura siempre saludable, las tierras tan fértiles, las colinas tan soleadas, las selvas no dañinas, sombríos los sotos, útiles los bosques, oreadas las montañas, los campos extensos y de viñedos y olivares un colmo. Ovejas de noble vellón, toros gordos de piel lustrosa, muchos lagos, una riqueza de regadíos, mares y puertos. La tierra misma, que ofrece donde quiera su seno al comercio, por favorecer más a los hombres, extiende solícita sus brazos en el mar. No hablo yo de la capacidad de los hombres, sus usos y poderío, ni de los pueblos que con su lengua y sus manos han dominado. Los griegos, que acostumbran a celebrarse tan sin medida, han hecho de este país el juicio más honroso, dando a una de sus partes el nombre de la Gran Grecia.

Nápoles 29 de mayo de 1787

Con la mayor simpatía y satisfacción se nota marcada alegría en todas partes. Las flores y las frutas de muchísimos colores, con que se adorna la Naturaleza, parecen invitar a los hombres también a engalanarse ellos y sus muebles, en cuanto es posible, de igual modo. Todo el que puede se adorna con pañuelos de seda y cintas de colores y con flores en el sombrero. En las casas más pequeñas se ven las sillas y las cómodas pintadas de flores, sobre fondo dorado: hasta las calesas de un caballo son rojas, con molduras doradas y los caballos llevan flores artificiales y flecos colorados con bricho de oro. Algunos tienen penachos y aun les ponen a otros, sobre la cabeza, una banderita que ondea a cada movimiento en la carrera. Solemos llamar bárbara y de mal gusto la afición a los colorines. Podrá hasta cierto punto ser así; pero bajo un cielo azul radiante, nada es propiamente abigarrado; pues nada puede superar al brillo del sol y su reflejo en la mar. La potente luz atenúa los colores más vivos y, como todos, cada matiz verde de los árboles y plantas; los amarillos oscuro y rojo de la tierra obran sobre la vista en toda su fuerza; los colores de los trajes y de las flores entran en la armonía general. Los justillos y las faldas escarlatas, con guarniciones de plata y oro, de las mujeres de Nettuno, los otros trajes nacionales de colores, los buques pintados, todo parece esforzarse para hacerse en cierto modo visible bajo el resplandor del cielo y del mar.

Y conforme viven, así entierran sus muertos. Allí no destruye la armonía del mundo placentero, ninguna fila lenta y negra. He visto llevar a enterrar un niño. Rico tapiz de terciopelo rojo, con ancho bordado de oro, cubría unas angarillas y soportaba un cofrecito ricamente cincelado, de oro y plata, donde yacía el muerto vestido de blanco, completamente cubierto de guirnaldas de rosas. A los cuatro extremos de la cajita, cuatro ángeles de dos pies de altura

sostenían, sobre el niño tranquilo, grandes manojos de flores y, como por debajo sólo estaban sujetos por un alambre, al moverse las angarillas, se balanceaban y parecían, con el perfume de las flores, esparcir dulcemente la vida. Los ángeles se balanceaban tanto más, cuanto el cortejo se apresuraba por las calles, y los curas que iban delante y los que llevaban las hachas, más parecían correr que andar.

No hay estación en que no se vea uno por todas partes rodeado de comestibles y el napolitano no se recrea sólo en comerlos; quiere también que se presenten bonitamente en el mercado.

En Santa Lucia, los pescados, según sus especies, se ven colocados en cestas limpias y graciosas; los cangrejos, ostras, pequeñas almejas y otros mariscos en montoncitos, unos al lado de otros, sobre hojas verdes. Las tiendas de frutas secas y legumbres, adornadas de mil maneras. Las naranjas y limones de todas suertes, entreverados con sus propias hojas verdes, regocijan la vista. Pero nada adornan como las carnes, hacia las cuales se dirigen, con particular afición, los ojos del pueblo, cuyo apetito excitan las privaciones periódicas. En la carnecería misma, los cuartos de vaca, carnero y ternera, están de venta, sin verse al lado el sebo, la costilla y la pierna dorada. Hay diferentes días en el año, pero sobre todo los de Navidad, que se celebran como días de festín: aquella es una fiesta de cucaña general, para la cual se han puesto de acuerdo quinientas mil personas. La calle de Toledo y otras muchas calles y plazas, están adornadas de la manera más apetitosa. Las tiendas de legumbres, donde exponen las pasas, melones é higos, presentan el más agradable aspecto. Cuelgan por las calles en forma de guirnaldas los comestibles; grandes rosarios de salchichas doradas y atadas con cintas encarnadas, pavos, todos provistos de su banderita encarnada debajo de la cola. Aseguran que se venden treinta mil de estos animales, sin contar los que ceban las gentes en sus casas. Además, una muchedumbre de borriquillos recorre la ciudad y los mercados, con sus cargas de capones, corderos y legumbres y los montones de huevos que se ven en todos lados son tan grandes, que nunca uno se figuró pudiese haber tantos juntos. No basta que esto se coma. Todos los años un empleado de policía recorre la ciudad con una trompeta y en todas las plazas y encrucijadas pregona cuantos miles de bueyes, terneros, corderos, cerdos, etc., se han

consumido en Nápoles. El pueblo óyelo muy atento y se alegra extraordinariamente de que sean tan altos los números, recordando cada uno con placer la parte que ha tomado en tales regodeos.

Respecto de los platos de harina y leche, que nuestras cocineras saben preparar de tan diversas maneras, este pueblo, que gusta despachar pronto semejantes cosas y no tiene una cocina bien establecida, los reemplaza de dos maneras: los *macaroni*, pasta delicada, hecha de harina fina, muy trabajada, hasta ponerse dura, cocida y enrollada en ciertas formas, se tiene de todas clases por muy poco precio. La mayoría de las veces no hacen más que cocerlos en agua y el queso rallado sirve, a la vez, para darles manteca y sazonarlos. Casi en la es quina de todas las calles grandes, hay freidores, con sus sartenes llenas de aceite hirviendo, particularmente los días de fiesta, ocupados en preparar pescado o frutas de sartén, a gusto del consumidor. Estas gentes tienen un despacho increíble y muchos miles de hombres les compran y se llevan, envuelta en un pedazo de papel, su comida del medio día y su cena.

Nápoles 30 de mayo de 1787

Anoche, paseando por la ciudad, llegué al Molo. Allí, de una ojeada, vi la luna, su claridad en los bordes de las nubes, su reflejo suavemente movido en la mar, más claro y más movido en la cresta de las olas cercanas: después las estrellas del cielo, las lámparas del faro, el fuego del Vesubio, su reflejo en el agua y muchas luces sueltas esparcidas por los barcos. Hubiera querido ver asunto tan variado, ejecutado por Van der Neer.

Nápoles 31 de mayo de 1787

Tenía tan fija en mi idea la fiesta del Corpus en Roma, y en particular los tapices, ejecutados por cartones de Rafael, a pesar de tan espléndidas manifestaciones de la Naturaleza, no pueden tener igual en el mundo, no sólo no perdía de vista el viaje, sino que hacía con empeño los preparativos. El pasaporte estaba corriente. Un vetturino me había dado ya los dineros de señal, pues aquí se hace, para seguridad del viajero, precisamente lo contrario que entre nosotros. Kniep se ocupaba en preparar su nuevo alojamiento, mucho mejor situado y más espacioso que el anterior.

Antes de poner en obra los cambios, mi amigo me dio a entender algunas veces lo molesto, hasta cierto punto inconveniente, que era entrar en una casa sin llevar nada consigo; la cama sola inspiraba cierto respeto a las gentes de la posada. Hoy, al pasar por el baratillo interminable de la explanada del Castillo, vi dos camas de hierro bronceado, que ajusté, para ofrecérselas a mi amigo, como base sólida y tranquila de su sueño futuro. Uno de los mozos de carga, siempre dispuestos, las llevó en seguida, con las tablas necesarias al nuevo alojamiento y Kniep se alegró tanto al verlas, que se decidió al momento a instalarse. Pensó, ante todo, en procurarse tableros para dibujar, papel y todo lo necesario. Yo le cedí una parte de los dibujos hechos en las dos Sicilias, según nuestro convenio.

Nápoles 1 de junio de 1787

La llegada del Marqués de Lucchesini retardó algunos días mi marcha. He tenido mucho gusto en conocerle. Me pareció ser uno de esos hombres de buen estómago moral, que pueden siempre participar del gran festín de la vida, mientras que uno de nosotros, a modo de animal rumiante, se llena una vez y no puede tomar nada hasta después de haber vuelto a masticar y digerido su alimento. Ella también me agradó mucho; es una buena alemana.

Salgo gustoso de Nápoles: necesito marcharme de aquí. Los últimos días me he dado el gusto de ver mucha gente. He conocido a personas altamente interesantes y me complazco en las horas pasadas en su compañía. Pero quince días más y esto me hubiera alejado y separado por completo de mi designio. Además, cada vez está uno aquí más inactivo. Desde mi vuelta de Paestum, he visto muy poco, a excepción de los tesoros de Pórtici: me queda mucho por ver y no doy un paso. Verdad es que aquel Museo se considera el alfa y omega de todas las colecciones de antigüedades. Allí se ve lo adelantado que estaba el viejo mundo en el grato sentimiento del Arte, aunque muy atrasado en la industria sólida.

El criado que me ha entregado mi pasaporte en regla, me contó, sintiendo mi marcha, que salía del Vesubio fuerte lava, tomando el camino del mar. Casi había bajado ya las cuestas más escabrosas de la montaña, y llegaría a la orilla al cabo de pocos días. Me encuentro en el mayor aprieto. He pasado el día de hoy en visitas de despedida, que debía a tantas personas benévolas y atentas; lo que mañana sucederá, ya lo veo. No puede uno separarse por entero de los hombres en su camino, aunque nos procuren utilidad y goces, al fin y al cabo, concluyen desviándonos de nuestros propósitos serios, sin que podamos adelantar los suyos. Estoy sumamente contrariado.

Por la tarde

Mis visitas de despedida no han dejado de serme útiles y agradables. Vi cosas muy bonitas, hasta ahora reservadas. El Cavaliere Venuti me mostró tesoros escondidos. He vuelto a contemplar con gran veneración su Ulises, inestimable, aunque mutilado. Por despedida me llevó a la fábrica de porcelana, donde hice lo posible para grabar en mi memoria al Hércules y hube de volver a recrearme en los vasos de la *Campania*.

Conmovido de verdad en su amistosa despedida, me dijo al fin dónde le aprieta el zapato y quería nada menos que hacerme pasar algún tiempo a su lado. Mi banquero, a quien encontré sentado a la mesa, no me dejaba partir. Todo hubiera estado muy bien si la lava no se hubiese apoderado de mi imaginación. Entre ocupaciones de muchos géneros, hacer cuentas y equipajes, llegó la noche y me fui de prisa al Molo.

Allí vi todos los fuegos y las luces y su resplandor, más oscilante porque la mar estaba más movida. La luna llena en todo su esplendor, al lado del volcán encendido y la lava, que el día pasado faltaba, en su siniestro camino inflamado. Hubiera querido ir a verla, más los preparativos eran demasiado largos y no hubiera llegado hasta la mañana. No quería tampoco perder por mi impaciencia el espectáculo de que estaba gozando: permanecí sentado en el Molo hasta que, a pesar del ir y venir de las gentes, de sus explicaciones, dichos, comparaciones y disputas sobre dónde llegaría el torrente de lava y más charlas por el estilo, sentí que se me cerraban los ojos de sueño.

Nápoles 2 de junio de 1787

También este hermoso día pasado entre personas distinguidas hubiera sido de gusto y aprovechamiento, pero era contra mi idea y sentía el pecho oprimido. Lleno de deseos miraba el vapor, que, bajando lentamente la montaña hacia el mar, dibujaba de hora en hora el camino de la lava. Tampoco tuve la tarde libre. Había prometido visitar a la Duquesa de Giovane, que vive en palacio, donde me hicieron subir muchas escaleras y atravesar muchos corredores, estando los más altos tan llenos de cofres, armarios y todo lo desagradable de un guardarropa de corte, que sólo dejaba un paso angosto. En una habitación alta de techo y espaciosa, sin tener nada de particular, encontré una señora joven, de buena presencia y de amenísima conversación, nacida en Alemania; no le era desconocida la tendencia humana y liberal que marca nuestra literatura.

Aprecia extraordinariamente los esfuerzos de Herder y su escuela. Se siente íntimamente inclinada hacia la inteligencia pura de Garve. Querría estar a la altura de las escritoras alemanas y se deja ver su deseo de manejar una pluma experta y celebrada. Esta era la tendencia de su conversación, que denotaba, además, deseo de ejercer influencia en las jóvenes de alto nacimiento. Conversación semejante, no tiene límites. Había obscurecido y no traían luces: paseábamos de arriba abajo por la habitación, cuando ella, acercándose a una ventana, cerrada con maderas, la abrió y vi lo que sólo se ve una vez en la vida. ¿Lo hizo de intento para sorprenderme? Si es así, alcanzó por completo su objeto. Estábamos en una ventana de la parte alta del palacio y teníamos el Vesubio en frente. La corriente de lava se veía ya en la obscuridad, inflamada y el vapor que la acompañaba comenzaba a dorarse. La montaña rugía pavorosamente, sosteniendo sobre sí enorme nube de vapores,

cuyas diversas masas, iluminadas a cada nueva explosión como por un relámpago, tomaban forma corpórea, destacándose distintas unas de otras. Desde allí al mar, un rastro de llamas y vapores inflamados; el resto, mar, tierra, rocas y campos, visibles en mágico reposo a la luz crepuscular. Todo esto visto de una ojeada y la luna llena saliendo detrás de las montañas, como para alumbrar la perfección acabada de tan maravilloso cuadro, bien digno era en verdad de causar asombro.

La mirada podía abarcarlo de una vez y, si no distinguía en particular cada detalle, no por eso se perdía nunca la impresión del gran conjunto. Si nuestra conversación quedó interrumpida ante este espectáculo, luego se hizo más íntima. Teníamos delante un texto, que no bastarían siglos para comentarlo. Cuanto más avanzaba la marcha, más claridad parecía adquirir el paisaje. La luna alumbraba como un segundo sol. Penetraba en las columnas de humo la luz, haciendo visibles las estrías y masas hasta en sus menores detalles, y creía uno distinguir, con un mediano anteojo las rocas ígneas, al ser arrojadas por el negro cono de la montaña. Mi Anfitrión-así quiero llamarla, porque con dificultad hubiera podido ofrecérseme cena semejante-hizo poner las bujías al otro extremo de la habitación y esta hermosa mujer, iluminada por la luna como primer término de aquel increíble cuadro, me parecía cada vez más hermosa y lo que particularmente aumentaba su encanto, era oír, en aquel paraíso del Mediodía, un dialecto alemán muy agradable. Olvidé lo tarde que era, hasta que al fin ella me lo hizo advertir. Sentía dejarme marchar, pero se acercaba la hora en que sus galerías se cerraban como un convento. A duras penas me despedí de aquella lontananza y de aquel primer término, bendiciendo mi destino porque, después de los enojosos cumplimientos del día, me había recompensado con tan hermoso anochecer. Cuando me encontré en la calle, me dije que, en la proximidad de esta lava grande, sólo vería la repetición de aquella pequeña y que otra vista de Nápoles y otra despedida mejor que esta, era imposible.

En lugar de ir a casa, dirigí mis pasos al Molo, para ver el grandioso espectáculo con otro primer término. Pero no sé si el cansancio, después de día tan ocupado, o el sentimiento de que no debe mezclarse con nada la última imagen hermosa, me llevaron a casa de Moriconi, donde encontré a Kniep, que desde su nuevo

alojamiento venía a hacerme una visita de noche. Bebiendo una botella de vino, conferenciamos sobre nuestras relaciones futuras. Le prometí, en cuanto pudiese, mostrar trabajos suyos en Alemania, recomendarle al excelente Duque Ernesto de Gotha, de quien recibiría encargos. Y así nos despedimos, cordial y alegremente, con la perspectiva segura de mutua y recíproca actividad en lo futuro.

Nápoles 3 de junio de 1787, día de la Trinidad

Salí de esta ciudad incomparable, que probablemente no volveré a ver, medio aturdido entre su infinito movimiento; contento, sin embargo, al no dejar, detrás de mí, remordimientos ni dolores. Pensaba en el buen Kniep y, aún lejos de él, me ocupaba en sus intereses. En el último puesto del arrabal me distrajo un instante un mozo de café, que me miró con cara complacida, alejándose al punto. No habían concluido aún los aduaneros sus negocios con el *vetturino*, cuando por la puerta del café salió Kniep, llevando en una bandeja una gran taza china llena de café puro. Se acercaba al coche con una seriedad que, viniendo del corazón, le sentaba muy bien. Yo quedé pasmado y conmovido: semejante delicadeza de gratitud no tiene igual.

—Me ha hecho V. tanto bien —dijo—. V. me ha mostrado tanto cariño, ha ejercido sobre toda mi vida tanta influencia, que en esto quiero ofrecerle un testimonio del agradecimiento que le tengo.

Como en ocasiones semejantes me quedé sin saber qué decir; sólo le expuse lacónicamente que ya por su actividad me había hecho su deudor y que aún podría servirme más, trabajando y utilizando nuestros tesoros comunes.

Nos despedimos conforme se despiden pocas personas, que han estado corto tiempo unidas. Quizá en la vida sacaríamos más provecho y más agradecimiento, si mutuamente declarásemos lo que tenemos derecho a esperar unos de otros. ¿Se cumple? Pues quedan las dos partes contentas y el afecto, que es lo primero y lo último de todo, aparece como un don desinteresado.

En camino, desde el 4 al 6 de Junio

Viajando solo esta vez, tengo bastante tiempo para volverme a representar la impresión de los meses pasados y se me hace muy agradable. Sin embargo, noto con frecuencia faltas de observación. Si el viaje aparece ante el que lo ha hecho en su curso completo y la imaginación lo representa consecuente, no puede dar de él cuenta exacta. El que narra tiene que representar las cosas aisladas. ¿Cómo ha de poder imprimir el conjunto en el alma del que escucha?

Nada podría sucederme más satisfactorio ni gustoso que lo que me dicen vuestras últimas cartas: os ocupáis de la Italia y la Sicilia, leyendo descripciones de viajeros y estudiando grabados. La seguridad que con esto ganan mis cartas, es mi mayor consuelo. Si antes me lo hubieseis dicho o prometido, habría sido aún más diligente. Reflexionar que fueron mis precursores hombres excelentes como Bartels, Münter, arquitectos de diferentes naciones, cuyos fines serían por cierto más transcendentales que los míos, que son bien íntimos, me ha tranquilizado muchas veces, cuando tenía por insuficientes todos mis esfuerzos.

Si en general hay que considerar a cada hombre como un suplemento de todos los otros y tanto más digno de amor y más útil se muestra cuando por tal se da, debe tenerse esto en cuenta particularmente tratándose de viajes y de viajeros. La personalidad, los fines, los tiempos, las circunstancias favorables o desfavorables, todo se presenta diferente en cada uno. Si conozco a los que le han precedido, también me recrearé con él y lo utilizaré, esperando a su sucesor para recibirle con el mismo agrado, aunque en el intermedio haya tenido la dicha de visitar el país.

Segunda vez en Roma

Roma 8 de Junio de 1787

Anteayer llegué aquí, felizmente, y ayer, la fiesta del Corpus, me dio investidura de romano. Sin dificultad confieso que mi salida de Nápoles me produjo cierta pena; no a causa de alejarme de la hermosa comarca, sino al dejar una poderosa erupción de lava que, desde la cima de la montaña, tomó su camino hacia el mar. La hubiera querido observar de cerca y hacer, por experiencia propia, conocimiento de su modo y manera de ser, de la que tanto se ha dicho y leído.

Hoy cesaron mis suspiros por aquella gran escena de la Naturaleza y no en virtud del devoto bullicio de la fiesta que, al lado de imponente conjunto, presenta detalles absurdos que estropean su sentido, sino gracias a los tapices de Rafael, cuya vista me llevó de nuevo a un círculo de consideraciones más elevadas. Los principales que, sin género de duda, son suyos, cuelgan unos al lado de otros; los demás, acaso de discípulos y artistas contemporáneos de Rafael, no desdicen y ocupan dignamente un espacio inmenso.

Ayudándome mucho y medio en broma, medio serio, me reprochó necesitar todavía los principios fundamentales, habiendo vivido diez y ocho meses en Italia. Después de tanto tiempo, me aseguró que ya debía encontrar satisfacción y gusto en mis trabajos. Ahora conozco lo que es preciso estudiar y cómo, para vencer ciertas dificultades, bajo cuya carga se arrastra uno toda la vida. Otra advertencia: también ahora empiezo a cobrar cariño a los árboles, a las flores y a la misma Roma; antes las sentía cosa extraña y me alegraban, en cambio, objetos más insignificantes, parecidos a los que vi en mi juventud. Al presente necesito encontrarme aquí como en mi patria y, sin embargo, no puedo identificarme con éstas, como con aquellas primeras impresiones de la vida. Tal

circunstancia me originó muchos y diversos pensamientos, en particular acerca del Arte y de la imitación. Durante mi ausencia, descubriera Tischbein un cuadro de Daniel de Volterra en el monasterio de Porta del Popolo. Los religiosos lo tasaban en mil escudos y Tischbein, artista, no podía procurárselos. Entonces, valiéndose de Meyer, hizo a Madama Angelika la proposición, que aceptó, de pagar dicha suma y recoger en su casa el cuadro y, más tarde, Tischbein vendió la mitad que, conforme al contrato le correspondía, en una suma considerable. Es un cuadro excelente, que representa el entierro de Cristo y tiene muchas figuras. Meyer lo dibujó cuidadosamente.

Roma 20 de junio

He vuelto a ver obras de Arte magníficas y mi entendimiento se depura y se afirma. Sin embargo, necesitaría todavía un año vivir solo en Roma, a fin de poder utilizar mi permanencia a mi manera y ya sabéis que de otra no hago nada. Ahora, cuando me marche, sólo sabré cuál sentido no se me ha desarrollado todavía.

El Hércules Farnesio ya no está aquí; más llegué a verlo sobre sus propias piernas, de las cuales, durante tanto tiempo, le privaron. Ahora no se comprende que las primeras, de Porta, se hayan considerado buenas tanto tiempo. Es hoy una obra de las más acabadas de los tiempos antiguos. El rey de Nápoles va a construir un Museo donde reunir cuanto posee de Arte antiguo el museo de Herculano, los cuadros de Pompeya, los de Capo di Monte, toda la herencia de Farnesio: empresa grande y bella, cuyo promotor es nuestro compatriota Hackert. Hasta el Toro de Farnesio viajará a Nápoles, en cuyo paseo han de colocarlo. Si pudiesen sacar del palacio la galería Carracciana, se la llevarían también.

Roma 27 de junio

Estuve, acompañado de Hackert, en la galería Colonna, donde se ven reunidos muchos cuadros del Poussino, Claudio y Salvator Rosa. Acerca de ellos me dijo cosas muy bellas y profundas, Algunos copió; de otros hizo fundamental estudio. Me alegré de haber tenido, en mi primera visita a esta galería, sus mismas impresiones. Cuanto me dijo ensanchó y afirmó mis ideas, pero no las cambió en manera alguna. Siendo posible ver después la Naturaleza, encontrarla y leerla conforme aquéllos la han encontrado y la han imitado más o menos, ya puede sentirse el ánimo esparcido y sereno y adquirir la intuición más alta del Arte y de la Naturaleza. No quiero darme punto de reposo hasta que para mí nada sea palabra y tradición, sino idea viva. Tal fue, desde la juventud, mi aguijón y mi tormento; ahora que vienen los años quiero, al menos, alcanzar lo alcanzable y hacer lo factible, ya que, merecida o inmerecidamente, he sufrido el destino de Sísifo y de Tántalo.

¡Seguid queriéndome y tened fe en mí! Ahora vivo. con los hombres de manera muy tolerable y en cierto pie de buena franqueza. Estoy bien y contento del empleo de mis días.

Tischbein es excelente, más temo que nunca llegue a situación en que pueda trabajar a gusto y libre. De palabra diré más acerca de este hombre extraordinario. Mi retrato está muy bien; se me parece mucho У todo el mundo encuentra el pensamiento feliz. Angelika me retrata también, pero no resulta; ella se enoja de no poder alcanzar el parecido: es un muchacho guapo, pero ni trazas mías.

Roma 30 de junio

La gran fiesta de San Pedro y San Pablo llegó al fin; ayer vimos la iluminación de la cúpula y los fuegos artificiales del Castillo. La iluminación es un cuento fantástico; no cree uno a sus propios ojos. Viendo ahora las cosas en sí y no según antes me sucedía, por y con otras que no existían, sólo pueden causarme placer estos grandes espectáculos. En mi viaje cuento una media docena de ellos y éste puede figurar en primera línea. La hermosa forma de la columnata, la iglesia y en particular la cúpula, aparecen a primera hora perfiladas con fuego y cuando la primera hora ha pasado, en una masa de llamas. Es cosa única y soberbia. Pensando que el enorme edificio sólo sirve en tal momento de andamiaje, se puede comprender que no es posible ver en el mundo nada semejante. El cielo estaba sereno y claro; brillaba la luna y su resplandor atenuaba, de manera agradable, la claridad de las lámparas. Pero al último, cuando en la segunda iluminación todo se convirtió en llamas, quedó apagada la luz de la luna. Los fuegos artificiales son bonitos en razón del sitio, aunque sin punto de comparación con las iluminaciones. Esta noche veremos las dos cosas de nuevo.

Pasaron ya. Era una noche hermosísima; el cielo claro, la luna llena, que hacía más suave la iluminación y parecía enteramente un cuento de hadas. Ver dibujadas con fuego las bellísimas formas de la iglesia y de la cúpula, es cosa grandiosa que embelesa.

Roma fin de junio de 1787

Me he metido en tan grandiosa escuela, que no me es posible salir pronto. Aquí tienen que elaborarse y madurarse en total mis conocimientos y mis habilidades; sin esto, no os devolvería sino un amigo incompleto y comenzarían otra vez los deseos, los esfuerzos, la comezón y las lentitudes. No acabaría si hubiese de contaros lo bien que me ha ido aquí este mes: es como si me hubiesen presentado en un plato cuanto he deseado. Tengo alojamiento hermoso, en casa de buenas gentes. Tischbein se ha ido a Nápoles y hago uso de su estudio, que es un gran salón muy fresco. Cuando penséis en mí, imaginaos que pensáis en un hombre feliz; escribiré con frecuencia; así estaremos y permaneceremos juntos.

No me faltan nuevos pensamientos e inspiraciones. Entregado, como estoy, a mí mismo, encuentro mi primera juventud hasta en pequeñeces y luego lo elevado y lo digno de los objetos me lleva tan alto y tan lejos como lo requiere la última parte de mi existencia.

Mis ojos se forman de modo increíble y mis manos no quieren quedarse atrás. Sólo hay una Roma en el mundo y me encuentro en ella como el pez en el agua:

floto como una bala en el azogue, único fluido que la podría sostener. Nada enturbia la atmósfera de mis pensamientos más que el no poder compartir mi dicha con aquellos que me son queridos. El cielo está ahora admirablemente claro, de suerte que en Roma sólo hay alguna niebla a la mañana y a la noche. Pero en la montaña, Albano, Castello, Frascati, donde pasé tres días la semana anterior, el aire es siempre transparente y puro. ¡Esta Naturaleza sí que es digna de estudio!

Roma 6 de julio

Mi vida actual semeja en absoluto un sueño de la juventud; veremos si estoy destinado a gozar de ella o a saber que, al igual de otras muchas cosas, es sólo vanidad. Tischbein está fuera y su estudio arreglado, desempolvado y lavado, de manera que me encuentro en él muy a gusto. ¡Qué necesario es aquí, en la presente época, tener una instalación agradable! El calor es fuerte. A la mañana me levanto al salir el sol y me voy al *Acqua accetosa*, fuente mineral, a una media legua de la puerta cercana; bebo el agua, que sabe cómo la de Sehwalbach, atenuada, pero que en este clima es muy eficaz. A las ocho ya estoy de vuelta en casa y me ocupo en muchas cosas, según las disposiciones en que me encuentro. Estoy muy bueno. El calor saca fuera los humores reumáticos y llama a la piel cuanto de acre hay dentro del cuerpo y es preferible que un mal produzca picazón a que roa por dentro y nos obligue a arrastrar los pies. Sigo dibujando para formarme el gusto y la mano.

He emprendido en serio la Arquitectura; todo se me hace admirablemente fácil, es decir, en teoría, porque la práctica exigiría la vida entera. La ventaja es que no tenía presunción ni pretensión alguna; no había aspirado a nada de esto cuando llegué aquí. Y ahora pretendo sólo que nada quede, para mí, como palabra y nombre. Lo que se considera bello, grande, respetable, quiero verlo y conocerlo mediante mis propios ojos y es imposible sin la imitación.

Necesito dibujar del yeso. (Los artistas me indican el buen método. Me recojo todo lo posible.) Al principio de la semana no he podido rehusar algunos convites. Ahora quieren tenerme en todas partes, más yo dejo correr la cosa y me quedo en mi retiro.

Morizt, algunos compatriotas que viven en la casa, un suizo, hombre excelente, componen mi sociedad habitual. También voy a

casa de Angelika y del consejero Reiffenstein; siempre a mi manera, pensativo y sin franquearme a nadie. Lucchesini ha vuelto; ve a todo el mundo y se le ve como a todo el mundo. Es hombre que sabe muy bien su oficio o mucho me engaño. La próxima vez te hablaré de algunas personas que pronto espero conocer.

Egmont está en obra y espero que saldrá bien; a lo menos he sentido, durante su factura, síntomas que nunca me engañaron. Es muy particular haber tenido tantas veces impedimentos para acabar la obra y terminarla ahora en Roma. El primer acto está hecho; hay escenas en toda la pieza en las cuales no tengo que ocuparme.

Encuentro tantas ocasiones de reflexionar sobre todas las Artes, que mi Wilhelm Meister va estando repleto. En el momento debo dejar de lado las cosas viejas; tengo bastante edad y, si he de hacer todavía algo, no me he de descuidar. Conforme puedes imaginarte fácilmente, hay cien cosas nuevas en mi cabeza; pero la dificultad no consiste en pensar, sino en hacer. Es tarea endiablada colocar los objetos en su verdadera manera y tal, que no puedan estar en otra. Mucho podría hablar ahora de Arte; más sin la obra de Arte a la vista, ¿qué se ha de decir? Espero desprenderme de mu chas pequeñeces. Concededme para esto mi tiempo, que paso aquí de manera tan admirable y tan singular; concedédmelo con anuencia de vuestro cariño.

Esta vez tengo que cerrar la carta y enviar, contra mi voluntad, una carilla vacía. El calor del día fue grande y, por la tarde, me quedé dormido.

Roma 9 de julio

En lo sucesivo he de escribir un poco durante la semana, a fin de que el calor del día, o cualquier otro accidente, no me impidan deciros algo razonable. Ayer vi muchas cosas de primera y de segunda intención; entré acaso en doce iglesias, donde se encuentran los más hermosos retablos.

Después estuve, acompañando a Angelika, en casa del inglés Moore, paisajista, cuyos cuadros están, en su mayor parte, de excelente modo pensados. Entre otros hay una inundación, que es cosa única en su género. Mientras algunos tomaron como asunto la mar abierta, que da idea de aguas extensas, pero no altas, representó un valle elevado, encerrado entre montañas, dentro del cual, el agua, que sube siempre, llega al fin hasta penetrar desbordada. Se ve, en la forma de las rocas, que la altura del agua se acerca a las cimas y, estando detrás el valle cerrado y las rocas cortadas a pico, el efecto es espantoso. Pintado en tonos grises, el agua sucia espumosa y la lluvia que cae, se confunden: el agua se precipita y corre por las rocas, cual si las enormes masas quisiesen también fundirse en el elemento general y el sol aparece, semejando triste luna, a través del crespón de agua, que no alumbra y, sin embargo, no está obscura. En medio del primer término hay una roca plana, aislada, sobre la cual buscan su salvación algunos desdichados, en el momento en que las aguas se precipitan y amenazan cubrirlos. El conjunto está inmensamente bien pensado. El cuadro es grande; tendrá unos siete u ocho pies de largo, por cinco o seis de alto. De los otros cuadros, una excelente, hermosa mañana y una magnífica noche, nada digo.

Tres días seguidos hubo fiestas en Aracoeli, a causa de la beatificación de dos santos de la orden franciscana. El adorno de la iglesia, la música, iluminaciones y fuegos, atrajeron muchedumbre

de gentes. El Capitolio cercano estuvo también iluminado y los fuegos se quemaron en la plaza del mismo. El conjunto muy bonito, aunque mera imitación de San Pedro. Las romanas se presentan, en estas ocasiones, acompañadas de sus es posos o amigos, vestidas de blanco, con cinturones negros y son guapas y graciosas. También en el Corso es ahora de noche el paseo, a pie y en carruaje, porque de día no se sale de casa. El calor es muy soportable y estos días ha corrido siempre un vientecillo grato. Me estoy en mi fresco salón, tranquilo y complacido. Me aplico. Egmont adelanta mucho. Es singular que representen ahora en Bruselas la escena lo mismo que hace doce años la escribí yo[10]. Muchas cosas las van a creer sediciosas.

Roma 16 de julio

Muy adelantada está ya la noche y no se conoce, pues las calles se ven llenas de gentes que van y vienen, cantando y tocando guitarras y violines. Las noches son frescas y reparadoras, los días, de soportable calor.

Ayer fui con Angelika a la Farnesina, donde está pintada la fábula de *Psyquis*. ¡Cuántas veces y en cuántas situaciones he visto las copias iluminadas de estos cuadros en mi cuarto y en vuestra compañía! Mucho me impresionaron, precisamente por saberlos casi de memoria, a causa de las copias. Este salón, o mejor galería, es de lo más hermoso que conozco como decorado, a pesar del deterioro y de la restauración actual.

Hoy hubo combate de animales en la tumba de Augusto. Este gran edificio, redondo, vacío en el centro y abierto por arriba, sirve ahora como especie de Anfiteatro para corridas de toros. Podrá contener de cuatro a cinco mil personas. El espectáculo en sí no me ha gustado gran cosa.

Martes 17 de julio

Estuve de noche en casa de Albacini, el restaurador de estatuas antiguas, para ver un torso encontrado en la colección Farnesina, que va a Nápoles. Es el torso de un Apolo sentado y quizá no tiene igual en punto a belleza: a lo menos puede colocarse entre las primeras cosas que se conservan de la antigüedad.

He comido con el conde Freiss. El abate Casti, que viaja en su compañía, nos recitó una de sus novelas, El arzobispo de Praga, no muy decente, pero sí bellísima, escrita en *Oltave Rime*. Yo lo estimaba ya como autor de mi predilecto Re Teodoro de Venezia. Ahora ha escrito un Re Teodoro in Corsica, del cual he leído el primer acto; es también obra encantadora.

El conde Friess compra mucho y, entre otras cosas, adquirió una Madona, de Andrea del Sarto, en 600 zechines. En mayo último había ofrecido ya Angelika 450 y hubiera dado toda cantidad, si su económico marido no hiciera objeciones. Ahora, los dos se arrepienten. Es un cuadro infinitamente bello; no se tiene idea de cosa semejante sin haberlo visto.

Y así, todos los días aparece algo nuevo, que, unido a lo antiguo y permanente, proporciona gran placer. Mi vista se forma; con el tiempo podría ser conocedor.

Tischbein se queja en sus cartas del horrible calor de Nápoles. Aquí también es bastante fuerte. El martes lo ha sido tanto como algunos extranjeros dicen no haberlo sentido en España ni en Portugal.

Egmont ha llegado ya al cuarto acto felizmente. Pienso darlo listo en tres semanas y enseguida se lo envío a Herder.

Me ocupo asimismo en dibujar e iluminar. No se puede salir de casa ni dar el más pequeño paseo, sin tropezar los objetos más

dignos de estima. Mi imaginación, mi memoria, se llenan de cosas infinitamente bellas.

Roma 20 de julio

He descubierto, con toda claridad, estos últimos tiempos, dos de mis faltas capitales, que acompañaron y mortificaron mi vida entera. Una es no haberme nunca puesto a aprender el oficio de una cosa que he querido y debido ejecutar. De ahí resulta haber hecho tan poco, con tantas disposiciones naturales. O bien salía una cosa, conquistada mediante el poder del ingenio, bien o mal, según lo quería la suerte o la casualidad, o si pretendía hacerlo bien y reflexionando, me sentía temeroso y no la daba acabada. La otra falta, pariente cercana de la primera, es que nunca he dedicado a un trabajo o a un asunto todo el tiempo que requerían. Teniendo la felicidad de poder pensar y combinar mucho en poco tiempo, me es enojoso e insoportable hacer las cosas por sus pasos contados. Ahora pienso que ha llega do el momento de corregirme. Estoy en la tierra de las Artes, quiero adiestrarme en ellas, a fin de que me proporcionen, el resto de mi vida, goces y reposo y el poder de ir más allá.

Roma es magnífico sitio para conseguirlo. No solamente se encuentra aquí toda suerte de objetos, sino toda suerte de hombres, que los toman en serio, que siguen el camino derecho y con cuyo trato se puede adelantar cómodamente y mucho. ¡Gracias a Dios que empiezo a aprender y tomar algo de los demás!

¡Me encuentro mejor que nunca de cuerpo y alma! Ojalá lo veáis en mis producciones y deis mi ausencia por bien empleada. Así, cuanto pienso y hago, tiene conexión con vosotros; en lo demás estoy realmente muy solo y tengo que modificar mis conversaciones. Aquí es, sin embargo, más fácil que en parte alguna; pues con cualquiera se tiene algo interesante de qué hablar.

Mengs ha dicho, en no sé dónde, del Apolo del Belvedere, que una estatua que reuniese, a tan elevado estilo, más verdad en las

carnes, sería la obra más perfecta que el hombre pudiese pensar. Y aquel torso de Apolo o de Baco, que he mencionado, paréceme cumplir su deseo, su profecía. Mis ojos no son todavía bastante expertos para poder decidir, en materia tan delicada, pero me inclino a considerar este resto la cosa más hermosa que he visto. Es lástima que sólo sea un torso. Además, la epidermis está atacada en muchos sitios; debe haber estado debajo de un canal.

Domingo 22 de Julio

He comido con Angelika; queda establecido que todos los domingos seré su comensal. Antes fuimos al palacio Barberini, a ver el excelente Leonardo de Vinci y a la querida de Rafael, que él mismo pintó. Es muy agradable ver cuadros con Angelika, pues sus ojos están muy ejercitados y es grande el conocimiento mecánico que tiene del Arte. Además es, delicadamente sensible a todo lo bello y verdadero y de increíble modestia.

A la tarde estuve en casa del caballero D'Agincourt, rico francés que consagra su tiempo y su dinero a escribir una Historia del Arte, desde su decadencia a su Renacimiento. Las colecciones que hizo son en extremo interesantes. Se ve allí cómo el espíritu del hombre no estuvo jamás inactivo, ni aun durante los tiempos de turbación y oscurantismo. Si la obra se termina, será muy notable.

Ahora estoy con una cosa que me hace aprender mucho; he encontrado un paisaje y lo he dibujado. Un pintor hábil, lo colorea; así la vista y la imaginación se acostumbran, cada vez más, al colorido y a la armonía. En general todo va bien, sólo que, como siempre, emprendo demasiado. Mi mayor alegría es que el ojo se adiestra en las formas ciertas, se acostumbra sin dificultad a las figuras y a las proporciones y mi antiguo sentimiento de la posición y el conjunto vuelve muy de prisa. Con la práctica todo viene.

Lunes 23 de julio

Esta tarde he subido a la columna de Trajano, para disfrutar de aquella vista inapreciable. Desde allí, a la puesta del sol, el Coliseo aparece soberbio, con el Capitolio próximo, el Palatino detrás y la ciudad que se le une. Volví tarde y lentamente, a través de las calles. La plaza del Monte Cavallo, con el Obelisco, es cosa notable.

Martes 24 de julio

Fui a la villa Patrizzi, para ver la puesta del sol, gozar del aire fresco, grabar en mi mente la imagen de la gran ciudad, extender y amplificar mi horizonte en las grandes líneas y enriquecerlo de tantos objetos variados y hermosísimos. Esta noche he visto la plaza de la columna de Antonino y el palacio Chigi iluminados por la luna y la columna, que el tiempo ennegreció, des tacándose en el cielo claro de la noche sobre su blanco, brillante pedestal. ¡Y cuántos otros innumerables objetos, aislados y bellos, se encuentran en un paseo semejante! ¡Cuánto no cuesta apropiarse sólo pequeñísima parte! Se necesita la vida de un hombre y aun la vida de muchos hombres, que se instruyen gradualmente los unos por los otros.

Miércoles 25 de julio

Estuve con el conde Friess a ver la colección de piedras del príncipe de Piombino.

Viernes 27 de julio

Después de todo, los artistas, viejos y jóvenes, me ayudan a ensanchar y afirmar mis pequeñas habilidades. En la perspectiva y Arquitectura he adelantado y lo mismo en la composición del paisaje. En los seres vivos flaqueo, porque eso es un abismo; sin embargo, aplicándose en serio, también se iría adelante.

No sé si os he dicho algo del concierto que di a fines de la semana pasada. Convidé a todas las personas que me han procurado aquí algún agrado, e hice que los cantantes de la Ópera Cómica ejecutasen las mejores piezas de los últimos Intermezzos. Todo el mundo estuvo complacido y contento.

Ahora tengo mi salón muy bien arreglado y compuesto; se está en él agradabilísimamente a las horas de fuerte calor. Hemos tenido un día nublado, otro de lluvia y otro de truenos, luego algunos claros y no mucho calor.

Domingo 29 de julio

Acompañando a Angelika visité el palacio Rondanini. Recordaréis, por mis primeras cartas de Roma, una Medusa, que ya entonces me gustó mucho: ahora me ha procurado el mayor placer. Sólo tener idea de que tal cosa existe en el mundo y que ha podido hacerse, duplica la existencia. ¡De qué buena gana diría algo, si cuanto puede decirse acerca de semejante obra no fuera mero soplo de aire! Allí está para que se vea y no para que se hable de ella, a no ser, todo lo más, en su presencia. ¡Cuánto me avergüenzo de la sempiterna charla artística, que en otro tiempo me tuvo por cómplice! Si es posible procurarse un buen vaciado de la Medusa, llevaré el ejemplar conmigo; pero habría que vaciarla de nuevo. Hay algunos de venta y no los quiero: mejor que dar idea de ella y conservar algo, la estropean. La boca, en especial, es de una dignidad indecible e inimitable.

Lunes 30

Todo el día permanecí ocupado en casa. Egmont toca a su fin; el cuarto acto está, como quien dice, terminado. En cuanto se copie, lo enviaré por el correo de a caballo. ¡Qué alegría tendré al saber que le concedéis alguna aprobación! Al escribirla me siento rejuvenecido. ¡Ojalá produzca también, en el lector, algunas impresiones nuevas! Anoche hubo un bailecito en el jardín que hay detrás de la casa, al cual estuvimos convidados. A pesar de no ser estación de bailes, observé a todo el mundo alegre. Los ratoncillos italianos tienen sus particularidades: hace diez años, algunos hubieran podido pasar; ahora la vena se agota y esta pequeña fiesta apenas me interesó lo bastante para quedarme hasta el fin. Las noches de luna son increíblemente hermosas. Al principio, antes que la luna haya salido de los vapores, se ve amarilla y caliente, come *il Sole d'Inghilterra*. El resto de la noche, clara y alegre. Refresca el viento y todo revive. Hasta que es de día, hay siempre grupos en las calles, que cantan y juegan; se oyen muchas veces duetos, tan bonitos o más, que en óperas y conciertos.

Martes 31 de julio

He fijado en el papel algunos claros de luna; después me ocupé en toda suerte de entretenimientos artísticos. A la noche fui a pasear con un compatriota y emprendimos una disputa, tratando de la preeminencia de Miguel Ángel o Rafael. Yo sostenía el partido del primero y terminamos alabando a Leonardo da Vinci. ¡Qué felicidad el que todos ellos hayan cesado de ser meros nombres para mí y que, poco a poco, vaya poseyendo completa la idea viva de su mérito eminente!

Anoche, en la Opera Cómica, estrenaron un nuevo Intermezzo: «*L'impresario in angustia,*» muy bonito; nos divertirá muchas noches, por más calor que haga en el teatro. En un quinteto, el poeta lee su obra y el empresario y la *prima donna* a un lado, la aprueban; el compositor y la *seconda donna* al otro lado, la desaprueban y al fin se arma una disputa general. Resulta muy bien. Los sopranos, vestidos de mujeres, hacen su papel cada vez mejor y gustan cada vez más. Realmente, para ser una compañía de verano, reunida al azar, es muy buena. Trabajan con mucha naturalidad y gracia. Da lástima ver cómo sufren el calor los pobres diablos.

Roma 11 de agosto

Me quedo en Italia hasta la Pascua próxima. No puedo ahora marcharme de la escuela. Quedándome, iré tan lejos que podré dar gusto a mis amigos. Siempre tendréis cartas mías. Mis escritos os llegarán poco a poco. Así, imaginaréis en mí un ausente vivo, ya que tantas veces os habéis quejado de un presente muerto. Egmont, ya listo, saldrá a fin de mes. Luego esperaré ansioso vuestra sentencia. No se pasa día sin que haga progresos en el conocimiento o en la práctica del Arte. Conforme una botella se llena pronto, cuando se la sumerge abierta debajo del agua, así puede llenarse uno en Roma, cuando es susceptible y está preparado. El elemento artístico nos envuelve por todas partes.

Desde aquí podría predecir el buen verano que gozáis. Tenemos cielo siempre igual, enteramente puro y en el centro del día calor espantoso, que soporto bastante bien en mi fresco salón. Septiembre y octubre los pasaré en el campo, pintando del natural. Tal vez volveré a Nápoles, a fin de aprovechar las lecciones de Hackert. En quince días que pasé en su compañía, en el campo, me hizo adelantar más que lo hubiera hecho yo solo en años. Nada te envío aún y reservo una docena de pequeños bocetos, para que recibas de una vez algo bueno.

Esta semana ha sido laboriosa y tranquila. Particularmente en perspectiva he aprendido mucho. Verschaffeld, hijo del director del Museo de Mainnheimer, ha profundizado el conocimiento y me comunica sus trabajos. También hice algunas tablitas: claros de luna sombreados a tinta china y otras varias ideas que casi son demasiado extravagantes para dar cuenta de ellas.

Escribí una larga carta a la Duquesa, aconsejándole que retarde su viaje a Italia todavía un año. Si sale en octubre, precisamente llega a esta hermosa tierra cuando cambia el tiempo, lo cual es una

broma. Si sigue mi consejo en esto y otras cosas y la suerte ayuda, le irá muy bien. Me alegro de todo corazón que haga este viaje.

Hay una Providencia para mí, lo mismo que para los demás y esperaremos tranquilos lo porvenir. Nadie puede reformarse, ni evitar su destino. En esta misma carta verás mis planes y espero que los aprobarás. No repito nada.

Os escribiré con frecuencia y, durante el invierno, siempre estará con vosotros mi alma. Tasso irá después del año nuevo. Fausto, volando con su capa por los aires, os anunciará como correo mi llegada. Entonces habré terminado debidamente una época capital de mi vida y podré principiar de nuevo a trabajar y coger de donde me sea necesario. Me siento animoso y soy casi otro hombre, distinto del año pasado.

Vivo en la riqueza y en la superabundancia de todo aquello que positivamente estimo y amo y sólo estos dos meses he aprovechado en regla mi tiempo. Ahora todo lo cerrado se abre y el Arte es para mí una segunda Naturaleza que, como Minerva de la cabeza de Júpiter, ha salido de la cabeza de los grandes hombres. Días enteros, años enteros, os divertiré, más tarde, hablando de tales cosas.

Deseo a todos buen mes de septiembre. A fines de agosto, cuando todos celebramos nuestro cumpleaños, os recordaré de continuo. Cuando haya pasado el calor, me iré al campo a dibujar; mientras tanto, hago lo que 'puedo en el cuarto donde muchas veces tengo que holgar. Sobre todo, en las noches, hay que precaverse de un enfriamiento.

Roma 18 de agosto

Esta semana he tenido que aflojar, hasta cierto punto, en mi laboriosidad Septentrional. Los primeros días fue excesivo el calor y logré cuanto deseaba hacer. Ahora tenemos, desde hace dos días, la más hermosa tramontana, con cielo completamente despejado. Septiembre y octubre van a ser un par de meses divinos.

Ayer, antes de salir el sol, me fui al Acqua accetosa; es realmente para volverse loco ver la claridad, la variedad, la vaporosa transparencia y el color divino del paisaje, sobre todo en los lejos.

Moritz estudia ahora antigüedades y, destinándolo a la juventud y a todos los que piensan, las humanizará limpiándolas del moho de las librerías y del polvo de las escuelas. Tiene muy acertada y feliz manera de ver las cosas; espero que también se tomará el tiempo necesario para sentar la cabeza. Paseamos juntos las noches y me cuenta lo que medita, durante el día, acerca de lo que ha leído en los autores. Y así se llenan también estos huecos que, a causa de mis otras ocupaciones, tenían que quedar, para cubrirlos más tarde y con trabajo. Mientras tanto observo edificios, calles, paisajes, monumentos y cuando vuelvo a casa, charlando y en broma, fijo en el papel la vista que más me ha impresionado. Adjunto te envío uno de estos apuntes de ayer. Es, poco más o menos, la idea del Capitolio, cuando se sube a él por detrás.

El domingo estuve, con la buena Angelika, a ver los cuadros del príncipe Aldrobandini, particularmente uno excelente de Leonardo da Vinci. No es Angelika feliz como merecía serlo por su gran talento y sus rentas, que aumentan siempre. Está cansada de pintar para la venta y, sin embargo, su viejo esposo encuentra muy bonito eso de recibir tanto dinero por un trabajo a veces pequeño. Ella querría ahora poder pintar para su propia satisfacción, con más

calma, más cuidado y más estudio. No tienen hijos y no pueden comerse sus rentas, que un trabajo moderado aumenta de día en día. Conmigo habla franca; le dije mi parecer y dile mi consejo y la animo cuando estoy a su lado. ¡Se habla de privaciones y de desgracias, cuando aquellos que tienen bastante no pueden emplear lo suyo ni gozarlo! Tiene talento increíble; para mujer, inmenso. Hay que ver y juzgar lo que hace, no lo que deja que desear. ¡Cuántos trabajos de artistas resistirían la crítica si me pusiese a contar lo que les falta!

Y así es, queridos; cada día conozco más a Roma, el Arte, los artistas y el modo de ser romano y aprecio a fondo las relaciones; se me hacen familiares la vida común y el andar de un lado a otro. La idea formada en una sola visita es falsa. También aquí querrían sacarme de mi retiro y vida ordenada y llevarme a las diversiones del mundo; me resisto cuanto puedo, prometo, aplazo, me aparto, vuelvo a prometer y juego al italiano con los italianos.

El cardenal secretario de Estado Buoncompagni me sitió muy de cerca; pero me excusaré hasta mediados de septiembre, que iré al campo. Temo a esos caballeros y a esas señoras, como a una mala enfermedad; sólo de verlos ir en sus carruajes, me pongo malo.

Roma 23 de agosto de 1787

Anteayer, cuando me dirigía al Vaticano, recibí vuestra querida carta, núm. 24 y la leí repetidas veces en el camino y en la Capilla Sixtina, siempre que descansaban mi atención y mi vista. No puedo expresaros cuánto os he deseado a mi lado, a fin de que formaseis idea de cuánto puede hacer y concluir un hombre único y completo. Sin ver la capilla Sixtina no puede formarse ninguna idea intuitiva del poder de un individuo. Se oyen y leen muchas cosas de los grandes hombres, pero aquí la obra vive sobre nuestras cabezas y delante de los ojos. Mucho he conversado hoy con vosotros y quisiera que todo aquello se oyese claro y distinto en mi carta. ¿Queréis saber noticias mías? ¡Cuánto podría deciros! Porque, en realidad, he renacido, me he renovado y completado. Siento que la suma de mis fuerzas se agrupa y espero hacer todavía algo. Durante tanto tiempo, medité en serio acerca del paisaje y la Arquitectura, algo hice y ahora veo hasta dónde se puede ir y lo que se podría abarcar.

Al fin, el Alfa y el Omega de lo que he conocido, la figura humana, se apoderó de mí y yo de ella y digo: «Señor, no te dejo sin que me des tu bendición, aunque tenga que forcejear y quedarme lisiado.»

El dibujo no sale y absolutamente decidí ponerme a modelar, pareciéndome que dará resultados. A lo menos, llegué a pensar una cosa que me facilita muchas. Sería demasiado largo detallarla y es mejor hacer que hablar. Baste decir lo siguiente: Mi porfiado estudio de la Naturaleza y el cuidado seguido en el de la Anatomía comparada, me ponen en estado de ver, en su conjunto, muchas cosas de la Naturaleza y del Arte antiguo, cuyo pormenor a duras penas alcanzan los artistas y aun conseguido, las poseen para sí y no pueden comunicarlas.

Todas mis artimañas fisiológicas que, en desprecio al profeta[11], dejara de lado, salen de nuevo a relucir y me va bien con ellas. He principiado una cabeza de Hércules; si sale aceptable iremos más lejos.

Me hallo tan alejado del mundo y de todas las cosas mundanas, que me parece extraordinario leer un periódico. La forma de este mundo se desvanece; quisiera ocuparme sólo en las relaciones permanentes y así, conforme la doctrina de x x x, procurar desde ahora a mi espíritu la eternidad.

Ayer vi muchos dibujos en casa de Ch. von Worthley, que viajó por Grecia, Egipto, etc. Me interesaron en particular los dibujos del friso del Fartenon de Atenas, de Fidias. No se puede imaginar nada más hermoso que estas pocas figuras. Todo lo demás es de poca monta; los paisajes no son felices; la Arquitectura es mejor.

¡Adiós por hoy! Están haciendo mi busto, que me ha robado tres días de esta semana.

Roma 28 de agosto de 1787

Me sucedieron estos días muchas cosas buenas y hoy, para mi fiesta, me llega el librito de Herder, que eleva noblemente el pensamiento a Dios. ¡Me han consolado y confortado leer ideas tan puras y hermosas en esta Babel, madre de tantas mentiras y errores y pensar que estamos en un tiempo en que puede uno arriesgarse a publicar tal suerte de pensamientos y opiniones! En mi soledad examinaré el libro y lo leeré a menudo y haré mis anotaciones, que pueden ser materia de pláticas futuras.

Me he extendido cada vez más en la meditación del Arte, y abarco, casi en su totalidad, el pensum que me absuelve; más lo absuelto se queda sin hacer. Quizá para hacerlo mejor y más fácilmente se presentarán ocasiones, que el talento y la aptitud determinarán.

La Academia Francesa ha expuesto sus trabajos. Hay cosas interesantes.

Píndaro, que pide a los dioses fin dichoso, cae en los brazos de un jovencito a quien quiere mucho y muere. Es cuadro en que hay cosas de mucho mérito. Un arquitecto llevó a cabo una idea muy bonita. De una parte, ha dibujado la Roma actual, tomada desde un punto en que se distinguen bien todas sus partes. Después, en otra hoja, ha representado la Roma antigua, como si uno la viese desde el mismo punto. Se sabe el lugar donde estaban los monumentos antiguos y la forma de los más; de muchos quedan ruinas todavía. El artista suprimió lo nuevo y ha vuelto a representar lo antiguo, poco más o menos conforme pudo haber estado en tiempo de Diocleciano, con tanto gusto como estudio y preciosamente iluminado.

Hago cuanto puedo. De estas ideas y talentos amontono lo que

me es posible arrastrar y así me traigo lo más real.

¿Te he dicho que Trippel hace mi busto? El príncipe de Waldeck es quien se lo ha encargado. Está ya casi concluido y resulta bien en conjunto. Es trabajo de estilo muy firme. Terminado que sea el modelo, lo moldearán en yeso y luego en mármol, que Trippel desea acabar del natural: cuanto en el mármol se puede hacer, no se consigue de ninguna otra materia.

Angelika pinta un cuadro de excelente efecto. La Madre de los Gracos, ante quien una amiga ostenta sus joyas, muestra sus dos hijos como las mejores suyas. Es composición natural y muy feliz.

¡Qué hermoso es sembrar para recoger! Aquí he ocultado a todo el mundo que hoy era día de mi cumpleaños y al despertarme pensaba: ¿No vendrá alguno de los míos para festejarme? Y mira, llegó vuestro paquete, causándome indecible alegría. Me puse al momento a leerlo; termino ahora y al momento me pongo a escribiros las más cordiales gracias.

No quisiera sino estar a vuestro lado; hablaríamos tratando algunos puntos importantes. Pero bueno, ya llegaremos a eso y agradezco de corazón que se haya puesto un pilar, desde el cual podemos ahora contar nuestras millas. Camino a largos pasos por los campos de la Naturaleza y del Arte y de ellos iré a ti alegre. Hoy, después de recibir tu carta, volví a reflexionar y tengo que persistir: mi estudio del Arte, mi condición de autor, todo, exige aún este tiempo. En el Arte debo hacer tanto, que nada de lo que al conocimiento visual se refiera quede letra muerta y tradición para mí y lo forzaré en medio año. Tampoco puede forzarse en ninguna parte más que en Roma. Mis cosillas, —pues se me ocurren muy en diminutivo, —tengo que terminarlas, al menos con gusto y en el concepto de colección.

Después, todo me llama a la patria y aunque debiera llevar una vida privada y solitaria, tengo tanto que rebuscar y unir, que en diez años no veo punto de reposo.

En Historia Natural te llevo cosas que no esperas. Creo estar muy cerca del cómo de la organización. Tú examinarás gustoso tales manifestaciones, —no fulguraciones, de nuestro Dios y me dirás quién, en los tiempos antiguos y modernos, ha encontrado esto, lo ha pensado y lo ha considerado, desde semejante punto de vista o

desviándose algo de él.

Roma 1 de septiembre de 1787

Hoy puedo decir que Egmont está terminado. Lo trabajé todo este tiempo, ya en unos sitios, ya en otros. Os lo envió por Zurich, pues deseo que Kayser componga la música de los entreactos y toda la que pueda necesitar; luego, me alegraré que sea de vuestro agrado.

Mis estudios artísticos adelantan mucho. Mi principio a todo afecta y todo me lo abre. Cuanto el artista investiga aisladamente y con trabajo, me está en su totalidad abierto y libre. Ahora veo lo que ignoro y el camino se halla franco para saberlo y comprenderlo todo.

Mucho bien ha hecho a Moritz el libro de Teología de Herder: dice que hará época en su vida; su ánimo, ya preparado, mediante mi trato, se rindió; se ha inflamado cual la madera bien seca.

Roma 3 de septiembre

Hoy hace un año que me alejé de Carlsbad. ¡Qué año y qué fecha para mí la de aquel día, cumpleaños del nacimiento del Duque y día de mi nacimiento a nueva vida! De cómo he aprovechado este año, ni puedo en la actualidad darme cuenta a mí mismo, ni a los demás. Espero que llegará el tiempo, llegarán las hermosas horas en que haremos la suma juntos.

Ahora es cuando adelantan mis estudios; si me hubiese marchado antes, no habría visto a Roma. No es posible imaginarse cuánto hay que ver y aprender: fuera de aquí, ni idea de ello se tiene.

Vuelvo a ocuparme en las cosas de Egipto. He visto estos días, varias veces, el gran Obelisco roto, en un corral, entre escombros y barro. Era el Obelisco de Sesostris, erigido en Roma en honor de Augusto y servía de gnomon en el gran reloj de sol trazado en el Campo de Marte. Este monumento, más antiguo y más admirable que otros, yace degradado, destruido en muchas partes, al parecer, por el fuego. Allí está, sin embargo y las partes no destrozadas se conservan como hechas de ayer, del más hermoso trabajo en su género. Están moldeando y vaciando en yeso, para mí, la esfinge, de la punta; otras caras de esfinges, hombres y pájaros, son cosas inapreciables, que debe uno tener particularmente, porque se dice que el Papa quiere levantar el Obelisco y entonces los jeroglíficos quedarán fuera de alcance. Así pienso hacer con las mejores cosas etruscas. En el momento presente modelo tales obras en arcilla, a fin de poseer su completo conocimiento.

Roma 5 de septiembre

No quiero dejar de escribir un día, para mí de fiesta. Hoy es cuando puede decirse de positivo que Egmont se ha terminado. Se escribieron el título y los personajes y llenaron algunos huecos dejados adrede. Gozo anticipadamente pensando la hora en que lo recibiréis y leeréis. Acompañarán al manuscrito algunos dibujos.

Roma 6 de septiembre

Me había propuesto escribir largo y deciros toda suerte de cosas, en mi última carta; pero me interrumpieron y mañana voy a Frascati. La presente partirá el sábado y sólo os envío unas palabras de despedida. Probablemente tendréis también buen tiempo, semejante al que disfrutamos bajo el cielo más puro. Sigo teniendo pensamientos nuevos y rodeado de miles de objetos, despiertan en mí tan pronto una como otra idea. Siguiendo muchos caminos diferentes, se llega a un mismo punto: ahora veo claro y puedo decir la tendencia de mi inclinación y facultades; necesitase llegar a viejo para formarse ligera idea de su modo de ser. ¡No sólo los Suavos precisan llegar a los cuarenta años para tener juicio!

Supe que Herder no está bien y me puso en cuidado; espero tener pronto mejores noticias.

Me va bien de cuerpo y alma y casi puedo esperar curarme radicalmente. Todo se me hace fácil y algunas veces parece acariciarme un soplo de juventud. Egmont parte en compañía de mi carta; pero llegará más tarde, porque lo lleva el coche-correo. Tengo verdadera curiosidad e impaciencia de saber vuestra opinión.

Tal vez sería bueno comenzar pronto a imprimirlo. Me alegraría que tal pieza llegase, desde luego, a manos del público. Ved lo que se puede hacer; no retrasaré el resto del volumen.

El Dios me hace buena compañía. Veo a Moritz realmente edificado: sólo faltaba que acabase encadenando a semejante obra sus pensamientos, siempre desparramados: será muy buena. Me animó a proseguir en las cosas de Historia Natural, donde, particularmente en Botánica, llegué a un *çv xai này* que me deja atónito. Hasta dónde se extiende, yo mismo no lo puedo comprender.

Mi principio acerca la manera de explicar las obras de Arte y entender, de una vez, lo que artistas y expertos, desde la restauración de las Artes, buscan y estudian, en fragmentos, a cada aplicación es más seguro. En realidad, es también otro huevo de Colón. Sin decir que poseo la clave capital, hablo a los artistas de manera adecuada a mis designios y veo hasta dónde llegaron, lo que poseen y donde tropiezan. Tengo la puerta abierta, estoy en el dintel y desgraciadamente, desde allí, sólo podré dar la vuelta al templo y separarme.

Cosa ciertísima es que los artistas de la antigüedad tenían tan gran conocimiento de la Naturaleza e idea, tan segura como Homero, del modo de presentarse y de la manera de representarla. Desgraciadamente, el número de obras de Arte de primera clase es demasiado escaso; más viéndolas, nada se puede desear, sino conocerlas bien y marcharse en paz. Hicieron los hombres tan altas obras de Arte, conformándolas a leyes verdaderas y naturales, a semejanza de las mejo res de la Naturaleza. Todo lo arbitrario, imaginado, perece: ahí está la necesidad, ahí está Dios.

Dentro de pocos días veré los trabajos de un hábil arquitecto que estuvo en Palmira y dibujó, de su mano, los objetos, con gran entendimiento y gusto. Luego os daré noticia de tales cosas y espero interesar vuestra opinión acerca de tan importantes ruinas. Alegraos conmigo de mi dicha. Sí, bien puedo decirlo; nunca fui dichoso hasta este punto. Poder satisfacer, con la mayor tranquilidad y la mayor pureza, una pasión nativa y de un placer continuo osar prometerse utilidad permanente, no es poco. ¡Si pudiese siquiera repartir algo de lo que gozo y de lo que siento, queridos míos!

Espero que las nubes obscuras del horizonte político se disiparán. Nuestras guerras modernas hacen muchos infelices mientras duran y ningún dichoso cuando han pasado.

14 de septiembre de 1787

Queda sentado, amigos míos, que soy hombre que vive del trabajo. Todos estos días trabajé más de lo que he gozado, pero llega el fin de la semana y tendréis vuestra carta.

Es un dolor que el Áloes del Belvedere haya escogido el año de mi ausencia para florecer. Cuando estuve en Sicilia era demasiado temprano; aquí sólo florece uno este año, no grande, colocado en sitio tan alto, que no se puede llegar a él. En todo caso, es una planta de la India y aun aquí no se halla en terreno propio.

Las descripciones del inglés me hacen poquísima gracia; los eclesiásticos en Inglaterra tienen que ser muy circunspectos y toman la revancha con el resto del público.

El libre inglés tiene que mirarse mucho en los escritos relativos a las costumbres. Los hombres rabudos no me maravillan. Se nota en la descripción que hay algo muy natural: a diario estamos viendo cosas mucho más extraordinarias, que no apreciamos, porque no nos tocan tan de cerca.

Está bien que B., al igual de otros muchos que durante su vida no han tenido ningún temor de Dios, se vuelva a la vejez devoto, según se dice, con tal de que no pretenda edificarnos.

Estuve algunos días en Frascati en compañía del consejero Reiffenstein: Angelika fue el domingo a buscarnos; es un paraíso.

Erwin y Elmira está medio escrito de nuevo. Traté de darle mayor vida e interés, suprimiendo en absoluto el diálogo, excesivamente monótono. Es obra de estudiante, o más bien un mamarracho. Claro está que los cantos bonitos, donde todo se apoya, quedan.

Sigo entregado a las Artes con verdadero frenesí. Mi busto sale

muy bien; a todo el mundo satisface. No hay duda que está hecho en estilo noble y bello y no tengo nada que oponer a que en el mundo quede la idea de que yo tenía tal apariencia. Ahora, por éste, se principiará el de mármol, terminándose asimismo del natural. Si no fuese tan pesado, enviaría en seguida un vaciado. Quizá lo haré cualquier día aprovechando un buque de transporte, pues al fin tendré que mandar algunos cajones.

¿No ha llegado todavía Kranz, a quien había entregado una caja para los niños?

Dan ahora una opereta graciosa en el teatro In valle, después de dos que tuvieron deplorable suerte. Los actores trabajan con gusto y el conjunto es bueno.

Llovió algunos días, el tiempo ha refrescado y los campos se ponen verdes. Los periódicos os darían noticia, o la darán, de la gran erupción del Etna.

También leí la vida de Trenck: es bastante interesante y da materia para reflexionar.

Mi próxima carta contará mi entrevista con un viajero notable que debo conocer mañana.

Podéis estar contentos de mi estancia aquí. Me hallo familiarizado con Roma y casi no hay nada que no conozca a palmos. Los objetos fueron elevándome poco a poco hasta ellos. El goce y el conocimiento son cada vez más puros y perfectos: la suerte seguirá ayudándome.

Adjunta es una hoja que he copiado y deseo se comunique a nuestros amigos.

La vida en Roma se hace interesante, a causa de ser punto céntrico a donde convergen muchas cosas. Los dibujos de Cassas son hermosísimos. Mi pensamiento le ha robado muchos, que quisiera llevaros.

Continúo trabajando de firme. Intentando experimentar si mi principio es aplicable, acabo de dibujar una cabeza del yeso. Veo que lo es de modo completo y facilita extraordinariamente la factura. No querían creer que la hubiese hecho, sin embargo, todavía no es nada. En el resultado veo lo lejos que se puede llevar su aplicación.

El lunes volvemos a Frascati. Tendré cuidado de enviaros, dentro de ocho días, otra carta. Después he de ir a Albano. Dibujaremos mucho del natural. Ya no quiero saber más, sino producir algo y hacer buen uso de mi sentido: desde la juventud padezco tal enfermedad y quiera Dios que algún día me vea libre de ella.

Roma 22 de septiembre

Ayer sacaron en procesión La Sangre de San Francisco; mientras las Órdenes religiosas desfilaban, me entretuve en observar caras y cabezas.

Adquirí una colección de doscientas piedras antiguas, grabadas, de las mejores. Es lo más hermoso que se conoce en su género y elegí algunas a causa de las bonitas ideas que representan. No se puede llevar de Roma cosa más preciosa, porque la impresión es de extraordinaria delicadeza y perfectísima. ¡Cuántas cosas llevaré al regresar con mi barca! Ante todo, el corazón alegre, capaz de gozar la dicha que me destinan el amor y la amistad. Lo que haré será no emprender nada fuera del círculo de mis aptitudes, porque me agoto trabajando sin fruto.

Me apresuro, queridos amigos, a enviaros otro pliego en este mismo correo. El día de hoy fue muy notable para mí. ¡Cartas de muchos amigos, de la Duquesa madre; noticias de la fiesta de mi cumpleaños y, al último, ¡mis obras!

Me causan singular emoción que los cuatro volúmenes delicados, resultado de la mitad de mi vida, vengan a buscarme en Roma. Bien puedo decir que no hay en ellos letra que no haya vivido, sentido, gozado, sufrido y pensado y así todas me hablan ahora más vivo. Mi cuidado será y así lo espero, que los cuatro siguientes no se queden detrás. Mucho os agradezco lo que hicisteis en beneficio de tales hojas y, a mi vez, desearía poderos complacer. Conservadme vuestra solicitud, tan verdadera, en los otros tomos.

Me bromeáis con lo de las provincias y declaro que la expresión es muy impropia. Así podéis ver cómo en Roma se acostumbra cualquiera a pensar. En realidad, parece que me nacionalizo; pues se culpa a los romanos de no saber ni hablar más que de *grosse*

cosse.

Sigo trabajando siempre; me atengo en el momento a la figura humana. ¡Oh! qué inmenso es el Arte y llegando al fin a poseerlo, ¡qué infinito se hace el mundo!

El martes 25 me voy a Frascati y allí me afanaré también trabajando. Ahora principia a ir la cosa; ¡si siquiera fuese bien!

Observé que, en la ciudad más grande, en el círculo más extenso, el más pobre, el más pequeño, tiene conciencia, de sí y en un lugar pequeño, el mejor, el más rico, no se siente; no puede respirar.

Frascati 28 de septiembre

Me encuentro felicísimo: todo el día, desde la mañana a la noche, se dibuja, se pinta, se encola, llevando de consumo, ex profeso, el Arte y el oficio.

El consejero Reiffenstein, mi huésped, acompáñame y estamos alegres y contentos. Por la noche, visitamos las Villas, a la luz de la luna y aun en la obscuridad dibujamos lo más saliente. Tomé algunas vistas, que desearía un día pintar. Es de esperar que llegará asimismo el tiempo de lo acabado, Sólo que el remate, miran do lejos, está demasiado apartado y remoto.

Ayer fuimos a Albano en carruaje y volvimos: en el camino se tiraron tiros a muchos pájaros. Los hay tan abundantes que puede uno darse ese gusto. Ardo en deseos de verlo y conocerlo todo y siento que mi gusto se depura, a medida que mi alma abarca más ideas. ¡Si en vez de tan peregrinas razones pudiese siquiera enviaros algo bueno! Un compatriota os llevará varias cosillas.

Probablemente tendré el gusto de ver a Kayser en Roma; así vendrá la música a cerrar el círculo, que las Artes giran a mi alrededor, cual si quisieran impedirme mirar a mis amigos. Sin embargo, no me atrevo a tocar el capítulo de la soledad en que, a veces, me encuentro y de los deseos de vuestra compañía, que en ocasiones se apoderan de mí. En el fondo vivo en la embriaguez y no quiero ni puedo extender mis pensamientos.

Paso con Moritz muy buenas horas y empecé a explicarle mi sistema de las plantas y, en presencia suya, escribo, cada vez, hasta donde hemos llegado. Sólo así podía fijar algo de mi pensamiento en el papel.

Veo en el nuevo discípulo cuán comprensible se hace, aún lo más abstracto, presentado con buen método y hallando inteligencia

bien preparada. Encuentra en ello inmenso gusto y me sale al paso diciendo sus propias conclusiones. No obstante, en todo caso es difícil escribir, e imposible comprender, mediante la simple lectura, aun expuesto con la mayor claridad y precisión.

Vivo muy feliz porque «estoy en lo que es de mi padre». Saludo a todos los que me demuestran interés, me ayudan directa o indirectamente, me animan y me sostienen.

Frascati 2 de octubre de 1787

Si habéis de recibir, en tiempo oportuno, una carta pequeña, necesito prepararla muy anticipadamente. En verdad, tengo mucho y no tengo mucho que decir. El dibujo continúa siempre y, mientras tanto, silencioso, pienso en mis amigos. Estos días principio de nuevo a sentirme acometido del mal del país, quizá a causa de que me va bien y, sin embargo, me falta lo que más amo.

Me hallo en admirable situación y haré todo lo posible en sentido de utilizar cada día y trabajar de igual modo todo el invierno.

No podéis imaginaros cuán útil, aunque doloroso, me fue vivir este año en absoluto entre extranjeros, en particular porque Tischbein, — dicho sea, entre nosotros, no ha respondido como yo esperaba. Es, sí, buen hombre, aunque no tan claro, natural y abierto como sus cartas. Su carácter sólo podría describirlo verbalmente, sin hacerle injusticia y ¿qué importan las descripciones? La vida de un hombre es su carácter. Ahora tengo la esperanza de poseer a Kayser. ¡Cuánto me alegraría! ¡Quiera Dios que no haya impedimento!

Mi principal negocio es llegar, en el dibujo, a cierto grado que me permita hacer algo con ligereza y no desaprender ni permanecer estacionario, como desgraciadamente pasé el tiempo más hermoso de mi vida. Sin embargo, soy disculpable. Dibujar por dibujar, sería lo mismo que hablar por hablar. Si nada tenía que expresar; si nada me incitaba; si tenía que buscar con el mayor trabajo cosas que valieran la pena y aun buscándolas, apenas las encontraba, ¿a qué venía ponerse a copiar? Aquí se hace uno artista: todo insta, todo nos fuerza a producir algo. Con mi disposición y mi conocimiento del camino, estoy convencido que en algunos años iría muy lejos. ¿Deseáis, queridos, que os hable de mí? Ya veis como lo hago;

cuando estemos reunidos habéis de oír muchas cosas. Tuve ocasión de reflexionar mucho sobre mí y sobre los demás, sobre el mundo y sobre la Historia y así, si no nuevo, tengo mucho bueno que decir, a mi manera. Después, todo quedará comprendido y encerrado en Wilhelm Meister.

Moritz es, hasta ahora, mi compañía más querida, aunque siempre he temido y aun temo que mi trato le haga, si, más sabio, aunque no más recto, mejor ni más feliz. Tal recelo, siempre me contiene de franquearme a él.

En general, me va muy bien con esta vida de mucha gente. Observo el carácter y los procederes de las personas. Uno juega su juego propio; otro, no. Este, adelantará; aquél, difícilmente. Uno allega, otro derrocha. A este todo le divierte, al otro nada. Quién tiene talento y no lo ejercita; quién, no lo tiene y es aplicado, etc. Veo todo esto y, en medio, me veo yo mismo.

Me diviérte y no teniendo nada que ver ni por qué dar cuenta a esta gente, me pone de mal humor. Sólo después, amigos queridos, cuando obrando cada uno a su manera, quieren que todos seamos unos, que formemos un conjunto y lo pretendan de mí, entonces no queda más recurso sino marcharse, o volverse loco.

Albano 5 de octubre de 1787

Voy a ver sí puedo enviar a Roma esta carta en el correo de la mañana, diciendo en ella la milésima parte de cuanto tengo que decir.

Ayer, en el momento de salir de Frascati, recibí a un tiempo mismo vuestras cartas, las Hojas sueltas (mejor diría reunidas), las Ideas y los cuatro volúmenes encuadernados en piel. Es un tesoro para todo mi tiempo de Villeggiatura.

Leí anoche Persépolis. Me gustó infinito y no puedo poner nada por encima, porque en esa manera y Arte nada le ha superado. Quiero ver conducir les libros a alguna biblioteca y de nuevo daros gracias. Proseguid, yo os lo pido; o más bien, proseguid, porque debéis hacerlo. ¡Alumbrad con vuestras luces!

Las Ideas, los Poemas, todavía no se han tocado; ahora pueden ir mis obras. Yo continuaré con fe. Los cuatro grabados de los últimos volúmenes se harán aquí.

Nuestra relación con los consabidos era un armisticio convenido entre ambas partes; bien lo he sabido: solamente se puede lo posible. El alejamiento será cada vez mayor y, al último, si la cosa va bien, se hará la separación sin ruido.

Uno es un loco, cuajado de pretensiones. «Mi madre tiene gansos» se pone a cantar, con más sencilla satisfacción que un «¡Gloria a Dios en las alturas!» Es aquello de «Dejad a la paja y a la cebada; la paja y la cebada no se equivocan.» ¡Permaneced fiel a estas gentes! La primera ingratitud es mejor que la última. El otro piensa que viene de tierra extranjera a los suyos y viene a hombres que se buscan a sí mismos, sin quererlo reconocer. Se encontrará extraño y, tal vez, no sabrá por qué. Mucho me engañaría si la magnanimidad de Alcibiades no fuese un juego de cubiletes del

profeta de Zurich, que tiene bastante habilidad para sustituir, con increíble ligereza, las bolas grandes por las chicas, mezclarlas y, según su espíritu teológico-poético, hacerlas que valgan o que desaparezcan. Llévoselo y guárdeselo el diablo, que desde el principio fue amigo de la mentira, la demonología, los presentimientos, los transportes, etc.

Tengo que coger otro pliego y pediros que lo lea mejor espíritu que los ojos, conforme yo lo escribo, más con el alma que con las manos.

Sigue, querido hermano, pensando, hablando, uniendo, poetizando, escribiendo, sin cuidarte de otra cosa. Debe uno escribir como debe vivir, a su gusto y después existir también para los seres que nos sean afines.

Platón no quería soportar en su escuela ningún ἀγεωμέτρητον; si yo estuviera en situación de hacer lo mismo, no sufriría a ninguno que no eligiera cualquier ramo de la Historia Natural para estudiarlo en serio. Hace poco tiempo encontré, en una detestable declamación en el género apostólico-capuchinesco del profeta de Zurich, las siguientes insensatas palabras: Todo lo que tiene vida vive por algo que le es ajeno, o una cosa que suena así, poco más o menos.

Sólo puede escribirlo un pagano converso y para su revisión no le sacude el genio tirándole del brazo. No alcanzaron ni la más sencilla de las verdades naturales y querían sentarse alrededor del trono, en las sillas que pertenecen a otros, o no pertenecen a nadie. No hagáis caso de eso, como no lo hago yo, lo que en verdad me es fácil.

No puedo, en modo alguno, describir mi vida, que parece muy divertida. Ante todo, me ocupo en dibujar paisajes, a lo cual convidan, de preferencia, cielo y tierra. Al mismo tiempo se me ocurrieron algunos idilios. ¡Que no pueda hacerlo todo!... Veo perfectamente que el hombre de nuestro oficio tiene que estar siempre rodeado de cosas nuevas; así se salva.

Adiós y felicidades: ¡y si tenéis alguna pena, pensad que estáis reunidos; pensad lo que sois unos hacia otros, mientras yo, desterrado voluntario, errante deliberadamente, imprudente de propósito, extranjero en todas partes y en todo connaturalizado,

mejor que dirigirla, dejo correr mi vida y, en último caso, saldré.

No se por donde.

¡Adiós! encomendadme a la Duquesa. En Frascati, con el consejero Reiffenstein, hice todos los proyectos de su vida aquí. Si salen bien, es una obra maestra.

Estamos en idea de entrar en negociaciones respecto de una Villa separada y que se puede alquilar, mientras que las otras, o se hallan ocupadas, o pertenecen a gran. des familias, que sólo de favor las cederían, adquiriendo así obligaciones y compromisos.

Escribiré en el momento que haya algo seguro que decir. También le tengo preparada en Roma una hermosa instalación con jardín, en sitio despejado. ¡Mi deseo es que en todas partes se encuentre en su casa; pues de otro modo no gozaría! El tiempo pasa, el dinero se gasta y se le busca como a un pájaro que se escapa de la mano. Si puedo arreglarle todo, de manera que su pie no tropiece en ninguna piedra, lo haré.

No puedo más, aunque todavía hay espacio. Adiós y perdonad lo precipitado de estas líneas.

Castel-Gandolfo 8 de octubre, o más bien 12

Ha pasado la semana sin poder ponerme a escribir y así, a toda prisa, envío este plieguecito a Roma, a fin de que todavía os llegue.

Se vive aquí cual, en los balnearios, sólo que yo me separo de la gente a las mañanas, para dibujar; después pertenece uno, el resto del día, a la sociedad, lo cual me viene a maravilla esta corta temporada; porque veo mucha gente, de una vez, sin gran pérdida de tiempo.

Angelika también está aquí y vive cerca. Hay algunas muchachas animadas y varias señoras. El Señor de Marón, cuñado de Mengs y su familia, parte aquí y parte en las cercanías; la sociedad es agradable y siempre tienen algo de qué reír. De noche se va al teatro, donde el principal personaje es Polichinela y se pasa luego un día a cuenta de los chistes de la noche anterior. *Tout comme chez nous*, solamente bajo cielo diáfano y espléndido. Hoy se ha levantado un viento que me tiene en casa. Si algo pudiese sacarme de mí mismo, lo hubieran hecho estos días, pero siempre vuelvo a entrar en mí y todas mis inclinaciones van al Arte. Cada día se me aparece luz nueva y creo que, a lo menos, aprenderé a ver.

Erwin y Elmira está, como quien dice, hecho: todo consiste en dos benditas mañanas de escritura; pensado lo tengo entero.

Me ha incitado Herder a meterme en un cuestionario hipotético del viaje de Forster alrededor del mundo; no sé dónde voy a tomar tiempo y libros: veremos.

Ya tenéis días fríos y nublados; nosotros esperamos todavía pasear un mes entero. No puedo deciros cuánto me gustan las Ideas de Herder. No esperando ningún Mesías, son mi más querido Evangelio. Saludo a todos:

mi pensamiento está siempre con vosotros ¡queredme bien!

Castel-Gandolfo 12 de octubre

Sólo dos palabras y, ante todo, las más expresivas gracias por las Ideas. Me llegaron, a modo del más amable Evangelio y los estudios más interesantes de mi vida convergen a él, resultado feliz de largas penalidades. Tu libro renovó y excitó, de manera infinita, mi amor al bien. Sin embargo, sólo estoy en la mitad. Te ruego que me copies entero, tan pronto como te sea posible, el pasaje de Camper que citas en la página 159, para que yo vea que reglas ha descubierto del ideal artístico de los Griegos. No recuerdo sino el curso de su demostración del perfil de los grabados. Escríbeme acerca de eso, o más bien, hazme el extracto que creas útil, a fin de que yo sepa el *últimum* de tales especulaciones, pues soy siempre el recién nacido. ¿Trae algo claro sobre el particular la Fisonomía de *Lavater*? Obedeceré tu mandato respecto de Forster, aunque todavía no veo la posibilidad; pues no pudiendo hacer preguntas aisladas, tengo que establecer mis hipótesis, dependiendo completamente unas de otras. Sabes cuánto trabajo me cuesta escribir. Escríbeme nada más el último término cuando esté listo y su destino. Me encuentro entre las cañas y no quiero, de cortador de flautas, convertirme en flautista. Si lo emprendo tengo que volver a dictar, porque, en realidad lo considero como una seña. Parece como si de todas partes tuviese que arreglar negocios domésticos y cerrar mis libros.

Me sería lo más difícil de todo, tener que sacarlo en absoluto de mi cabeza; no poseo una cuartilla de mis colectáneos, ni un dibujo; nada tengo conmigo y aquí se carece en absoluto de libros nuevos.

Aún me quedo quince días en Castello, haciendo vida de bañista. Invierto la mañana en el dibujo; después no hago sino ver gente; me gusta, porque es toda junta, pues uno a uno, sería gran *seccatura*. Angelika está aquí y me ayuda en todo.

El Papa debe tener noticias de la toma de Ámsterdam por los prusianos. Las próximas gacetas nos lo dirán de seguro. ¡Sería la primera expedición que presentaría a nuestro siglo en toda su grandeza! ¡Yo lo denomino una *Sodezza*! ¡Sin un sablazo, con un par de bombas y sin que nadie acepte después la cosa! ¡Adiós! Soy hijo de la paz y quiero estar en paz por y con todo el mundo; así lo he decidido conmigo mismo.

Roma 23 de octubre

En el último correo no habéis recibido carta mía: el movimiento de Castello se hizo, al fin, demasiado perjudicial y, de otra parte, también quería dibujar. Es como en nuestro país estar en Baden y como yo habitaba una casa siempre llena de visitas, tenía que presentarme. Debido a tal motivo, he visto más italianos que antes en todo un año y esta enseñanza me contenta.

Me interesó una milanesa los ocho días que estuvo; se distinguía muy ventajosamente de las romanas a causa de su naturalidad, sentido común y buenas maneras. Angelika, al igual de siempre; inteligente, buena, agradable, servicial. Tiene uno que ser amigo suyo y puede aprender mucho de ella, sobre todo, a trabajar; es increíble cómo termina las cosas.

Estos últimos días enfrió el tiempo y me alegro mucho haber vuelto a Roma.

Anoche, al acostarme, sentí particular bienestar; me parecía reposar en fondo ancho, firme y seguro.

De buena gana hablaría a Herder acerca de su Dios. Es para mí punto capital advertir, que, en tal librito, al igual de otros, se cree manjar lo que propiamente sólo es plato. El que no ponga algo dentro, lo encontrará vacío. Permitidme que siga alegorizando un poco y Herder explicará a maravilla mis alegorías. Mediante el auxilio de palancas y rodillos se puede transportar bastante carga. Queriendo mover los trozos del Obelisco, sería menester vindas, poleas, etc. Cuanto más grande el peso o el objeto más delicado-y sirva de ejemplo un reloj-más complicado y artístico será el organismo y tendrá la mayor unidad interna. Así son todas las hipótesis, o mejor, todos los principios. El que no tenga gran peso que mover, coja sólo la palanca y el rodillo y deje mi polea. ¿Para

qué quiere el picapedrero un tornillo sin fin? Si L(avater) emplea toda su fuerza en hacer de un cuento verdad; si J(acobi) se agota en deificar la cavidad cerebral de un niño; si C(laudius) quiere hacer de un correo de a pie un evangelista, es evidente que todos aquellos que de manera más profunda se acercaron a los procedimientos de la Naturaleza, los detestarían. ¿Impunemente diría uno: Todo lo que vive, vive por algo que está fuera de sí y el otro desvergonzado embrollaría las ideas, mezclaría las palabras de saber y creer, de tradición y experiencia y el tercero se tomaría el trabajo de cargar un par de bancos, ya que no toda la fuerza de las sillas para colocarse alrededor del trono del Cordero, si no se hubieran guardado bien de pisar el suelo firme de la Naturaleza, donde cada uno es sólo lo que es y al cual todos tenemos igual derecho?

Tómese, al contrario, un libro parecido a la tercera parte de las Ideas; véase primero lo que es y dígase luego si el autor hubiera podido escribirlo sin tener idea de Dios. ¡Jamás! Pues cabalmente lo verdadero, grande, interno que tiene, lo tiene en, de y por aquella noción de Dios y del mundo.

Si en algún sitio falta algo, la falta no está en la mercancía, sino en el comprador; no en la máquina, sino en aquellos que ignoran su manejo. He mirado siempre con risa silenciosa sus conversaciones metafísicas, porque soy artista y me tienen sin cuidado. Más podría importarme que el principio por el cual trabajo permanezca oculto. Dejo que los demás se sirvan de la palanca y hago uso del tornillo sin fin, hace mucho tiempo y, ahora, todavía con más gusto y comodidad.

Roma 27 de octubre de 1787

Estoy de nuevo en este círculo mágico y me encuentro, otra vez, encantado, contento, trabajando en silencio, olvidando cuanto hay fuera de mí y recibiendo de las imágenes de mis amigos, pacíficas y gratas visitas. Dediqué los primeros días a escribir cartas. He mirado un poco los dibujos traídos del campo. La semana próxima comenzaré nuevo trabajo. Son demasiado lisonjeras, para atreverme a decirlas, las esperanzas que Angelika me ha dado, bajo ciertas condiciones, de mis dibujos de paisaje. Al menos continuaré para acercarme a donde nunca podré llegar.

Espero impaciente noticias de la llegada de Egmont y de la acogida que le habéis hecho. ¿He escrito ya que viene Kayser? Le aguardo dentro de algunos días y traerá nuestra partitura acabada. ¡Imagínate que fiesta será! En seguida se pondrá a trabajar en otra nueva ópera y Claudina con Erwin, en su presencia y con su aquiescencia, será reformada.

Concluí de leer las Ideas de Herder; me ha gustado el libro extraordinariamente. La conclusión es admirable, verdadera y consoladora y, como el libro mismo, sólo con el tiempo y tal vez entre nombres extranjeros hará bien a los hombres. Cuanto más gane esta obra, más felices serán los hombres dados a la meditación. También viviendo este año entre extranjeros, he observado y he encontrado que todos los hombres, realmente prudentes, más o menos delicados o groseros, están de acuerdo en que el momento es todo y que el privilegio de un hombre razonable consiste en saber conducirse de manera que su vida, en lo que de él dependa, contenga la mayor suma de momentos razonables y felices.

Tendría que escribir un libro si hubiese de decir cuanto aquél me hizo pensar. Vuelvo a leer pasajes como se me presentan, a fin de recrearme en cada página.

Encuentro hermosos, en particular, los antiguos tiempos griegos. Sin que lo diga puede pensarse que en los romanos echo de menos algo corpóreo, si así puedo expresarme: es natural. En la actualidad tengo en mi mente la masa de lo que era el Estado en sí y por sí. Es en mi sentir, al igual de la patria, una cosa exclusiva y sería preciso que apreciaseis, en proporción del inmenso mundo, el valor de una existencia sola y donde, en realidad, ya muchas cosas se han anonadado y convertido en humo.

El Coliseo, verbigracia, es siempre imponente para mí, aun cuando pienso en qué tiempo fue construido y que el pueblo que llenó tan enorme Circo, ya no era el antiguo pueblo romano.

Ha llegado hasta nosotros un libro acerca de la Pintura y la Escultura en Roma. Es producto alemán y lo que es peor, de un caballero alemán. Parece ser joven de energía, más lleno de pretensiones del trabajo que se ha tomado en dar vueltas, colectar noticias, oír, escuchar, leer. Supo y logró dar a la obra aparente unidad. Hay algo verdadero y bueno, al lado de cosas falsas y ridículas, repeticiones, pesadeces y desplantes. Quien lo vea a distancia, conocerá al punto que es la voluminosa obra, monstruoso medio entre recopilación y pensamientos propios.

La llegada de Egmont me alegra y tranquiliza y deseo una palabra sobre eso que debe estar en camino. El ejemplar en piel se lo he dado a Angelika. La ópera de Kayser la haremos más juiciosamente de lo que nos han aconsejado. Vuestro proyecto es muy bueno; cuando venga Kayser sabréis más de ello.

Todo el mundo se maravilla de cómo he pasado sin tributo; pero no saben tampoco cómo me las he compuesto. Nuestro mes de octubre no ha sido de los mejores, aunque tuvimos algunos días divinos.

Comienza para mí época nueva. Viendo y aprendiendo tanto, mi alma ha ensanchado sus horizontes, de manera que, en cualquier trabajo, me encuentro estrecho. La individualidad de un hombre es cosa muy singular; he venido a conocer la mía ahora, pues' de una parte, he pasado un año entero dependiendo de mí mismo y de otra, anduve siempre rodeado de extranjeros.

Roma 3 de noviembre de 1787

Llegó Kayser y he pasado la semana sin escribir. Ante todo, se apresuró a preparar su clavecín y, paso a paso, irá saliendo la ópera. Su presencia constituye época memorable y veo que no hay sino seguir tranquilos nuestro camino: los días traen lo mejor, lo mismo que lo más malo.

La acogida de mi Egmont me hace dichoso y espero que en la segunda lectura no perderá: sé lo que allí dentro he metido y eso no puede salir en una lectura sola. Lo que tú alabas lo he hecho de propósito; si dices que está hecho, conseguí mi objeto. Era tarea de indecibles dificultades, que no hubiera terminado sin libertad completa de vida y de espíritu. Considérese lo que es coger una obra escrita doce años antes y acabarla sin hacerla de nuevo. Las circunstancias particulares del tiempo me hicieron el trabajo más fácil y más difícil. Todavía hay dos piedras delante: Fausto y el Tasso. Puesto que los dioses compasivos parecen haberme señalado, en lo porvenir, el castigo de Sísifo, espero llevar también esos dos peñascos a lo alto del monte. Una vez allá arriba, comenzaré de nuevo y haré lo posible por merecer vuestra aprobación, ya que vuestro cariño me lo concedéis y conserváis, sin tener yo méritos.

No comprendo bien lo que dices de Clarita[12] y espero tu segunda carta. Veo que notas, al parecer, la falta de una nuance entre la doncella y la diosa. Como hago sus relaciones con Egmont tan exclusivas; como su amor la transporta más por la idea de la perfección de su amado, más por el indecible placer de que este hombre le pertenezca, que por nada sensual; como hago de ella una heroína; como, en el íntimo sentimiento de la eternidad del amor, acompaña a su amado y se le aparece, al fin, radiante y gloriosa, en un sueño, no sé dónde había de colocar la nuance intermedia, aunque confieso que, a causa de las necesidades de la escena, los

matices enumerados están tal vez demasiado acusados y sueltos, o quizá los unen muy ligeras indicaciones; acaso ayude una segunda lectura y tu segunda carta me dirá algo más determinado.

Angelika dibujó una portada para Egmont y Lips la ha grabado: esto al menos, no habrá sido dibujado ni grabado en Alemania.

Desgraciadamente tengo que dejar de lado por completo las Artes plásticas si mis obras dramáticas han de terminarse, lo cual exige recogimiento y manipulación tranquila, si ha de ser algo. Claudina está ahora en obra; será hecha de nuevo y el antiguo jergón de mi existencia sacudido.

Roma 10 de noviembre de 1787

Kayser está aquí y con él el complemento de la música; mi vida se triplicó. Es excelente hombre, bueno, muy conforme a nosotros, que hacemos la vida natural cuanto es posible en el mundo. Tischbein vuelve de Nápoles y ambos tenemos que cambiar de hospedaje y de todo, pero siendo de buen arreglo, en ocho días estará ya listo. Pedí a la Duquesa madre me permita gastar despacio la suma de doscientos zecquines en diversos pequeños objetos de Arte destinados a ella. Apoya el proyecto conforme lo encuentres en mis cartas. No necesito el dinero, ni ahora enseguida, ni todo de una vez. Es punto de importancia, cuya extensión comprenderás sin grandes explicaciones y aún conocerías mejor la necesidad y utilidad de mi consejo y ofrecimiento, si supieres cómo pasan aquí las cosas y lo que veo delante. En tales pequeñeces le preparo mucho gusto y cuando encuentre los objetos que, poco a poco, le hago preparar, calmaré el deseo de adquirir que se apodera de cuantos llegan, sean quien quiera y que, el acallarlo, le costaría dolorosa resignación o mucho dinero y perjuicio el satisfacerlos. Sobre esto, podrían escribirse varios pliegos.

Mucho me satisfacen las aprobaciones que Egmont recibe. Ninguna obra he acabado más libre de espíritu ni con más conciencia que ésta, Sin embargo, es difícil, estando la cosa hecha de otra manera, satisfacer al lector, siempre deseoso de algo igual a lo de antes.

Roma 24 de noviembre

Me preguntas en tu última carta, acerca del color del paisaje romano. Puedo decirte que, en los días claros, particularmente de otoño, es de tantos colores, que en las copias debe aparecer abigarrado. Dentro de algún tiempo espero enviarte varios dibujos hechos por un alemán, que está ahora en Nápoles. Las acuarelas no alcanzan, ni con mucho, el brillo de la Naturaleza y, sin embargo, os parecerán imposibles. Lo más bonito es que los colores vivos, a pequeña distancia, los suaviza el tono del aire y que la oposición de los tonos fríos y de los tonos calientes, según los llaman, —queda así visible. Las sombras claras, azuladas, se destacan deliciosas de todos los matices de luz, verdes, amarillos, encarnados, obscuros y se confunden, a lo lejos, con los azulados vapores. Hay tal brillo y, al mismo tiempo, tal armonía y degradación, que en el Norte no se puede tener idea. Ahí todo está, o duro o nebuloso, abigarrado o de un tono solo. Al menos recuerdo, muy raras veces, haber visto efectos aislados que me diesen gusto anticipado de lo que ahora, a diario y a todas horas, tengo delante. Tal vez, ejercitada mi vista, encontraré en el Norte más bellezas.

Después de todo, bien puedo decir que veo y reconozco el camino recto de las Artes plásticas y, a causa de ello, puedo presumir claramente su extensión y su lontananza. Soy demasiado viejo para no hacer ya sino chapucerías. Veo lo que otros hacen; hallo muchos en el buen camino, más ninguno anda a grandes pasos. Sucede lo mismo que con la facilidad y la sabiduría; sólo los arquetipos flotan en la altura y venerándolos tocamos la orla de sus vestiduras.

La llegada de Kayser y nuestros arreglos caseros me obligaron, hasta cierto punto, a suspender mis trabajos; ahora van bien de nuevo y la ópera próxima a terminarse. Es un hombre muy bueno,

inteligente, ordenado, reposado, tan firme y seguro en su Arte como se puede estar; hombre, cuyo trato es saludable. Al lado de esto, tiene tanta bondad de corazón, tanta rectitud en su vida y un compañerismo que dan flexibilidad a su carácter, naturalmente fuerte y gracia a su trato.

Roma 10 de diciembre de 1787

Te aseguró en verdad que estoy, del punto principal, más que seguro y aunque el conocimiento puede extenderse hasta lo infinito, tengo, de lo finito-infinito, idea segura y hasta clara e inmediata.

Tengo todavía delante los objetos más maravillosos y contengo mis facultades para que sólo mis fuerzas de acción, en cierto modo, adelanten. Existen cosas soberbias y tan comprensibles como la palma de la mano, cuando uno las ha cogido.

Roma 7 de diciembre

Pasé la semana dibujando; la poesía no quiso ir adelante. Tiene uno que ver y buscar la utilidad de todas las épocas. La academia de nuestra casa prospera y nos fatigamos despertando al viejo Angantyr. La perspectiva ocupa las noches y al lado de ello trato siempre de aprender a dibujar, mejor y más seguro, algún par te del cuerpo humano. Sólo que todo lo fundamental es demasiado difícil y exige, en su práctica, gran aplicación.

Angelika siempre buena y amable. De todas maneras, me hace su deudor. Los domingos los pasamos juntos y durante la semana la veo una noche. Trabaja tanto y tan bien, que no se puede tener idea de cómo esto es posible y, sin embargo, cree siempre que no hace nada.

Roma 8 de diciembre

¡Cuánto me alegro, amada mía, que te haya gustado; no puedes imaginártelo! ¡Cuánto me regocija producir un tono de acuerdo con tu diapasón! Igual deseo formo respecto de Egmont, de quien me hablas tan poco y, que te haga sufrir algo, como gozar. ¡Oh! bien sabemos que tan gran asunto difícilmente podríamos disponerlo en toda su pureza.

Sin embargo, en el fondo nadie tiene idea tan justa de la dificultad del Arte, como el artista. En el Arte hay mucho más positivo, es decir, aprendible y transmisible, de lo que se cree comúnmente y las mañas mecánicas de producir los mayores efectos intelectuales,siempre con ingenio, se entiende, —son muchas. Sabiendo tales sutilezas artísticas, mucho es un juego, que luego parece maravilla y en ninguna parte, creo, se puede aprender mejor, por lo alto y por lo bajo, que en Roma.

Roma 15 de diciembre

Te escribo tarde y sólo deseando decirte algo. Pasé muy a gusto la semana. La anterior, ni un trabajo ni otro quería ir adelante y, estando muy bueno el tiempo el lunes y mi conocimiento del cielo haciéndome esperar que continuaría, emprendí la caminata a pie con Kayser y mi segundo Fritz y desde el martes hasta hoy hemos recorrido los lugares que ya conocía y otros que no visitara todavía.

El martes a la noche llegamos a Frascati. El miércoles visitamos las más bonitas villas y en particular el precioso Antino del monte Dragone. El jueves, desde Frascati fuimos a Monte-Cavo, sobre Rocca di Papa, de donde necesitas tener dibujos, porque las descripciones y las palabras no son nada. El viernes, Kay. ser se separó de nosotros, porque no estaba completamente bien y fue, con Federico Segundo, a Aricia, Genzano, al lago de Nemi, para volver a Albano. Hoy estuvimos en Castel-Gandolfo, en Marino y luego regresamos a Roma.

Nos favoreció el tiempo de modo increíble; tuvimos acaso los días más hermosos de todo el año. Además de los árboles, siempre verdes, algunos robles tienen aún hojas y lo mismo los castaños jóvenes, pero amarillas. Hay en el paisaje tonos hermosísimos y ¡qué formas tan admirables en las sombras de la noche! Lo he pasado muy bien y quiero de lejos participártelo: estuve muy contento y muy bueno.

Roma 21 de diciembre

Dibujando y estudiando las Artes, favorezco las disposiciones poéticas en vez de perjudicarlas. Con la diferencia de que se debe escribir poco, dibujar mucho. Lo que deseo es poder comunicarte mi idea acerca del Arte plástico. Aunque todavía muy subordinada, satisface, porque es verdadera y de ilimitado alcance. El entendimiento y la lógica de los grandes maestros es increíble. Si cuando llegué a Italia era semejante a un recién nacido, hoy me encuentro recién educado.

Lo que hasta ahora mandé son ensayos ligerísimos. Thurneisen te llevará un rollo: lo mejor son obras ajenas, que han de agradarte mucho.

Roma 25 de diciembre

Esta vez Cristo nació entre truenos y relámpagos: precisamente a media noche hubo borrasca.

Ya no me ciega el brillo de las grandes obras artísticas. Voy a la contemplación y al conocimiento verdadero y distinto. No puedo decir cuánto debo a un silencioso, solitario y aplicado suizo, que se llama Meyer. Es el primero que abrió mis ojos a los detalles y a las propiedades de las formas, consideradas aisladas; me inició en el propio hacer. Se contenta con poco y es modesto.

Goza en las obras de Arte, en realidad más que los grandes que las poseen y no las entienden; más que otros artistas, a quienes angustia la codicia de imitar lo inimitable.

Es de claridad divina su inteligencia y de angelical bondad su corazón. Nunca me habla sin que me dé ganas de escribir todo lo que dice. Son sus palabras precisas, rectas, describiendo la sola línea verdadera. Su enseñanza, dame lo que nadie podría darme y su alejamiento será siempre irreparable. Cerca de él, en cierto período de tiempo, espero llegar a tal grado en el dibujo, que apenas me atrevo a figurármelo. Cuanto en Alemania aprendí, tomé, pensé, es, a su dirección, como la corteza del árbol al hueso del fruto. No tengo palabras para expresar la beatitud silenciosa y atenta con que comienzo a mirar las obras de Arte; mi inteligencia se ha ensanchado lo suficiente para entenderlas y cada vez se forma más, a fin de poder apreciarlas debidamente.

Otra vez hay aquí extranjeros y acompañándolos visito, algunas veces, una galería.

Me hacen el efecto de las abejas en mi cuarto, que chocan en las ventanas, tomando los cristales por el aire libre y luego rebotan y se pegan a las paredes.

No desearía a mi mayor enemigo verse relegado al silencio en un rincón y volver a pasar por entendimiento enfermo y limitado; me sentaría peor que nunca.

Así, pues, querido, piensa, obra, haz en mi obsequio lo que sea mejor y sostén mi vida; de otra manera, perezco, sin ser a nadie útil. Sí, he de decirlo: estuve este año, moralmente, muy mimado. Durante cierto tiempo me mantuve separado de todo el mundo. Ahora, volvió a formarse en torno mío un pequeño círculo de personas buenas, que todas están en el buen camino y la prueba de que piensan y obran en el buen camino, es que quieren estar conmigo y tienen gusto al hallarse en mi presencia.

Soy implacable, intolerante hacia cuantos pierden su tiempo o se extravían y, sin embargo, quieren ser considerados mensajeros y viajeros. Mis burlas y mofa los persiguen hasta que cambian de vida o se van de mi lado. Aquí no se trata sino de los buenos y rectos. A los medianos, a los de malas ideas, se les pone en la puerta de la calle sin ceremonias. Dos hombres me deben ya su cambio de sentimientos y de vida; tal vez tres y me lo agradecerán siempre. En tal punto de la actividad de mi vida, es donde siento lo sano de mi naturaleza y su extensión; mis pies no se enferman a no ser en zapatos estrechos, y no veo nada cuando hay una pared delante.

Roma 5 de enero de 1788

Perdonadme si hoy escribo poco: comenzó el año en el trabajo y la seriedad y apenas tengo tiempo de mirar alrededor.

Después de un interregno de varias semanas, en las cuales he vivido en una especie de pasividad, vuelvo a tener, me atrevo a decirlo, las más hermosas revelaciones. Es permitido, a la mirada mía, introducirse en la esencia de las cosas y en sus relaciones, abriéndome un abismo de riquezas. Tales efectos se producen en mi alma, porque aprendo siempre y aprendo de los otros. Cuando uno se instruye a sí mismo, la fuerza que labra y la que confecciona es una y los adelantos tienen que ser más lentos y más pequeños.

Heme dado entero al estudio del cuerpo humano; al lado suyo, los demás desaparecen. Me sucedió igual toda mi vida y me sucede ahora una cosa singular. No hay que hablar de ello: lo que puedo hacer todavía, el tiempo lo dirá.

Las óperas no me entretienen: sólo las verdades internas y eternas pueden satisfacerme.

Se cuenta para Pascuas con un acontecimiento importante: lo siento; lo que será no lo sé.

Roma 10 de enero de 1788

Acompaña a esta carta Erwin y Elmira. Ojalá te guste la piececita. Una opereta, si es buena, no puede nunca gustar leída. Tiene que venir la música a expresar toda la idea del poeta. Claudina irá en seguida. Las dos piezas tienen más trabajo del que parece, porque al fin, estudié con Kayser, conforme es debido, la forma de la ópera.

Continuo sin descansar el dibujo del cuerpo humano y de noche tengo la lección de perspectiva. Me preparo a desprenderme, a fin de tomarlo con resignación, si los inmortales lo han decidido así para Pascuas. ¡Suceda como mejor sea!

Mi interés hacia la figura humana supera a lo demás; bien me lo figuraba y sentía a causa de ello me apartaba siempre, como se vuele uno de la deslumbradora luz del Sol. Cuanto acerca del particular estudié fuera de Roma, es inútil. Sin un hilo, que sólo aquí se aprende a hilar, no se puede salir del laberinto. Desgraciadamente, mi hilo no es bastante largo. En tanto, me servirá en las primeras vueltas.

Si el término de mis obras ha de lograrse bajo constelaciones siempre de igual modo favorables, necesito, en el curso de este año, enamorarme de una Princesa a fin de escribir el Tasso y darme al diablo para escribir el Fausto, aunque tengo tan poca gana de una cosa como de otra. Hasta ahora pasó lo siguiente: Queriendo hacerme mi Egmont interesante, el Kayser romano, se ha metido en pendencias con los brabantinos, y para dar a mi ópera cierto grado de perfección, el Kayser de Zurich vino a Roma. Esto es vivir al igual de un noble romano, según dice. Herder y encuentro muy gracioso ser la causa final de acciones y acontecimientos de que no soy objeto. Esto se puede llamar suerte; así esperaré en calma la Princesa y el diablo.

De Roma sale otra vez una muestrecita del Arte y modo alemán, Erwin y Elmira. Terminada antes que Claudina, no quisiera que se imprimiese primero.

Pronto verás que todo se supedita a las necesidades del teatro lírico, que sólo aquí tuve lugar de estudiar. Que todos los personajes trabajan con cierta sucesión y medida; que cada cantante tiene puntos de descanso.

Hay mil cosas que observar, a las cuales el italiano sacrifica el sentido del poema. Quisiera que me saliese bien haber satisfecho todas aquellas necesidades músico-teatrales en una obra, no en absoluto desprovista de sentido. Tuve asimismo en cuenta, que ambas operetas se pudiesen leer, sin que su vecino Egmont se avergonzase de ellas. Un libreto de ópera italiana, no lo lee nadie sino la noche de su representación y ponerlo en un volumen, acompañando a una tragedia, se vería en esta tierra cosa tan imposible, como poder cantar en alemán.

Respecto de Erwin y Elmira, tengo que advertir, particularmente en el acto segundo, que encontrarás muy repetidas las sílabas traqueales; no es casual, no se hace por costumbre, sino tomado de ejemplos italianos. Tal medida de sílabas, es muy feliz y muy superior para la música y los compositores pueden de tal manera variarlas en muchos compases y movimientos, que el oyente no las conoce, porque los italianos se atienen en general, a las sílabas medidas, llanas y rítmicas.

El joven Camper es una cabeza fogosa, que sabe mucho, comprende fácilmente y pasa por cima de las cosas.

La cuarta parte de las Ideas me hace feliz. La tercera, es nuestro libro sagrado que tenemos guardado. Sólo ahora consiguió Moritz leerlo, de lo cual se alaba felizmente al presente. Vive de la educación del género humano. Ha sentido muy bien el libro y el final lo puso fuera de sí.

¡Si pudiera, sólo una vez, alcanzar verte en el Capitolio, para todas estas cosas buenas! Es uno de mis deseos más vehementes.

Mis ideas titánicas, eran sólo fantasmas que presagiaban época más seria. Me hallo bien metido en el estudio de la figura humana, que es el non plus ultra de todo el saber y el trabajo del hombre. Mi

estudio preparatorio de la Naturaleza entera, sobre todo de la Osteología, me ayuda a dar grandes pasos. Ahora veo, ahora gozo lo más sublime que nos ha quedado de la antigüedad: las estatuas. Sí; reconozco que puede uno estudiar toda su vida y al fin podría exclamar: ¡Sólo ahora veo; solo ahora gozo! Estoy juntando cuanto puedo para cerrar, sobre la Pascua, una cierta época a que ya mi vista alcanza ahora y no dejar a Roma con decidido disgusto. Espero continuar en Alemania, cómodamente y profundizar, bastante despacio, algunos estudios.

Aquí nos arrastra la corriente, desde el momento en que entramos en la barca.

Roma 2 de febrero de 1788

¡Qué a gusto estaré el martes a la noche, cuando los locos se queden tranquilos! Es horrible pesadez ver a los demás hacer desatinos, no estando contagiado.

Proseguí mis estudios todo lo posible. Claudina adelanta también, y si todos los genios no me rehúsan su ayuda, de hoy en ocho días enviaré el tercer acto a Herder y habré salido del tomo quinto. Ahora surge una necesidad, en la cual nadie puede aconsejarme ni prestarme ayuda. Tasso tiene que volverse a hacer de nuevo: lo hecho no me sirve. Ni lo puedo terminar según está, ni rechazarlo todo. ¡Trabajos que Dios da a los hombres!

El tomo sexto contendrá probablemente Tassɔ, Lila, Jery y Baetely, todo refundido, de manera que no los conocerá nadie. Al mismo tiempo volví a mirar mis pequeños poemas, pensando en el tomo octavo, que aparecerá tal vez antes del séptimo. ¡Qué cosa tan extraña es hacer así el *Summa Summarun* de nuestra vida! ¡Qué pocas huellas quedan de una existencia!

Aquí me agobian las traducciones de Werther, mostrándomelas y preguntándome cuál será la mejor y si todo aquello es verdad; es una plaga que me perseguiría hasta la India.

Roma 9 de febrero

Adjunto va el tercer acto de Claudina; deseo que te proporcione, al menos, la mitad del gusto que a mí me ha dado terminarlo. Conocedor de las necesidades del teatro lírico, traté de facilitar, haciendo sacrificios, el trabajo del compositor y del actor. La materia que se ha de recamar necesita tener los hilos largos, y en una ópera cómica hay que tejer en absoluto, como Marli. Sin embargo, ésta, al igual de Erwin, la he cuidado un roco para la lectura. En fin, hice lo que pude.

Me estoy muy callado y tranquilo, dispuesto, conforme dije, a obedecer a la primera llamada. Soy demasiado viejo para las Artes plásticas; si he metido también más o menos mi cucharada, fue una sola vez. Mi sed se ha apagado. Estoy en el verdadero camino del estudio y la observación; pacífico y sobrio es mi goce; dadle vuestras bendiciones. Ahora, nada me interesa sino terminar mis tres últimos tomos. Luego le tocará a Wilhelm, etc.

Roma 9 de febrero de 1788

Los locos hicieron lunes y martes lo que se llama un ruido en regla, sobre todo el martes a la noche, que llegó al colmo el furor de los moccoli. El miércoles se dieron gracias a Dios y a la Iglesia por la cuaresma.

No asistí a ningún festín (así llaman a las redoutes). Estoy todo lo ocupado que mi cabeza resiste. Acabado el quinto volumen, me ocupo en algunos estudios artísticos y enseguida iré al sexto. Leí estos días el libro de Leonardo da Vinci Sobre la Pintura y ahora comprendo por qué nunca pude entender palabra de él.

¡Oh qué felices encuentro a los espectadores! ¡Se creen tan entendidos y están satisfechos de sí mismos! Igual sucede a los aficionados, a los conocedores. No puedes figurarte gente más sin aprensión, mientras que el verdadero artista siempre se encuentra desalentado. El otro día, oyendo formular juicios a un hombre que no trabaja, sentí tal repugnancia que no puedo expresarla. Un discurso así, me pone malo como el humo del tabaco.

Angelika se dio el gusto de comprar dos cuadros, uno del Ticiano y el otro de París Bordone, ambos de mucho precio. Muy rica, no gasta sus rentas y las aumenta cada año su trabajo; hace muy bien en procurarse esas satisfacciones, que estimulan su fervor de artista. Desde el momento que tuvo los cuadros en su casa, principió a pintar de manera nueva, ensayando el modo de apropiarse algunas cualidades de aquellos maestros. Es incansable, no sólo en trabajar, sino en estudiar. Causa placer ver en su compañía cosas de Arte.

Kayser lleva también su obra como verdadero artista. Su música de Egmont adelanta mucho. Aún no lo he oído todo y paréceme cada cosa muy adecuada al pensamiento final.

También puso música a Cupido engañador, maligno mozo, etc. Te lo envío a fin de que, recordándome, lo cantéis a menudo; es mi canción favorita.

Tengo la cabeza desordenada de tanto escribir, hacer y pensar. No me hago más sabio; exijo demasiado de mí mismo y me impongo demasiada carga.

Roma 16 de febrero

Hace algún tiempo me trajo el correo de Prusia una carta de nuestro Duque: la más amigable, grata, buena y amable del mundo. Pudiendo escribir con libertad, me exponía toda la situación política, la suya y otra porción de cosas más. Respecto de mí se ha expresado de la manera más afectuosa.

Roma 23 de febrero

Esta semana ocurrió un acontecimiento que ha entristecido a toda la colonia artística. Un francés llamado Drouet, joven de veinticinco años, hijo único de una madre muy cariñosa, rico, guapo, bien educado, que entre todos los discípulos era el que daba mejores esperanzas, ha muerto de viruelas. Es un duelo general. He visto en su estudio desierto, de tamaño natural, la figura de un Philocteto que calma el dolor de su herida haciéndose aire con el ala de un ave de presa que acaba de matar. Es cuadro muy bien pensado y bien ejecutado, pero no está concluido.

Me aplico y estoy satisfecho y espero lo porvenir. Veo claro todos los días que he nacido para la poesía y que, en los diez años, a lo sumo, que me quedan de poder trabajar, debería ejercitar esta especialidad y haría aún algo bueno, puesto que muchas veces, sin gran estudio, el fuego de la juventud me ha servido. De mi larga estancia en Roma saqué la ventaja de renunciar al ejercicio de las Artes plásticas.

Angelika me hizo el cumplido de decirme que conoce pocas personas en Roma que vean mejor en las Artes que yo. Sé muy bien dónde no veo y qué es lo que no veo, y que hago siempre progresos y lo que habría que hacer para ver cada vez más lejos. En fin, conseguí ya mi objeto en una cosa que apasionado deseaba, y era no palpar como ciego.

Te enviaré en la primera carta unos versos, —Amor, pintor de paisaje, —y les deseo buena suerte. Traté de poner en cierto orden mis pequeños poemas. Parece cosa singular. Los dedicados a Hans Sachs y a la muerte de Miedings, cierran el tomo octavo y mis obras por ahora. Si me llevan a descansar junto a la Pirámide[13], estos dos poemas podrán servirme de oración fúnebre.

Mañana temprano tenemos capilla Papal y principia la audición de la famosa música antigua, que luego, en la Semana Santa, se eleva al mayor grado de interés. Iré la mañana de todos los domingos, animado a conocer ese estilo. Kayser, que lo estudia en serio, me explicará su sentido. En cada correo esperamos un ejemplar de la música del Jueves Santo, que Kayser dejó en Zurich. Primeramente, lo tocará en el clavecín y luego lo oiremos en la capilla.

Marzo

El domingo fuimos a la Capilla Sixtina, donde el Papa asistía a la misa acompañado de los Cardenales. No vistiendo de rojo, sino de violeta, a causa de la Cuaresma, era espectáculo nuevo. Algunos días antes viera los cuadros de Alberto Durero y me gustó contemplar aquello vivo. El conjunto era grandioso y, sin embargo, sencillo, y no me admiro de que los extranjeros que vienen en Semana Santa, donde todo se reúne, se queden como fuera de sí. La Capilla la conozco muy bien: el verano pasado comí en ella al medio día y dormí una siesta en el sillón del Papa, y me sé los cuadros casi de memoria.

Sin embargo, viendo en conjunto todo lo que constituye la función, es cosa distinta y se encuentra uno desorientado.

Cantaban un motete antiguo del español Morales y nos dio sabor anticipado de lo que va a seguir. Kayser opina también que sólo aquí se puede y debe oírse semejante música. En primer lugar, porque ningún cantante es capaz de ejecutar, sin órgano e instrumentos, un canto igual, y en segundo, porque únicamente está en relación y conformidad al inventario de la Capilla del Papa, con el conjunto de Miguel Ángel, el Juicio Final, los Profetas y La Historia Bíblica. Kayser dará más tarde razón de todo. Es gran admirador de la música antigua y estudia afanoso cuanto a ella se refiere.

Guardamos en nuestra casa una notable colección de salmos. Tienen versos italianos y los puso en música a principios de este siglo, un noble veneciano, llamado Benedetto Marcello. Hizo motivo de muchos la entonación de los judíos españoles y alemanes, y el origen de otros está tomado de melodías griegas, hechos con mucho Arte, entendimiento y propiedad. Los hay a solo, a dúo y para coros, de originalidad increíble, aunque es preciso acostumbrarse a ellos.

Kayser los aprecia mucho y ha de copiar algunos. Tal vez podré algún día procurarme toda la obra, que se publicó en Venecia en 1734 y contiene los cincuenta primeros salmos.

Tuve valor de pensar, a la vez, los tres últimos tomos de mis obras, y ahora sé claramente lo que quiero hacer. ¡Concédame el cielo suerte y comodidad para ejecutarlo!

Rica fue la semana y se me representa en la memoria como un mes. En primer lugar, tracé el plan de Fausto y espero que tal operación me saldrá feliz. Naturalmente, es cosa muy distinta acabar la pieza ahora o haberla acabado hace quince años; pienso que no debe perder, sobre todo porque creo haber encontrado el hilo. También en lo que al tono general concierne, estoy contento: ya escribí una escena nueva y si ahumase el papel, me parece que nadie la distinguiría de las antiguas. La prolongada tranquilidad y el alejamiento me han traído al nivel de mi propia existencia, de tal modo, que es notable cómo me parezco a mí mismo y qué poco ha sufrido mi interior con los años y los acontecimientos. El viejo manuscrito, cuando lo tengo delante, me hace pensar muchas veces. Es el primero; en las escenas principales, escrito sin borrador, púsolo tan amarillo el tiempo, tan dislocado-los cuadernos no estuvieron nunca cosidos, —tan blando y roto en los cantos, que parece positivamente fragmento de viejo códice; de manera que, según en aquella época me sumergía, con el sentimiento y el presentimiento, en un mundo anterior, ahora me sumerjo en un mundo que ya he vivido.

También está ordenado el plan del Tasso y escritas en limpio la mayor parte de las poesías diversas del último tomo. La Estatua de Pigmalion tengo que escribirla de nuevo y añadirle su Apoteosis. Ahora es cuando hice el estudio de estas ideas de juventud y vivo todos los detalles. También de ello recibo contento y tengo las mejores esperanzas respecto de los tres últimos tomos: ya los estoy viendo en su conjunto y sólo deseo tener tranquilidad de espíritu y tiempo de hacer, paso a paso, lo pensado.

En la disposición de los diversos pequeños poemas, me han servido de modelo tus Hojas sueltas y espero haber encontrado buen medio de unión en cosas tan inconexas y manera de hacer, hasta cierto punto gustosos, asuntos tan demasiado individuales y

del momento.

Después de tales consideraciones, llegó a casa la nueva edición de las obras de Mengs, libro que me es ahora por todo extremo interesante, porque poseo el conocimiento intuitivo, previo, necesario, para comprender bien sólo una parte de la obra. En todos sentidos es libro excelente; no se lee una página sin utilidad marcada. Sus Fragmentos acerca de la belleza, que a muchos parecen tan obscuros, me han procurado luz muy feliz. Después hice mil suertes de combinaciones y especulaciones acerca de los colores, cosa que me interesa mucho, porque es la parte que he tratado menos. Veo que, con alguna práctica y mucha reflexión, podré también procurarme este goce bellísimo de la superficie de la tierra.

Estuve una mañana en la galería Borghese, que no había visto en todo un año, y encontré, siéndome de gran contentamiento, que la veía con ojos mucho más inteligentes. Posee el Príncipe tesoros inestimables.

Roma 8 de marzo

Buena fue la semana pasada, rica y tranquila. El domingo no fuimos a la Capilla del Papa; en cambio vi, en compañía de Angelika, un cuadro muy hermoso, atribuido al Correggio.

Visité la colección de la Academia San Lucas, donde está el cráneo de Rafael. Esta reliquia no me parece dudosa: ¡admirable estructura osea, en la cual pudo pasearse cómodamente un alma! El Duque desea un vaciado y quizá podré procurárselo. El retrato de Rafael, que se ve en la misma Sala, es digno del hombre.

También volví a ver el Capitolio y algunas otras cosas que me faltaban, entre ellas la casa de Cavaceppi, que iba quedando. Entre muchas preciosidades, nos gustaron en especial dos vaciados de las cabezas de las estatuas colosales de Monte-Cavallo. En casa de Cavaceppi pueden verse de cerca, en todo su tamaño y belleza. La mejor ha perdido desgraciadamente, a causa de la intemperie y los años, casi el grueso de una paja de la superficie pulimentada del rostro, y de cerca parece picada de viruelas.

Hoy eran las exequias del Cardenal Visconti en la iglesia de San Carlo. Debiendo cantar la misa de funeral, fuimos con el fin de preparar nuestros oídos para mañana. Cantaron un Réquiem a dos sopranos, la cosa más singular que puede oírse. Es de advertir que no había órgano ni orquesta alguna.

Anoche conocí bien, en el coro de San Pedro, qué deplorable instrumento es el órgano; acompañaba el canto de vísperas y no se une nada a la voz humana; ¡es tan violento! En cambio, ¡qué delicia en la Capilla Sixtina el canto a voces solas!

El tiempo está cubierto y suave desde hace algunos días. El almendro perdió casi toda la flor y ahora se cubre de verde; sólo en las puntas de las ramas se ven algunas flores. Síguele en la

florescencia el albérchigo, que, con su color hermoso, adorna los jardines. El Viburnum Tinus, florece en todas las ruinas; en todos los setos crece el yezgo y otras plantas que no conozco. Los muros y los tejados se ponen verdes; sobre algunos se ven flores. En el nuevo gabinete, donde me he venido porque esperamos a Tischbein de Nápoles, tengo muy variada vista sobre muchos jardines y sobre las galerías de detrás de muchas casas; es precioso.

Comencé a modelar un poco. En lo tocante a la inteligencia de la cosa, voy muy seguro y muy bien; en la práctica, estoy algo confuso; me sucede como a todos mis hermanos.

Roma 15 de marzo de 1788

La semana que viene no se puede pensar ni hacer nada: hay que dejarse ir con la corriente de las fiestas. Después de Pascuas veré aún algo que queda por ver, devanaré mi hilo, arreglaré mis cuentas, haré mi equipaje y me marcharé acompañado de Kayser. Si todo sale conforme deseo y proyecto, a últimos de abril estaré en Florencia. Entre tanto, tendréis noticias mías.

Es singular que, obedeciendo a causas ajenas, haya tenido que tomar diversas medidas, las cuales, procurándome nuevas relaciones, hicieron mi estancia en Roma más bella, provechosa y feliz. Bien puedo decir que estas últimas ocho semanas gocé las mayores satisfacciones de mi vida y que tengo, al menos, un punto extremo, según el cual podré graduar, en lo porvenir, el termómetro de mi existencia.

A pesar del mal tiempo, esta semana se ha pasado muy bien. El domingo oímos, en la Capilla Sixtina, un motete de Palestrina. El martes quiso la suerte que cantasen, en un salón, diversas partes de la música de Semana Santa, en honor de una dama extranjera. Así la oímos con mucha comodidad y como en el clave la cantamos a menudo, pudimos hacernos idea anticipada de ella. Es obra de increíble grandeza y sencillez, cuya reproducción, renovada siempre, en ninguna parte como en este lugar y circunstancias podía mantenerse. Observada más de cerca, sin duda habría que dejar de lado diversas tradiciones vulgares, que hacen esta obra extraña y rara. A pesar de todo, siempre es cosa extraordinaria e idea nueva. Kayser podrá dar cuenta de ello algún día. Va a tener el privilegio de asistir a un ensayo en la Capilla, lo cual no suele conseguir nadie.

Más tarde he modelado un pie, después del previo estudio de los huesos y músculos y mi maestro lo celebró. Que hubiera trabajado

así todo el cuerpo y sería mucho más hábil, se entiende, en Roma, con todos los medios que aquí hay para ayudar y los consejos de los inteligentes. Tengo un pie de esqueleto, buena pieza de anatomía, vaciada del natural y media docena de los más hermosos pies antiguos, y algunos malos. Los primeros, a fin de imitarlos y estos, para huir de ellos. Y, además, la Naturaleza me aconseja. En todas las Villas que entro, hallo ocasión de ver esta parte del cuerpo humano y los cuadros me muestran lo que pensaron e hicieron los pintores. Tres o cuatro artistas vienen diariamente a mi cuarto y me aprovecho de sus consejos y advertencias. Los de Enrique Meyer y su ayuda, es lo que más me vale. Si con este viento y estos elementos no se mueve un buque de su sitio, no debe tener velas, o el piloto es un insensato. Después de las nociones generales de Arte adquiridas, érame muy necesario dedicarme, atento y asiduo, al estudio de sus pormenores. Es agradable adelantar, aunque sea en un camino infinito.

Sigo viendo en todas partes lo que hasta ahora descuidara. Ayer estuve por primera vez en la villa de Rafael, donde, al lado de su querida, prefería los goces de la vida al Arte y a la gloria. Es monumento sagrado. El príncipe Doria lo adquirió y parece quererlo tratar según se merece. Rafael retrató a su amada veintiocho veces en las paredes, en toda suerte de vestidos y trajes; se halla parecido a ella hasta en las mujeres de sus cuadros históricos. La situación de la casa es muy hermosa. Pero esta es cosa mejor para hablar que para escribir de ella. Hay que fijarse en todos los detalles.

De allí me fui a la Villa Albany y sólo pasé revista general: el día estaba magnífico; esta noche ha llovido; ahora vuelve a brillar el sol y desde mi ventana parece el paraíso. Los almendros están completamente verdes; comienza a caer la flor de los albaricoques y los limoneros abren las suyas en la cima del monte.

Mi marcha entristece muchísimo a tres personas: nunca volverán a encontrar lo que en mí tuvieron: las dejo con dolor. Sólo en Roma me encontré a mí mismo y de acuerdo conmigo mismo, feliz y prudente: y así me conocieron y poseyeron, en distintos grados.

Roma 22 de marzo

Hoy no voy a San Pedro y he de escribir un plieguecito. Ya pasó la Semana Santa, sus maravillas y sus fatigas; mañana recibiremos otra bendición y luego el espíritu se entregará a vida distinta.

Gracias al favor y al trabajo de mis buenos amigos, todo lo he visto y oído: el lavatorio en particular y la comida de los peregrinos, no se alcanzan sino a costa de grandes apreturas y estrujones.

La música de la capilla es de una belleza que no se puede pensar. Particularmente el Miserere de Allegri y los llamados Improperios, que son los reproches hechos por el Dios crucificado a su pueblo, se cantan el Viernes Santo a la mañana. El momento en que el Papa, desprovisto de toda su pompa, baja del trono y va a adorar la Cruz, quedando todos los demás, cada uno en su sitio, silenciosos, y el coro empieza: *Populus meus, qui fecit tibi*!, es una de las ceremonias más hermosas de estas funciones notables. Todo es mejor dicho de palabra y todo lo de música transportable lo lleva Kayser. Gocé, a mi placer, de todas las funciones en cuanto la cosa era posible y en lo demás hice mis reflexiones particulares. Lo que se dice efecto, nada me lo hizo; nada me impuso, pero todo lo he admirado; pues hay que concederles que las tradiciones cristianas las ponen en obra a la perfección. En los oficios del Papa, sobre todo en la Capilla Sixtina, cuanto de ordinario es desagradable en el culto católico, se hace con gusto admirable y perfecta dignidad. Mas eso sólo acontece en el lugar en que, desde hace muchos siglos, todas las Artes están al servicio de la religión.

Los detalles no es posible ahora contarlos. Si durante este tiempo no hubiera tenido que estar sin hacer nada y si no hubiera creído que iba a estar más tiempo, podría partir la semana que viene. Pero redunda en favor mío. Toda esta época volví a estudiar mucho, y aquella en que cifraba mis esperanzas se cumplió y se ha cerrado.

Siempre causa impresión singular detenerse de repente en un camino por donde se iba a grandes pasos; sin embargo, hay que conformarse y no hacer muchas ceremonias. En las grandes separaciones existe un germen de locura; hay que guardarse de incubarla y de cuidarla deliberadamente.

Recibí hermosos dibujos de Nápoles; envíamelos Kniep, el pintor que me acompañó a Sicilia: son hermosos y gratos frutos de nuestro viaje y para vosotros los más agradables, pues lo que nos dan más cierto es lo que nos presentan a la vista. Algunos, en cuanto al tono del color, salieron admirables y apenas podréis creer que aquel mundo sea tan hermoso.

Todo lo que puedo decir es que fui en Roma cada vez más feliz; que cada día aumenta mi dicha y si puede parecer triste que tenga que marcharme cuando era más digno de quedarme, no deja de ser gran consuelo haberme podido quedar hasta alcanzar el punto en que estoy.

Acaba de resucitar Cristo, con un ruido espantoso. En el castillo tiran cañonazos; todas las campanas tocan y en todas las esquinas y rincones suenan petardos y regueros de pólvora.

Roma 10 de abril

Mi cuerpo está en Roma, pero no mi alma. Desde que tomé la determinación de irme, ya no me interesa nada y, de seguir mi gusto, me hubiera marchado hace ya quince días. Realmente estoy por Kayser y por Bury. El primero tiene que terminar algunos estudios que sólo pueden hacerse en Roma y todavía reúne obras musicales; el otro quiere acabar el boceto de un cuadro que está haciendo de mi composición y necesita mis consejos. De todas maneras, he fijado mi marcha el 21 o 22 de abril.

Roma 11 de abril

Los días pasan y ya no puedo hacer nada. Apenas puedo ver algo. Mi digno Meyer continúa ayudándome y gozo la última vez de su conversación instructiva.

Si no tuviera a Kayser conmigo, hubiera llevado a Meyer. Si lo hubiéramos tenido siquiera un año antes, habríamos ido bastante lejos; a lo menos me ayudaría a salir de todos mis escrúpulos en el dibujo de figura.

Esta mañana estuve, acompañado de mi buen Meyer, en la Academia Francesa, donde reunieron las reproducciones de las mejores estatuas de la antigüedad. ¿Cómo podría expresar lo que, al despedirme, sentí? En semejante compañía se hace uno más de lo que es: siente que lo más digno de ocupar al hombre sería la figura humana, manifestada aquí en toda su diversidad y nobleza. ¿Y quién no siente su insuficiencia ante tal espectáculo? Aun estando preparado, se anonada uno. Y eso que, en algún modo, tratara de darme cuenta exacta de las proporciones la Anatomía y la regularidad de los movimientos: pero aquí tuve enseguida la idea que la forma, en definitiva, lo comprende todo; la conveniencia de los miembros, las relaciones, el carácter y la belleza.

Roma 14 de abril de 1788

La confusión no puede ser más grande. Mientras yo seguía sin cesar modelando el pie, vine a pensar que debía ponerme inmediatamente al Tasso, hacia el cual se dirigían mis pensamientos. ¡Bienvenido compañero para el próximo viaje! Entre tanto, hay que hacer el equipaje y sólo en estos momentos ve uno todo lo reunido y lo que arrastra consigo.

Notas

[1] Personaje de *los Cómplices* <<

[2] Alusión a una obra teatral de Goethe <<

[3] Alusión a la piza de Goethe anteriormente citada < <

[4] En el original este párrafo no termina. <<

[5] Cerca de Cassel <<

[6] Federico II < <

[7] Angelica Kaufmann <<

[8] Personajes de una obra de Goethe. < <

[9] Castillos de Thuringia. < <

[10] Alusión a sucesos políticos de la época. <<

[11] Lavater. <<

[12] Personaje de Egmont. <<

[13] La Pirámide de Cestius, donde estaba el cementerio protestante. <<